

5-2014

## A Través De La Neblina

Monica Alvarez Suarez  
*University of Texas-Pan American*

Follow this and additional works at: [https://scholarworks.utrgv.edu/leg\\_etd](https://scholarworks.utrgv.edu/leg_etd)



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

---

### Recommended Citation

Alvarez Suarez, Monica, "A Través De La Neblina" (2014). *Theses and Dissertations - UTB/UTPA*. 878.  
[https://scholarworks.utrgv.edu/leg\\_etd/878](https://scholarworks.utrgv.edu/leg_etd/878)

This Thesis is brought to you for free and open access by ScholarWorks @ UTRGV. It has been accepted for inclusion in Theses and Dissertations - UTB/UTPA by an authorized administrator of ScholarWorks @ UTRGV. For more information, please contact [justin.white@utrgv.edu](mailto:justin.white@utrgv.edu), [william.flores01@utrgv.edu](mailto:william.flores01@utrgv.edu).

A TRAVÉS DE LA NEBLINA

A Thesis

by

MÓNICA I. ÁLVAREZ SUÁREZ

Submitted to the Graduate School of  
The University of Texas-Pan American  
In partial fulfillment of the requirements for the degree of

MASTER OF ARTS

May 2014

Major Subject: Spanish



A TRAVÉS DE LA NEBLINA

A Thesis

by

MÓNICA I. ÁLVAREZ SUÁREZ

COMMITTEE MEMBERS

Dra. Elvia Ardalani  
Chair of Committee

Dr. José M. Martínez  
Committee Member

Dra. Edna Ochoa  
Committee Member

May 2014



Copyright 2014 Mónica Álvarez  
All Rights Reserved



## ABSTRACT

Alvarez Suárez, Mónica., A Través De La Neblina. Master of Arts (MA), May, 2014, 240 pp., references, 21 titles.

La presente tesis es una obra de creación literaria que presenta un viaje a través del tiempo y el espacio donde la protagonista busca “re-encontrar” su identidad, a la vez que va rescatando la memoria colectiva del pueblo donde se encuentra la hacienda de la familia. La novela pertenece al género de la novela femenina presentando elementos de testimonio, y cuenta con una riqueza cultural que aparece en el trasfondo histórico de la novela. De la misma manera, la tradición oral se convierte en parte fundamental de la novela ya que es la que nos presenta las historias, creencias y tradiciones que se han ido perdiendo a lo largo de los años. En la obra aparecen dos voces narrativas: una omnisciente, presente en los capítulos, y otra en primera persona, la voz de Mamá Conchita que aparece como ancla hacia el pasado narrando las vivencias de la familia Caballero.





## DEDICATION

Dedico esta tesis a mi familia, la que me ha apoyado incondicionalmente a través de los años y me ha acompañado en cada una de mis locuras y en alguna que otra desventura. A mis padres, Jorge y Maricela, gracias por estar ahí. Papá, te agradezco que te tomaras el tiempo de escucharme y que te atrevieras a internarte en esta travesía de recuerdos y de historia que desempolvamos juntos durante nuestro viaje entre la sierra y el tiempo. A mi hermana Cinthya, porque con sus consejos y sus regaños he aprendido a dar siempre lo mejor de mí. A mi esposo, Fabián, que fue mi sostén y mi oído durante estos meses de tremendas dichas y dificultades por igual. Gracias por convertirte en psiquiatra, doctor y hasta comediante para darme fuerzas, sin tu cariño y apoyo esta obra literaria no hubiera sido posible. Finalmente, le dedico esta tesis a mis hijos, Jorge y Camila, mi inspiración, la bendición más grande que me ha regalado Dios.



## ACKNOWLEDGEMENTS

Quiero agradecer de todo corazón a la directora de esta tesis, la Dra. Elvia Ardalani por su guía y sus consejos sin los cuales esta obra no se hubiera concretado. Le agradezco que se haya tomado el tiempo para compartir sus conocimientos y su amor por la escritura conmigo. Por su apoyo en cada paso de esta travesía de aprendizaje, y porque con su motivación y su instrucción he logrado completar este proyecto. A los miembros del comité: el Dr. José M. Martínez por sus enseñanzas sobre la crítica y la teoría literaria, gracias a él he logrado comprender y deleitar mi mente en el complejo mundo de la literatura. A la Dra. Ochoa, quien me instruyó en el arte de la creación literaria, demostrando en sus talleres la pasión que un escritor debe de llevar en las venas si pretende algún día inmortalizar sus palabras. De la misma manera, agradezco a todo el profesorado que también ha sido parte importante de mi formación académica y en mi crecimiento como persona.

Agradezco en especial a las personas que me concedieron su tiempo y compartieron sus historias, mismas que sirvieron de inspiración y que se convirtieron en el alimento que dio vida a esta tesis. A Alberto Alvarez y a Mercedes Alvarez Herrera, gracias por abrirme las puertas de su casa y de su alma; sus memorias, relatos y leyendas son fundamentales para esta obra. Finalmente, agradezco el apoyo del ayuntamiento de Altotonga, Veracruz, en especial a la organización del Cronista de Altotonga. Gracias a Fernando Murrieta, líder del Cronista, quien no solo compartió su nostalgia y sus preocupaciones en lo que concierne a su tierra, sino que me permitió remontarme en el tiempo a través de fotografías, documentos y archivos empolvados y enmohecidos que guardaban, como las joyas que son, en el palacio municipal.



## TABLE OF CONTENTS

	Page
ABSTRACT.....	iii
DEDICATION.....	iv
ACKNOWLEDGEMENTS.....	v
TABLE OF CONTENTS.....	vi
INTRODUCTION.....	1
CAPÍTULO I.....	18
CAPÍTULO II.....	23
CAPÍTULO III.....	30
CAPÍTULO IV.....	39
CAPÍTULO V.....	44
CAPÍTULO VI.....	48
CAPÍTULO VII.....	52
CAPÍTULO VIII.....	60
CAPÍTULO IX.....	69
CAPÍTULO X.....	89
<i>MEMORIAS DE MI SANGRE.....</i>	100

<i>MARZO 1915</i> .....	108
<i>MAYO 1915</i> .....	119
CAPÍTULO XII.....	136
<i>NOVIEMBRE 1919</i> .....	166
<i>JUNIO 1920</i> .....	171
CAPÍTULO XIV.....	186
<i>AGOSTO 1923</i> .....	209
<i>FEBRERO 1927</i> .....	217
CAPÍTULO XVI.....	224
REFERENCES.....	238
BIOGRAPHICAL SKETCH.....	240

## INTRODUCTION

Escribir es un arte y como todo arte requiere de elementos indispensables para que su valor quede inmortalizado en el tiempo y la conciencia del ser humano. La lectura y la escritura van indiscutiblemente ligadas una a la otra, y no lo digo por el hecho de que un escritor debe de seguir los principios estéticos que establece el canon literario, sino porque en ambas se da el fenómeno de la creación por medio de la palabra. Ya sea que uno se encuentre al filo del libro o empuñando el bolígrafo que crea universos etéreos con los ríos de la imaginación, la palabra compartida es la que evoca sentimientos, despierta sensaciones, transporta a tierras lejanas, imparte conocimientos, revive historias, crea sueños, fantasías o pesadillas. La palabra da vida, y también puede maquinar para quitarla, esa es la belleza y el peligro de un arma tan sutilmente letal. El lenguaje de un escritor puede apelar al intelecto o a la estética, desvivirse en las formalidades de la estructura, técnica, forma o puede volverse coloquial, juguetón, erótico, sensorial. El escritor se convierte en pequeño Dios, parafraseando a Huidobro, pero como todo Dios su obra tiene que aspirar a la perfección, y ésta solo se logra por medio de la honestidad: Una escritura pura, que evoque emoción y toque el alma de los lectores, alejada de toda pretensión y arrogancia que no tiene cabida en la literatura. De esta manera entendemos la palabra como un ente libre, como la describe Rosario Ferré en las siguientes líneas:

“Nace. Brota. Crece. Florece. Desarrolla. Observa. Esposa. Conoce.

Crea. Manifiesta. Empieza. Habla. Desconstruye. Produce.



Apasiona. Aparta. Florece. Engendra.

Vuelve. Reconstruye. Practica.

El Verbo - la palabra - el verbo: la metamorfosis ferreana.”

He leído mucho y escuchado aún más sobre la relación entre la inspiración y la escritura. En primera instancia tenemos a Platón, quien nos dice que la inspiración llega gracias a una intervención divina donde el Dios-demonio (daemon) utiliza al escritor como un velero para compartir conocimientos o crear arte. Otra aproximación viene de la teoría de Aristóteles, quien explica que la creación se da a partir de la mimesis, la imitación verosímil de la realidad. La realidad es que la creación de una obra requiere un poco de las dos teorías, se necesita la iluminación de un Dios-demonio y una repetición verosímil del conocimiento aprendido para poder plasmar las ideas en un texto. Sin embargo, existe un concepto que expone la escritora argentina Reina Roffé durante una entrevista con Adrián Ferrero, concepto con el que me identifiqué completamente y al que llama “el lugar de donde [se] escribe.” Según Roffé éste es el lugar idóneo para un escritor ya que es “el lugar interno que [lo] acompaña a todas partes y está constituido por la memoria, memoria enraizada en la infancia, en el sitio donde una se formó y tuvo sus primeras y determinantes experiencias de vida.” (Ferrero 147) Desde niña me caractericé por presentar una actitud de creciente curiosidad ante la vida, prestando especial atención a cada minucioso detalle que se desarrollaba a mi alrededor, además de una imaginación muy activa y una cierta afición por romper las reglas de la buena conducta. La combinación de estos tres elementos me llevaron a cuestionar todo lo que veía, escuchaba o aprendía, y si las respuestas no me convencían, me dedicaba a buscarlas por mis

propios medios, hecho que me ganó un sinfín de regaños ya que mis experimentos caseros generalmente terminaban en decoraciones rotas, electrodomésticos descompuestos y un par de accidentes que requirieron varias puntadas. Aún así mi curiosidad siguió creciendo día a día y mi imaginación se tornó cada vez más activa, un recurso que supo encausar muy bien mi padre al despertar en mi la chispa de la creatividad con los distintos relatos que nos compartía a mi hermana y a mí antes de dormir. A partir de ese momento comencé a interesarme más en las historias y los cuentos, como era muy pequeña todavía para leer, mi madre me ponía todas las tardes un disco que narraba la historia de *La Sirenita* de Christian Andersen y fue tanta mi fijación con ese disco que mi padre terminó por comprar una antología de cuentos infantiles donde incluían las narraciones de Christian Andersen, los hermanos Grimm y Charles Perrault, mismos que se convirtieron en el punto de partida, las narraciones que me abrieron la puerta al grandioso y vasto mundo de la literatura.

Conforme fui creciendo, mis intereses literarios fueron cambiando. Ya no me llenaban los cuentos infantiles, necesitaba explorar otros textos que enriquecieran más mis curiosidad y sed por el aprendizaje. Fue así como descubrí el género de terror con la narrativa de Edgar Allan Poe, quien a su vez me impulsó a buscar una escritura similar que representara el miedo en la cultura latinoamericana, hecho que me llevó a indagar en las leyendas mexicanas como *La Llorona*, *La mulata de Córdoba*, y una cantidad de relatos sobre nahuales, brujas y chamanes, teniendo así mis primeros roces con la tradición oral de mi tierra, algo que se convertiría en uno de los elementos indispensables al momento de decidirme a comenzar a escribir una novela. Sin embargo, hubo un parte-aguas en mi vida que me cambió completamente como persona, afectando no sólo mi

educación, sino también mi personalidad y la manera en la que veía mi entorno. A los catorce años mis padres decidieron matricularme en una escuela en Hidalgo, Texas donde estudiaría el bachillerato. Aunque era un viaje corto de la casa a la escuela, sólo 45 minutos si el oficial de inmigración que verificaba las visas en el puente no estaba “de malas;” sin embargo, para mí se convirtió en una experiencia traumática el introducirme a un espacio nuevo, donde no sólo había dejado atrás a mis amistades, sino que me veía frente a frente con una ideología muy distinta a la que había conocido hasta el momento, la cual me exigía que dejara atrás mi lenguaje y mis costumbres para poder encajar en el rompecabezas multirracial que conformaba la cultura del “sueño americano.” Fueron años de constante rebeldía, contra el lenguaje impuesto y contra el ambiente que a la misma vez me rechazaba por ser diferente y no hacer nada por intentar cambiar, “americanizarme.” Terminé aprendiendo el inglés, aunque lo hablaba con acento porque me rehusaba a practicarlo fuera del aula de clases, y entre las ventajas de tener un conocimiento avanzado del idioma fue que pude descubrir autores y lecturas nuevas, de los cuales destaco a Charles Dickens, Mark Twain, William Shakespeare y Nathaniel Hawthorne. Sin embargo, no fue hasta mi último año de bachillerato, cuando estuve cursando una clase de literatura en español avanzada, que me di cuenta que la literatura iba a ser decisiva para mi futuro, era lo que me apasionaba. Ese año devoré *El Quijote* y *El Lazarillo de Tormes*, descubrí el teatro con *La Casa de Bernarda Alba* y *El delantal blanco*, me reencontré con los paisajes y el calor de mi tierra con los cuentos de Rulfo, y probé un poco del sabor del resto de Latinoamérica con la narrativa de Borges, Horacio Quiroga y García Márquez. Mis horizontes fueron cambiando, al igual que mi perspectiva ante la vida. Antes del bachillerato mi vida era una burbuja de escuelas privadas donde no

veía más que la fantasía de mis lecturas, al entrar en ese espacio nuevo no sólo conocí la cara del racismo y la desigualdad, sino vi la realidad de la manera más cruda. Me tocó ver la pobreza, el pandillerismo, las drogas. Escuché historias de compañeros que se habían cruzado el río de “mojados” y me compartieron el miedo que sentían cada vez que veían una placa. Lloré ante la muerte y aplaudí los logros, albergando ese sueño que me pedía que algún día me decidiera a plasmar tantas vivencias que había absorbido a lo largo de los años.

Fue una combinación de todas esas experiencias y mi deseo por contar la realidad que me rodeaba lo que me llevó a estudiar periodismo. Rosario Castellanos explica en su tesis *Sobre cultura femenina* que la mujer utiliza la experiencia personal a la hora de crear su propia imagen.<sup>1</sup> Y a decir verdad, cada que tenía que escribir un artículo o hacer una entrevista, recordaba las historias de mis compañeros, lo que había observado y lo que había escuchado y eran esos los temas en los que me enfocaba para escribir. Sentía que tenía una deuda con ellos y debía darle voz a sus preocupaciones para que el resto de la sociedad se diera cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Elena Poniatowska expone que “la verdadera pobreza en Latinoamérica es la indiferencia hacia el pobre y la violencia.”<sup>2</sup> (María Medeiros-Lichem 123) Ese concepto lo tuve muy presente después de leer su obra *Hasta no verte Jesús mío*, novela que me marcó por el hecho de que despertó aún más la necesidad de darle voz a aquel que no la tiene. Sin embargo, el problema al que me

---

<sup>1</sup> Lucía Guerra escribe en su libro *Mujer y escritura* sobre la aportación de Rosario Castellanos a la teoría feminista, específicamente su idea sobre los factores que privan a las mujeres de una participación activa en una cultura a la que Castellanos llama “un refugio de varones.”

<sup>2</sup> María Medeiros-Lichem escribe sobre el discurso de las mujeres en Latinoamérica, utilizando a Elena Poniatowska como ejemplo de una escritura que refleja la realidad de aquellos que sufren la opresión, la pobreza y el hambre. La cita que utilizo es una traducción mía.

enfrenté al estudiar periodismo es que el periodista debe mantenerse al margen al momento de escribir los artículos, de convertirse en un ente que sirva para comunicar y nada más. La profesora anglosajona me miraba con un gesto reprobatorio y me decía una y otra vez: “the problem is that you care too much.” ¿Cómo voy a mantener una voz neutral al escribir sobre tragedias, muertes e injusticias? Desde ese momento me percaté de que necesitaba encontrar otra manera de compartir mis historias, una que no me pusiera límites ni condiciones y que al mismo tiempo me permitiera alcanzar incontables audiencias para invitarlas a reflexionar sobre temas que nos conciernen a todos por igual.

Comencé a experimentar con la escritura creativa hasta la maestría, donde tuve la oportunidad de matricularme en dos clases de taller de cuento. Esa experiencia me marcó como ninguna otra, me abrió las puertas para narrar libremente lo que por tantos años llevaba arrastrando. Dejé vagar mi imaginación para representar en mis historias temas de sexualidad, injusticia social, violencia, amor, infidelidad, familia, en fin... Conforme fui avanzando con mis estudios fui empapándome de nuevos conocimientos, aprendiendo sobre las distintas teorías literarias y descubriendo autores que resultarían decisivos para que este proyecto comenzara a formarse e hilarse dentro de mi cabeza.

Al cuestionarme sobre las razones que me motivaron a escribir esta novela no logro encontrar una respuesta que lo resuma del todo. En parte siento que estoy buscando mi identidad como persona, como mujer, y como escritora; además de que por años me había mantenido como una observadora pasiva de una sociedad sin causa ni cabeza hasta que me llegó la hora de romper el silencio. Esta obra está enraizada en la tradición oral, repleta de elementos rurales e historias del pasado que se nos presentan a través de

distintas voces que nos transmiten la magia y la añoranza de ese espacio que parece perdido. Escritores como Juan Rulfo, Elena Poniatowska, Elena Garro y Rosario Castellanos fueron mi base e inspiración, sus obras me dejaron ver el corazón del campesino, el llanto del indígena, las preocupaciones e injusticias que vive la gente del pueblo. De la misma manera, escritoras como Isabel Allende, Cristina García y Rosario Ferré influyeron indiscutiblemente en mi narrativa. Me cautivó especialmente la voz narrativa de Rosario Ferré en *La casa de la laguna*, su manera de presentarnos eventos históricos de Puerto Rico me motivaron a incorporar algo similar en mi novela, representar la historia y tradiciones de mi tierra. Quería presentar la riqueza cultural y que esta fuera transmitida por los mismos personajes originarios del pueblo, una descripción fresca y verdadera, completamente auténtica. Fue así como terminé centrándome y deleitándome con la historia de Altotonga, una pequeña ciudad en el estado de Veracruz que aún cuenta con mercados los domingos, conserva sus fiestas patronales donde se observan bailes autóctonos de la región, fuegos artificiales y un sinnúmero de rezos y cantos a la Santa Patrona del pueblo: María Magdalena. Es un ambiente plagado de un sincretismo religioso donde se mezclan imágenes católicas con yerbas prehispánicas y donde las comunidades cercanas bajan de la sierra los domingos de mercado para vender los productos que pizaron durante la semana y de repente se escucha algún murmullo perdido entre la muchedumbre de la plaza, una palabra que se escapa del pasado y que aún porta el orgullo de esa casi extinta lengua azteca.

En *America y el arte de la memoria*, Margarita Zamora cita a Mary Warnock y sus ideas sobre el recuerdo y la identidad del ser humano. “Recordar es recuperar el pasado mediante la evocación imaginativa de lo que tuvimos presente, conocimos,

presenciamos, o experimentamos. Según Warnock, la capacidad de recordar está estrechamente relacionada con la identidad personal. Ser consciente de quien es uno implica conocerse como la misma persona que no sólo existe en el presente sino que persiste en el tiempo y el espacio.” (Zamora 136) Es así como se presentan los recuerdos en *A través de la neblina*, como un mecanismo que utiliza Montserrat, la protagonista, para recuperar el pasado, desempolvando a su paso la historia de su familia y descubriendo así su identidad reflejada en el pueblo y en su gente. Ya que, según Warnock, “recordar es en cierto sentido crearse.” (Zamora 136) *A través de la neblina* es una novela de ficción que se desarrolla en un lugar real, narrando algunas historias verdaderas de personajes que existieron años atrás entremezcladas con personajes de mi imaginación que viven y sufren por situaciones actuales. Antes de indagar más profundamente en la temática y personajes tengo que aclarar que nunca pretendí hacer una novela histórica ni biográfica. Como ya había mencionado antes, la tradición oral juega un papel importante en el desarrollo de esta obra. Lo que me invadió y me impulsó a comenzar a escribir desde un principio partió de la idea de conservar la cultura y tradiciones que han ido desvaneciéndose poco a poco a través de los años. El lugar donde se desarrolla la novela lo conozco desde niña, es el pueblo donde nació mi abuelo, lugar que, como en la novela, aún conserva la magia que corría por las venas de nuestros antepasados. Así que, tomando el concepto de Reina Roffe, “el lugar de donde escribo” me lleva a transmitir los recuerdos de un pueblo que representa la tierra mexicana, con su historia, y con las lágrimas que se esconden en su memoria truncada. En una entrevista con Michael Moody, Isabel Allende habla sobre el peligro de la pérdida de la memoria a nivel histórico, según ella “vivimos en un periodo de la historia y en una civilización

marcada por lo desechable,” el consumismo nos lleva a querer cambiar de televisión, vehículo, teléfonos móviles y computadoras cada ciertos años, sin mencionar el fenómeno de la globalización que se va expandiendo como plaga, borrando todo remanente de autenticidad que queda en un país y lo convierte al mundo en un espacio homogéneo de culturas compartidas. Estas preocupaciones se hacen evidentes en *A través de la neblina*, donde uno de los temas centrales se enfoca en la conservación de la memoria y la historia de la tierra que inicia a partir de la historia de su gente, y es el rescate de esa memoria lo que permite a Monserrat reencontrarse con ella misma, encontrando así su identidad.

En *Latin American Testimonial Narrative*, Margarita Fernández define la novela de testimonio como un género de naturaleza colectiva y liberadora que envuelve a aquel que cuenta la historia, el que la escucha, la transcribe, y finalmente la comparte para darle oportunidad a otro para leerla. De ésta manera se convierte en una manera de “presentar y preservar una alternativa a la versión oficial de la experiencia humana.” (Fernández 193) Pero más importante, Fernández resalta que la novela de testimonio se convierte en “el instrumento ideal para la reevaluación y preservación de las historias de la gente sin historia y el papel de la mujer por igual.” ( Fernández 193) De la misma manera, al analizar este género en la novela *Hasta no verte Jesús mío*, Nieves Martínez de Olcoz nos presenta el testimonio como “la autobiografía del cuerpo del silencio de una cultura que necesita negociar su universo oral con la legalidad escrita, para dejar de ser un sujeto vacío y neutro en el universo discursivo que le rodea.” (Martínez 10) Es en este género donde identifico a mi novela, como una obra que hace eco de la memoria colectiva de una nación, trayendo a la luz historias de su pasado mediante la voz de personajes que viven



al margen de la sociedad. Mis estudios periodísticos fueron fundamentales para la elaboración de esta tesis ya que, aunque tenía en mente la temática que quería seguir, para poder plasmarla de manera auténtica y que fuera verosímil, necesité hacer una investigación más a fondo sobre el sentimiento de la gente. De esta manera dediqué todo el verano del 2013 a recaudar información, devorando cantidades de libros de autores nativos de Altotonga que describían la región, junto con sus costumbres e historias. Sin embargo, aún no sentía que fuera suficiente, necesitaba escuchar de primera mano la voz de estas personas, así que decidí hacer el viaje de catorce horas hasta las escurridizas sierras veracruzanas donde se encuentra el colorido pueblo donde toma lugar la novela. Esta experiencia fue como un alimento de creatividad al momento de narrar ya que pude plasmar sus paisajes desde una memoria fresca, observé a la gente desde las bancas de la plaza y escuché sus historias, sentí sus miedos, y compartí en cada línea de la novela el calor de sus voces. Y, siguiendo el término acuñado por Adrienne Rich sobre la “re-visión<sup>3</sup>” de la historia cultural, se funde el pasado y el presente en *A través de la neblina*, dando lugar a una reflexión sobre la historia “oficial” que es suplantada por aquella que es contada por la memoria de los que la vivieron desde las sombras, ofreciendo un nuevo espacio de conocimiento y “re-creación” a la mujer quien es presentada como un sujeto que supera las adversidades de manera activa, dejando atrás aquella mentalidad de debilidad, ser indefenso que se queda al margen esperando que le resuelvan su futuro.

---

<sup>3</sup> Lucia Guerra profundiza en su libro *Mujer y escritura* sobre la “re-vision” de Adrienne Rich, explicando que “para las mujeres, este impulso hacia el auto-conocimiento es más que una búsqueda de la identidad: es parte de nuestro rechazo de la destrucción de nuestro Yo en una sociedad dominada por los hombres.” (Guerra 23)

María Teresa Medeiros-Lichem propone en su libro *Reading the feminine voice in Latin American women's fiction* que “la voz en la ficción de las escritoras latinoamericanas es un reflejo de las circunstancias culturales, sociales y políticas que las rodean,” definiendo en su libro un corpus femenino que “no es monológico, es el resultado de una doble estrategia de escuchar y reconstruir las voces de los silenciados, de la resistencia, de la violencia doméstica o política, y de la experiencia de la mujer en el espacio público y privado.” (Medeiros-Lichem 2) Siguiendo esta misma línea de pensamiento, Elena Poniatowska nos dice que “la literatura de las mujeres en América Latina es parte de la voz de los oprimidos,” y esta novela no es la excepción. *A través de la neblina* narra la historia de Montserrat, una joven que es parte de una familia acomodada en la Ciudad de México. Montserrat estudia un posgrado en Nueva York y, a pesar de que no puede quejarse de su nivel de vida, en el fondo tiene un sentimiento de estar en un lugar extraño, de no pertenecer. Cansada de la monotonía y en plena crisis existencial decide abandonarlo todo e irse a esconder a la hacienda de su familia que se encuentra en las afueras de Altotonga, Veracruz. Es en este viaje de “re-conocimiento” se purifica de toda la basura comercial que nublaba su mente y se pone en contacto con sus raíces, aprendiendo de la penosa vida de los campesinos y mujeres que viven entre la sierra y la miseria. Es, gracias a los personajes de Mamá Conchita y Citlali, que se hace un diálogo entre el presente y el pasado, presentándolo como un círculo vicioso en el que se tiende a repetir los mismos errores e injusticias. Como si se tratara de una maldición que condena al hombre por faltarle el respeto a la tierra y a su historia, es la mujer la que termina por desempolvar la memoria para abrirse un nuevo camino en la sociedad, rompiendo con los estigmas, con las cadenas que la mantenían en un lugar de pasividad y

silencio para encontrar una nueva identidad que le diera voz para narrar su propia historia.

Las corrientes feministas predominantes (anglosajona y francesa) comparten preocupaciones similares al aproximarse a la narrativa de la mujer, su objetivo es crear conciencia acerca del carácter “invisible” de la escritura femenina, como Simone de Beauvoir y su planteamiento de la mujer como “segundo sexo,” como el “Otro” que depende de un absoluto masculino. Otra característica elemental es la importancia del lenguaje en la lucha contra el falogocentrismo, en esta área la mejor representante es Helene Cixous quien invita a la mujer a escribir con su cuerpo fuera de “La ley del padre,” convirtiéndose en un escenario de lucha. No obstante, lo primordial para la crítica feminista viene siendo que la voz femenina rompa el silencio y se convierta en un sujeto activo, que “hable” en la literatura. Si bien, cuando comencé a escribir mi novela no tenía intención de escribir un texto feminista, conforme se fue desarrollando la historia me fui percatando de elementos que hacían eco a las postulaciones de estas escritoras. Citlali y su familia representan lo que queda de las costumbres y creencias prehispánicas en el pueblo mexicano. Nos dejan ver sus carencias económicas, nos transmiten la nostalgia de sentir casi perdida la lengua que un día se escuchaba eufórica los domingos en el mercado o canturreaba en la fiesta de las cruces.

Guerra-Cunningham explica en su ensayo *Algunas reflexiones teóricas sobre la novela femenina* que tanto en la literatura como en la sociedad se ha identificado al hombre como sujeto de actividad, conciencia y dominio, por lo tanto se desenvuelve en el espacio público de la cultura, la política y como forjador de la historia. A la mujer, por el

contrario, se le identifica con un ser pasivo, dócil, débil y sentimental, encerrándola en un espacio privado donde se le relaciona con la casa y la naturaleza. (Guerra-Cunningham 34) Los personajes femeninos de *A través de la neblina*, aunque en un principio eran presas de esa ideología patriarcal que las sometía a una casa o a renunciar a su pasión por el arte, terminan por desafiar el orden establecido, dejando así su condición de subordinadas. Ya no viven “atrapada[s] en un lenguaje y en un tejido de construcciones culturales que no la[s] representan,” (Guerra 63) por medio de la escritura y el arte recuperan los recuerdos de su familia y de su tierra, para volverse figuras activas que forjan y trazan su propia historia.

Miguel de Unamuno acuñó el concepto de la “intrahistoria,” concepto que está inevitablemente ligado al pasado y los elementos históricos de una nación. “Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros, y papeles, y monumentos y piedras.” (Simonovis 298) Unamuno sugiere con esto que la verdadera historia de un pueblo no se encuentra en los libros de texto, ni es la que nos cuenta el gobierno en las asambleas políticas, sino es aquella que guarda la tradición oral, la que se esconde entre las hojas de un diario, cartas, testimonios, relatos antiguos. En *A través de la neblina* la intrahistoria se presenta mediante el diario de Mamá Conchita, la tatarabuela de Montserrat, quien con sus relatos mantiene vivo un pasado que se ha visto pisoteado y olvidado en los rincones de la hacienda. No solo da una perspectiva distinta de eventos tan importantes en la historia de México como lo fue la revolución, sino que se atreve a romper la imagen de mujer sumisa, haciendo a un lado los estigmas sociales que obligaban a una viuda a quedarse en

casa a cuidar a los hijos mientras se volvía a casar o se resignaba a vivir en la miseria.

Mamá Conchita se vuelve una mujer activa en la sociedad, haciéndose cargo de la botica y plasmando sus hazañas en un diario que serviría como arma liberadora para el resto de las mujeres de su familia.

En *A través de la neblina* existen dos voces narrativas, el primero es un narrador omnisciente que se encarga de narrar eventos del presente: la crisis de Montserrat junto con la problemática que se refleja en situaciones actuales, como lo son el fenómeno de la globalización, los efectos que empresas multinacionales provocan en pueblos pequeños con productores locales y tradiciones arraigadas, y finalmente la violencia desmedida que está acabando con el alma del pueblo mexicano. Este narrador nos abre la puerta a ciertos cuestionamientos, ¿qué tanto de nuestra identidad estamos sacrificando por querer adaptarnos a las tendencias cosmopolitas y banales de la actualidad? Hay una enorme crisis social en la mujer hispana que se quiere “americanizar” para no ser discriminada por sus rasgos: se tiñe el cabello, cambia completamente su apariencia para encajar en ese mundo de estándares hollywoodenses con operaciones de nariz, senos, lipoescultura, colágeno, botox, implantes de todo tipo, etc. De la misma manera, en el viaje que hice a Altotonga me percaté de que el corazón del pueblo mexicano también está enfrentando una crisis social muy fuerte. En las entrevistas que realicé me platicaron que en Altotonga la juventud está cambiando desde que llegaron las maquiladoras hace un par de años. Los jóvenes olvidaron su ropa humilde por marcas extranjeras (adquiridas en el mercado de manera ilícita). Van perdiendo el interés por las tradiciones, por su historia, pero lo más triste es que las lenguas nativas se están perdiendo. Todos estos detalles los trato de

plasmar con la esperanza de que de alguna manera sirva de reflexión y de motivación para tratar de rescatar ese tesoro cultural de nuestros antepasados.

La otra voz narrativa se presenta a mitad de la novela, en el momento en el que se descubre el diario de Mamá Conchita. Aquí los relatos son narrados en primera persona, con un lenguaje coloquial repleto de regionalismos que le dan sabor y autenticidad a las historias que nos transmite. Luisa Valenzuela menciona en su ensayo *Escribir con el cuerpo*, que conservar la memoria colectiva se ha vuelto una necesidad en la escritura femenina; mediante el diario, Montserrat desentierra tradiciones que se han ido desvaneciendo con los años. Vuelven a revivir las danzas autóctonas, las leyendas, el mercado y la botica, que vuelve a su esplendor junto con sus yerbas curativas y la magia de sus “espíritus para tomar.” La tradición oral se hace presente en la novela mediante los recuerdos del pueblo, y estos recuerdos logré recuperarlos gracias a un sinfín de cartas que mi abuelo guardó como joyas entre las paredes de la vieja casa que ha albergado generaciones de nuestra familia. Esas cartas datan de la época de la revolución hasta alrededor de los años 60. De esas voces y relatos me inspiré para dar vida a los personajes de mi novela, de esta manera no sólo le estaba dando voz al que no había tenido oportunidad de contar su historia, sino que me aseguré que esa “intrahistoria” no se perdiera entre el polvo, la niebla y el olvido.

En *Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana*, Jean Franco cita a Sara Castro Klaren y su idea de que “una teoría feminista latinoamericana tiene que partir de que la lucha de la mujer está cifrada en una doble negatividad; porque es mujer y porque es mestiza.” (Franco 35) Lo cierto es que escribo desde un espacio de

marcada minoría, al ser mujer y escritora latina en Estados Unidos que utiliza una lengua que no coincide con la del poder hegemónico del país e incluso es considerada “lengua de ignorantes.” La crítica literaria ha dejado fuera tantas obras femenina, catalogándolas como lectura “light” sin ningún trasfondo ni profundidad, enraizada en los sentimientos y la problemática femenina. La mujer narra desde la esfera privada porque ahí es donde la ha sometido la sociedad, pero eso no quiere decir que su escritura no sea válida ni profunda. Isabel Allende dice que “hay que contar bien, lo mejor que [se] pueda, pero siempre de una manera natural, del corazón hacia fuera. [Que] interese tocar la emoción del lector, que provocar su admiración por [el] estilo.” Yo, a diferencia de muchos otros, comparto la idea de Isabel Allende. El escritor sirve para contar una historia, y debe vivir por la literatura, para promoverla, para gozarla, desde el lugar más puro y más sensible, sin importar premios ni fama ni riquezas. Una literatura honesta, que cuente, que llegue al alma de los lectores. “En su lucha contra el poder y la uniformidad, la escritora feminista latinoamericana desafía la jerarquía de la sociedad, estableciendo relaciones con otros miembros de grupos marginados, la cultura popular, la narrativa del exilio, el pobre y el colonizado.” (Medeiros-Lichem 42) *A través de la neblina* pretende contar la historia de esas mujeres que no pueden hacerlo o al menos por ahora no. Intento plasmar con imágenes, olores y sonidos los relatos de mujeres trabajadas, con sueños truncados y sonrisas desdibujadas que se quedaron esperando entre los caminos de la sierra por la promesa inconclusa que ofrecía liberarlas de los estigmas que les dejó lo colonia, aquella que les devolvería su identidad, les daría un futuro. Luisa Valenzuela nos dice que “escribimos para descubrir, para develar, pero también para señalar aquello que por comodidad preferimos olvidar.” Pocas escritoras se han atrevido a señalar y evidenciar en

sus obras lo que el discurso oficial ha mantenido durante años, las novelas *La casa de la laguna* y *Hasta no verte Jesús mío* son ejemplos de este desafío, y son libros que fueron fundamentales en mi escritura. Lo único que nos queda es seguir abriendo ese camino por el que han peleado tantas escritoras, hasta que llegue el día en que a la mujer se le reconozca y se le de su lugar tanto en la esfera pública como en el campo de la literatura. De la misma manera, mi compromiso como escritora sigue y seguirá siendo plantear tanto la problemática que atañe a la mujer, como las injusticias que siguen afectando al marginado, con la esperanza de que mediante la palabra pueda echar luz a lo que por tanto tiempo se ha mantenido entre tinieblas.



## CAPÍTULO I

Despertó de golpe, con el cuerpo rígido y los ojos desmesuradamente abiertos, intentando asimilar la incipiente penumbra a su alrededor. Movi6 ligeramente los labios, probando las gotas saladas que se deslizaban entre las comisuras de su boca. No estaba segura si eran l6grimas o sudor lo que empapaba sus mejillas, pero al igual que las noches anteriores se habia despertado exaltada, con la respiraci6n entrecortada y la garganta seca, casi desgarrada al intentar gritar y no lograr proferir ni un gemido. Cerr6 nuevamente los ojos, esperando regresar a ese lugar ut6pico donde hacfa unos minutos se encontraba; unos minutos que parecfan horas, a6os, siglos atr6s. Su mente se fue dejando llevar entre senderos lejanos, como si de pronto levitara hacia un lugar distante, un viaje a trav6s del cosmos que la iba llevando a una realidad distinta y paralela a la suya, a la vez que iba sintiendo c6mo el tiempo perdfa su valor al encontrar la puerta que la llevaba hacia el Ed6n.

Las pupilas se dilataron ante semejante resplandor, como si acabara de desprenderse de un velo que le nublabla la vista. Nunca antes habfa visto un verde tan vibrante como el que cubrfa aquel paisaje de montafias serpenteantes, repleto de una vegetaci6n vasta, donde abundaban los arbustos frondosos, las frutas silvestres y colores ex6ticos. Sus pies desnudos descansaban sobre una tierra h6meda y suave, su cabellera casta6a danzaba con la brisa fresca y tentadora, y su piel brillaba extasiada al sentir absorber en cada poro la energfa de la naturaleza. Los sentidos se sublimaban para abarcarlo todo. El ambiente era id6neo para saciar la vida. El aire tan puro, limpiaba el alma, y el esp6ritu se engrandecfa con la musicalidad del viento en armonfa con el

zumbar de los insectos. Era sin duda un paraíso solitario, único en esplendor y completamente ajeno al contacto humano; no existía la rutina, todo fluía libre y natural como las aguas templadas que bajaban de la serranía. Todo se encontraba en paz y armonía excepto ella.

Un sudor frío la transportó nuevamente a la oscuridad de su habitación. Una sensación extraña la invadía por dentro, oprimiéndole el pecho y retorciéndole las entrañas. Era un vacío inexplicable, como si le hubieran arrancado algo vital, o le hubieran soltado un puñetazo en el estómago. Algo faltaba, estaba perdido y no sabía cómo recuperarlo. Giró levemente la cabeza para vislumbrar una tenue luz anaranjada parpadeando sobre su mesita de noche. Con esfuerzo se incorporó y enfocó sus ojos legañosos en el reloj que marcaba las 4:30. Otra noche más que despertaba cansada y sintiéndose incompleta. Sin embargo, era inútil tratar de conciliar el sueño, al encontrarse tan alterada sólo divagaría en sus pendientes de la semana y asuntos de la universidad; eso sin mencionar la jaqueca que llegaría puntual al repasar los proyectos finales de su clase de economía.

Soltó un largo suspiro, tras el cual decidió con pereza abandonar la atmósfera asfixiante que la rodeaba. Con un movimiento súbito apartó el cobertor, percatándose de un ligero cosquilleo que recorría de arriba a abajo sus piernas. De inmediato recordó la rigidez de su cuerpo al despertar tan repentinamente de su sueño, y lo primero que se le vino a la mente fue una extraña conversación con su compañera de yoga, semanas atrás, sobre las experiencias extracorporales. “Existen muchos escépticos, pero ellos no entienden porque no han alcanzado ese estado de conciencia en el que se puede separar el cuerpo espiritual del cuerpo físico,” platicaba enérgicamente mientras doblaba su esterilla de yoga, “deberías de sentirte orgullosa,

Montserrat, yo no logré mi primer desdoblamiento hasta después de varias semanas de completa armonía y meditación.” Una mueca socarrona se le dibujó en el rostro al recordar aquel día:

– Viajes astrales, hazme el mentado favor... – riendo por lo bajo salió de la habitación, pero se detuvo a mitad del pasillo. Todavía era muy temprano para comenzar a arreglarse para las clases en la universidad, y su estómago se encontraba algo inestable desde aquel extraño episodio en su recámara. Miró alrededor, caminando indecisa sobre el piso de madera de nogal. Finalmente se detuvo frente al diván de terciopelo negro en medio de la salita de estar. Había comprado ese sillón para recostarse frente a la ventana y dibujar libremente en compañía de una buena copa de vino tinto. Invasión de nostalgia decidió sentarse, su mirada fija en el estuche de lápices y pasteles olvidados entre carpetas y documentos en el librero. Hacía varios meses que no tomaba su bloc de dibujo, que no se daba tiempo para hacer ni un boceto en una tarde lluviosa. Con cierta amargura recargó su cuerpo en el diván, girando su cabeza hacia la ventana. No lograba recordar cuándo fue la última vez que corrió las persianas y se dejó seducir por los colores del atardecer al filtrarse entre los edificios o se interesó por el curioso trajinar de la gente navegando entre un mar de automóviles, bicicletas y camiones. Casi más por reflejo que por convicción, apartó una persiana y se inclinó contra el cristal. Afuera la ciudad rugía con la voracidad de mil almas que iban y venían como una línea de hormigas mal organizada. Se les veía caminando rápido sobre la acera poco iluminada, corriendo desahogados, empujando para llegar a la estación del metro. Todos moviéndose al compás de su reloj de mano, armados con cafés y un *croissant* a medio comer, se encaminaban a las fauces del capitalismo que se vestía de concreto en la calle Chambers al sur de Manhattan. Hombres sudorosos acomodándose la corbata de seda; mujeres bien peinadas tratando de arrancar la goma de mascar de sus tacones Louboutin de la temporada pasada. Edificios que no duermen, carros que no se detienen, calles que sólo

escuchan la música del claxon y palabras altisonantes, y almas en pena, rezando porque los documentos en su maletín sean suficientes para sus jefes omnipotentes que los esperan en una junta para liquidar los pendientes del cierre de mes.

El alba llegó sin que se sintiera cambio alguno, el rostro de Montserrat se encontraba completamente iluminado, observando minuciosamente cada detalle desde su apartamento en el quinto piso de un edificio sobre la calle Broadway. Sus ojos se interesaron por un anuncio panorámico cuatro calles al sur. Una mujer sonriendo en una playa, promocionando una aerolínea internacional. El concepto en general invitaba a fantasear con unas buenas vacaciones, o un escape de fin de semana a algún lugar exótico y lejano, pero algo no parecía honesto en ese panorama. Sería, tal vez, la sonrisa fingida descubriendo unos dientes perfectamente blancos, o las mejillas sonrosadas que se sumergían bajo unos pómulos prominentes. O serían las ondulaciones del cabello rubio contrastando con la tonalidad oscura de sus cejas, o los senos exageradamente desproporcionados para su talle delgado. Plástico, era todo lo que podía pensar sobre el anuncio, la mujer y la aerolínea. Todo era plástico.

Se levantó desganada, contemplando el reloj de pared una última vez antes de decidirse a comenzar con las actividades del día. Arrastrando los pies se encaminó a la ducha, pero una vez más se vio distraída por una puerta entreabierta a medio camino. Sus ojos resintieron el cambio al internarse en la oscuridad de su pequeño estudio. Tras un par de torpes manotazos logró encender el interruptor y su mirada se clavó en la última obra inconclusa que descansaba contra la pared. Era una mezcla de pincelazos cansinos, colores opacos y figuras cuadradas; una mala representación de la avenida principal cuando los edificios se difuminan entre la lluvia y la contaminación. Lentamente fue recorriendo el lugar, apreciando el resto de sus cuadros. Todos le

parecían sombríos, tristes, sin vida. Avergonzada, no pudo recordar cuándo fue la última vez que dedicó una tarde a su pintura, que se entregó a su pasión y dejó vagar su mente por paisajes remotos, pueblos escondidos, cabañas rústicas en bosques prohibidos, o castillos rumanos de tiempos perdidos. ¿Hacía cuánto que no se permitía llenar su alma de magia y vaciarse de tantos números y preocupaciones mundanas?

Con un suspiro apagó el interruptor y continuó su camino hacia el baño. Con movimientos monótonos alcanzó la primera toalla doblada sobre el estante y acomodó su bata de algodón junto a la puerta corrediza de la ducha. Inmersa en ese sentimiento de extraña nostalgia, no comprendía esa sensación de no pertenecer, de encontrarse en un lugar desconocido, un espacio perdido. Y mientras iba sintiendo las primeras gotas de agua resbalando por su frente no pudo evitar recordar la brisa fresca que llenaba sus pulmones durante el sueño en el Edén

## CAPÍTULO II.

El teléfono móvil sonaba con urgencia desde el interior de su bolso de piel café. Montserrat escuchó el timbre agudo e insistente mientras terminaba de acomodarse el cabello en una perfecta cebolla de bailarina. Consultó el reloj con un rápido movimiento de su muñeca, percatándose de que daban cuarto para las ocho; “¡malditas prisas!” agilizó el paso refunfuñando un par de palabrotas, ya que aunque no tenía el tiempo a su favor, siempre se había esmerado en lucir impecable para sus presentaciones. Se detuvo unos momentos para observar su figura esbelta frente al espejo, parándose erguida, observando detalladamente su blusa de satén color malva para cerciorarse de que no tuviera ninguna arruga. Con la misma mirada inquisidora dirigió su atención al maquillaje, unas sombras de tonalidades suaves para mantener la imagen profesional, y un delineador delgado para resaltar sus expresivos ojos marrones. Añadió un último toque de rubor en sus mejillas y se precipitó al guardarropa, de donde salió minutos más tarde con un cárdigan sobre los hombros y un zapato de tacón en la mano. Su frustración continuó incrementando al igual que la intensidad de la música del teléfono que resonaba nuevamente desde la sala, haciendo eco en su cabeza junto con el débil susurro de las manecillas del reloj que se iba comiendo los segundos con una velocidad voraz.

Después de una exhaustiva lucha con el edredón nórdico que colgaba de su cama desarreglada, apareció el zapato fugitivo, escondido tras un par de cojines decorativos con estampados florales que contrastaban significativamente con los colores monótonos de las paredes de su recámara. Se regaló unos instantes para disfrutar la satisfacción momentánea que

su infantil victoria le brindaba en esa estresante mañana de mayo, después se levantó y se dirigió en estampida hacia la puerta. Otro día más en el que comenzaba la rutina caótica, donde tendría que caminar calle arriba, combatiendo a media ciudad por un pedazo de acera, esperando fervientemente el poder llegar puntual a su destino.

Afuera el calor se sentía en los poros, y se manifestaba en la energía de los transeúntes malhumorados, y en el rugido metálico del motor de los taxistas varados en la avenida. Montserrat no se podía quejar, el complejo de apartamentos en el que vivía le ofrecía las comodidades que deseara, además de contar con una vista monumental de la ciudad desde la terraza. Estaba en una localidad privilegiada, rodeada de restaurantes concurridos: desde novedosos bares estudiantiles hasta cocina gourmet de diferentes lugares del mundo. Era un área vibrante, con personalidades extravagantes y estilos estrambóticos. Si se caminaba hacia el norte de la avenida Broadway se podían encontrar personajes de vestimenta oscura y ajustada, adornados con cabellos coloridos saliendo de la estética de Lucio Beristani. Un par de locales adelante se encontraba el gimnasio, donde pululaban los jóvenes de musculatura alterada, sin faltar los diminutos shorts que por la exactitud con la que se pegaban al cuerpo femenino, provocaban la sensación de querer rogar a un ser supremo para que regresaran aquellos días en el que se tenía la decencia de intentar invocar a una imaginación menos oxidada.

No obstante al ajetreo curioso y completamente cautivante a su alrededor, Montserrat se desplazaba con movimientos robóticos, haciendo que el escenario de cultura, arte y farándula se convirtiera en un manchón borroso que se perdía tras miradas ausentes en el rabillo del ojo. Disminuyó el paso para integrarse a la marea de espaldas anchas y cabellos despeinados que descendían al unísono por las empinadas escaleras que llevaban al tren subterráneo. Sentía la

respiración cansada del hombre sudoroso y regordete impacientándose a su espalda, sacó su cartera con recelo, deslizó su pase de tranvía y continuó con prisa, escabulléndose entre la multitud que esperaba abordar el próximo tren.

Con suerte encontró un compartimiento con lugares disponibles, y con la agilidad de una gacela acometió contra las puertas plateadas que se abrían con un sonido desinflado. Donde zigzagueó hábilmente entre los pasajeros que descendían, y esquivó los postes metálicos que atravesaban el angosto pasillo para conseguir un asiento en la esquina superior, lejos del amontonamiento en el centro donde se restregaban cuerpo contra cuerpo y empañaban las ventanas con la desesperación que exhalaba de sus pulmones. Como animales enjaulados, impulsados por el simple instinto de ser los primeros en probar la libertad en la próxima parada, de ganarle dos segundos a la vida que se escapaba entre mañanas fugaces, tardes claustrofóbicas y noches de mal dormir.

La voz rasposa en la bocina que anunciaba el próximo destino quedó silenciada por el bramido de la máquina al iniciar su marcha entre los oscuros túneles que recorrían el subsuelo de la ciudad de Nueva York. Montserrat aprovechó para relajarse un poco, estirar las piernas y masajear sus pantorrillas entumecidas que comenzaban a resentir la carrera de obstáculos a la que se había enfrentado desde que salió de su departamento. Al recordar las actividades de la mañana vino a su mente el incesante timbre del teléfono, e inmediatamente buscó en el pequeño compartimiento de su bolsa donde guardaba el aparato. Los dedos flacos y alargados rozaron la pantalla donde aparecía una larga lista de notificaciones de redes sociales, mensajes, correos electrónicos, y una cantidad de llamadas de su padre. Observó el ícono parpadeando en el



teléfono y, tras unos segundos de indecisión, decidió escuchar la grabación que le dejó en la última llamada.

“Montse, espero que no estés dormida a estas horas del día. Tu madre lleva días tratando de comunicarse contigo, quiere saber tus planes para el verano; más bien quiere saber si vas a pasar las vacaciones en México con la familia. Ya le dije que no necee pero ya sabes cómo es tu madre. Tú ni te preocupes por eso, ahorita lo importante es que te concentres en el posgrado y que le avances a las materias lo más rápido posible. Quiero que te enfoques Montse, ya no te pienso andar pagando más chistecitos como el de Francia el verano pasado. Concéntrate en las clases, ya habrá tiempo para distracciones o esos “hobbies”, así como tú dices, cuando tengas el diploma enmarcado en tu oficina. Por cierto, ya tengo visto el espacio que pienso remodelar ya cuando te gradúes, le voy a poner ventanales enormes, vas a tener una vista preciosa del ángel y el Castillo de Chapultepec al fondo. Bueno, tengo que ir a una junta, mucha suerte hija. Cuando tengas tiempo háblale a tu madre para que la apacigües ...”

No dejó que terminara la grabación, soltó un bufido que sobresaltó a la anciana que cabeceaba junto a la ventana en el asiento de adelante, y tras enfrentarse a la mirada de reproche de la mujer, refundió el móvil en lo más profundo de su bolso, tirando del cierre con una fuerza innecesaria, hecho que provocó que los cabellos algodonados de la escandalizada viejecita giraran de un lado al otro con gesto reprobatorio. Montserrat volvió el cuerpo y decidió ocupar su mente y los pocos minutos que le quedaban en prepararse para la presentación de su proyecto final. Una repentina angustia la obligó a cerciorarse una vez más que llevara consigo la memoria USB, localizó el pequeño dispositivo en una discreta sección dentro de su bolso destinada para los lentes de sol, y ya con el ataque de pánico bajo control decidió repasar sus notas, teniendo

sumo cuidado en mantener el orden de las tarjetas para que la información fluyera sin problemas a la hora de exponer su trabajo, un requisito más en sus tantos trastornos compulsivos derivados del perfeccionismo y otras tantas obsesiones.

El tren siguió su marcha de costumbre, gente bajaba, más gente subía. Tres paradas después, Montserrat descendió del subterráneo y se integró con paso rápido al grupo de neoyorquinos que, como ella, transitaban al norte de la calle Broadway con el ceño fruncido y la frente sudorosa. Sentía el reloj susurrarle los segundos cuando dobló en la calle 116 y se adentró a la Universidad de Columbia, agradeciendo la sombra que le regalaba la hilera de árboles que flanqueaba el angosto camino entre el edificio de Periodismo y el edificio de la escuela de Arte. Aceleró el paso cuando se encontraba frente a la plaza Low, el lugar predilecto de los estudiantes para socializar, degustar un ligero almuerzo al aire libre, y aprovechar el clima recostados con un buen libro, o amenizando el tiempo libre con canciones y bailes espontáneos. Dio un último vistazo a ese ambiente de plácida serenidad y continuó con su ajetreada marcha al edificio de empresariales. Pronto comenzó a sentir un vacío que irradiaba desde lo más profundo de sus entrañas, conforme se fue acercando fue sintiendo un amargo salivar en su boca, y sus manos sudorosas temblaban al compás de los movimientos presurosos de su impecable pantalón sastre.

Al pasar por la capilla de San Pablo se detuvo unos instantes, dubitativa se acercó a los arbustos que rodeaban la entrada y leyó la inscripción *Pro Ecclesia Dei* sobre las tres columnas que adornaban el pórtico de la capilla. La invadió una necesidad incomprensible por desahogar sus penas, compartir esa extraña aflicción que la había venido atormentando los últimos días, y pedir ayuda divina para que la guiara y le diera fuerza para afrontar los obstáculos que se le presentaran. Sin embargo, optó por seguir caminando con la cabeza baja. Su rostro demostraba

aprensión, pero su mente intentaba recordar la última vez que se sentó un domingo por la tarde para escuchar al sacerdote durante la misa. Tenía recuerdos vagos de su niñez, ir a la iglesia de la mano de su madre, y su hermana Desireé sujetando fuertemente el brazo de su padre. Las dos con vestidos similares de algodón y un moño exageradamente grande y bromoso para sus pequeñas cabecitas. Recordaba a su madre recitar palabras con una entonación monótona y aburrida, y a su padre morderse las uñas y mirarse los zapatos, pero lo que más llevaba presente en su memoria eran los regaños que recibía de su madre al salir de la iglesia por su falta de tacto al quedarse dormida en la eucaristía. A su corta edad no entendía el enojo de su madre ni la importancia de ir a sentarse una hora en una banca a escuchar y repetir las mismas frases una y otra vez, y cada vez que le ganaba la curiosidad y preguntaba “¿Mami, por qué tenemos que ir a misa?” le respondían con un tajante “¡Porque yo lo digo!” que daba fin a cualquier conversación al respecto. Y después de tantos años, de atravesar una sequía espiritual en la que rezaba una vez al año, acompañando a su abuelita en la tradición de acostar al niño Dios en el pesebre Navideño, después de tanta ausencia, pretendía pedir ayuda para librarse de los finales y las noches de insomnio. Con un poco de vergüenza y resignación tuvo que aceptar una verdad que aprendió desde pequeña pero nunca había terminado de comprender: Dios no estaba para atender los caprichos de una oveja perdida y preguntona que se había alejado del rebaño sagrado hace tantos años atrás. El camino a la salvación se debía seguir con los ojos cerrados, y no había cabida para unos curiosos ojos marrones que querían ver más de lo permitido.

Levantó la cabeza e inmediatamente vio cómo se alzaba frente a ella la imponente estructura de la facultad de empresariales, con las ventanas hundidas y una fachada demasiado geométrica para agrandar a la vista. No pudo evitar sentir esa extraña sensación que sulfuraba desde su interior cada que se aproximaba al edificio, era como si estuviera entrando a una cárcel,

una cárcel muy costosa, con un exquisito jardín rodeado de grandes bancas color marfil colocadas frente a elaborados arbustos ornamentales. Soltó un último suspiro antes de subir el par de peldaños que llevaban a la entrada de la fortaleza, y con el corazón palpitándole como un colibrí se dirigió a su clase sobre el Entorno Económico Mundial, donde esperaba que sus notas enumeradas y su apariencia pulcra y profesional fueran suficientes armas para exponer de manera convincente sus ideas, pero más importante para disimular su falta de interés y el aborrecimiento que en secreto le provocaban los números, estrategias de mercado, y los negocios en general. La economía mundial podía irse al carajo, y Montserrat la mandaría con gusto si eso le garantizara la libertad a millones de personas que vivían bajo la opresión y la tiranía. Desgraciadamente sabía que no era el caso, para evitar el autoritarismo se necesitaba una voz con la fortaleza suficiente para romper cadenas, y con un eco tan potente que fuera capaz de erradicar los miedos desde las raíces más profundas hasta los rincones más lejanos. Esa voz debía de emanar de un individuo libre, con identidad firme e ideales inquebrantables... Y mientras su mente continuaba absorta en sus cavilaciones secretas, su mano, como un reflejo, alcanzó la perilla del aula, mientras su cuerpo ingresaba sumiso a la celda que la mantendría confinada por los siguientes noventa minutos, donde su boca continuaría saboreando la amargura de su saliva y donde recurriría nuevamente a la máscara de sonrisas gentiles para silenciar las ganas de vaciar sus pulmones en un grito de rabia e incoherencias y salir huyendo de ahí.

### CAPÍTULO III

Horas después, Montserrat se encontraba en el área común, sentada en una mesa apartada del bullicio de la cafetería, intentando despejar su mente de los estresantes acontecimientos matutinos. Una vez que los nervios y la adrenalina habían salido de su cuerpo, su lugar fue reemplazado por una horrible jaqueca acompañada de un zumbido en los oídos, agudo y penetrante que sólo empezó a ceder tras la segunda taza de café de soya con doble *shot* de expreso. Un remedio que le había resultado infalible para los malestares y el agotamiento que se presentaban cada semestre durante la semana de exámenes finales.

Le dio otro sorbo a su bebida a la vez que su mirada se vio acaparada por un par de estudiantes que pasaban frente a su mesa. Entre una charla simple y algunos intentos fallidos con la cinta adhesiva, colocaron un volante en la pared anunciando una exposición de arte en el teatro Miller. La mujer con la cinta en la mano dio un par de pasos atrás para inspeccionar que la posición del volante hubiera sido la correcta, quedando a la par de la silla de Montserrat. Tras unos segundos quedó convencida, volteando triunfante para observar a Montserrat, quien al igual que ella estaba inmersa en el anuncio en la pared. Al ver su interés le entregó un folleto, y con una amplia sonrisa dijo “espero que puedas acompañarnos, hay que apoyar al nuevo talento, ¿no crees?” Montserrat observó cómo se iban ambos estudiantes entre risas y cuchicheos a pegar otro volante un par de mesas más adelante, y a pesar de que se había prometido no pensar en las eventualidades de la mañana, en su mente volvieron a hacer eco las palabras de su padre << Ya no te pienso andar pagando más chistecitos como el de Francia el verano pasado... Ya habrá

tiempo para tus hobbies cuando tengas el diploma enmarcado en tu oficina...>> Pronto sintió cómo la rabia le invadía el cuerpo, incendiándole las mejillas. Sin poder evitarlo comenzaron a rodar las lágrimas, dejando en su rostro manchas de coraje y rímel negro. <<Sólo en una, en una clase de Arte Contemporáneo me matriculé durante el verano, después de cumplir con todos los requisitos, exámenes y proyectos que me exigían en el programa de posgrado. ¿Qué acaso es un crimen el querer cumplir un sueño, después de hacer tanto esfuerzo por cumplir el de los demás? >> pensaba Montserrat, mientras sus labios le reprochaban una y otra vez “¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo piensas luchar por tu libertad?”

Invadida de rabia y de impotencia, su mirada seguía fija en aquel anuncio de la exposición de arte. Se imaginaba el orgullo de aquella mujer al mostrar sus más preciadas obras frente a una audiencia que apreciaba su trabajo, su talento. Si tan sólo pudiera experimentar ella misma la satisfacción de exponer su propio arte sin temor al rechazo, desnudar el alma y compartir las creaciones de una mente con ansias de libertad y delirios de grandeza, presentar ideas que surgían entre sueños y se materializaban en óleo, sudor y lágrimas. Si tuviera el valor de pararse frente al mundo y exclamar con toda la fuerza de su garganta “ ¡esto es lo que amo, esto es lo que me da vida!” Echar a un lado las críticas y la oposición, vivir de la vida y desplegar su dicha en cada esquina y cada pared, repartiendo folletos de sus triunfos a los pobres desgraciados que intentan sobrevivir a su miserable rutina una taza de café a la vez.

Tristemente su realidad era distinta, sus únicas exposiciones eran de gráficas, tablas y porcentajes que intentaban solucionar una crisis económica que había sido manipulada y aprovechada por altos funcionarios del gobierno. Las imágenes que presentaba eran computarizadas, sin color, expuestas mediante un proyector que por más innovaciones

tecnológicas que poseyera no podía hacer vibrar los números, su media luz no lograba quitar la frialdad de las paredes y su asombrosa resolución ni las impresionantes monerías de su control remoto lograban amenizar la hostilidad de la atmósfera en el aula que escuchaba en silencio mientras concluía otra tediosa presentación. El alivio que sentía Montserrat al terminar cada semestre se asemejaba más al que sentía un campesino al terminar la jornada después de haber cargando bultos pesados desde el alba, en lugar de experimentar la satisfacción de estar tan cerca de poder acariciar un nuevo triunfo en su carrera.

Ahí sentada no podía evitar recordar esos angustiosos momentos que vivió durante su presentación. Su esfuerzo fue escrutado por un hombre de inteligencia prodigiosa, cejas pobladas y nariz aguileña postrada sobre un bigote tupido que rebotaba constantemente para festejar los chistes y comentarios misóginos sobre la presencia de las mujeres en puestos importantes en el mercado internacional. Ella hablaba, y citaba distintas teorías de economía para respaldar su trabajo. Su investigación fue impecable, sus graficas y porcentajes exactos, las notas la guiaron sin tropiezos durante cada segundo de la presentación, toda una profesional responsable, preparada y sin un cabello fuera de su cebolla de bailarina. Sin embargo, no logró sentir ni la más remota dicha o la mínima felicidad que si acaso se acercara a la que sintió al fantasear con la idea de participar en la exposición de arte. Su boca terminó seca y con un sabor más amargo que antes de entrar al aula. La audiencia a su alrededor la observaba con miradas ausentes, la espalda encorvada y un semblante de antipatía que le provocaba un enervante impulso de querer incrustarles en la cara sus perfectas notas, sin importar que se perdiera el orden de la información en las diapositivas. Pero lo que la terminó sacando de quicio fue observar el rostro indiferente del erudito mordisqueándose los bigotes, con el ceño fruncido y golpeando con la punta de sus dedos

el escritorio, con movimientos rítmicos que semejaban el galopar de un viejo semental después de un largo viaje.

El resto de la clase continuó sin sobresaltos, el profesor hizo un par de observaciones que se estrellaron en oídos sordos y se perdieron entre las paredes interminablemente blancas. Montserrat asentía en silencio sin prestar atención alguna, las pocas energías que le quedaban se concentraron en una extraña fijación con esos malditos bigotes socarrones. Los veía moverse con odio, sentía que la juzgaban, que se mofaban de su impecable desempeño, y reducían su participación a una simple propuesta ingeniosa de una colegiala que creía que todavía se podía salvar al mundo de sus demonios más antiguos. Después de unos minutos se dio cuenta que la atención de la clase se había desviado a una de las discusiones de costumbre, donde las grandiosas mentes varoniles del posgrado intercambiaban argumentos con los que intentaban encontrar a los culpables de la terrible crisis económica del 2008, y mientras se acaloraba la conversación al relucir el tema del triángulo de verdugos conformado por el gobierno, los bancos y los inversionistas, Montserrat no pudo más que cuestionarse en silencio << ¿Si no logro que un grupo de quince personas educadas y cabales escuchen una idea y logren llegar a un acuerdo para resolver un problema ficticio, ¿qué esperanzas tiene la humanidad de que miles, millones de personas se escuchen unos a otros para solucionar una crisis mundial? Supongo que es más sencillo lanzarnos misiles y dejar que la diplomacia del ejército más fuerte decida nuestro futuro... >>

Después de haber estado un tiempo inmersa en sus cavilaciones desde la lejanía de su mesa en el área común, escuchó una voz ronca y familiar hablándole a su espalda.



– ¿Está ocupada ésta silla? – preguntó un joven rubio, de facciones predominantes y un marcado acento extranjero.

Sin duda alguna, al voltear estaba su amigo Igor, un estudiante de intercambio con el que había tenido la oportunidad de convivir en varias clases desde que comenzó a estudiar el posgrado.

– Adelante – le respondió en voz baja y con un ademán le señaló la silla desocupada junto a ella.

– Dudé en acercarme, no sabía si estabas dormida, despierta o en coma, – bromeó el alemán mientras atiborraba la mesa con un montón de documentos maltratados, repletos de notas, marcas de tinta y otros tantos garabatos escritos en las esquinas, – supongo que los finales nos tienen muertos a todos...”

– No tienes idea, – respondió Montserrat mientras le daba el último sorbo a su café.

Ella e Igor se conocieron en una clase de Economía de Empresas durante su primer semestre de posgrado. Uno de los requisitos era presentar un trabajo en equipo que reemplazaría el examen final, ambos fueron asignados para desarrollar un plan de negocios, junto con el presupuesto, para rescatar una empresa automotriz de la quiebra. Fue una clase difícil, en la que se enfrentaron y contradijeron constantemente a lo largo del proyecto hasta llegar a fuertes desacuerdos que terminaron en obscenidades. Por fortuna ninguno de los dos entendió del todo sus ofensas, ya que se expresaban en diferentes lenguas, y al final del semestre lograron rescatar una buena calificación y un mutuo respeto por su trabajo. Desde un principio Montserrat sintió una gran admiración por la tenacidad de Igor para defender sus ideas y su impresionante

inteligencia y visión en el mundo de los negocios. Al pasar la tensión que provocó entre ellos ese primer proyecto final, y conforme fueron coincidiendo en diferentes clases a lo largo del posgrado, ambos dejaron a un lado sus diferencias y lograron cultivar una gran amistad. Al encontrarse los dos viviendo fuera de su país de origen, conviviendo en una cultura distinta y sufriendo constantemente la nostalgia que provocaba la distancia y la soledad, se convertía en un alivio, un proceso casi terapéutico el contarse sobre sus vidas, sus costumbres más arraigadas y revivir con anécdotas alegres cada histórico detalle de sus variadas tradiciones. A Montserrat le simpatizaba el humor crudo de Igor, envidiaba en secreto su fortaleza y esa admirable personalidad extrovertida; incluso aprendió a apreciar esa franqueza que algunos podrían confundir con impertinencia. Siempre tenía una respuesta para toda clase de tema, ya fuera arte, historia, política o religión. Y era algo fascinante escucharlo explayar sus ideas radicales sobre el imperialismo y los efectos que la globalización y las empresas multinacionales causan en poblaciones pequeñas y sobre todo en sus humildes productores. “Por eso en Alemania no permitimos la invasión de Walmart ni cadenas similares. Ningún monopolio yanqui va a venir a inmiscuir en nuestro mercado sus baratijas cuando los productores locales pueden abastecer nuestras comunidades con mejores productos,” se llenaba la boca de orgullo el alemán, causando un verdadero caos en la conversación pues los presentes se ofendían, se acaloraban, y continuaban discutiendo y defendiendo argumentos que no tenían ni razón ni fin.

Media hora después de la llegada inesperada de Igor a su mesa en el área común, Montserrat recordó que tenía que ir a presentar unos documentos a la oficina de estudiantes internacionales. Llevaba semanas evadiendo esa vuelta, el edificio quedaba al extremo opuesto de la universidad, y además de que no estaba muy familiarizada con esa zona del campus, ninguna de las visitas previas a esa oficina le había resultado del todo agradable. Sin embargo,

ese día tocó la suerte de que Igor también había pospuesto la cita para llevar su pasaporte y documentos de inmigración, y necesitaba urgentemente la firma de la directora del departamento. “Sirve que nos damos valor mutuamente en el camino,” bromearon mientras terminaban de guardar los papeles que tenían sobre la mesa.

Y, en realidad, sí consiguieron hacer más amena esa larga caminata a la oficina de estudiantes internacionales. Montserrat hacía un esfuerzo por mantener el paso del alemán, pues midiendo alrededor del metro y noventa centímetros, una zancada cubría más que lo que tres pasitos presurosos que ella lograban. Gracias a la gran variedad de personalidades que desfilaban diariamente por los pasillos de la Universidad de Columbia, lograron mantener distintos temas de conversación que constantemente terminaban con una sonora carcajada que causaba la desconfianza de los que caminaban alrededor, recriminando su comportamiento con la mirada. Al acercarse al repudiado edificio se percataron de que había un pequeño grupo con pancartas que intentaba llamar la atención y conseguir más apoyo para la tan aclamada reforma migratoria.

– ¿Me pregunto qué tanta ayuda piensan conseguir enfrente de este edificio? Aquí sólo hay funcionarios malencarados que pasan sus tardes llenando formas y maquinando diferentes maneras de acosar a estudiantes extranjeros, – las palabras brotaron como veneno de los labios de Montserrat, con suficiente amargura para denotar la inconformidad ante la injusticia y el atropello.

– ¿Quién es más culpable, el iluso o el ignorante? – preguntó Igor con sus intensos ojos grises fijos en ella, pero al ver que Montserrat lo miraba en silencio y con recelo continuó con la explicación. – El iluso crea fantasías para arreglar las porquerías que suceden a su alrededor, su culpa comienza cuando logra vender esas fantasías a gente necesitada para después dejarlos en

una realidad más oscura y desolada que en la que se encontraban. El ignorante sigue órdenes, no le interesa la legalidad o calidad moral de sus acciones, y su culpabilidad queda en un constante dilema pues existirá siempre el argumento de que no estaban completamente informados, aunque si me preguntan a mí la característica que los condena es la falta de empatía con el resto de la humanidad.

Continuaron caminando hacia el edificio, reflexionando en silencio mientras se dirigían al elevador que los llevaría al tercer piso. Al entrar a la oficina inmediatamente los atendió una secretaria que les tomó el nombre, número de identificación de la universidad, y la razón de su visita. Un par de minutos más tarde salió una mujer con un expediente en su mano regordeta y se dirigió a ellos con una voz áspera, el ceño fruncido y la nariz arrugada:

– Igor tienes más de un semestre sin presentarte, necesito que me acompañes para verificar tus documentos y comprobar que tu información esté correcta y hayas cumplido con los requisitos de tus clases. En lo que corresponde a ti, – volvió su mirada acusatoria a Montserrat – está por vencer tu permiso para estudiar, en un momento te atenderá una asesora para darte una lista de los documentos que necesitas traer para iniciar el trámite de renovación, si es que lo aprueban claro. – La mujer se retiró a un cubículo al final del pasillo.

– Ahora me van a hacer llenar un sinfín de formularios para “recaudar” mi información: dirección, teléfono, e-mail, cuentas de banco, frecuencia con la que visito a mi país; ¡Dios, alguien explíqueles lo que es la privacidad! – expresó Igor con un dejo de desesperación en su voz.

– Ya, no te sulfures, sólo quieren asegurarse de que no estés trabajando ilegalmente en el país, con que enseñes tus calificaciones perfectas va a ser suficiente, – le contestó Montserrat en tono amable para intentar calmarlo.

– Como si el propósito de uno fuera gastar miles de dólares en colegiaturas, vivienda y visas especiales para venir aquí a cocinar hamburguesas. ¡Hablando de ilusos e ignorantes! Si yo tuviera como tú el don de que corriera el arte por mis venas, me iría a mi patria a llenarme con la magia de las pirámides y el encanto de los bosques, empaparía al mundo de rojo con el talento de mi sangre y le daría rienda suelta a la creatividad interminable en mi cabeza. Pero ¿quién es más culpable el iluso o el ignorante? ... – continuó vociferando mientras avanzaba por el pasillo, dejando a Montserrat pasmada en la salita de la recepción, siendo duramente escrutada por los ojos negros y punzantes de la secretaria, quien la observaba con fiereza detrás de su escritorio.

## CAPÍTULO IV

El camino de regreso a su apartamento se convirtió casi en un *dejavu* de mal gusto, donde Montserrat deambulaba una vez más entre los laberintos interminables de la ciudad de Nueva York. Observaba ausente a los estudiantes que charlaban enérgicos en los corredores de la universidad, balbuceaba disculpas vacías a los transeúntes presurosos con los que chocaba en la avenida. Su mente se encontraba saturada, como una esponja que reventaba de agua, al no lograr absorber tanta actividad a su alrededor. No lograba registrar la fachada de los edificios ni los sugestivos colores de los anuncios panorámicos. No percibía el extraño aroma de la ciudad por la tarde, ni escuchaba la sinfonía de risas, cláxones y ese protagonista barítono que sobresalía entre el monótono zumbido de la multitud.

Había intentado mantenerse ocupada desde que abrió la puerta de su departamento, pero tras ordenar su habitación, reacomodar su guardarropa y organizar los papeles sueltos y las carpetas que se apilaban en su librero, Montserrat agotó los pendientes del día. Lentamente regresó a su recámara, optó por cambiarse a unas prendas más cómodas, y al ver la hora se dirigió a la cocina para comenzar a preparar la cena. No sabía si estuvo diez segundos o diez minutos parada frente al refrigerador intentando decidir qué cocinar, pero el fastidio acumulado durante el día le había robado el apetito y terminó azotando la puerta con saña, y dando tremendas zancadas que se escucharon hasta el primer piso, fue a desplomarse al diván negro en el que se recostó en la madrugada. Hizo un intento por correr las persianas, pero el manotazo sólo logró que chocaran unas con otras provocando un estallido ensordecedor que continuó

haciendo eco en las paredes de la salita de estar. Montserrat encogió los pies, posicionando su cuerpo en un ovillo mientras se apretaba duramente la cabeza con las palmas de las manos. Su mal humor acrecentaba cada segundo, su respiración se entrecortaba y no terminaba de entender esa agobiante frustración que gobernaba sus sentidos. La habían reducido a una estatua, cartón, sólo quedaba la cáscara de lo que fue. “¿Qué está pasando contigo?” gritaba Montserrat en plena crisis existencial, estirándose los cabellos humedecidos por las lágrimas que fluían en torrentes sobre sus mejillas rosadas. Dentro de su cabeza daban vuelta una maraña de ideas, haciendo imposible hilar pensamientos que la llevaran a un razonamiento lógico de la situación. Aparecieron nuevamente los sueños que la torturaban con lugares utópicos de belleza infinita donde se respiraba paz. Volvía a escuchar las recriminaciones de su padre y la cólera que irradiaba de su ser llegaba a un punto máximo cuando aparecía ante sus ojos el rostro arrogante de su profesor, burlándose con ese bigote repulsivo y haciendo ese irritante sonido con el golpeteo de sus dedos.

Comenzó a hiperventilar, sus pupilas se dilataron y sentía cómo sus pulmones se vaciaban completamente, exprimiéndole la vida con cada segundo angustiante que pasaba. Corrió desenfadada al baño, abrió de golpe el botiquín y escuchó el ruido del espejo al estrellarse violentamente contra la pared. Con manos temblorosas buscó las pastillas para la ansiedad y, tras tragarse el doble de la dosis recomendada, apoyó su cuerpo contra el lavabo, sujetándose fuertemente mientras lograba controlar las violentas sacudidas que le recorrían el cuerpo.

Después de unos minutos que le parecieron horas, Montserrat comenzó a sentir el aire nuevamente circular en sus pulmones. Hizo el intento de incorporarse lentamente, todavía se

sentía algo mareada, y su visión continuaba nublada debido a su debilidad. Cerró suavemente la puerta del botiquín, el espejo se encontraba destrozado en cientos de pedazos que variaban en formas y tamaños, desprendiéndose poco a poco para terminar de hacerse añicos al chocar contra el frío azulejo gris a los pies del lavabo. Montserrat observó en silencio su reflejo fragmentado, su semblante pálido y cansado contrastaba con lo enrojecido de sus ojos hinchados por tanto llanto. Giró un poco la cabeza con curiosidad morbosa y observó cómo las líneas del espejo le dividían la cara, desfigurándole el rostro y dejándola con la certeza de que estaba viendo su reflejo por primera vez.

“¿Quién soy?” preguntó con voz ronca mientras intentaba encontrar la respuesta en la profundidad de sus ojos marrones. “No pertenezco en los negocios,” el amargo recuerdo de la presentación en su clase de economía se le vino a la mente. “No pertenezco en una empresa,” el coraje volvía a agujonearle en las venas al imaginar que su padre la seguiría controlando en la oficina lujosa con vista panorámica del Castillo de Chapultepec. “No pertenezco en el mundo del arte,” los cuadros sombríos e inconclusos en el estudio la hicieron comprender que estaba lejos de pavonearse dichosa en una exposición, repartir folletos y llenar salones con sus obras como lo hacía aquella estudiante en el área común. “¿Quién soy?” Se repetía frente al espejo una y otra vez “¿Quién soy?”...

El timbre del teléfono sonando insistente desde la sala fue lo que logró sacarla de su ensimismamiento. Se aproximó con paso lento y movimientos algo atolondrados como resultado del medicamento, se paró frente a la mesita donde se encontraba el aparato y alargó la mano para contestar, pero al ver el número en la pantalla se le tensaron los músculos y quedó inmobilizada, dejando que la atmósfera se llenara con la musicalidad irritante de las campanillas del timbre.



No, no estaba lista para hablar con su madre y, a juzgar por la hora, su padre no tardaba en llegar a la casa, y un enfrentamiento con él sería completamente devastador en este momento. Querrían saber cómo le fue en sus trabajos finales, y estaba emocionalmente exhausta como para recrear un escenario idóneo donde su participación hubiera sido todo un éxito en el aula, donde sus compañeros ovacionaban sus ideas y el profesor contribuía con un par de sugerencias mínimas a su majestuosa presentación. Era desgastante mantener una farsa, y más desgastante iba ser intentar recaudar la interminable lista de documentos requeridos para la renovación de su permiso para estudiar. El conseguir los estados financieros que demostraban solvencia económica para mantener su colegiatura y estilo de vida no era problema, el verdadero reto iba a ser el explicarle a su padre el por qué iba a tardar otro semestre en terminar el posgrado. Eso no era lo acordado, él ya tenía la oficina y ella no estaba cumpliendo con el contrato.

Montserrat comenzó a caminar en círculos, no lograba ordenar sus ideas. Observaba recelosa la imagen parpadeado en la pantalla de su teléfono móvil que anunciaba que tenía un nuevo mensaje de voz. “ ¡Es que yo no pertenezco aquí!” Lo sabían sus compañeros antipáticos, lo sabían sus displicentes profesores, lo sabía la empleada hostil de la oficina de estudiantes internacionales y lo sabía el grupo de personas sosteniendo carteles y gritando por justicia para la reforma migratoria; viendo cómo entraba y salía del edificio enemigo, decenas de miradas juzgando severamente cada uno de sus pasos: “¡Tú no perteneces aquí!”

Desesperada comenzó a sentir una inexplicable necesidad de salir corriendo, desaparecer, encontrar un lugar dónde despejar su mente y reencontrarse a sí misma. Tropezó con la mesa junto al diván y la fotografía que la adornaba cayó al suelo. Montserrat se detuvo, la tomó entre las manos y se perdió unos segundos recordando ese momento. Fue el último viaje que hicieron

todos juntos a la hacienda familiar, el último viaje antes de que falleciera su abuelo. La familia completa, sonriendo, sosteniendo unos arbustos de zarzamoras que habían comprado para plantar en la hacienda, rodeados de un paisaje verde y al fondo se veía cómo iba bajando el cerro, decorado de casitas diminutas que rodeaban la hermosa parroquia de Santa María Magdalena. Un brillo inesperado cruzó por sus ojos, y en su mente hizo eco la voz de su amigo Igor “Si yo tuviera como tú el don de que corriera el arte por mis venas, me iría a mi patria a llenarme con la magia de las pirámides y el encanto de los bosques” ... Sin pensarlo dos veces salió disparada a su dormitorio, puso dos maletas grandes sobre su cama y en un impulso comenzó a llenarlas de ropa, zapatos, y todo lo necesario para sobrevivir un par de semanas o meses lejos de ahí. Todavía no tenía todo planeado en su cabeza, pero de algo sí estaba segura, no volvería sin haber respondido esa pregunta que tanto la atormentaba; ¿Quién soy?

## CAPÍTULO V

La madrugada del sábado se vio protagonizada por un conjunto de emociones e inseguridades que se debatían a muerte dentro del frágil y voluble ser de Montserrat. Avanzó temerosa y desvelada por el aeropuerto Newark, sus ojos devoraban impacientes los señalamientos en las paredes mientras sus manos se cerraban como coraza alrededor de sus pertenencias de valor y todas las que pudo acomodar en las dos maletas grandes que arrastraba con rudeza sobre el piso de porcelanato que adornaba el largo pasillo con diferentes tonalidades de gris, alternando el ambiente entre monótono y deprimente conforme avanzan los pasajeros.

Al llegar a la sala de abordar la presión comenzó a escalar, la sangre le bombeaba con premura por sus venas y su pecho brincaba con esfuerzo al intentar absorber el aire que se iba escarchando a su alrededor. Un segundo de pánico, donde el razonamiento le gritaba obscenidades por estar ahí, parada en medio del aeropuerto, a punto de mandar todo al demonio y tirar esos últimos años de estudios y desvelos a la basura. Un segundo de indecisión donde los miedos y la cobardía salieron a la superficie para susurrarle al oído las mismas palabras vacías que la mantuvieron viviendo en absoluta resignación durante tanto tiempo. El silencio se rompió con la voz ronca y adormilada que le anunciaba a los pasajeros del vuelo a la ciudad de Houston para que se prepararan para comenzar a abordar. Como si fuera obra del destino o una señal divina, la voz penetró sus oídos haciendo que se olvidara de sus miedos. Montserrat observó su pase de abordar y sonrió, por primera vez en mucho tiempo con una sonrisa auténtica y llena de júbilo, se levantó del incomodo asiento donde se encontraba y caminó erguida y segura. La

decisión estaba hecha, no aguantaba ni un segundo más de esa vida tan extraña y sofocante en la ciudad de Nueva York, y siguiendo una corazonada se desprendió de las cadenas que la aprisionaban y con un último suspiro para desahogar sus culpas se plantó frente a la señorita uniformada que saludaba amablemente detrás del mostrador, y entregó con gusto su boleto hacia la libertad.

Fue un viaje largo, lleno de contrariedades y unos cuantos cuestionamientos internos. La llegada a Houston fue cuestión de una rápida escala en la que tuvo que recurrir nuevamente a sus dotes neoyorquinos para poder saltar del lado opuesto del aeropuerto, encontrar lugar en el transporte interno que la llevaría a la terminal donde salían los vuelos internacionales, y llegar a tiempo para documentar sus maletas. Una verdadera hazaña que debía completar en menos de una hora, antes de que saliera el vuelo con destino a Veracruz. La carrera contra el tiempo y los pasajeros fue algo sencillo para Montserrat, lidiar con obstáculos similares era cuestión del día a día, aunque para ser sinceros, las personas que transitaban por el aeropuerto de Houston eran menos hostiles que las que uno se topaba en las calles de Nueva York, y eso si se tomaba en cuenta los estereotipos que se tienen sobre el temperamento de los tejanos. El verdadero reto fue al llegar a la sala de abordar, justo en el momento de mostrar su pasaporte junto con el boleto, con una fingida amabilidad en la voz le explicaron que por ser un vuelo internacional tenía que presentarse ante un oficial de inmigración para unos cuestionamientos de rutina, parte de un proceso burocrático para mantener vigilados a los extranjeros que residían legalmente en el país.

El hombre estaba sentado tras un cubículo que se veía muy reducido para un espécimen de su tamaño. Vestía el clásico uniforme azul marino, un azul tan oscuro que hacía que resaltara más la placa del lado izquierdo. Echó un vistazo rápido a Montserrat, con un movimiento

displicente de su mano le indicó que se sentara, y luego volvió su atención a los documentos sobre su escritorio. Pasaron diez minutos en los que el oficial mantuvo la mirada fija en la computadora, Montserrat miraba nerviosamente el reloj, estaba ansiosa por el retraso, la indiferencia, y algo angustiada por la posibilidad de perder el vuelo; incluso intentó confrontar al hombre un par de veces por ser tan inconsiderado con el tiempo de los demás, pero dejó que continuara el silencio incómodo en el que sólo se escuchaba esporádicamente el sonido del teclado y el rechinar de la silla cuando el oficial gestudo cambiaba su postura.

Otros cinco minutos transcurrieron antes de que volvieran a pedir los documentos de Montserrat. Ella, sabiendo la rutina de memoria, sacó sus visas, permisos, comprobantes de pagos de renta y servicios, cuentas de banco y hasta sus calificaciones y programa de estudios, seguidos por un dulce “Aquí tiene oficial Alanís,” un truco que había aprendido al tratar con empleados de inmigración, dirigirse gentilmente por su nombre además de asegurarse de que vieran su cautivadora sonrisa cuando comenzaran con los cuestionamientos. El oficial Alanís no fue la excepción, tras un par de vagas preguntas sobre sus estudios terminó cambiando completamente esa previa actitud indiferente, apresuró el procedimiento de la toma de huellas y hasta le soltó un cumplido al tomar la fotografía que guardaban en el sistema.

– Hubieras buscado un vuelo más cercano a la frontera, así salías de un aeropuerto mexicano a la ciudad de Veracruz. Te hubieras evitado tantas molestias, y eso sin mencionar todo el proceso que vas a tener que hacer para tramitar nuevamente tu permiso cuando regreses al país. – Le dijo con honesta preocupación en su voz. – Ten mi tarjeta, si tu vuelo de regreso hace escala aquí búscame y yo veré cómo te ayudo.

Montserrat se despidió del oficial con una sonrisa, agradeciéndole una y otra vez por su atención y su ayuda. Sin embargo, al guardar la tarjeta en su cartera sintió un extraño pinchazo en su interior, sensación que continuó al entregar su boleto en el mostrador y mientras escuchaba las instrucciones de las aeromozas antes de despegar. <<¿Es que realmente estoy despidiéndome de este lugar? ¿Acaso tengo alguna razón para volver? >> Se preguntaba para sus adentros mientras a los lejos escuchaba el ruido de las turbinas y su mirada se perdía en las imágenes que se desdibujaban del otro lado de su ventanilla.

## CAPÍTULO VI

El arribo a la ciudad de Veracruz fue una sorpresa desagradable para todos los pasajeros de vuelos internacionales, quienes fueron recibidos por una hilera de soldados con rifle en mano pidiéndoles documentación para aprobar su entrada al país, y en casos de jóvenes que cargaban equipaje de mano, exigían una búsqueda rápida de sus pertenencias. Montserrat avanzó en silencio mientras observaba cómo vaciaban de manera despótica la computadora portátil y un par de documentos pertenecientes al hombre que estaba sentado frente a ella en el avión. << Como si los verdaderos traficantes se vistieran de traje y movilizaran sus productos en maletines de piel que transportan sobre su lecho en un vuelo internacional >> Montserrat dejó escapar una risa irónica que causó la desconfianza del soldado malencarado de la entrada, quien después de unos instantes abrió la puerta y le permitió el paso con una mirada desdeñosa hasta perderla de vista al final del pasillo.

El resto del viaje lo continuó en autobús, no era prudente rentar un automóvil puesto que no estaba familiarizada con la carretera; además, eso alertaría a su familia ya que tendría que utilizar la tarjeta de crédito que estaba ligada a la cuenta de su padre y lo último que necesitaba era que la fueran a perseguir como niña chiquita hasta la hacienda familiar. No, lo que necesitaba era tiempo para pensar, alejarse de todo el desastre en que se había convertido su vida e intentar delinear su futuro con el espíritu sano y la cabeza fría. Fue así como se alejó de la zona costera, montada en un camión que olía a queso rancio, con asientos rasposos y tan empalmados que los pasajeros tenían que turnarse para poder respirar el aire maloliente que rondaba en el ambiente.

Desafortunadamente para Montserrat, la falta de espacio personal la obligó a escuchar la historia de las andanzas y reproches que vivió la mujer del asiento vecino durante su visita familiar. La historia se convirtió en un verdadero sermón de tres horas que recitó enérgicamente la señora, quien manoteaba con un fervor impresionante para sus desgastados brazos ya un tanto manchados por la edad y la rudeza con la que la había tratado la vida.

– No, no, dime Dolores, – le recordaba después de cada relato, mientras descansaba un poco antes de continuar con otra sarta de quejas y desaprobaciones. – Es que yo no entiendo esta juventud de ahora, no les interesa nada más que sus propias vidas, y eso es si les podemos llamar así siquiera. Son vidas simuladas por aparatejos con botones y pantallas. Que si quieren hablar con alguien le pican a un botón, que si quieren mandar un mensaje otro botón, si quieren saber algo ahí les aparece mágicamente en la pantalla del aparato ese. Dime tú, ¿dónde quedaron las tardes de visitas donde se platicaban las tragedias y las bendiciones acompañadas de un buen café con pan caliente? ¿Dónde quedó la urgencia por el contacto humano? Yo pienso y pienso y no entiendo en qué momento se acabaron los buenos tiempos donde explayabas tus sueños y preocupaciones en una carta con la que hacías llegar el cariño a tus allegados, por más lejos que se encontraran. Extraño las postales que me llegaban el día de las madres, o las fotos familiares que me regalaban con afecto las navidades. Ahora me dicen que está todo en el Internet, que haga el intento por aprender a usar la computadora, que con eso voy a estar cerca de todos. ¿Tú crees hija, cerca de todos? Muy a penas puedo ahorrar para un pasaje de autobús para poder verlos cada tantos meses, y ellos prefieren pagarme ese aparatejo que disque para estar al pendiente. Tal vez yo sea una vieja necia y anticuada, pero dime tú que estás joven y entiendes de estas cosas, ¿De verdad es más satisfactorio un te quiero lejano que se pierde entre bocinas y cables, o una fotografía de hermosos colores que aparece como con un hechizo en la pantalla,



pero tan frágil e inestable que desaparece con el roce de un botón? Dime tú hija, explícame por favor que yo ya no entiendo nada. – le pedía Dolores con insistencia mientras se acomodaba los lentes que le resbalaban hasta el filo de su nariz cada que movía rotundamente su cabeza, como si eso alejara la creciente consternación que la invadía por dentro.

Montserrat pensó en mil respuestas que pudieran convencer a Dolores de los beneficios de la tecnología o ya tan siquiera algo que pudiera consolar sus penas, pero no se le vino ni una sola a la mente. Con una tímida sonrisa que parecía más una mueca de tristeza la miró unos segundos hasta que el camión se detuvo inesperadamente, haciendo que la atención de ambas se concentrara en los hombres armados que subieron para interrogar al chofer y cuestionar a algunos pasajeros que se encontraban en los asientos del frente.

– Éstos dicen que son del ejército, míralos no tienen ningún escudo, ni un nombre bordado en ese uniforme disque militar, – comentó Dolores entre dientes mientras se acercaba uno de esos extraños soldados con un pasamontañas sobre su cabeza, dejando al descubierto una tez morena que rodeaba unos ojos igual de negros que las intenciones de aquellos tipos. – Una es vieja pero no tonta, en otro de mis viajes también nos detuvieron unos “soldados” como éstos y bajaron a varios muchachos, según eran extranjeros sin permisos, pero sabrá tú que habrá sido de ellos. Unos dicen que los están reclutando para las matanzas esas que traen con las drogas, otros que los buscan porque ya están mezclados en esos negocios de mala muerte, pero ve tú a saber. Aquí nadie sabe nada, y todos se enteran de todo, sólo nos hacemos los ciegos y los sordos, pero eso sí, rece y rece esperando que no llegue el día en que nos toque a nosotros.

Y así como dijo Dolores, los uniformados bajaron a un par de jóvenes que gritaban y se retorcían para que no los sacaran de sus asientos. Montserrat se quedó pasmada en su lugar, sus

ojos desorbitados recorrieron en un segundo decenas de rostros que se mantenían atónitos, incapaces de mover un sólo músculo y en ellos constató la impotencia que había escuchado en tantas historias y en tantos relatos que se le antojaban más como leyendas urbanas que parte de la realidad. Petrificada por el aroma a miedo que penetraba en el ambiente, se volvió muda al igual que el resto de los pasajeros, y de manera involuntaria agachó la cabeza mientras el chofer cerraba las puertas del autobús y los gritos se perdían entre el ruido del motor que arrancaba nuevamente. Incapaz de voltear a la ventana para observar qué sucedía con los jóvenes que bajaron, sin poder mirar otra cosa que no fueron sus nudillos tensándose fuertemente sobre sus rodillas. Y así, en el imperante silencio que se había apoderado violentamente de la atmósfera, Montserrat empezaba a cuestionar si se había equivocado una vez más al viajar a su hacienda familiar en busca de respuestas. Después de todo, tenía más de un año sin volver a su país, y unos cuantos más de no acercarse por estos rumbos. Nuevos miedos comenzaron a surgir en su interior ¿Quién le podía asegurar que allí iba a encontrar la respuesta que tanto buscaba? Y lo que más le aterraba era que su desesperación le estuviera jugando una mala broma, que sus recuerdos se hubieran convertido en un cruel espejismo, y que sus anhelos la hubieran traído a una realidad más aterradora que en la que se encontraba. Pero era muy tarde para retractarse, y aún más doloroso regresar sin haber hecho siquiera el intento de encontrarse, ya que si estaba comprobado que no encajaba allá y resultaba que tampoco cabía aquí, ¿en dónde iba a terminar por acoplarse y empezar a ser libre?

## CAPÍTULO VII

El autobús llegó a su destino al igual que el ocaso se posaba sobre los cerros que adornaban el paisaje con su zigzagueante danza de pinos y encinos, matizando el panorama con diferentes tonalidades de verde que se intercalaba con el interminable bermellón del horizonte. Sin embargo, a Montserrat aún le faltaba una última escala antes de poder descansar en la comodidad de la hacienda, y con la promesa de que volvería al pueblo para visitar a Dolores durante su estancia en la región, agarró sus maletas, y se subió en uno de los ocho taxis que esperaban pacientes a la orilla del camino.

La residencia familiar se encontraba en las afueras del pequeño pueblo de Altotonga, trece kilómetros al sur tomando la carretera 131 de Perote-Teziutlán. Montserrat no estaba completamente segura de a qué altura de la carretera se encontraba la entrada, pero bastó con que diera unas vagas direcciones y mencionara su apellido para que el taxista supiera el rumbo que debía seguir e identificara completamente su árbol genealógico, narrando historias sobre parientes que ni ella misma conocía. En cuestión de minutos, el taxi redujo la velocidad para adentrarse en una brecha demasiado angosta como para permitirle el paso a más de un automóvil a la vez.

– Si usted quiere puedo llevarle las maletas hasta la casa, – le dijo el hombre mientras sacaba el pesado equipaje de la cajuela.

– No es necesario, – le contestó Montserrat a la vez que sacaba de su bolso el dinero que acababa de cambiar a moneda mexicana durante su corta estancia en el aeropuerto de Veracruz, y con un último agradecimiento observó cómo se perdía el taxista en esa majestuosa vista de espesura boscosa que rodeaba la estrecha carretera que serpenteaba a 200 metros de la entrada principal de la casa, la cual estaba resguardada por una enorme reja originalmente color azabache, pero que a partir de la muerte de don Desiderio había ido decayendo al igual que la casa. El polvo y el moho se han ido instalando sobre las iniciales D. C. forjadas sobre la cerradura en el centro de la doble puerta de la reja. Insertó una llave alargada color plata que había sacado de un cierre escondido dentro de su bolso, dio dos giros rápidos de su muñeca y presionó ligeramente con su cuerpo hacia adelante, esa era la maña que había ido pasando el abuelo por generaciones, quien expresaba orgulloso: “¡Que sistema de seguridad ni que nada! Ningún ladronzuelo podrá entrar sin la técnica secreta de los Caballero.”

Soltó una débil risotada al percatarse que la puerta se abría tras realizar esa especial rutina, y no pudo más que coincidir con las palabras de su abuelo <<Ya sea por suerte o por costumbre, ninguna otra persona podrá entrar sin la técnica secreta de los Caballero.>>

La reja se cerró con un golpe sordo, Montserrat se acomodó el bolso, tomó con fuerza su equipaje, y se dispuso a avanzar por el camino central que llevaba a la entrada de la casa. Todo estaba como lo recordaba, tenía casi cinco años sin pisar la hacienda y todo parecía haberse estancado en el tiempo, aunque en el ambiente se respiraba algo sombrío, como si la casa todavía estuviera de luto, como si la ausencia de don Desiderio le hubiera pesado más que los 110 años que había sufrido y vivido para servir a la familia Caballero. El césped se mantenía igual de verde y húmedo alrededor del estrecho camino de piedra. Las flores se mecían en sincronía con

la fresca brisa entremezclada con la neblina que amenazaba con apoderarse del hermoso crepúsculo con el que culminaban los templados días de mayo, esparciendo el polen y mezclándolo con el triste aroma a soledad que emanaba de los árboles rígidos que decoraban fielmente el camino a la entrada principal.

Montserrat se detuvo unos instantes para contemplar aquella imponente estructura de estilo colonial. La casa seguía igual que desde que tenía uso de razón. Sus paredes se alzaban blancas como la cal, con vistas rojas que con el tiempo habían pasado al color de un oscuro terracota. La casa constaba de tres pisos, dos balcones por cada cuarto que permitían que la casa se mantuviera bien alumbrada durante el día, pero dejaban entrar el aire gélido durante la noche; además de una pequeña azotea que no servía más que para albergar palomas. En el centro de la casa, justo bajo el techo de teja roja, estaba escrito con letra mayúscula que abarcaba desde el techo hasta la primera ventana del tercer piso el nombre de Desiderio Caballero, el primer dueño de la hacienda construida en 1904, tatarabuelo de Montserrat del cual, por amenazas de su padre, no debía de preguntar nada sobre su historia. Lo único que había escuchado entre cuchicheos indiscretos de sus tías era que había muerto muy joven, dejando a su esposa, la famosa Mamá Conchita, a cargo de la casa y la botica, quien a pesar de la escasez y la inseguridad que se vivió tras la revolución, se ajustó fuertemente el rebozo y se antepuso a la época y los estigmas de una viuda indefensa para darle un futuro y una carrera a sus hijos y sus nietos. Fue gracias al esfuerzo de esta impresionante mujer que su abuelo terminó estudiando en Xalapa y de ahí consiguió un trabajo de planta en la empresa petrolera más importante del país. En esa época se estaban formando las primeras refinerías en el norte, así que su abuelo, Desiderio Caballero Hurtado, fue uno de los primeros petroleros que se conocieron y aún se reconocen en los homenajes y en

alguna ceremonia que organizan los políticos para pararse el cuello cuando hay cambio de gobierno en la ciudad.

Don Desiderio invirtió todo su sudor, orgullo y lágrimas los 35 años que estuvo a cargo de la refinería petrolera y fue gracias a su empleo y su dedicación, lo que le permitió juntar el suficiente dinero para recuperar la hacienda después de que Mamá Conchita enfermara y muriera, dejando la casa abandonada por casi 20 años, hasta después de la jubilación del abuelo Desiderio, ya que él se juró a sí mismo y a todos sus muertos que la restauraría. Fue así como regresó a Altotonga después de tantos años de ausencia, se le veía pasear en el pueblo comentando su nuevo proyecto por todos lados. Empezó por quitar la maleza y despejar nuevamente el camino de la entrada. Luego, en otra ida al pueblo, conoció a un empleado de la mueblería que resultó ser un gran carpintero, el joven Fermín, quien le ayudo a cambiar la madera astillada del segundo y tercer piso. Fue alrededor de éste tiempo cuando se instalaron las palomas, pero después de tantos corajes y tantos intentos fallidos por sacarlas de la casa, se resignó a que vivieran en la azotea, con la promesa implícita de que el no subiría a molestarlas si ellas no bajaban a cagarle sus pisos nuevos.

La casa quedó habitable para julio de 1986, y antes de que terminara el mes Don Desiderio ya tenía el resto de su ropa y pertenencias montadas en su legendario “pura sangre,” un Maverick celeste del 67 al que Montserrat sólo subió un par de veces en su vida en las que rezó todo el trayecto para que el carrito no fuera a desmoronarse en una curva y dejarlos botados en caída libre desde la parte más alta del cerro. Esa era toda la historia que sabía Montserrat sobre el regreso del abuelo a la hacienda familiar, se montó en el pura sangre con su cheque de jubilación y abandonó todo contacto con su vida en el norte. De nuevo, a ella nunca le revelaron las

verdaderas razones de este repentino cambio, su padre nunca se lo dijo, era otro de esos temas tabú en la familia. Había escuchado en algunas ocasiones a su abuela despotricando contra el señor “Caballero,” pero su padre siempre encontraba la manera de cambiar el tema de conversación antes de que ella o su hermana se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo. Su abuelo, por el contrario, nunca hacía alusión a su matrimonio. Era como si esa parte de su vida se hubiera borrado por completo. Una tarde, cuando su padre todavía no llegaba de la oficina, su hermana Desiree no se aguantó las ganas y preguntó: “¿por qué mi abuelo abandonó a todos para estar solo en esa casa tan grande?” Su madre, nerviosa, dudó unos segundos antes de responder, “tu abuelo quiso mucho a tu abuela y a su familia, pero hay veces que el llamado de la tierra se siente tan fuerte y clavado en la sangre que no hay razón, persona o circunstancia que te prohíba volver a encontrarte con tus raíces. Eso le pasó a tu abuelo, tenía tantas promesas que cumplir, tanta nostalgia acumulada en el pecho, que no pudo dejar que su vida y que sus muertos se siguieran empolvando en esa casa. Restaurar la hacienda fue como recuperar su pasado, y no hay nadie en este mundo quien pueda culpar a un hombre por querer mantener vivos sus orígenes, su historia.”

Y ahora era ella la que estaba de pie frente a esa monumental residencia sin poder quitar la vista del nombre de Desiderio Caballero, tratando de ordenar su vida así como el abuelo había intentado en su momento. Se lo imaginó llegando en el Maverick celeste, quedándose mudo al igual que ella ahí en la entrada, contemplando nada y todo a la vez. Y estando ahí, de pie, con la neblina rozándole las pantorrillas, su mente comenzó a divagar en razonamientos más esotéricos que la pudieron haber impulsado a hacer ese viaje. Tal vez estaba predestinada para volver, estaba escrito en sus venas al igual que pasó con el abuelo. Era como si la casa los

hubiera llamado, si necesitara de la presencia de un Caballero para poder continuar con su historia, para que no se perdieran sus secretos...

– Disculpe, ¿se le perdió algo? Porque los dueños no están, y si está buscando a alguien pues mejor véngase más temprano. – La sorprendió un joven sudoroso que venía caminando de la parte trasera de la casa. Montserrat lo observó desorientada, no esperaba encontrar gente a esa hora en la hacienda, y su perplejidad acrecentó cuando se percató que el hombre llevaba un machete colgando de su brazo izquierdo, además de tener los pantalones de mezclilla rasgados y los huaraches atascados de lodo. Comenzó a tartamudear por los nervios, no estaba segura de qué debía decir, y no entendía como tenía que ser ella la que debía de dar explicaciones si era su hacienda, pero no estaba en posición como para ponerse a discutir cuando se encontraba sola frente a un hombre armado con un machete. Sin embargo, antes de que pudiera decir otra cosa se vio interrumpida por otra voz detrás del joven.

– ¡Niña Montserrat, pero que alegría verla por éstos rumbos! – la saludó el señor Graciano, quien estaba encargado de mantener en orden los terrenos de la hacienda.

Desde muy pequeña recordaba haber visto a Graciano a lo lejos pizcando los árboles frutales, o cortando la hierba que estaba muy alta. Pero a pesar de sus años, el hombre se veía entero, irradiaba vitalidad y tenía una fortaleza impresionante para hacer los labores en la hacienda y mantener a raya a los demás trabajadores.

– Disculpe uste a este bruto, no la reconoció. Es que ya está muy cambiada, además que estos muchachos ya no saben lo que es el respeto a una dama. Pero ande, arrímese a la casa que ya se viene el sereno. Déjeme ayudarle con las petacas – con un gesto le indicó al joven del machete para que cargara las maletas y el resto de las pertenencias de Montserrat, mientras



continuó avanzando a la puerta principal. – ¿Por qué no nos avisó, pues? Hubiera mandado a éste para que pasara por usted a la central, o hubiera ido yo mismo para que no anduviera batallando, y luego a estas horas. Don Desiderio, que Dios me lo tenga en su santa gloria, me ha de estar mentando la madre por no estar al pendiente de su nietecita.

Continuaron con ese largo intercambio de disculpas, Graciano no concebía como pudo haber llegado sola hasta la hacienda, cargando tanta cosa entre aeropuertos y camiones desde allá tan al norte donde vivía. “Son otros tiempos, pero una dama sigue siendo una dama” repetía una y otra vez, mientras volvía a sermonear al joven acompañante por su falta de tacto al recibirla. Montserrat por su lado caminaba apenada, disculpándose por no avisarle con tiempo y sin poder evitar sentirse culpable por tantos regaños que le tocaron al pobre muchacho que sólo asentía con la cabeza mientras intentaba subir las empinadas escaleras cargando todo el equipaje.

– La recámara principal es la única que está preparada para dormir. Esa siempre la tenemos arreglada por si deciden venir sus papacitos, pero si quiere para mañana le tenemos lista la cama que usted quiera, ahorita le hablo a la comadre Xochita para que traiga sábanas limpias y que le venga a hacer algo de cenar.

– Sabe qué Graciano ni la moleste, ésta habitación es más que suficiente, además estoy tan cansada por el viaje que no creo que aguante mucho tiempo despierta, la va hacer venir en vano. – Y tras repetirle un par de veces más que se encontraba bien y no necesitaba ninguna atención adicional de Xochita o de quien pudiera mandarle a esas horas de la noche, Graciano se fue con la promesa de que volvería temprano para ayudarla a asentarse bien en la hacienda. Tras su partida, la casa se sintió mas inmensa que nunca, Montserrat dio algunos pasos para impregnarse poco a poco del lugar pero pronto fue a derrumbarse a la cama matrimonial que se

encontraba en la esquina de la recámara, recargó su cabeza sobre la almohada, y por primera vez en mucho tiempo su mente se vació completamente de preocupaciones al cerrar los ojos y cayó en un profundo sueño que sólo puede lograrse cuando el cuerpo se halla relajado y el alma ha encontrado la paz.

## CAPÍTULO VIII

El día siguiente pasó tan rápido que Montserrat apenas y se paró un par de veces de la cama antes de que volviera a oscurecer. Se encontraba en un estado de agotamiento total. El viaje le había dejado los huesos como hojalata y los músculos completamente adormecidos, y de su estado anímico y mental ni hablar, esos ya venían atrofiados desde antes de poner un pie en la casa. Graciano había pasado muy temprano para ver si había algo en que la podía asistir.

– Niña Montserrat, no se ha parado de la cama. ¿Está enferma? ¿Le duele algo? ¿Quiere que la lleve algún lugar? – le preguntaba el hombre con una honesta consternación dibujada en el semblante.

– No Graciano, sólo estoy cansada por el viaje. Gracias por sus atenciones, pero prefiero quedarme a descansar aquí en la casa, – le respondió Montserrat con voz rasposa y el cabello alborotado.

– Como usted mande. Ahorita voy a hacer unos mandados a Altotonga, ya sabe que uno no se pierde el domingo de mercado, como quiera cuando vea a Xochita le digo que le venga a dar una vuelta a medio día pa que le traiga de almorzar. – Y tras darle un par de bendiciones para que se repusiera del acabamiento, Graciano salió de camino al mercado, con su sombrero bien puesto y el espíritu alborozado.

Tras su partida, Montserrat aprovechó para encargarse de las necesidades básicas de higiene personal. La ducha sirvió para desentumecerle las extremidades, pero el cansancio

continuaba ahí. Con pereza comenzó a caminar por entre los cuartos que conocía desde que era una niña, pero que nunca había tenido oportunidad de explorar con plena libertad debido a los constantes gritos de su padre “¡No toquen nada! ¡Lo van a romper!” Amenazas que soltaba a diestra y siniestra con el simple propósito de salvaguardar la excentricidad del abuelo. Sin embargo, ahora se encontraba sola, y la curiosidad le cosquilleaba en las palmas de las manos que se morían por desempolvarlo todo, hurgar los cajones, abrir las vitrinas, revivir cada una de las generaciones que habían crecido en esa casa a través de los recuerdos que escondían las fotografías desgastadas guardadas en álbumes antiguos o colgadas como emblemas en las paredes. Se acercó de puntillas, como si en cualquier momento fuera a sorprenderla su abuelo en plena travesura, abrió la doble puerta que salía al balcón y dejó que la luz inundara cada espacio y recoveco de la habitación antes oculto entre la oscuridad y el olvido.

El piso de madera crujía con cada paso de Montserrat, quien avanzaba masajeándose la cabeza con una toalla para terminar de secar su cabellera húmeda y fría. Su mirada recorría con premura cada rincón de las paredes nacaradas con diseños floreados pintados a mano hacía más de 60 años por la tía Demetria, una sobrina que Mamá Conchita acogió en su casa después de que sus padres murieran. Era tanta la admiración que sentía por Mamá Conchita, tantos deseos por empaparse de toda la sabiduría que tenía por ofrecer, de absorber la fortaleza que caracterizaba a la viuda, que Demetria terminó por eludir los eventos sociales y las tardeadas en casas organizadas por las familias de renombre para acomodar a sus hijas con un buen marido, joven buen mozo y con familia decente y bien posicionada. Pasaron los años y Demetria se convirtió en la incondicional de Mamá Conchita, la asistía en la botica y le ayudaba con el resto de las labores de la casa. Nunca le interesó la idea de tener hijos, ella era feliz rondando en los alrededores de la hacienda en la época de la cosecha, y pintando cuadros y haciendo diseños en

las paredes cuando el tiempo era muy ingrato para poder salir en las tardes. Sin embargo, aún cuando admitía que ser madre nunca había estado en sus planes, vio crecer a los hijos y nietos de Mamá Conchita y los cuidó con tanto amor como si fueran suyos. Les preparaba el atole caliente en las mañanas antes de ir a la escuela, y los arropaba en las noches antes de ir a dormir, pero pronto fueron creciendo los niños, salieron a estudiar a la capital o a otros estados y la casa se fue quedando sola, dejando a Mamá Conchita y a Demetria extrañando tantos ecos perdidos en todos los rincones de la hacienda. Esta soledad fue lo que causó el fatídico accidente aquella terrible tarde de junio, cuando Demetria salía a recorrer, como de costumbre, el paraíso boscoso que se escondía en la reserva ecológica Pancho Poza. Llevaba un tenate donde recolectaría las zarzamoras para hacer mermelada y algunas raíces por si se necesitaba el té de zarza ya que había un virus estomacal acechando por el pueblo. Pero Demetria no volvió a casa esa noche, ni la siguiente, su desaparición alarmó al pueblo que no estaba acostumbrado a los misterios ni las emociones fuertes, pero después de unos días la encontraron unos pescadores a la orilla del río. Las malas lenguas no tardaron en hacerse presentes con historias sobre la muerte de Demetria, algunos atribuían su terrible fin a la falta de niños en su vida, el instinto de madre fue más fuerte que ella, obligándola a saltar de la cascada dejando solo el tenate con las zarzamoras como gesto de despedida. Otros más fantasiosos decían que había sido víctima de la nahuala de Zoatzingo, un espíritu maligno que rondaba en el bosque y se alimentaba de las almas inocentes que se encontraba a su paso. Nadie supo con certeza que fue lo que en realidad sucedió, Mamá Conchita defendió hasta su último respiro la memoria de su sobrina, diciendo que su muerte había sido el resultado de un descuido aquel día que había salido en busca de zarzamoras. Su don artístico había desviado su marcha al lugar de la cascada, un majestuoso desbordamiento de la naturaleza que siempre había querido pintar en el cuarto de los niños. La emoción del momento debió de

haberla cegado, hecho que provocó su triste final al perder el equilibrio y perecer en las inmensidades cristalinas del río Pancho Poza. Al menos esa era la historia oficial que se había pasado por generaciones en la familia, y esa era la versión que había contado el abuelo Desiderio a Montserrat el día que tomaron la fotografía que tenía en el apartamento de Nueva York. Nunca supo si fue por la nostalgia de las zarzamoras o por la felicidad de ver a toda la familia reunida, pero ese día su abuelo se contagió del amor de la tía Demetria y compartió una historia privada, de esas que con tanto recelo guardaba en el fondo de su pecho, sobre una de las persona que más muestras de cariño le había regalado en su vida.

Una lágrima se deslizó lentamente por las mejillas de Montserrat al ver la misma fotografía de las zarzamoras postrada amorosamente sobre la mesita de noche junto a la cama de su abuelo. Nunca hubiera catalogado a don Desiderio como sentimentalista. Al contrario, la imagen que tenía de él era la de un hombre seco, de fuerte temperamento y una seriedad intimidante. Sin embargo, al observar aquella fotografía tan cerca, acompañándolo cada segundo hasta en su lecho de muerte, sintió un vacío oprimiéndole el estómago, el vacío que deja la culpa y el remordimiento por dejar al pobre viejo tantos años solo en esta enorme casa convertida en un verdadero limbo de recuerdos y de historias que se narran solas, en el silencio que van dejando las ausencias y los sueños no cumplidos.

El golpeteo de la puerta la hizo volver en si, dejando la fotografía y los recuerdos descansando nuevamente sobre la mesita de noche. Salió presurosa del cuarto, abrió la doble puerta que conducía al corredor y se perfiló a las escaleras bajando de dos en dos los escalones como cuando jugaba a las carreras con su hermana Desireé. Al llegar al recibidor Montserrat comenzó a resentir la diferencia en la altura, respirando forzosamente, casi jadeando mientras

batallaba por abrir el antiguo cerrojo oxidado de la puerta principal. Después de dos intentos fallidos consiguió abrir la puerta, pero para su sorpresa en la entrada no la esperaba Graciano, sino una adolescente menudita, de tez morena y cabellera negra que caía a media cintura en dos trenzas.

– Buenas tardes, vengo a servirle su almuerzo. Mi madre está ocupada en el mercado, pero lo que usted necesite le puedo ayudar mientras regresa don Graciano, – le dijo la humilde muchacha con una voz queda y la mirada gacha.

Montserrat la observó unos momentos mientras recordaba la conversación con Graciano en la mañana, volteó a ver su reloj y con sorpresa se percató que pasaba de medio día y pronto comenzaron a hilar sus pensamientos y la presencia de la muchacha.

– Eres la hija de Xochita, ¿no es cierto? – La muchacha asintió con la cabeza. – Pasa, pasa... – Le indicó Montserrat mientras se apartaba de la entrada y seguía a la jovencita que avanzaba por el amplio zaguán cargando un pesado canasto sobre los hombros.

Al llegar al final del corredor la joven dio vuelta a la derecha y se encaminó a la cocina sin esperar ninguna indicación, hecho que dejó ver su familiaridad con la casa y lo acostumbrada que estaba a participar en los quehaceres de la hacienda.

– Le voy a preparar tayoyos con nopalitos guisados y frijoles. Si quiere algo más para su almuerzo puedo conseguirlo cuando vaya a hacer mis ventas a los alrededores. – se escuchó nuevamente la voz de la muchacha como un susurro que teme perturbar la tranquilidad de las paredes.

– No, con eso está bien, muchas gracias. – contestó Montserrat con la mirada fija en las distintas cosas que ponía sobre la pequeña mesa junto a la estufa, de las cuales sólo reconocía el tomate, la cebolla, y algunas hierbas de epazote que identificó gracias al olor que desprendían. La jovencita, por el contrario, conocía cada uno de los productos que llevaba en su canasta, y los pelaba, cortaba, y preparaba con una destreza que sólo un talentoso cocinero pudo haber adquirido tras largos años de experiencia. Pero su habilidad en la cocina no era lo que mantenía boquiabierto a Montserrat, presa de la intriga a unos cuantos pasos de la mesa. Lo que en realidad la estaba consumiendo era una enorme curiosidad por indagar en la historia de esa muchacha. Había conocido una hija de Xochita años atrás, sabía que ayudaba en labores de la hacienda, inclusive la había visto un par de ocasiones llevando medicinas y ropa limpia a la habitación de su abuelo cuando había caído en cama, pero la recordaba más alta y si las matemáticas no le fallaban ya debería de pasar la mayoría de edad. Sin embargo, la muchacha que pelaba naranjas tan enérgicamente para preparar jugo frente a sus ojos no pasaba de los trece años, y muy a penas alcanzaba el metro y medio de estatura. Sus brazos eran verdaderamente ágiles y eficientes, pero a la vez se veían tan frágiles que Montserrat temía que se le fueran a desplomar al ver cómo exprimía con fiereza el jugo de las naranjas.

– Disculpa pero no escuché tu nombre – interrumpió el incómodo silencio Montserrat con la esperanza de saciar su curiosidad.

– Citlali – respondió con un hilo de voz mientras retorció nerviosamente el trapo de limpieza entre sus dedos – me llamo Citlali, soy la hija menor de Xochitonalli, o bueno Xochita como la conocen todos.



Montserrat sonrió, sabía que no era la misma joven que había visto años atrás, siguió su diminuta figura con la mirada mientras se subía al banquillo frente a la estufa y agregaba unas últimas especias a los nopales. Llevaba puesta una falda raída y sucia que le llegaba unos centímetros arriba de los tobillos y que dejaba al descubierto unos pies oscuros, ennegrecidos por el lodo y las hojas secas que se adherían en una plasta viscosa a unos huaraches de hule que cubrían menos que el rebozo deshilachado que llevaba sobre los hombros.

– Ya está listo el almuerzo, ¿lo sirvo en el comedor, o prefiere que lo lleve a su habitación? – habló Citlali mientras servía los tayoyos y los nopales en un plato de cerámica grande donde tenía los frijoles.

– Aquí en el comedor está bien Citlali, – contestó rápidamente intentando sacar de su cabeza la triste imagen de la vestimenta de la muchacha, – déjame te ayudo con el jugo de naranja, – se apresuró a cargar la jarra a pesar de los reproches de Citlali.

– ¿Le hace falta algo más?

– Sí, que me acompañes a comer. Este almuerzo es suficiente para dos personas, además sirve que nos hacemos plática, – le dijo Montserrat con una sonrisa, esperando con todo su ser que aceptara ya que cualquier persona que viera la apariencia de la joven temería que en cualquier momento se desmayara por inanición.

– No, no ¿cómo cree? No debo, no es mi lugar sentarme en la mesa de los patrones, – contestó Citlali escandalizada, como si le hubiera propuesto asaltar un banco o darle de patadas al presidente. – Además tengo que seguir con mis vueltas, tengo que vender los hongos y las

hierbas para el té antes de las cuatro para ayudarle a mi mamá y a mi hermana a quitar el puesto en el mercado antes de ir a misa.

– Pero Graciano no vuelve... – Montserrat observó los pies enlodados de Citlali, la canasta a medio llenar y pronto todo comenzó a formarse como piezas de rompecabezas dentro de su mente. – Los domingos vendes lo que llevas dentro de esa canasta por los alrededores, ¿no es cierto?

Citlali asintió con la cabeza.

– A veces también entre semana, pero sólo si tenemos cosecha de más o si no se vendió bien en el mercado.

– Pero ¿hasta donde vas a ir caminando? Y luego cargando esa canasta, ¿no prefieres esperar a Graciano? Él te puede llevar, me dijo que volvería... – las palabras se le amontonaban entre los dientes a Montserrat, quien continuaba perpleja, aún sin entender la fortaleza física que irradiaba de una jovencita con un cuerpo que a simple vista parecería minúsculo y desvalido. Citlali no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa tímida en el rostro al ver su preocupación.

– Son caminatas de 15 minutos, no más de lo que me toma llegar a la escuela en las mañanas. Ya conozco todas las veredas y los atajos para acortar camino, y mi madre necesita la ayuda, es mi deber apoyarla en lo que pueda.

Y sin más miramientos Citlali volvió por su canasto a la cocina, se lo colocó firmemente sobre el hombro izquierdo y tras un gentil “provecho” se escabulló por el corredor con su ágil andar hasta salir de la casa con un discreto sonido al cerrar la puerta de la entrada, dejando a Montserrat con sentimientos encontrados que le revoloteaban en la mente. Admiración,

consternación, intriga y algo de culpa, un amalgama de emociones que comenzaba a amargar la tranquila mañana que había tenido hasta el momento, y que contrastaba abismalmente con la delicadeza que saboreaba en cada bocado del platillo que con tanto esmero le había cocinado Citlali.

## CAPÍTULO IX

La hacienda de los Caballero era un lugar extraordinariamente bello, especialmente durante los veranos. Las mañanas se caracterizaban por un tibio rocío que llegaba humedeciendo los caminos y los pastizales floreados que cubrían los terrenos de la hacienda como una alfombra de esmeraldas brillando al unísono de las primeras ráfagas doradas del día. Desde sus inicios fue un lugar forjado por el trabajo y fue gracias al trabajo de su gente lo que sacó adelante a tantas generaciones no sólo de los Caballero, sino de los cientos de empleados que cultivaron fielmente sus terrenos a lo largo de los años. En sus cimientos estaba escrito el sacrificio y la entrega que volvió a la familia próspera y a la tierra fecunda y abundante.

En la hacienda se conocía el trabajo desde el alba; los trabajadores llegaban con sus pantaloncillos de lana, el zarape sobre los hombros y su sombrero de palma. Se acercaban sigilosamente entre las veredas zigzagueantes del camino empedrado que ahora es la carretera Teziutlán-Perote. Sus pies delcazos avanzaban entre el lodo y el musgo, ya inmunes a las espinas y las protuberancias punzantes que plagaban el suelo viscoso de los alrededores. Al llegar a la hacienda no esperaban la indicación de los patrones, se dirigían directo al cuartito donde guardaban las herramientas y salían cargados de costales, o empujando carretillas a comenzar con las labores del día. “A levantarse todos, hay que saludar el nuevo día, que ya está la gente afuera arrastrando los tiliches y ustedes aquí de flojos que no sueltan las cobijas.” Era la frase que utilizaba Mamá Conchita para levantar a sus hijos por las mañanas para ir a la escuela.

Era un lugar caracterizado por la felicidad y el movimiento, tanto adentro de la casa, como en las hectáreas de fértiles cultivos que la circundaban. En los primeros años, cuando Desiderio Augusto y su esposa Concepción comenzaban a afianzar su pequeña fortuna, la casa constaba de unos cuantos cuartos y una pequeña choza al fondo que utilizaban como consultorio y botica a la vez. La familia se sustentaba con las ganancias que obtenían de las cosechas, principalmente la de cebada en junio y la de maíz en octubre. Mamá Conchita tenía su huerto privado donde comenzó a cultivar plantas medicinales. Era muy celosa con su huerto y no dejaba que nadie se entrometiera con el cuidado de sus plantas. “Hay que tener buena mano, cuidarlas con amor, o si no nomás las hechas a perder” decía con esa voz ronca y autoritaria que la diferenciaba del resto de las amas de casa de su época. Al poco tiempo el dinero empezó a fluir en abundancia al igual que las lluvias de julio. Los remedios que preparaba Mamá Conchita con sus preciadas plantas medicinales fueron creciendo en fama en las comunidades de la serranía, y pronto el humilde cuchitril donde recibían a los enfermos fue cambiado por una elegante botica de prestigio que compraron justo en el corazón del pueblo de Altotonga. Era una localidad prodigiosa, la entrada daba precisamente enfrente de la plaza principal, donde las damas de sociedad acudían a dar la vuelta para distraerse entre semana. Tenía de vecino el palacio municipal y por el otro extremo se encontraba la explanada donde se acomodaban a vender toda clase de productos los domingos de mercado.

La hacienda también se benefició gratamente de la creciente riqueza que rodeaba a los Caballero. Don Desiderio Augusto siempre había soñado con construir una casa enorme la cual pudiera llenar con decenas de Desiderios y Concepciones corriendo y soltando gritos chillones por las habitaciones. A Mamá Conchita, por el contrario, lo que más le entusiasmaba era engrandecer los terrenos de la hacienda para expandir su huerto, poder sembrar más cultivos y

plantar hermosos árboles frutales donde poder ir a caminar en las tardes con los niños y enseñarlos a pizcar cuando estuviera madura la fruta. Y así fue como fueron añadiendo un piso a la casa, y luego el otro, intentando imitar el estilo arquitectónico de las magníficas casas de Andalucía, con sus corredores de madera que se expandían de forma cuadrangular alrededor de un patio con un discreto jardín y una fuente circular para que pudieran jugar los niños durante los veranos. Y aún cuando la atención de Mamá Conchita se veía acaparada en el manejo de las nuevas tierras que habían adquirido, la clase de cultivos para sembrar, y en escoger ella misma las semillas y la ubicación para sus adorados árboles frutales, de vez en cuando se daba un tiempcito para dar su opinión sobre los arreglos de la casa. Dotada de un poder de convencimiento magistral, fue ella quien decidió las dimensiones para los cuartos principales, la decoración de la salita para tomar el chocolate y la privada ubicación para el oratorio en el extremo opuesto de los cuartos, alejado del ajetreo del camino principal y donde uno pudiera asomarse al balcón y vislumbrar a lo lejos la hipnotizante quietud de la sierra.

La hacienda logró su máximo esplendor a principios del siglo XX, con sus balcones abriendo sus ventanales de doble hoja de par en par para que se llenaran de vida las alcobas y saliera el olor penetrante que había dejado la resina. Vivieron diez años de incomparable plenitud hasta que sucedió la tragedia donde perdió la vida don Desiderio Augusto, dejando su proyecto de vida a la deriva y a su esposa de 33 años a cargo de una familia de seis hijos, la mayoría en edad escolar y uno todavía en lactancia. Fue una época muy difícil, una mujer viuda en un país regido por el hombre no se esperaba que fuera a rescatar el curso de su vida en tan poco tiempo, y mucho menos que fuera a certificarse a la capital como farmacéutica para encargarse de la botica más prestigiada de Altotonga. Hubo habladurías en el pueblo, la plaza se inundó de cuchicheos cargados de veneno los primeros días que Mamá Conchita abrió la botica para

consultar ella y su sombra detrás del mostrador, pero la realidad era simple: tenía el conocimiento, la fuerza y las facultades para seguir administrando el negocio familiar. Sólo tenía que desprenderse de ciertas ataduras mentales que mantenían a la mujer “decente” encerrada en casa, donde conservaban su honra merodeando en la cocina y su dignidad bordada como un trofeo en la esquina de las sábanas con las iniciales de su marido.

“Déjalas que hablen, si las palabras no me dañan, a lo mucho me acongojan, pero el hambre, a esa sí le tengo miedo, fíjate,” era su cándida respuesta cuando algún pariente o amistades imprudentes la cuestionaban por su atrevimiento en la botica. Y así continuó sonriéndole de lado a la vida, ni las críticas, ni la presión social, ni los tristes remanentes que quedan anclados en la soledad lograron apagar esa garra irrefrenable que inmortalizó a su espíritu guerrero a través de los años y de las memorias. Sin embargo, aún cuando se ganó la confianza de la clientela que continuó acudiendo fielmente a pedir los remedios de Mamá Conchita, su reinado no fue uno de opulencias ni de tersas transacciones. Al pasar los años, como fueron avanzando las remolachas de la revolución, abriéndose paso entre los caminos empedrados y la sierra escurridiza, la situación económica de la familia Caballero sufrió de las terribles pérdidas que deja un lugar en decadencia, sin ley, sin principios, sin moral y *sin temor a Dios*. Se vieron cara a cara con la miseria humana, enfrentándose a un mundo de tremendos cambios sociales en donde los pobres se mataban en los campos a machetazos o con uno que otro rifle con poco parque, con la ilusión de dejar de ser pobres, y los ricos se hacían más ricos utilizando su labia y su influencia para sacar más dinero de tierras que no eran suyas. Y en medio de esta capirotada de intereses y desintereses humanos, la gente intentaba seguir adelante con su vida, con sus trabajos mal pagados y con el miedo de salir de casa y ser atacados ya fuera por una cuadrilla de revolucionarios o por los mismísimos soldados federales, total el asalto era el

mismo seguido de la cínica justificación de un “usted disculpe lo hacemos por una noble causa.” Fue en estos tiempos cuando llegaron las deudas a los Caballero, tras un par de saqueos en la botica no tuvieron más remedio que comenzar a vender hectáreas de la hacienda para poder recuperarse de la mercancía robada. Y es que los remedios de Mamá Conchita eran tan populares tanto en Altotonga como en las comunidades de la sierra y los alrededores, que una vez que entraba la bola en el pueblo se dirigían sin falta a la botica para que consultaran sus enfermos. “A mí ni me vengan con alianzas ni lealtades, que no soy chaquetera ni me falta valor patrio. Yo soy una mujer de negocios, y aquí se atiende al que me traiga maíz blanco o maíz amarillo...” decía cada vez que le exigían su cooperación para la “noble causa,” y sí le funcionó su valentía en algunas ocasiones, muchas cuadrillas admiraban su coraje y su entereza para enfrentar los tragos más amargos de la vida, pero no todos tenían para pagar ni con plata ni con oro, y ni el argumento más cabal podía razonar contra un rifle apuntando a la cabeza.

Pasaron los años, temporadas de abundantes lluvias y fructuosas cosechas que permitían a la familia salir de apuros, pagando lo debido aquí, guardando unos pesitos acá. La hacienda iba perdiendo su grandeza con cada nueva calamidad, como si se encogiera de pronto al sentir la vergüenza y la necesidad a la que habían orillado a sus dueños para lograr sobrevivir. Pero ese pesar sólo lo sintió la tierra, la que ha sufrido y la que ha perdido el honor y el prestigio que un día creció y floreció altivamente en sus entrañas. Las nuevas generaciones no entienden de los sacrificios de sus antepasados, se les ha borrado de los genes y de la memoria el esfuerzo inútil por mantener viva una herencia que fuera digna de conservar en la sangre y compartir de boca en boca. Y es curioso como en cien años de cambios y de fingidos progresos todo sigue igual en el campo y todo sigue igual en la supuesta urbe del país. El hombre parece ser la criatura más voluble con las convicciones más erradas e inestables, al campesino se le olvidaron los derechos



por los que peleaba y al político las promesas de igualdad y prosperidad para todos sus sublevados. La ley se fue junto con los sueños de los inocentes, y los atracos y los rifles volvieron a plagar los caminos de terror, dejando a las familias respirando el hedor que deja la violencia en las ventanas, poniendo su futuro en un país que la única patria que conoce es la muerte. Todos parecen haber olvidado las heridas que dejaron los estragos del pasado, todos, excepto la tierra que aún guarda un rencor escondido entre sus raíces más profundas y todavía se lame las llagas que sangran cada noviembre entre celebraciones banales que son como un agrio escupitajo en el rostro de todos los mexicanos.

\*\*

El ruido del trajín de los trabajadores despertó a Montserrat más temprano de lo que sus ojos hubiesen querido legañosos. Salió de la cama a trompicones, estrellándose con una de las sillas de la mesa ovalada que se encontraba en el centro de la habitación frente al antiguo librero empolvado, guardando una cantidad de libros que variaban su temática desde enciclopedias, libros de física cuántica, astrología, estudios de la lengua maya del Chilam Balam de Chumayel y, sin faltar, los clásicos literarios que llenaban buena parte de las repisas, con todos los tomos del Quijote, las novelas de las hermanas Brontë, y los que fuera dejando la visita para entretenerse durante los veranos.

Tras recuperarse de la sensación punzante que le taladraba desde la punta del pie y se esparcía como corriente eléctrica entre la pierna hasta llegar a la rodilla, se aproximó al balcón y con un crujido de reproche de la madera dejó que entrara aire fresco a la habitación, hinchando sus pulmones con los olores del suelo húmedo, la hoja verde y la fruta fresca. Era un paisaje precioso, un manjar para la vista y un verdadero regocijo para el alma. “Buenos días, niña Montserrat” le gritó Graciano desde lejos, cargando dos costales con una mano y saludándola fervorosamente con la otra. Montserrat le devolvió el saludo, impresionada por la fortaleza que aún conservaba en los huesos a pesar del maltrato de los años. Su mirada se perdió en el camino que tantas veces recorrió de niña con sus botitas de hule para que no se le humedecieran los calcetines con el sereno, de la mano de su abuelo que la llevaba orgulloso a conocer los árboles que con tanto amor había plantado Mamá Conchita. Llenaban grandes bolsas de mercado con jugosos duraznos, ciruelas de un vivo color borgoña, sabrosas peras de agua, de leche y perón, y terminaban pizcando en su sección favorita de la hacienda, en el camino donde se apilaban los

árboles de diferentes colores y tamaños de manzanas. Regresaban a la casa un par de horas más tarde, con los vestidos manchados de lodo, las rodillas verdes y comiendo la fruta que con tanto esmero habían cortado. Su madre al verlas se escandalizaba. “Denme acá eso y váyanse a lavar las manos. Les van a salir lombrices con tanta mugre...” Continuaba su histeria de camino a la cocina donde le daba a Xochita la fruta para que la lavara tres veces antes de ponerla en la mesa. El abuelo Desiderio sólo reía y repetía las sabias palabras de Mamá Conchita: “Todo lo que venga de la tierra cae bien en la barriga, hay que preocuparse de las porquerías que venden en las tiendas, todos esos químicos y conservadores, esos sí te echan a perder por dentro.” Pero dejaba que su nuera siguiera con sus estrictas reglas de limpieza, él era feliz con llevar a sus nietecitas al campo, contarles historias de otro tiempo, cuando la hacienda florecía libre y sin miedos. Intentaba abrirles sus diminutos ojos para que vieran una época que ya había cesado de existir, y él ni se había dado cuenta cuándo. Un espacio que no se puede tocar, pero aún se siente en los recuerdos y en el corazón. Desiderio disfrutaba de la compañía de los suyos, de esa calidez que renacía en la casa sólo cuando visitaba la familia. Tristemente eso sucedía algunos días de vacaciones o en ciertas fechas importantes, la mayoría de sus hijos se habían repartido a través de la república y ya fuera por su trabajo o por simple comodidad evitaban el cansado viaje a la hacienda en Veracruz.

Montserrat sonrió al pensar en la felicidad que estaría sintiendo su abuelo ahora que ella estaba habitando temporalmente la casa. Y con ese pensamiento se apartó del balcón y sintió cómo repentinamente la habitación se regresaba en el tiempo, absorbiendo esa calidez que abrigó a la familia Caballero por años derrochando esa serenidad por la que había viajado tantos kilómetros y que anhelaba encontrar con la complicidad de sus antepasados. Sin embargo, antes de que pudiera siquiera comenzar a planear las actividades del día, entró Xochita a su recámara,

con una amable sonrisa dibujada en el rostro y los dos brazos extendidos bajo una charola que contenía un sustancioso desayuno.

– Xochita, no te hubieras molestado. Dame acá, te vas a lastimar por andar cargando esa charola entre las escaleras...

– No me pasa nada niña, si no estoy tan vieja. Deja ahí, deja... – le apartó la mano a Montserrat quien intentaba ayudarla a poner la comida sobre la mesa. – Si ya había dado varias vueltas pa ver si estaba despierta, a penas si escuché su voz y que me trepo con todo y charola, que si me descuido y se me queda sin desayunar otra vez y luego ¿qué le voy a decir a sus papacitos? No niña, ya no me pasa dos veces, si de por si ya está muy pálida y flaquita. Aquí no se me va a descomponer más, ¡no señor!

Montserrat soltó una carcajada, hacía años que no recibía regaños por sus malos hábitos alimenticios, y no pudo evitar sentir cierta ternura por ese gesto de honesta preocupación maternal.

– Mira te agradezco mucho este detalle, y no quiero te vayas a ofender pero es demasiada comida para una sola persona, – respondió después de haberse percatado de la cantidad de comida que había preparado para el desayuno: huevos divorciados con frijoles negros, café de olla, tortillas de maíz y una especie de licuado de frutas que reposaba sobre unos trocitos de hielo en un vaso de cristal.

– ¡No señorita, uste tiene que comer! Anda toda debilucha que ni se puede parar de la cama. Va a ver que le va a caer bien, y más este licuado con platanitos recién llegados de tierra caliente, no hay nada más saludable que los licuados de Xochita, ya verá.

– ¿Qué te parece si me tomo todo el licuado, y los huevitos y el café se los dejamos a Graciano, o a uno de los trabajadores que estén ahí afuera en los cultivos? Se merecen un reconocimiento por su trabajo, y no hay nada mejor que les pueda obsequiar que algo tan delicioso como lo que me acabas de preparar.

Xochita aceptó el cumplido y la propuesta de Montserrat, aunque de mala gana porque estaba convencida de que necesitaba un desayuno más completo que un simple licuado, pero aún así accedió, haciendo una mueca y se dirigió a la cocina con el resto de la comida sobre la charola, dejando a Montserrat saboreándose el delicioso licuado acompañado de ese sentimiento que le surgía en el pecho al empezar el día con una noble obra de generosidad.

En el campo la comida era vasta, y cuando llegaba a la mesa aún conservaba la frescura en su sabor y su textura. Al menos ese era el caso de la hacienda, donde uno podía estar desde que salía el sol hasta la hora de dormir brincando entre la cocina, el comedor y la salita del chocolate sin terminar de saciarse de los exquisitos platillos, aperitivos y postres que con tanto orgullo representaban la gastronomía de la región. Desde pequeña Montserrat se entusiasmaba cuando su padre hacía planes para visitar al abuelo en vacaciones, pues ya sabía que Xochita la estaría esperando con unos esquites guisados que les llevaba todas las tardes después de la comida. Los días de mercado, ya que se había hartado de comer cuanta golosina se encontrara en el camino, Montserrat se sentaba en una de las bancas de la plaza, y con el botón de sus pantalones de mezclilla desabrochado se sobaba el estómago mientras sus ojos recorrían con curiosidad las alborotadas calles que rodeaban el lugar. Veía a señores chaparros, de hombros angostos cubiertos por una delgada manta de algodón que contrastaba con su tez almendrada, detrás de ellos lo seguían su mujer y sus hijos pequeños, moviendo sus piernitas rápidamente

como pollitos en fila. Montserrat los observaba detenidamente y no entendía cómo ella, con un par de días tenía el estómago tan abultado que sus pantalones comenzaban a apretarle, y ellos viviendo aquí tantos años estaban tan flacos y diminutos que ni parecía que supieran de la existencia de las delicias del lugar. Conforme fue creciendo se fueron haciendo evidentes ciertas carencias que sufría la gente en ese espacio tan especial para ella. En la hacienda la comida seguía pululando en la cocina. Su familia continuaba embelesándose con los manjares que arduamente les cocinaba Xochita desde el alba, y aunque Montserrat no dejó de probar los succulentos platillos que llegaban al comedor, lo hacía con remordimiento, una sensación de culpa que no entendía pero que se manifestaba cada que veía a las hijas de Xochita recoger los platos de la mesa o lavar las verduras con una esponja dura en el fregadero. Y fue así como fueron cambiando sus perspectivas al ir al mercado, en lugar de atiborrarse de dulces y panecitos que compraba, prefería sentarse en la misma banca de la plaza y observar, pero ya no con el botón abierto y el estómago hinchado, sino con la conciencia despierta y el espíritu regocijado al ver los rostros de los pollitos perdidos que antes de regresar con sus padres se acercaban a Montserrat quien con una sonrisa les obsequiaba bolsas repletas de golosinas del mercado para que compartieran con el resto de su familia durante el largo viaje de regreso a casa.

Había olvidado lo gratificante que le resultaban los detalles más simples, un gesto de caridad tan insignificante como una bolsa de dulces llenaba de felicidad a un niño que agradecía con tanto ímpetu como si le hubieran dado la sorpresa más grande de su vida. Y con esos recuerdos se prometió visitar pronto el mercado, sentarse nuevamente en el centro del parque y endulzarle el día a algunos pequeños inocentes, quienes después de haber estado ayudando toda la mañana a sus padres en sus respectivos puestecitos, lo menos que merecían era una

recompensa para ahuyentar la tristeza en su mirada y llenar el vacío en sus estómagos, aunque fuera por una breve tarde de domingo.

Los últimos sorbos al licuado le indicaron que tenía que volver a la realidad y comenzar a organizar sus actividades del día, pero más importante, encontrar el verdadero objetivo de su visita. El teléfono móvil seguía guardado en su bolso de piel café, no lo había cargado desde antes de su repentina partida de Nueva York, y era gracias a la falta de batería que no había recibido ninguna llamada desde el día de su presentación. Amargos recuerdos comenzaron a invadirla e inmediatamente experimentó esa repugnante sensación de opresión, como un nudo que le iba retorciendo nuevamente las entrañas y la anclaba con una fuerza inamovible en el mismo suelo donde se encontraba de pie.

– Disculpe, pero quería saber si ya había acabado con su licuado para llevarme a lavar el vaso, – se escuchó la voz de Citlali desde la entrada de la recámara. – ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que la llevemos al pueblo para que la vea un médico? ¿Le digo a mi madre que le traiga un tesito? – Inmediatamente cambió la usual suavidad de su voz por un timbre más agudo al observar el estado en el que se encontraba Montserrat.

– No hace falta, muchas gracias, – le respondió con un hilo de voz y la respiración entrecortada; sin embargo al ver el rostro asustado de la joven continuó para tranquilizarla, – a veces me dan ataques de pánico, pero mi terapeuta dice que no es tan serio y puedo controlarlos después de unos minutos de respiraciones profundas y relajación.

Citlali presenció la escena en silencio, clavando sus escasas uñas al marco de la puerta, temerosa de mover un solo músculo y que empeorara la inestable condición de Montserrat, quien se encontraba con una mano temblorosa sosteniéndose a la mesa y con la otra atravesada sobre

su estómago, completamente doblada, como si estuviera sosteniendo una cuchilla enterrada profundamente en su vientre. Continuaron un par de minutos sumidas en el estrés hasta que Citlali no pudo más con la inutilidad en la que se encontraba y soltó lo primero que se le vino a la mente:

– Su terapiza le dijo que hiciera eso ¿eh? Un amigo fue una vez con una de esas cuando se rompió la pierna, pero como cobraba muy caro ya no volvió. Ahora camina chuequito porque no le hizo caso a la tal terapiza, así que si me preguntan a mí yo haría todo lo que dice esa señora, no vaya a ser...

– No creo que hablemos de la misma clase de terapeuta Citlali, pero de todas maneras creo que los costos de ambas han de ser muy elevados... – contestó Montserrat entre risas, agradeciendo las ocurrencias de la consternada adolescente que todavía la miraba fijamente desde la puerta. – ¿Ves? Todo en orden, creo que tu sentido del humor es más efectivo que los consejos de cualquier psicólogo, y no tengo que esperar una hora recostada en un incómodo sillón.

El rostro de Citlali se iluminó, pero enseguida bajó la vista, como si fuera por instinto, una reacción aprendida por generaciones. Montserrat no terminaba de entender la razón de esa extraña actitud que se parecía más al miedo que al respeto, y mucho menos encontraba la manera de lograr que la jovencita se sintiera lo suficientemente cómoda como para poder platicar normalmente o que tan siquiera la “tuteara.” Pero no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente, y después de que Citlali se encaminara al corredor con un discreto “con permiso,” Montserrat salió tras ella para devolverle el favor, esperando que al ofrecerse lavar el vaso le ayudaría a que sintiera más confianza a su alrededor y tener oportunidad de agradecer sus atenciones.



La alcanzó cuando iba entrando a la sala donde se toma el chocolate, de pequeña ese lugar le enchinaba la piel ya que la puerta tenía una de esas perillas viejas que había que girarlas un par de veces para poderlas abrir. En ocasiones se atoraban y uno se podía quedar atrapado varios minutos en ese cuarto de sillones polvorientos, con muñecas de porcelana antiguas, de cabello enmarañado, vestidos raídos y los ojos tuertos. Esta vez al abrir la puerta la perilla cedió inmediatamente, dejando ver a la joven Citlali limpiando las fotos sobre el piano con un viejo sacudidor de plumas. Se acercó lentamente, conmovida por todos los recuerdos que su abuelo había guardado y desplegado tan orgullosamente sobre el piano, las mesitas y por todas las paredes. La madera crujió con el peso de Montserrat mientras avanzaba con la mirada perdida, hecho que alertó a Citlali quien volteó al instante plumero en mano.

– Ahora que estaba limpiando la habitación de enseguida encontré una cajita con pinturas y esos cuadrados chistosos que usan para pintar. Mi madre me dijo que uste es artista, por si le sirve.

Montserrat enmudeció unos momentos tratando de seguir la conversación de Citlali, una cajita de pinturas y un cuadrado para pintar... De pronto vio la fotografía que estaba sacudiendo Citlali y todo tuvo sentido. Fue un año antes de la muerte de su abuelo, lo habían ido a visitar durante los días de descanso en verano y su abuelo Desiderio la había recibido con un regalo de cumpleaños, un set completo de pinturas óleo, con diferentes tamaños de pinceles y lienzos para que aprovechara el tiempo y los paisajes durante su estadía. No sabía cómo se le pudo haber olvidado ese regalo, ese momento tan especial con su abuelo, el único que la entendía y la apoyaba sin exigencias, sin importarle nada más.

– Gracias Citlali, me va a ayudar mucho en estos días... – dejó la frase inconclusa, había algo que no cuadraba en esa escena, volteo a su alrededor, bolsas de basura, un recogedor en la esquina y Citlali sacudiendo las fotografías. Miró rápidamente su reloj que anunciaba las diez de la mañana y pronto entendió la razón de su inconformidad. – Oye una pregunta indiscreta, ¿a que hora tienes que estar en la escuela?

– Esta semana cancelaron las clases por falta de maestros – respondió con los ojos saltados como pidiendo disculpas, – pero no se preocupe, puedo seguir haciendo los quehaceres después de medio día, ya le dije a mi mamá que a penas salga de la escuela ya voy a estar acá para ayudar con lo que se necesite.

Una tímida sonrisa se dibujó en el rostro de Citlali quien callaba con la esperanza de que la respuesta hubiera sido de su agrado, pero Montserrat sólo la miraba con desesperación centellándole desde los ojos. Una maraña de ideas comenzó a formularse en su cabeza y salió como un torbellino en busca de una víctima en quien descargar la furia que irradiaba de su epicentro. Salió de la casa dando un portazo, y antes de que Graciano pudiera hacer comentario alguno por su estado de ánimo fue ella quien se le adelantó en preguntar con voz fuerte y demandante,

– ¿Dónde esta Xochita?

– Regando las flores en las jardineras de atrás, – respondieron varios trabajadores al unísono, mientras se quitaban el sombrero y escondían la mirada de la imponente presencia de Montserrat.

Sin decir más continuó su camino enardecido, aspiraba el aire fresco de la montaña pero al llegar a sus pulmones se contagiaba de la rabia que se iba acumulando dentro de sus ser y que emanaba con furia por cada poro y cada célula de su organismo. Al llegar a la parte trasera de la casa encontró a Xochita de cuclillas, cantándole armoniosamente a unas gardenias mientras se encargaba de limpiarlas de hojas secas y hierba mala. Al ver a Montserrat aproximarse comenzó a bromear sobre las cualidades milagrosas que poseían sus licuados, pero fue interrumpida en el acto.

– ¿Cómo es posible que tú, tan amorosa y maternal con los hijos de tus “patrones,” permitas que tu propia hija descuide la escuela para que le venga a limpiar la casa a unos ricos desobligados que ni siquiera están aquí para agradecerte el esfuerzo? – le reclamó con voz en cuello esperando una explicación, pero al ver que Xochita se mantenía estática en el suelo con los ojos desorbitados y la boca entreabierta continuó despotricando. – ¿Qué acaso no te importa su futuro? Mientras te ayude con tu trabajo te importa un carajo que se estanque en la vida, sea una iletrada más en las estadísticas de este país. Que siga limpiando pisos y caminando kilómetros para vender la pizca los fines de semana ¿no? ¿Eso es lo que quieres para ella? – Sentía como con cada palabra desahogaba la furia de su pecho que ahora fluía sin cesar por medio de su lengua envenenada. – ¡Contesta!

Xochita se mantuvo en silencio unos minutos, observándola desde el suelo húmedo, con el vestido sucio y el cabello trenzado repleto de hierbas y tierra. Cuando estuvo segura de que Montserrat había terminado de hablar se paró, y con una serenidad inquebrantable respondió

– No debería de expresarse así de sus papacitos, ellos son los patrones más amables que he tenido, y además los que mejor pagan por aquí. Entiendo su coraje, pero Citlali ya está grande

y fue ella quien me pidió ayudar en ésta casa. Uste no está para saberlo, pero las muchachas aquí no tienen mucho futuro a menos que se tenga dinero pa mandarlas fuera pa que estudien. Y yo no tengo ni el dinero ni el estómago pa que mi hija se vaya sola a ver si aprende algo que nos saque de pobres.

– ¿Y las escuelas de aquí? Aunque sea una constancia de estudios local pero debe de valer algo a la hora de buscar empleo, – alegó Montserrat un poco más calmada y con menos convicción que antes de escuchar las palabras de Xochita.

– ¿Cuáles escuelas? Si en nuestra comunidad apenas y tenemos telesecundaria, que ni sé porqué se llama así porque no hay ni teles ni mucho menos les enseñan lo que tienen que aprender en la secundaria, ya ve que pasan semanas y los maestros ni se paran en la escuela. No, aquí no hay ni escuelas ni empleos, al menos no para las muchachitas como la mía, por eso una tiene que enseñarlas a trabajar desde chiquillas pa que no se asusten y se vayan de bruces cuando tengan que enfrentarse a la vida.

Ahora fue el turno de Montserrat de callar y admirar la fortaleza de Xochita, quien a pesar de su apariencia descuidada y los insultos que le había preparado el destino a lo largo de sus días, se mantenía de pie, hinchada de dignidad, en espera de otra trastada más que le presentara la vida para enfrentarla con la misma ferocidad con la que se ganaba cada grano que ponía sobre su humilde mesa para alimentar a sus hijas.

– Discúlpame Xochita, no tenía idea de la situación que vivían, – dijo finalmente con un dejo de súplica en el tono, pero antes de que pudiera responderle continuó, – pero tengo una condición para dejar que Cítlali siga trabajando en ésta casa. Quiero que en todo momento se respeten sus horarios de clase, que traiga las tareas a la hacienda para que no se atrase en sus

materias, y si ella también va a estar trabajando de planta se le tiene que pagar sueldo como un empleado más, los gastos corren por mi cuenta.

– Ess.. ¿está hablando enserio? ¿Uste no está jugando conmigo niña? – el escepticismo cambió a sorpresa y luego a gratitud en el rostro de Xochita. Su semblante seco se desvaneció en cuestión de segundos y fue reemplazado por un manantial de lágrimas que pocas veces habían escapado de los duros ojos de Xochita. – Es un ángel, una verdadera alma de Dios. Ya conocía la generosidad de sus padres, pero nunca antes había encontrado una persona que mostrara interés, un interés puro por ayudarnos. ¿Quién va a querer ayudar al que no le puede dar nada a cambio?

Montserrat se retiró minutos después de que Xochita terminara de agradecerle de una y mil maneras el regalo tan grande que había tenido con su familia. La abrazó, le besó las manos, y le cortó unas flores para que perfumaran su recámara, “es lo que me da energía para sobrevivir mis días” le decía con los ojos brillándole de gusto. El recorrido de regreso fue mucho más reconfortante ahora que tenía sus emociones bajo control. El cielo se le antojaba más limpio, la brisa más amigable cosquilleándole en la nuca mientras el sol le rozaba suavemente los pómulos rosados, llenando de calidez cada centímetro de su piel nívea. Sí, hoy era un buen día para aprovechar la serenidad que le brindaba la naturaleza, así que en lugar de seguir el camino que llevaba hacia la puerta de la casa, siguió caminando derecho, rumbo al portón de entrada donde el paisaje se veía más verde, donde las veredas serpentean entre los cerros y las nubes bajaban a jugar con la parte más alta de los pinos.

El portón se encontraba entreabierto, las letras que custodiaban la reja a penas y se separaban unos metros. Montserrat recargó su delicado torso contra los barrotes descoloridos y dejó que su mente divagara entre la inmensidad que se extendía ante sus ojos. Trozos de su

pasado, presente y su posible futuro iban apareciendo como espejismos caprichosos en su cabeza. Sentía como si un hilo imaginario fuera tejiendo partes sueltas de su vida, intentando darle forma a sus memorias, sus acciones, para así encontrar una solución favorable que la sacara de ese bache oscuro y escabroso en el que se encontraba atrapada. Sabía que tenía que comenzar a analizar las consecuencias que le traerían sus impulsos irresponsables al abandonar el posgrado y la seguridad económica que éste le daría una vez que terminara sus estudios, para venir a reencontrarse con su identidad olvidada hacía tantos años en ciudades extranjeras. Tarde o temprano tendría que enfrentarse al autoritarismo de su padre, quien como buen representante de todo sector dominante, esperaba que le explicaran las razones por las cuales sus lacayos buscaban la felicidad lejos del camino establecido. No entendía que la libertad era una necesidad básica para cualquier ser vivo, algo que no se podía comprar ni substituir con sueños plásticos que se van esparciendo como un cáncer, contaminando al mundo con su frivolidad y su despotismo.

Así continuó por lo que parecieron siglos, no había nada a su alrededor que pudiera perturbarla, ni los trabajadores en el acostumbrado alborozo de medio día, ni el canto de las aves que sobrevolaban jubilosas por entre los árboles frutales, ni el sonoro claxon de algún camión que recorría la sierra para traer los exquisitos productos que sólo se daban en la tierra caliente. Cerró los ojos y se dejó envolver por esa repentina armonía que la rodeaba, no había nadie más, sólo ella en comunión con su espíritu y la naturaleza abrigándola con su manto de pureza y sabiduría.

Fueron unas vocecillas agudas las que la devolvieron al espacio en el que se encontraba, “Chht cállate ya la despertaste” se escuchó una de las voces murmurar por lo bajo tratando de

contener la risa. Montserrat enderezó la cabeza para buscar el origen de aquellos murmullos, y ahí, unos metros frente a ella, se encontraban dos niños caminando a la orilla de la carretera. El mayor no podía tener más de diez años, el otro no habría cumplido ni los seis. Los dos avanzaban despreocupados, sin percatarse de los temores que acechaban con cada paso que daban con su humilde calzado desgastado. Montserrat empujó la reja para poder observarlos más de cerca, ambos se veían bastante sucios y mal nutridos. El más pequeño intentaba mantener el paso de su acompañante, pero sus piernas apenas y tenían la fuerza para sostenerlo, y sus bracitos parecía que se le quebraban en dos al intentar sujetar las bolsas que llevaba colgando a sus costados. El pequeño se fue quedando atrás, el peso comenzaba a mermar sus movimientos cansinos y torpes. “Órale enano que nos está esperando don Filemón” se escuchó un grito a lo lejos, pero al ver que no había progreso alguno el mayor optó por regresarse y ayudarlo con una de las bolsas para que ambos avanzaran más rápido y completaran la entrega a tiempo. Montserrat observó la escena hasta que las dos figuras desvalidas se perdieron de vista. Pronto comenzó a sentir la sangre hirviendo por sus venas, una nueva obsesión se le había clavado entre las cejas, esa imagen había acaparado toda su atención, y como una llamarada renaciendo de las cenizas dormidas en su interior fue a buscar el set de pinturas que le regaló su abuelo. Enajenada, inmersa de pasión y sentimientos que no lograba comprender, se fue dejando llevar por los movimientos del pincel, desahogando todas las emociones reprimidas en lo más profundo de su ser, mientras en su mente escuchaba el comentario de Xochita como un eco maldito que la mantenía en un trance de absurda impotencia. << “¿Quién va a querer ayudar al que no le puede dar nada a cambio?” >>

## CAPÍTULO X

La cocina era un amalgama de distintos olores y sabores que se iban inmiscuyendo deliberadamente entre la sabrosa plática que sostenía Xochita con Prudencia, su hija mayor, quien se encontraba fregando platos al otro extremo del pasillo.

– Échale un ojo a los chiles, que los quiero tatemados no chamuscados, – le recordaba Xochita a su hija mientras agregaba otra pizca de sal a la gran cazuela de barro donde tenía cociendo el pollo.

– Ya lo sé, si a mí no me lo tiene que decir dos veces, madrecita santa, no soy tan taruga como Citlali, – le respondió con una sonrisa burlona y picardía desbordando de sus rasgados ojos color avellana, – por cierto ¿dónde se metió mi querida hermanita? ¿Qué acaso sigue velando la locura de nuestra grandiosa patroncita?

– ¡Cállate muchacha insolente!, si la niña Montse es muy buena; además las paredes aquí parecen más delgadas que el mismísimo papel, que si te llegan a oír de seguro que le dicen y hasta le aumentan con tal de quedar bien. Con eso de que se corrió el rumor de la ayuda que le está dando a tu hermana, ahora todos andan buscándola disque pa ofrecer su ayuda aquí en la hacienda y en el pueblo. ¿Tú crees? Ahora todos bien samaritanos, si lo que quieren es buscarle el lado para sacarle unos cuantos pesos, y de paso ver si pueden volarle el trabajo al primero que se descuide.



– Pues uste podrá decir misa mamacita adorada, pero esa tal Montse no se me hace tan buena del corazón ni de la cabeza.

– ¡Prudencia! ¡Jesús mío! ¿Que no escuchaste nada de lo que te dije?

– Sí, ya está bien, está bien. Pero qué quiere que haga si todavía traigo el coraje bien atravesado aquí adentro. Si cuando llegaron de argüenderas esta Chofa y sus amigas a la garnachería de doña Socorro, y se pusieron a platicar de lo que había pasado en la hacienda, me dieron ganas de botarlo todo y venir a decirle unas cuantas a tu “bondadosa” niña. – Prudencia se asomó al corredor, verificó que no hubiera nadie escuchando detrás de la puerta y continuó, – luego para colmo de malas que me toca atender la mesa de las chismosas, casi le tumbo los dientes a la Chofa, la vieja de Panchito, cuando me acerqué a tomar su orden la muy mula que se pone de bocona repitiendo todos los gritos que te había dado Montserrat y diciendo que todos los trabajadores nomás veían como pelabas los ojos y agachabas la cabeza.

Prudencia se mantuvo firme detrás de la mesa de la cocina, con las manos hechas puños en cada lado de su nimia cadera, sosteniendo la mirada de su madre con el semblante endurecido, como si la estuviera retando a seguir defendiendo los atropellos de sus patronos. Xochita, con la paciencia que la ha caracterizado a través de los años y de las penas, terminó de preparar la pastosa mezcla que estaba amasando en el enorme recipiente que tenía junto a la estufa, se quitó el delantal de flores y dejó la deslavada tela colgando de la silla que estaba frente a su hija.

– Sí sabes que Chofa lo único que quería era calentarte la cabeza, – lo dijo en voz baja pero con tono tajante y autoritario, – lo que buscaban esas mujeres era precisamente lo que tan altaneramente me platicaste que estuviste a punto de hacer y déjame te digo que no voy a permitir que nadie, escúchame bien, nadie venga a estropear lo que por tantos años hemos

construido en esta casa. Un trabajo que te guste o no nos ha dejado comida en la mesa desde los tiempos en que tu abuela le ayudaba a Mamá Conchita. – Al ver que su hija cambiaba la postura desafiante, tomó nuevamente el delantal y se lo amarró en doble nudo, pero antes de volver a la estufa continuó – Y no quiero volver a oírte hablar de Chofa como “la vieja de Panchito,” como mujer casada debes de decirle doña Chofa, le debes respeto, no importa si no se lo ha ganado. Y ayúdame a desmenuzar el pollo, que ya voy a embarrarle la masa a los tamales.

Prudencia caminó lentamente hasta el final del pasillo, descolgó un mantel de una de las perchas de la pared, y se dirigió obedientemente al lado de su madre para desmenuzar el pollo. Sus manos rasposas se movían rápidamente, estaban tan acostumbradas al trabajo que se habían vuelto totalmente inmunes al calor intenso que desprendía de cada pieza que tomaba entre sus delgados dedos. Varias veces separó los labios con ganas de iniciar nuevamente la conversación, pero con la boca enmudecida todavía por los fuertes regaños de Xochita prefirió no disturbar el silencio que imperaba en la amplia cocina envuelta en ese aire con olor a maíz cocido y chile ancho.

– Buenas buenas doña Xochita, es un verdadero martirio venir aquí con la tripa vacía, pero pues ni modo, con el puro aroma me hago un taco, – dijo Graciano con un tono de sutil comicidad.

– Buenas don Graciano, déjeme nomás se cosan y le separo unos cuantos pa que se los lleve a su casa. Panchito, no lo había visto ¿como le va? – añadió Xochita al percatarse del joven que esperaba a Graciano detrás de la puerta.

– Muy bien mi Xochita, aquí venimos pasando encargos de la gente. En la entrada está la viuda Ercilia con una canasta con polvorones y pinole que le trajo a la patrona, quiere venir a saludarla y de paso invitarla a la primera comunión de su nieta la chica, la hija de Pepe...

– Yo ya le dije que la niña ha estado indispuesta estos días, que si quiere dejarle la canasta y luego se la llevamos a su casa, – interrumpió Graciano al ver el gesto reprobatorio de Xochita al escuchar sobre la petición de la viuda.

– Sí, don Graciano, dígale que yo se la cuido y después se la regresamos porque la señorita Montserrat sigue sin salir de su habitación y no está pa recibir visitas en estos momentos. Comoquiera yo le comento lo de la fiesta de la muchacha, a ver si se siente mejor y los puede acompañar, – respondió amable pero con cierto poderío en cada palabra que no dejaba cabida a ninguna sugerencia.

– Pues avísenos cuando esté mejor la patrona, Xochita, mi vieja ya tiene varios días que me está friegue y friegue con que la traiga pa conocerla y llevarla al mercado, la plaza o si quiere a dar la vuelta a que conozca Jalacingo.

Y así entre “con permisos” y “propios” volvieron a sus actividades del día, dejando a Xochita descargando su inconformidad en las hojas secas de maíz que apretujaba de dos en dos en la palma de su mano para luego embarrarlas con una fiereza inusual para su comportamiento sereno y disimulado.

– Bien dice que nomás están viendo a ver que le pueden sacar a la patrona Montserrat, – dijo Prudencia con sorna al ver el descontento de su madre, quien continuaba embarrando la masa con el ceño fruncido y la mirada tan fija que pareciera que quisiera licuar los chiles con la

pura rabia de sus ojos. – De seguro que iba pedir algo pa la fiesta, o hasta que fuera la madrina, sino ¿pa qué tanta insistencia con la canasta y el pinole?

– Es que la gente ya perdió la dignidad, no les importa andar viendo caras con tal de hacerse con dinero. Pero lo que no les perdono es que quieran profanar el verdadero significado de la comunión. La madrina será la guía del espíritu de la muchacha y necesita ser alguien que la conozca y tenga buena fe, no la que mejor le pueda pagar la fiesta o la que le de regalos más caros. Que Diosito me perdone por morder la mano que me da de comer, pero esta niña no va a misa, no sabemos si crea en algo siquiera, y la quieren poner encargada del alma de otra muchachita...

– Ya madrecita no se me altere, al cabo ya se le cebó a la viuda Ercilia. Pero, ¿si es cierto eso que está enferma, o son pretextos que les ponen pa no dejarlas pasar?

– Sabrá Dios y la Virgen santísima, yo sólo he ido a subirle la comida un par de veces y no ha dicho palabra alguna. Don Graciano también fue a preguntarle si necesitaba algo del pueblo y sólo le ha respondido con murmuraciones extrañas y negativas con la cabeza, dice que ni volteó a verlo de tan concentrada que está con esa pintura, – le dijo ya con voz calmada mientras ponía a calentar en la estufa un sartén con la salsa y el pollo que acababa de desmenuzar Prudencia. – La única con la que ha hablado un poco es con Citlali, ella fue la que me platicó que poco antes de que se pusiera así le dio una tal crisis que de los nervios o las ansias o ve tú a saber cual de esas enfermedades que le da a la gente rica.

– Sí, a mi también me dijo que la otra vez que estaba limpiando el piano la vio que estaba recargada en la ventana, así como ida, y que después así de la nada le gritó a Citlali que fuera corriendo a la ventana, que ahí estaban otra vez, solitos en la carretera y cargados de cosas

caminando no sabía a donde. ¿Tú crees?, estaba espantada por Toñito y Juan, los que hacen mandados para la tienda de don Filemón, ya vez que viven allá cerro arriba, de donde bajan los camiones del gas, y los vio pasar a la orilla de la carretera cargados con los canastos y las bolsas de mercado y desde entonces no ha salido del cuarto ese donde está pintando. ¿Qué apoco allá en los Estados Unidos no hay huercos cargando cosas? Te digo que esta gente de ciudad hace escándalo por todo, imagínate si fuera a tierra caliente donde los tienen pizcando entre las plataneras y los cafetales. Hay que decirle a Graciano que ya no le ofrezca llevarla a Altotonga, no vaya a ser que vaya al Aurrera y vea a todos los cerillitos que no van a la escuela por estar embolsando el mandado y ahí si le da el patatús.

– No seas grosera Prudencia, y veme ayudando a echarle pollo a los tamales. Nosotras tristemente ya nos acostumbramos a ver a los chiquillos trabajando en el mercado desde que pueden sostenerse en pie, pero eso no quiere decir que sea correcto, ni que no les esté afectando a los niños en su crecimiento. Pero con toda la vergüenza te digo que yo tampoco entiendo qué es lo que está viendo ella mal, es una fortuna en nuestras casas tener unos pesitos extra, y dime tú ¿que otra cosa puede hacer un niño en estas tierras sino trabajar?

– Pues como uste dice, son cosas de la gente rica. Imagínese, ¿qué hubiera hecho si hubiera llegado aquí unas semanas antes cuando estuvimos festejando la fiesta de las Cruces? Donde hubiera visto la peregrinación de tanta gente hubiera pensado que íbamos siguiendo al que llevaba la cruz pa colgarlo a las faldas del cerro.

– ¡Que bárbara Prudencia, tu ya no respetas ni las fiestas patronales! En lugar de andar ideando cosas mejor fíjate bien en lo que haces, le estás poniendo mucho pollo a los tamales, nos tiene que alcanzar para toda la olla, después voy a tener que andar rellenándolos con pellejos

guisados y uno que otro hueso pa que no se vea que los últimos nomás traen pura masa, – Xochita agarró una cuchara para enseñarle a su hija la cantidad exacta que debía de untar y después prosiguió, – aunque pensándolo bien creo que sí le serviría a la niña Montse el acompañarnos en una de las fiestas de la parroquia. Si hubiera estado en la de las Cruces le hubiera tocado escuchar la música de viento y ver adornadas las calles con pétalos de flores. Si cierro los ojos y todavía puedo sentir el aroma de los pétalos de garbanzo, el chicalote y la flor morada. Eso me gustaría que viera la niña, es más yo misma la llevaría con orgullo a que conociera nuestras fiestas, lo que nos identifica y nos une a las comunidades como un solo pueblo. Que nos viera jugando el palo encebado, en el torneo de cintas o con las peleas de gallos y pa rematar un buen mole de guajolote, o las riquísimas carnitas que hace la comadre Tencha.

– Ay, ya va a empezar uste como mi abuela, - bromeó Prudencia al ver cómo se le suavizaba el rostro y le brillaban los ojos al hablar de sus costumbres, – ya nomás falta que se la quiera llevar también al pozo a que haga el ritual ese donde se lavan con agua pa limpiar los males. Cómo me gustaría verla tratando de hacer nuestros rezos en náhuatl pa que le lleguen las buenas energías...

Xochita le dio una mirada amenazadora a su hija pero no respondió nada. Continuó maniobrando en la cocina, en silencio, reviviendo en su memoria tantos años de costumbres aprendidas, tradiciones que las ha llevado en la piel desde niña, y que han moldeado a su gente durante cientos de vidas atrás, y entre ese amalgama de emociones no pudo evitar reflexionar sobre la situación de Montserrat, el amargo vacío en el que se encontraba, los ataques extraños que le daban, sin razón aparente e incomprensibles para una mujer que dependía de la fortaleza de su cuerpo y espíritu para salir adelante.

– Pues sí fíjate, tal vez sea eso lo que necesite pa quitarse tanta pesadumbre que trae arrastrando desde tan lejos, – afirmó Xochita todavía inmiscuida en sus cavilaciones, – no hay nada mejor que la tierra de uno pa limpiar tanta ponzoña que contamina al ser humano, eso es lo que ha de traer la niña: el alma envenenada. Pero, ¿cómo no lo vi antes? Y yo que digo ser tan buena cristiana...

– Madrecita uste ni se me acongoje con esas cosas. Ya ve que yo tengo dos años de no ir a purificarme al pozo y no me ha pasado nada. Ni me enfermo, ni me encierro en ningún cuarto. Esas son puras chiflaciones, algún berrinche que ha de haber hecho allá en el palacio donde vive. O dígame uste si se le hace que es más sufrida la vida de Montserrat, con todo pagado pa salir y vestir lo que uno quiera, tener la barriga llena y la casa caliente todos los días, dejar aventada la vida durante semanas y no pase nada, que no le falte absolutamente nada porque todavía tiene gente arrastrándose a sus pies porque su papi se los paga. ¿Sigue creyendo que ella necesita de sus remedios? Porque le puedo asegurar que a nosotros ni el pozo ni nada nos ha ayudado, trabajando todos los días hasta pasar la media noche, regresando a la casa con hambre, con sueño y con frío, y no tenemos a nadie que se ofrezca pa arrimar el hombro, o de perdido se asome a ver si vivimos o no. Pues es que cómo, si ni mi padre se interesa, ¿ya cuántos años que no hace por mandarnos dinero? O que no pasa a vernos a la casa, aunque fuera nomás a tragarse la comida, pero que fuera vernos, darnos un beso, un abrazo siquiera...

Las mejillas encolerizadas de Prudencia temblaban intentando aguantar las lágrimas de rabia que se escondían detrás de sus ojos avellana. Xochitonalli se sentía herida, no por las palabras desdeñosas de su hija, si no por el rencor que supuraba de su mirada. Mil y un regaños pasaron por su mente pero las palabras se le atoraron en la boca una vez que vio a la pequeña

Citlali esperando en la entrada de la cocina. Su expresión lo decía todo, el puchero que hacían sus labios indicaba que había escuchado la última parte de la conversación. Su mirada saltaba desenfadada de un rostro quebrantado al otro. Sus dos hijas marcadas por el dolor y el sacrificio. Una lo demostraba rebelándose a gritos, la otra cargaba con su alma magullada en silencio, sin un sólo quejido, acostumbrada a relamerse las llagas en la intimidad de su perpetua soledad.

– Ya vete a colgar el delantal Prudencia que se te está haciendo tarde para irte a la garnachería, – dijo de pronto haciendo a un lado los reclamos de su hija quien, con la quijada trabada, amenazaba con comenzar nuevamente a discutir, pero Xochita se le adelantó, – ¡Ándale déjame el pollo! Yo aquí termino con los pendientes que nos quedan. Y tú, Citlali, prepara tus cosas para que te vayas con Prudencia, vas a ser más útil allá en la casa ahora que se nos enfermó tu abuela.

– Si mamá, ya sólo me falta terminar de sacudir el oratorio.

Prudencia giró la cabeza al escuchar la voz sumisa de su hermana, la observó parada frente a la puerta y de inmediato entendió la actitud de su madre al esconderse tras la estufa para terminar tajantemente la conversación. Todavía con el coraje entre las venas se quitó el delantal y lo aventó con saña contra la silla. Citlali lo recogió en silencio y lo colgó en la pared junto con el resto, después salió obedientemente de la cocina y subió las escaleras directo al oratorio. Lo que decía su madre era ley y no se le discutía, ni se le reprochaba nada, pero tenía tantas cosas que quería preguntarle sobre las palabras de su hermana en la cocina. Desde que su padre había ingresado a la policía se había ausentado más de casa. Dejó el humilde trabajo en el campo con la promesa de que le iría mejor con el sueldo de un trabajo fijo que conseguiría en la ciudad. Dejó las tardes con su familia por patrullar las carreteras, y comenzó a desaparecerse durante las



cenas para ir a cubrir los turnos nocturnos. Después de seis meses dejó de llegar a dormir, y así pasaron más de dos años que no regresó a la casa ni para los cumpleaños o reuniones familiares. Una noche escuchó a Prudencia llegar de la garnachería llorando a lágrima viva, reclamando con todo el furor de su pecho que había llegado su padre a cenar con una mujer de mala pinta, se sentaron solos en una mesa apartada desde donde volteó una sola vez a saludar con la mirada. Eso sí, el muy cínico dejó dicho a la muchacha que los atendió que le diera la comida fiada, al cabo su hija trabajaba ahí y vendría después a pagar. Su madre calló a pesar de los reclamos de su hermana. A partir de ese día los rumores se expandieron más rápido que la varicela en el mes de marzo, las amantes se amontonaban en cada esquina, un nombre diferente para cada día de la semana, pero Xochita continuó en silencio, a pesar de la humillación, de las carencias y la amarga tristeza que rodeaba a su familia que vivía escasa de comida y de respuestas.

Citlali estaba enredada entre la encrucijada de preguntas y verdades a medias mientras agitaba cuidadosamente el viejo plumero sobre el elaborado altar que tenían en el centro del oratorio. Todo tenía que quedar igual, instrucciones precisas que había dado don Desiderio. Las fotografías de Mamá Cochita, los cirios a los lados, las veladoras alrededor de las cruces, y el mantón antiguo que servía de pesebre para proteger al niño Dios que descansaba en el centro del altar. Fue en ese lapso en el que sacudía el altar cuando descubrió bajo el manto un cuaderno con hojas amarillentas en donde además de guardar varios recortes de periódicos y viejas fotografías, había un manuscrito que cubría tres cuartas partes del diario titulado “Memorias de mi sangre.” Escuchó una voz llamándola desde lejos y se dirigió pronto a la puerta, pero recapacitó a medio camino, tomó el diario y decidió hacer una última escala antes de irse. Con un débil llamado a la puerta giró la perilla y observó a Montserrat quien se encontraba nuevamente mirando la ventana. El cuadro parecía estar terminado. La naturaleza era el vivo reflejo de la belleza que

rodeaba la hacienda, encerrando en el lienzo la armonía que desprendía la serranía y deleitando a los sentidos con el cándido aroma de paz y serenidad que se respiraba entre los pinos y las caídas de agua. Sin embargo, había algo que discrepaba con el equilibrio de la pintura, el paisaje era majestuoso, las tonalidades embelesaban el alma, perdiéndose entre el firmamento y el óleo. Existía un sentimiento que contrastaba con la belleza del cuadro: una imagen en el centro que cautivaba la atención y despertaba la conciencia del que apreciaba la obra, unos niños que con la sencillez de su apariencia expresaban más que si lo hicieran de su propia boca. Su rostro, su cuerpo, la tristeza de su mirada que resultaba en la fehaciente prueba de la inocencia sacrificada.

Al ver que Montserrat continuaba con la mirada perdida en la ventana, sin tener reacción alguna de su presencia, Citlali decidió armarse de valor y romper el silencio.

– Disculpe, pero he encontrado algo en el oratorio que pienso que le puede servir. A mí siempre me ha ayudado escuchar las palabras de mi abuela en tiempos difíciles.

Y sin decir más dejó el diario de Mamá Conchita sobre el piano y salió presurosa a la puerta de entrada para alcanzar a Prudencia, quien ya había comenzado la larga caminata de regreso a casa.

## *Memorias de mi sangre*

*Abril 1914*

*Ayer se completaron los cuarenta días de rezos dedicados al eterno descanso de mi amado Desiderio. Había preparado el altar con veladoras y tenía el café de olla calentito en la cocina para nuestras amistades más cercanas, pero al abrir la doble puerta de madera desfiló por el zaguán el pueblo entero y algunos conocidos de comunidades vecinas. Un verdadero sentimiento de gratitud se apoderó de éste débil pecho que esconde un corazón inservible, apabullado por el dolor y la tristeza. Hasta parecía que Diosito había sincronizado a todos los gallos junto con las primeras luces del alba porque todos llegaron puntuales para acompañarnos en el duelo. La casa se contagió de hermandad y compasión, que tanta falta nos hace en estos tiempos, con las tremendas dificultades que está viviendo nuestra familia, aunadas al salvajismo y la ausencia de humanidad que están destruyendo el resto de nuestra resquebrajada tierra.*

*Debo confesar que fue gracias a la ayuda de Demetria que el apellido Caballero continuó con su buena reputación, esos excelentes modales e intachable educación que con tanto regocijo presumía mi marido. A pesar de sus escasos trece años, la pequeña Demetria, igual de acomodada y bondadosa que mi difunta hermana, se encargó de dar órdenes a las sirvientas en la cocina quitándome así la responsabilidad de atender a la gente que se amontonaba en el patio, en el oratorio, en la cocina, en los pasillos... Yo ya no supe de la casa, ni de la vida, sólo*

*me dediqué a ser una viuda desamparada que velaba fielmente el alma de su marido. Escuchaba voces en todos los rincones de la casa, sentía sus abrazos cálidos rodear mis hombros, acomodarme el mantón negro que se deslizaba de mi cabeza con cada sollozo. Sentía mis rodillas adormecidas después de horas de estar hincada frente a la fotografía de mi Desiderio. La comadre Tencha me hablaba, me ofrecía una silla, pero yo no podía ver nada más que las luces de las velas tintineando, mis labios se movían por instinto, repitiendo palabras que rezaba todo los domingos en misa, me santiguaba como el resto de los dolientes, y mis pulmones se llenaban con el intenso aroma del copal quemado cuando el compadre Manuel sahumaba la cruz de madera que llevaríamos al panteón.*

*Ahora que ya terminó la cuarentena, que ya llevamos la cruz de madera al sagrado lugar donde descansa Desiderio. Ahora que Demetria se encargó de entregar a los padrinos nuestros agradecimientos con una canasta con mole de pollo, tortillas y una botella de aguardiente. Ahora que nos han dejado solos para llorar nuestra pérdida en paz me doy cuenta de lo vacía que se siente la casa sin él. ¿Cómo una persona puede ocupar tanto espacio con su sola presencia? Tres pisos repletos de cuartos donde se guardaron las risas que abundaban en ésta familia, tan sonoras y musicales, igual que se escucha el canto del gorrión en las tardes de abril. Pero ahora el silencio habita en las paredes, el nido ha perdido su calidez. Ya no es suficiente la protección que le daban sus ramas, ni el cobijo de sus hojas secas, el gorrión se ha marchado, se ha marchado para no volver...*

*Ha pasado más de un mes desde que recibí la noticia, esa horrible noticia que nos cambió la vida, que mató esa parte de mi ser donde se guardaban mis anhelos para el futuro y mi confianza en esta sórdida existencia. Desde entonces los días se amontonan frente a mis ojos,*

*mis sentidos se perdieron tratando de encontrar la tranquilidad en las ventanas, la noción del tiempo salió por la puerta el día que entró el compadre Manuel cargando el cuerpo inerte de mi querido Desiderio, mi amado Augusto, el patriarca, el orgullo y la efigie de los Caballero.*

*Yo no lo creía, es más, hay días que despierto y lo sigo buscando entre los maizales, y que aún llevo una taza de chocolate a su sillón preferido frente al piano, donde nos sentábamos a escuchar a Máximo, quien comenzaba a tocar con una gracia que pareciera fuera otorgada por los mismísimos ángeles. Pero cuando llego y veo la sala vacía regreso al presente, este inmundo presente donde el piano está callado, cubierto con una túnica negra en señal de respeto a nuestro luto. Escucho a lo lejos disparos, algún atraco en el camino, o la bola que se topó con un mitin de federales. O serán disparos a traición, una emboscada en medio de la sierra... El último disparo se pierde entre el ruido de la charola al estrellarse contra el piso, mis dedos perdieron su sensibilidad al recordar cómo depositaban el cuerpo magullado de mi Desiderio en la recámara de enseguida. Su mano colgaba de la cama, con la camisa de algodón manchada de tierra, y de la punta del meñique aún goteaba una sustancia oscura que caía silenciosamente sobre el suelo de madera. Mi reacción fue la de cualquier ama de casa que observa a su marido herido. Me arrodillé a su lado y le encargué a Demetria que fuera a la cocina por una vasija con agua caliente y unas toallas limpias, saqué del ropero un cambio completo de ropa y al llegar Demetria comencé a lavarlo y desvestirlo para conservar su pudor y mantener intacta su pulcra dignidad. Todavía no terminaba de limpiar la tierra de su pálido rostro cuando llegó gritando la comadre Tencha: “Deja Conchita, déjalo ya. ¿Qué quieres que caigan más desgracias a esta familia?”*

*Me sacaron del cuarto casi arrastras, la comadre le dijo a Demetria que me trajera un té de tila para calmar los nervios y la hizo jurar que no se me separaría ni un segundo, que pronto estaría ella acompañándonos para dar la cara ante la gente. Y así fueron llegando a la casa, y salía Tencha a recibirlos y pasarlos a la sala, los atendía y hacía todo lo posible para que no se me molestara. Yo los escuchaba murmurando en los pasillos, tal vez creían que estaba dormida porque no tuvieron nada de tacto al compartir sus opiniones:*

*“Los agarraron en la sierra, camino a Xalapa. Iban a caballo, en montón precisamente para evitar los atracos. Eran como unos diez más o menos, no llevaban armas ni parque. Pos es que no iban a pelear ni armar escándalos, sólo querían ir a plantársele al gobernador a exigirle que dejaran en paz a la gente y a los pequeños comerciantes en el pueblo” ...*

*“Sí, yo también escuché que los habían balaceado en la sierra, fue una emboscada. Al parecer atraparon a uno días antes, pero ese sí andaba de revoltoso en la bola, y para que lo soltaran dijo lo que tenían planeado hacer los dizque rebeldes de Altotonga. A mí no me hagan esas jetas que así los están llamando en los periódicos” ...*

*“ ¿Con que fue por un soplón que perdimos a uno de los mejores hombres y el mejor farmacéutico de Altotonga? Espero que lo fusilen al cabrón porque si no por mi madrecita Santa que yo mismo me lo hecho.”*

*“ ¡Cállense! ¡Cállense! Que si los escucha la viuda quién sabe y qué se vuelva de ella. Ya de por sí Tencha me acaba de contar mientras le poníamos la túnica blanca al difunto Desiderio que cuando llegó a la casa encontró a Conchita lavándole la cara y balbuceando como loca con prendas limpias en su regazo. ¡Imagínate tú! La pobre quería amortajar ella misma el cuerpo de su marido. Sólo la completa desdicha o un súbito enloquecimiento pudo*

*haberle sugerido a una persona de estas tierras que intentara cometer semejante atrocidad. Faltarle el respeto a los muertos y a las costumbres de ese modo. Bendita Tencha que la detuvo a tiempo, si no ni Dios mismo hubiera podido amparar a la familia de las desgracias que les hubieran plagado.*

*La discusión continuó, yo los oía a lo lejos, sus voces pastosas colándose entre las paredes y las puertas, acechando a la distancia como verdugos, esperando dar el golpe final en mis oídos. Pero mi mente ya no registraba las palabras, ni el llanto, ni la lluvia, ni el aire, ni las balas. Desde ese día sólo siento la muerte, la miseria y la soledad. La vida se me ha vuelto insípida, los rezos no me calman la conciencia, los abrazos se me resbalan de los hombros y el tiempo no me rinde igual que antes. Las horas se me van sin permiso como lo hizo Desiderio, y los minutos se quedan aquí, adhiriéndose como parásitos en las recámaras, alargándose las noches que se convierten en infiernos de espejismos y malos recuerdos.*

*El insomnio y la falta de apetito han comenzado a reflejarse en mi entereza y en mi lucidez. El día del entierro olvidé al pequeño Pablo en la cuna, sólo que Demetria con sus piernas fuertes de tierna adolescente regresó por él a la casa y nos alcanzó corriendo cuesta arriba hasta el panteón, Me concentré tanto en parecer fuerte frente a mis hijos y no derramar ni una lágrima que a la hora de decir la última oración se me trabó la lengua en el Ave María y olvidé las últimas palabras. Recité el “ruega por nosotros” y la mente se me quedó en blanco, silencio absoluto hasta que la voz de mi querida Conchita, la niña consentida de mi esposo, con su timbre angelical terminó por añadir “ahora y en la ahora de nuestra muerte. Amen.”*

*La familia perdona todas mis descuidos, el resto de la gente me mira compungida, una especie de lástima inspirada por la pérdida y mi inestabilidad mental. No me molestan las*

*miradas indiscretas, ni las palabras a mi espalda, lo que me pesa en el alma es que me esté olvidando de mi papel como madre y como esposa, o mejor dicho de viuda. Si no hubiera sido por la comadre Tencha no le hubiéramos echado el calabazo con agua en el ataúd de Desiderio, y fue ella también la que se acordó de regresar la cruz de madera para rezarle el novenario en la casa. Nunca me había sentido tan vulnerable, ni tan expuesta. El día de mi boda le juré amor eterno a Desiderio, pero nunca pensé que los votos que prometí me los cobraría con intereses el día de su muerte. Es como si se hubiera llevado una parte de mi ser también a la tumba, la calidez de nuestro hogar, la solidez que nos unía como familia. Los mismos recuerdos y hasta mi identidad se ven perdidos sin la presencia de Desiderio a mi lado. Cuando terminó el novenario y Tencha sacó la escoba para barrer la entrada, casi se la arrebato de un jalón. Tenía un miedo de que al barrer se fuera el espíritu de Desiderio, que se perdieran sus recuerdos y nuestra historia al igual que el polvo se pierde en un sólo vuelo con el aire gélido en las noches lluviosas.*

*Hoy entendí que mi esposo está muerto. Al ver su fotografía colgando en la pared sobre el gran piano cubierto de luto lo he mirado directo a los ojos y he notado en su mirar que ya no me reconoce. La mujer con la que se casó se murió también en la sierra, una víctima más de la revolución. La esposa fuerte que creció junto a él durante todos nuestros años de matrimonio está extraviada, y no sabe si pueda encontrar algún día el camino de regreso a casa. Y al platicar nuevamente con él he descubierto en su semblante las inconfundibles huellas del disgusto y la decepción, y en ese instante me di cuenta que me estaba reprochando mi actitud de estos últimos días. Rápidamente tomé la escoba y el recogedor y barrí toda la casa, saqué el polvo escondido en las esquinas, purgué cada rincón de malas vibras y con un último suspiro saqué por la puerta principal lo que quedaba del alma de Desiderio en ésta casa. Me había*



*atenido tanto a su memoria que se me había olvidado voltear a verme en un espejo y descubrir la nueva imagen que se observa desde allí. Una viuda desprotegida e inútil no le va a servir de nada a mi familia, y por la memoria de lo que fuimos no puedo permitirme acabar en semejante suerte. Con los ojos hinchados y los cabellos saliendo desobedientemente del mantón negro observo mi reflejo con un nuevo interés, una curiosidad morbosa donde le rasco al espejo para ver si puedo atravesar las capas de estigmas sociales que me han atrapado en el cuerpo de una viuda triste y desavenida, y en éste último intento por afianzarme a la vida descubro un súbito chispazo en el centro de mis ojos, mismo que anuncia el renacimiento de una nueva mujer, alguien fuerte e independiente que busca abrirse camino en un terreno desconocido, destinado sólo para pantalones, machetes, y muchos muchos perros...*

*Es tiempo de comenzar a reconstruir los cimientos de lo que nos dejó la vida. Forjar una nueva identidad valiente y aguerrida que sea digna de los Caballero, pero más importante, que sea valiente y capaz de enfrentarse a los demonios que saquean el pueblo y amenazan con destruir familias e inocentes por igual. Estos días he aprendido mucho de la pérdida, la muerte y el dolor, pero aún con toda la amargura supurando de mi boca y mis entrañas me he dado cuenta que lo más importante que tenemos es nuestra identidad y nuestra historia. Hay que preservar las memorias vivas para que puedan seguir contándose y viviéndose a través de los años. Y son con estos ojos vidriosos aún por la fatalidad, y éstas manos que tiemblan con el miedo a lo desconocido, que escribo éste diario, para narrar las peripecias de una mujer y su familia en una época de profundo dolor y grandes cambios alrededor. Guardo la verdad mediante los giros de este puño y los recuerdos de mi sangre vertida en ésta tinta para dejarle un legado a la futura generación de Caballeros, el legado más importante de todos: la verdad de su pasado y de su historia. La angustia que pasé éstos días me ha enseñado que todo es*

*pasajero, y fue así como me percaté que si no escribo éste diario se va a perder la conciencia de nuestros antepasados, va a llegar la neblina a desdibujarlo todo y no va a dejar rastro alguno de lo que un día fue nuestra familia, nuestra historia, y nuestro pueblo. Sólo quedarán los escombros de lo que un día se alzó con orgullo, el aire soplará el polvo de un pasado glorioso, mezclado con las mentiras del presente y el olor a podredumbre fermentándose peligrosamente en el camino hacia un mísero e inevitable futuro.*

Marzo 1915

*Esta mañana amaneció muy legañososa, al igual que amanecimos el resto de los días en estas últimas semanas, como que el sol se rehúsa a salir desde la mañana en que fuimos a llevarle flores a la tumba de Desiderio para demostrarle nuestro amor y guardarle sus respetos el día del aniversario de su muerte. No puedo creer que haya pasado un año desde que nos lo arrebataron de esa manera tan sádicamente inesperada. Si sólo porque nunca me gustaron esas novelas de misterio que coleccionaba Desiderio en tantas repisas del segundo piso, sino hubiera pensado que un ente maligno había maldecido a nuestra familia o que algún ingrato del pueblo, resentido por nuestra prosperidad, había preparado un hechizo con premeditación, alevosía y ventaja para dejarnos en la ruina y vernos penando en un eterno purgatorio.*

*Gracias a Dios y a la tenacidad de mi espíritu idealista nunca llegamos a caer en la desgracia caótica a la que estábamos destinados, según la opinión de nuestras tan queridas amistades. No voy a mentir diciendo que fue fácil levantarme del garrotazo que me dio la vida, ni voy a presumir dotes de generala envalentonada que supera las adversidades con el mismo fervor con el que se termina un trago de aguardiente, pero con la cabeza en alto puedo decir que con mi fe y el inmenso amor que le tengo a mi familia logré salir del oscuro agujero enlodado en el que me encontraba sumida. Abrí los ojos, y por primera vez pude ver la vereda hacia el futuro, oculta entre maleza y repleta de piedras para hacerme tropezar en el camino, pero no había marcha atrás, ya había tomado la decisión de aventurarme al lugar donde ninguna mujer había llegado en estas tierras.*

*Fue un año de fuertes críticas, me tacharon de libertina e incluso me excluyeron de muchas reuniones de las damas de nuestro grandioso pueblo de Altotonga, pero a pesar de todos*

*los trajines y descontentos, hoy mi pecho se infla de regocijo al ver la estabilidad que reina en la casa. Ya no me pesan los incontables viajes que di a la capital, las horas de filas que hacía en el tren para poder conseguir un boleto, o las constantes interrupciones a mitad de camino donde la bola se subía a pedirnos de nuestra cooperación. A mí por ser viuda y por conocer la historia de Desiderio no me la hacían tanto de tos y me dejaban ir con tan sólo un par de pesos, pero había a otros que agarraban a culatazos hasta vaciarles por completo los bolsillos o hasta que perdieran el conocimiento, lo que sucediera primero.*

*Sin embargo, valió la pena tanto sacrificio, valió la pena ver tantas caras y tener que aguantar tanta majadería porque nadie puede quitarme ahora mi certificado de farmacéutica. Ahora recuerdo y me río de la primera vez que me fui a parar a esa oficina pomposa para comenzar con el trámite del dichoso certificado. La expresión de indignación del tipo fue tan exagerada, como si le hubiera dicho que me quería robar las perlas de la virgen. Entre la necesidad de aquellos hombres y la asquerosa burocracia se encargaron de ponerme las trabas del mundo para evitar que ejerciera como encargada de la botica. Por Dios, como si un papelito fuera a cambiar gran cosa. ¿Cuántas veces me dejó Desiderio atendiendo la botica cuando él se iba a ver los pendientes de la cosecha de maíz, o la de cebada? Pues ¿quién creen que era la que cultivaba y cuidaba tan amorosamente a las plantas? ¿Quién creen que les preparaba los espíritus para tomar y los espíritus para untar cuando venían con sus fiebres, sus achaques y sus dolores del cuerpo o del alma? Desiderio Augusto era muy bueno para recetar, pero medio flojo a la hora de hacer los ungüentos y brebajes. Siempre me decía “tú tienes muy buena mano para los remedios,” y no mentía, a mí siempre se me facilitó la memoria y la habilidad para preparar los medicamentos, incluso mejor que a mi esposo. Por eso yo no entendía tanta negativa ni tanto escándalo de la gente cuando hice por sacar el certificado, pues no sé si se necesite estar muy*

*bruto o sentir la hebilla del pantalón medio floja para pensar que la presencia de una mujer entre los grandes comerciantes del pueblo iba a restarles hombría o fuera a causar una súbita revuelta en el resto de las señoras por arrebatarse el machete y el jorongo de sus varoniles espaldas.*

*No me puedo quejar, he aprendido mucho de esta desafortunada travesía, lo que resalto para mis futuras nietas y mis queridas compatriotas es que descubrí que la mejor arma que posee la mujer es la palabra, sólo que hay que aprender el arte de utilizarla, desarrollarla y luchar por la libertad de compartir nuestros conocimientos públicamente en éstas tierras en las que se nos acostumbra al silencio y a imitar de generación en generación la adoración por las ideas del hombre, no importa que tan descabelladas o tremendamente inútiles resulten.*

*Recuerdo el primer día que abrí nuevamente las puertas de la botica, el día en que me presenté formalmente como dueña y encargada del negocio familiar. Yo con el pecho ancho de orgullo me trepé en un banquillo y con la ayuda de un martillo y el tino de mi pulso maraquero conseguí clavar el certificado para desplegarlo en el corazón de la botica, donde se alzaría por lo alto para que todos mis clientes se dieran cuenta de los meses de esfuerzos y atropellos que me costó conseguir ese papelito. Todavía no daba el último martillazo cuando llegó el señor Prócoro a preguntarme ¿qué hacía yo ahí arriba blandiendo herramientas de hombres? Que ¿por qué no le había pedido ayuda a uno de los tantos vecinos que había aquí frente a la plaza? Bien dicen que “el que ríe solo de sus maldades se acuerda...” porque me dan las carcajadas cuando recuerdo la cara que puso aquel hombre cuando le dije que no era necesario, que yo tenía la misma fuerza, habilidad y disposición para encargarme de las cuestiones que atañen a “Mi” negocio. El pobre tartamudeó una bola de cosas: que no sabía que íbamos a volver a*

*abrir... que cómo me iba a encargar de la botica... que era un trabajo difícil... de hombres... En fin, recitó una sarta de incoherencias hasta que salió tropezando con el escalón de la entrada, girando la cabeza con los ojos desorbitados como si hubiera visto a un chango tocando la armónica. Como era de esperarse, a partir de ese día hubo muchísimo tráfico en la plaza principal, lástima que ninguno de los chismosos que trajinaban en el parque se acercó lo suficiente al negocio, sólo un par de curiosos que mirujearon por las ventanas. Todos iban a saciar el morbo de ver a la viuda detrás del mostrador de la botica del pueblo. Paquita la de las aguas frescas hizo su agosto esa semana con toda la gente que paseaba, y hasta Carmela envió a un muchacho de la panadería con una canasta para vender pan dulce, cocadas y piloncillo una vez que escuchó del alboroto que se armaba por las tardes, hasta parecía feria con todo el escándalo que montaron.*

*Mi primer cliente llegó tres días después de haber abierto nuevamente las puertas de la botica. Se presentó con el nombre de Ohtocani llegó con la mirada cansada, unos manchones púrpuras bien marcados bajo unos ojos hundidos, y la tez de un moreno pálido desgastado como se ve el papel de estraza una vez que se envejece con el polvo y la humedad. De inmediato le ofrecí una pomada de belladona para controlarle la tembladera de sus brazos, y unas gotas de valeriana para los nervios y para combatir el claro insomnio que lo atacaba, pero el hombre negó con la cabeza. Forzando un español medio trabado me explicó que los remedios no eran para él, sino para su mujer que había caído en cama desde hacía dos semanas. Al notar su preocupación y verle el rostro descompuesto hasta el borde de las lágrimas me conmoví, y como no había ningún otro cristiano que se parara por aquí más que para vociferar palabras de mal gusto, decidí cerrar las puertas y me encaminé junto al joven para ver más de cerca los malestares de la enferma.*

*La joven pareja vivía a las afueras de Altotonga, a una media hora por la calzada que lleva a Santa Cruz. El trayecto resultó cómodo a pesar de que había llovido la noche anterior, aquí la calzada sí estuvo bien hecha y la piedra de río se amoldó bien con la piedra de texcal, no como la de la entrada al mercado, esa sí se llena de charcos y se embarra de lodazal con cualquier chipi-chipi. Estábamos tan a gusto que para antes de llegar a la casa ya me había platicado toda la historia de su vida, sólo que tuve que pedirle que redujéramos el paso porque a trote de indio me faltaba el aire y no podía seguir contribuyendo a la plática tan sabrosa que habíamos afianzado. Como la mayoría de los indios de la zona, Ohtocani había tenido una infancia muy humilde y trabajada. Creció en medio de seis hermanos, dos hombres y cuatro mujeres de los cuales había perdido a una hermana a causa de una fiebre a los tres años, y después el mayor de todos murió de una herida de machete mal cuidada, dejándolo a él como hombre de la casa desde los doce años. No le quise preguntar qué había sido de su padre temiendo escuchar más tragedias de la boca de ese hombre.*

*Me platicó que hace poco más de un año conoció a Alicia en el mercado. Él cargaba las carretas repletas de fruta y verdura que llevaba para vender en la explanada cuando vio cómo volaba el mantón de una hermosa señorita e iba a parar a las patas de un cerdo que estaba vendiendo una anciana en la esquina de la calle. La pobre Alicia se escandalizó tanto al ver que el animal se había interesado en su manto, lo olfateaba y lo mordisqueaba en su asqueroso hocico. Ohtocani soltó la carreta, dejando que la fruta rodara calle abajo, y se fue directo a la esquina donde con una patada de su huarache de llanta recuperó el mantón de las fauces de la bestia. Desde ese momento me confesó que conoció la verdadera felicidad reflejada en los ojos de Alicia, quien sin razón ni lógica bajó su inalcanzable mirada a donde estaba él, y con un melodioso agradecimiento de sus labios se convirtió en la principal razón de su existencia.*

*Fue gracias a Alicia que aprendió el español, antes hablaba sólo lo básico para hacer sus ventas en el mercado, pero una vez que la conoció practicó día y noche hasta que logró mantener toda una conversación, aunque hoy en día aún se le sienta un dejo rasposo en la entonada y con frecuencia se le atraviesan las letras. Todavía recuerdo la emoción en su voz al contarme su romance con Alicia:*

*“Encontramos trabas por todos lados. Nadie hubiera creído que semejante par se hubiera dado. Usted cree, que una muchacha blanca del pueblo se fuera a fijar en un indio como yo, que sólo bajamos de la sierra los domingos de mercado. Hasta en mi comunidad, que somos muy amigos y nos apoyamos en todo me tomaron por loco. Mi madre se paró de pestañas cuando le platicué de mi enamoramiento con Alicia. Tenemos una creencia donde se piensa que el verdadero amor nos llega una vez al mirar por primera vez directo a los ojos de la amada. No se necesita hablar, ni tomarse de las manos, tu alma sentirá a su corazón responderte a través del brillo de sus ojos, mismos que llevarás bien adentro de tu ser hasta el final de tus días. Eso fue lo que me pasó con Alicia, y aunque es una de las creencias más importantes de mi gente, no aceptaron nuestro amor. Usted creerá, doña Conchita, dijeron que no podía ser porque no era una de “nosotros” la que había despertado en mi la chispa de la atracción.”*

*Yo escuchaba la historia con la misma emoción con la que me la compartía Ohtocani, la vivía y la sufría como si estuviera siendo partícipe de sus tristezas y sus anhelos. Imaginándome los encuentros secretos, las miradas lejanas y pláticas disimuladas los domingos de mercado, sintiendo también las cosquillas del amor prohibido que culminó en matrimonio seis meses después. El día de la pedida de mano al pobre no lo pasaron ni al zaguán, es más no le abrieron ni la puerta de entrada. Ohtocani desesperado no aguantó más, le rentó a don Justino su caballo*



más rápido, y la madrugada siguiente sin avisos ni permisos se llevó a Alicia a una capilla tres pueblos al sur de Altotonga, donde vivían unos parientes que les sirvieron de padrinos en la boda, siendo sus únicos acompañantes en aquel servicio clandestino. No fue por gusto de los novios que la boda se celebrara a las cinco de la mañana, ese fue uno de los castigos impuestos por el sacerdote de la capilla. El oficiar su unión antes del alba era mandato para que ninguna persona decente atestiguará semejantes desfiguros, además de las constantes reprimendas a lo largo de la misa, las miradas severas que les echaba cuando estaban diciendo los votos y la humillación de la novia quien se vio obligada a quitarse el velo al entrar a la iglesia como señal de su impureza como mujer.

El hígado se me retorció del coraje al imaginarme en silencio la escena de la pobre Alicia señalada en el altar sin velo, ni padres, ni un alma que la apoyara alrededor. Estaba tan enojada que casi me sigo de largo, Ohtocani me tuvo que avisar a grito pelón que ya habíamos llegado para que regresara unos cinco metros donde bajaba la vereda que daba hacia la casa. Era una choza muy humilde, con esfuerzo habían conseguido unas paredes de madera delgada para alzar su morada, pero el techo consistía de una enredadera muy bien atada de cañas de maíz. Me quedé observando unos segundos, ¿qué tanto podrá calentar esta casita? Podrá protegerlos del sereno, pero no será de gran ayuda con las fuertes lluvias de agosto, ni en la época de las heladas. Aún así disimulé muy bien mi congoja y entré enseguida a la casa, donde de inmediato sentí el fuerte aroma a infección, orines y otros desechos humanos que me impregnaron el olfato como si me los hubieran ensartado de un trancazo. Al ver mi reacción Ohtocani explicó que su mujer tenía varios días de no poder controlar sus necesidades, que a pesar de que intentaba mantenerla limpia y cambiarla seguido, el olor era tan fuerte que ya se había quedado en el aire.

*Me acerqué poco a poco, controlando el asco. La mujer se encontraba en el suelo sobre un viejo petate cubierto de una cobija de lana raída con manchas amarillentas. Me arrodillé junto a ella y se me escapó un grito al sentir el suelo húmedo y frío al hacer contacto con mis rodillas. Alicia abrió los ojos, y para mi sorpresa vi unos hermosos ojos verdes que me miraban curiosos bajo una capa de corteza mulata, casi negra, que era en lo que se había convertido su piel. Le quité la cobija de un jalón, contuve la respiración para suprimir la peste y con horror vi que tenía el resto del cuerpo repleto de esas manchas negras que se le extendían como costras, una segunda piel rasposa que se carcomía la delicadeza de su antigua piel lechosa.*

*“ ¿Cómo te sientes Alicia?” le pregunté tratando de sonar tranquila. La joven me miró, y con lágrimas en los ojos negó con un movimiento lento y cansado de su cabeza. Ohtocani me explicó que Alicia se rehusaba a hablar debido a las llagas que le habían salido en la boca. Al preguntar por el resto de los síntomas me describió a una persona deteriorándose rápidamente, casi llegando a la última etapa de su vida. Tenía diarrea, vómito, náusea, había perdido la fuerza de su cuerpo, y la mayor parte del día se la pasaba dormida, a excepción de algunos episodios donde se levantaba con la urgente necesidad de echarse puños de sal para masticar en la boca. Nadie entendía esa extraña manía. Ohtocani lloraba al escuchar los gemidos de Alicia cuando sentía la sal penetrarle la carne viva en el interior de sus llagadas mejillas. Pero a estas alturas de su enfermedad sólo la sal la calmaba después de unos minutos de estar masticando frenéticamente, y no era hasta el segundo o tercer puñado de sal que se tranquilizaba lo suficiente para quedar profundamente dormida.*

*Tras una minuciosa exploración del estado de la enferma, y tras tomar en cuenta los achaques y las dolencias que seguido la atormentaban me tomé un par de minutos para*

*consultar mis conocimientos en silencio. Cuando me sentí lo suficientemente cómoda con el diagnóstico le receté una pomada de panpuerco para controlar los malestares estomacales, una secante para las erupciones en la piel, y una infusión de espíritus para tomar para levantarle el alma a la débil Alicia. Al ver la penuria del lugar en el que vivían me dio lástima mencionar lo del asunto del dinero, pero cuando llegué a la puerta dispuesta a regresar a la botica para preparar los remedios fue el mismo Ohtocani el que me preguntó sobre el costo. Traté de hacerle el mejor precio, e incluso le propuse que si no tenía para pagarme en ese momento me podía esperar hasta el domingo después de que terminara con sus ventas del mercado. Hubo unos momentos de silencio incómodo, pero luego se quitó el sombrero y me respondió con la cara seria: “le agradezco la intención, pero con la vida de mi Alicia no voy a pedir fiado, y mucho menos a usted.” No entendí su reacción hasta que me explicó que yo había sido la única persona que se había atrevido a entrar a la casa.. Ni su familia, ni amigos, ni los mismos padres de Alicia se habían parado a ver si seguía viviendo siquiera. “Está apestada” decían, “Es un castigo de Dios por fugarse de casa para ir a emparentar con un indio” Yo nadamás veía las lágrimas salirle a chorros mientras desenterraba unas monedas de la tierra húmeda que se encontraba enfrente de un pino chaparro en la parte trasera de la choza. Se acercó con el pago en las manos y la frente sudada, mientras me agradecía una y otra vez por la bondad de la consulta.*

*Y sin más que decirle me regresé a la botica, pero todo el trayecto me atormentó la imagen de su rostro que demostraba la enorme tristeza que lo invadía al cuestionarse secretamente si había sido el culpable de la enfermedad de Alicia. Cabe decir que el relato de mi visita a la casa de Ohtocani no tardó en esparcirse por el pueblo, al otro día la feria de la plaza rugió con el bullicio de la gente que esperaba ver al indio desfilar por la puerta de entrada para*

*recoger los remedios de su mujer. Al principio me molestó ver tanto morbo malicioso en el alma de tan “distinguidas” personas, pero al pasar las semanas la historia de la recuperación de Alicia corrió por las calles de Altotonga más rápido que lo que tardó el mismo Prócoro en contar la noticia de la botica. La gente estaba feliz, y eso que no se interesaron por la tragedia en primera instancia. La botica nuevamente se volvió a llenar con su vieja clientela, desgraciadamente la dicha de Ohtocani le duró muy poco, ya que la debilidad de Alicia era tal que con los primeros destellos del invierno le entró una pulmonía de la que no se pudo recuperar. Naturalmente el joven me pidió que fuera madrina de la cruz, y gran parte del pueblo estuvo presente en el entierro y durante el novenario, y a pesar de que Ohtocani fue muy amable con todos, sólo yo sabía que a la única que agradeció de corazón su presencia en el velorio fue a mi y a mi familia. Sólo nosotros conocíamos el dolor, y la compasión en momentos de desamparo.*

*El pueblo volvió a ser el de antes, la plaza volvió a sus paseos normales entre semana, las cartas de invitaciones a reuniones volvieron a aparecer frente a la puerta, y la botica continuó floreciendo como ya antes lo había hecho en los tiempos de mi Desiderio. Todos parecieron continuar con la monotonía de sus vidas, menos yo, que sonreía todas las mañanas al abrir las puertas frente al parque, observándolos pasear con su despistado andar, ajustándose el mantón o acomodándose el sombrero de paja. Los saludaba y los atendía educadamente, pero no olvidaba de lo que era capaz la gente cuando te veía débil y mal herida. Como ya he dicho antes, he aprendido mucho de esta desafortunada travesía, y un consejo le dejo a mis futuras nietas para que puedan sobrevivir en este mundo de bestias: no se dejen encerrar, no se dejen pisotear, no permitan que las conviertan en un adorno inútil que presumen en reuniones o se utilice sólo para procrear. La mejor arma que una mujer posee es la palabra,*

*y espero con ansias a que llegue el día en el que todas se armen de valor para luchar por el derecho de compartir sus ideas públicamente, que dejen de ser vistas como locas sólo por querer dejar de ser un mueble más de la cocina, o una prenda más para calentar la cama.*

Mayo 1915

*Que me perdone Dios y mi amado Desiderio, yo sé que éstas fechas no son para andar festejando, más bien para guardar recato y velar por el alma del difunto Vicente, otro buen hombre que también fue arrebatado por bestias enloquecidas de poder, con sus manos escurriendo suciedad y sangre de tanta violencia que rocían por el camino entre el campo y los matorrales. Ay pero esa mañana se me ablandó el corazón, pues es que una no es de piedra ni tiene atole en las venas. Dime ¿con qué cara le digo que no a éstos niños que han sufrido tanto y en tan poco tiempo? A su edad yo no sabía lo que era la muerte, ni la guerra, ni la soledad. Jamás sentimos miedo al salir a jugar en el jardín, ni nos sobresaltó el lejano sonido de una bala. El verdadero temor llegaba cuando se acercaba la neblina, ondulando entre la hierba como un velo fantasmal, traía consigo el chiflón que se colaba por las grietas de las ventanas, empalmándose una sobre otra, y alrededor el marco de madera hinchado de humedad. El corazón nos latía con fuerza, las manos sudaban bajo la cobija de lana que alzábamos como escudo hasta mitad del rostro, mientras escuchábamos horrorizados el sonido de la Tetihota trasteando violentamente algún plato sucio en la cocina. La leyenda de la Tetihota, ese era mi miedo de niña, lo escuché de la boca de mi abuela, y de la madre de mi amiga Rosarito. Era una mujer vestida de blanco que se aparecía en el pueblo cayendo la tarde, confundándose entre la neblina y el sereno, y se metía a las casas a pegarle un susto a las mujeres que no cumplían con sus deberes. Así que cuando llegaba la neblina y el viento soplaba fuerte contra las ventanas yo agarraba mi cobija y rezaba con los ojos apretados del miedo, tratando de recordar si había*

*terminado los quehaceres, si había barrido bien el pasillo, y si los platos habían quedado bien acomodados en la alacena.*

*Que daría yo porque el único miedo de mi pequeña Conchita fuera la trasteada de la Tetihota en la cocina. Por eso no tuve corazón para decirles que no cuando me pidieron ir a la fiesta de las cruces el domingo. El valiente fue Alejo, que con su espalda bien derecha y con voz dócil pero segura se me plantó de frente mientras sus hermanos esperaban la respuesta escondidos detrás de la puerta, asomando la cabeza de vez en cuando para mostrarme unos ojillos que brillaban de emoción al escuchar sobre la feria del domingo. Ay Desiderio, si hubieras visto el alboroto que armaron cuando les dije que sí, con decirte que hasta Máximo nos deleitó con una hermosa melodía en el piano, tenía más de un año de no tocarlo, pues desde que te fuiste que no levantábamos la túnica negra de las teclas, pero con tanta emoción hasta se le olvidó el luto, haciendo que las paredes vibraran con la música que tanto alegraba a nuestra casa y la llenaba de vida cuando éramos una familia completa. Estaba tan contenta que no quise ni ver tu cara en el cuadro de la sala, no fuera que me fueras a reprochar con la mirada, pero no te me ofusques que comoquiera no olvidé pedir la misa para el eterno descanso de tu hermano Vicente, y también le encargué a Demetria que le pidiera de favor a la nana Jesusa para que viniera a ayudarlo a alistar a los niños, y de paso que también los acompañara al pueblo para que llegaran a tiempo a la misa de doce, ahí quedé de alcanzarlos yo para rendirle respetos todos juntos a Vicente, que Dios lo tenga en su santa gloria.*

*Nada más porque sé que los domingos se me llena la botica desde que canta el gallo, y más en los días de fiesta, porque si no hubiera preferido quedarme aquí con los chamacos. Estaban pero que no controlaban el chincual desde que abrieron el ojo, con lo contentos que se*

*veían, hasta me dieron ganas de sentarme a desayunar con ellos, prepararles un atole de cacao junto con las gorditas de azúcar que tanto les gustan y disfrutar de la calidez que se siente al estar todos juntos en el comedor, esas carcajadas que no retumban en las ventanas desde aquella última merienda que compartimos contigo antes de que partieras a Xalapa.*

*Pero como dice la comadre Tencha “ya ni llorar es bueno...” Los dejé felices arreglándose en sus recámaras, le dí a Demetria las últimas indicaciones junto con la bien habida bendición, será mucho día de fiesta religiosa pero las almas malas comoquiera friegan algún inocente en el camino si se les da la oportunidad. Y así con el espíritu contagiado de las risas y la fiesta salí de la casa, con un mantón de seda negro y los mejores zapatos que tengo, esos de charol con tacón como carrete que tanto le gustaban a Desiderio. Bien pulcra y presentable para la misa de Vicente, y a decir verdad también por la fiesta de las cruces, la vanidad me gana aunque no lo reconozca en voz alta, no vaya a ser que Demetria o la misma Conchita me estén escuchando y se les despierte la curiosidad por las cosas de mujeres grandes. Ah pero eso sí, nadie me puede acusar de andar de coscolina o de viuda alegre, en ningún momento, ya sea misa, fiesta, feria o kermés me he presentado con la cara pintoreteada ni he dejado el luto. ¡Válgame Dios! El escándalo que armaría el pueblo, si a penas y tenemos unos cuantos meses que nos dejaron en paz...*

*Llegué a Altotonga al cuarto para las ocho, le pedí al buen Juvenal que me llevara primero a la iglesia para dejar las veladoras desde temprano, no quería que me agarraran las carreras a medio día y las fuera a olvidar quien sabe en donde. Desde el atrio alcanzaba a ver la fila de inditos recostados contra la pared, o sentados con el cuerpo doblado sobre la banquetta. Eran tantos capisayos, jorongos y sombreros de palma que perdí la cuenta después de*



*cuarenta cristianos. Le agradecí a Juvenal con dos pesitos, pidiéndole de favor que no se olvidara pasar por los niños en dos horas y apretando el paso me dirigí a la botica. Entre más me acercaba menos alcanzaba a ver donde terminaba la fila, con eso de que ya se acostumbraron a poner sus tenderetes enfrente de la puerta de la botica se me confundieron los clientes con los vendedores de yerbas, de dulces y las señoras que traen los condimentos y el tequesquite, total, un montón de gente que se andan peleando desde el alba por el mejor lugar frente a la plaza. Lo último que alcancé a ver fue que la fila doblaba la esquina donde estaba la vieja Lucrecia vendiendo sus puercos y guajolotes. Cuando vieron que me acercaba con las llaves en mano más de una docena de agudas vocecillas me saludaron con un “buenos días tenga su buena persona de usted,” mientras agachaban la cabeza con el sombrero sobre el pecho, a la vez que otros se paraban sacudiendo el polvo de su calzón blanco de manta. Así hasta da gusto atenderlos, cuando sientes el respeto y la gratitud de los clientes, no importa de que clase o color sean, aunque cabe decir que a la gente de sociedad es a la que con más frecuencia se le olvida la educación que a ésta gente disque no civilizada.*

*Pronto despaché a los primeros clientes, nada grave, típicos casos de infecciones mal cuidadas, nada que un par de obleas no pudieran cuidar. A la media hora de estar atendiendo llegó la güera Rendón, una muchachita delgada de cabellos rizados y facciones estiradas, proveniente de las pocas familias que presumen de aún conservar pura la sangre española. Cruzó la puerta con una sonrisa grande y el delantal blanco cubriéndole hasta abajo de las rodillas, se le había metido a la cabeza que quería aprender algo de enfermería para mostrarles caridad a los que menos tienen, una idea que había sacado de las novelas de amor y ciudades grandes que pedía por correspondencia. Obviamente mi botica no fue su primera opción, pero como el médico del pueblo la había mandado a volar el papalote porque su consultorio no era*

*un lugar para damas, al siguiente día la tenía aquí parada suplicándome en la puerta. Dudé en aceptar su ayuda, la muchacha no sabía nada de remedios, mucho menos atender lesiones de campo ni limpiar pústulas podridas de infección y suciedad, pero al verla tan interesada en el campo de la medicina no tuve mala sangre para negarme, y menos después de vivir en carne propia los desprecios y las groserías que se topa una como mujer al intentar entrar en un espacio nuevo y prohibido para nosotras. Eso sí, le advertí que aquí no esperara buena paga, muy a penas sale para vivir, pero ella muy decente me dijo que el dinero no le interesaba, vamos a ver si es cierto, sólo espero no meterme en problemas con los Rendón. En fin, si vienen a reclamar algo vayan a reclamarle al cartero que le hace sus entregas o a las mismas escritoras esas, pues ¿para qué le andan comprando tantos libros si después no la van a dejar pensar?*

*La mañana continuó concurrida pero sin grandes novedades, la verdad es que la güera Rendón agilizaba mucho las consultas en la botica. No solo ordenaba las cajitas de viruta de madera y alistaba las balanzas, también me limpiaba los morteros y los estantes donde se apila el botamen de cerámica como las velas de un altar, esperando pacientemente la oportunidad de regalarle el milagro de la vida a algún pobre infeliz que por cuestión de Dios o del destino ha caído en la desgracia. Ya cuando faltaba media hora para las doce salí a decirle a la fila de indios que seguían recargados contra la pared que se pusieran de acuerdo para pasar de a montón a la consulta o que mejor vinieran otro día porque la botica cerraba sus puertas a medio día y no las volvía a abrir hasta la mañana siguiente. Sentí un tirón de culpa en el estómago al ver el dolor y la preocupación marcada en los rostros cenizos de aquella gente, pero yo ya tenía un compromiso con mi familia esa tarde, y además ¿quién les manda dejar para el último los asuntos de la salud?*

*Mientras le recetaba a una de las últimas pacientes un remedio de gotas de agua salina con extracto de equinácea para curar la bronquitis de su hijo, sentí venir frente a mis ojos las memorias de aquel día en la que Desiderio hizo el coraje de su vida. Era el festejo de nuestra santa patrona María Magdalena, y tan pronto como abrimos las puertas entraron corriendo dos mujeres con las enaguas enlodadas y el rebozo medio puesto y medio colgado. Traían a un chamaquito, un inocente de a penas dos años, y desde lejos se le escuchaba el pillido cansado en el pecho al intentar respirar. Desiderio les preguntó con voz ronca por la duración de los síntomas que presentaba el enfermo, pero la madre entre su poco español y su tartamudeo sólo repetía: “gripa, gripa dos días..” Yo permanecí callada, viendo a la mujer hacer señas y agitando las trenzas, mientras Desiderio con cara de diablo y el bigote brincándole de coraje se acercaba el pequeño al pecho para poder darle una mezcla de agua con alcohol a ver si así se le abrían los pulmones. La infusión sirvió unos minutos, pero tanta fatiga y debilidad le costó la vida a la criatura que murió en nuestra mesita con un último quejido de su blando pechito. La madre se tiró al suelo, gritando, sollozando, y golpeándose en el centro a ver si podía con uno de esos golpes desprenderse también de su alma. La mujer que la acompañaba la tuvo que sacar arrastrando de la entrada, no sin antes voltear con unos ojos que destilaban veneno. Estuve a punto de soltarme a llorar, compadecía mucho la dolorosa situación de la madre, pero Desiderio se me adelantó con una ira que me erizó hasta el último cabello de la nuca “A mi no me venga a echar ninguna culpa señora, la pulmonía no es cosa con la que se juega, y menos si está de por medio la vida de un ser amado.” Yo lo miré con desconcierto, ¿cómo podía ser tan insensible al dolor ajeno? Pero antes de que pudiera reprocharle algo continuó despotricando “Quieren venir aquí a decir mentiras cuando uno las ve cada semana, cargando a las criaturas en los rebozos, ahí los llevan entre la neblina, el sereno y el frío. ¿Cuántos días crees que haya*

*sufrido ese inocente de una bronquitis descuidada? Y más con los aguaceros de julio, antes di que le aguantó tanto, si esas mujeres no bajan de la sierra más que una vez a la semana, y eso si juntan cosecha. No, no me quieran venir a ver la cara, que yo sé de medicina y sé de sus andadas...” Aquella memoria me dejó marcada, y antes de que cerrara la botica y se marcharan los clientes le encargué a la güera Rendón que se asegurara que aquella mujer que trajo al hijo malo de los bronquios hubiera entendido bien las instrucciones y los horarios de las tomas del remedio, que supiera la importancia del medicamento y el riesgo que corre la criatura si no lo cuida. No quiero volverla a ver el otro domingo con el chamaco en brazos ya con los pulmones llenos de flema, porque ningún ingrediente de mi botica, ni los mejores rezos van a poder salvar a la mujer de la peor de las tragedias ni a mi de otro trago amargo que me atormenta a través de los años.*

*A las diez para las doce pusimos el grueso candado de hierro en las puertas de la botica. Nos despidieron con miles de gracias, bendiciones, y un “que tenga buena tarde la buena personita de usted.” Estuve tentada a comprarle unas cocadas al muchacho de la panadería de Carmela, pero luego vi las palanquetas de cacahuete y los mostachones y me acordé que esas le encantan a mi Alejito y a Conchita, así que mejor me seguí de frente. Pues qué crueldad la mía, comprarles dulces y luego decirles que no se los coman porque vamos a misa. No señor, mejor me aguanté el antojo hasta salir de la iglesia, así podíamos ir todos juntos a picarnos las muelas a gusto con las delicias del mercado. Me sorprendió ver la plaza tan animada, yo pensé que los trastornos de la guerra iban a meterle miedo a la gente, aunque fuera día de fiesta. Pero entre más caminaba más me encontraba amistades comiendo amantecados en el kiosco, jovencitas agitando su abanico para ahuyentar el vapor cuando pasaban frente a las ollas grandes de chilehuates, niños corriendo en el atrio de la iglesia con sus algodones de azúcar en mano, y la*

*explanada forrada de cazuelas, cubetas y petates cubiertos con la verdura que cosecharon los campesinos en el altiplano, llenos de jitomates, lechuga, zanahoria, brócoli, cebolla y coliflor. De los llanos de Magueyitos trajeron cajas y cajas de papa enterregada, tan fresca que todavía le palpitan las raíces extrañando la huerta fresca que las vio crecer. Y de la esquina opuesta se podían escuchar los gritos de las mujeres de la tierra caliente, vendiendo sus naranjas, limones, mandarinas, tangerinas y toronjas, y a unos metros tenían los huacales de aguacates, las carretas de plátanos dominico, los costales de mamey y hasta piñas de la Loma Bonita.*

*Lo bueno que Máximo tiene vista de halcón en ayunas porque me alcanzó a gritar desde la orilla de la plaza donde estaban todos esperándome. Me acerqué con paso veloz, no fuera a distraerme nuevamente con algún otro changarro del mercado. Se escuchó la tercera campanada cuando me reuní con los muchachos, y Jesusa, Demetria y Conchita todavía estaban a la vuelta y vuelta trepadas en el tívoli. Total, era tanto el sentimiento de festejo que las dejé que se aventaran una vuelta más en esos caballos mareadores antes de irnos a trote de indio para la iglesia. Llegamos justo a tiempo, el sacerdote estaba haciendo su entrada hacia el altar esparciendo incienso por todo el pasillo. Aprovechamos que todos los inditos estaban hincados con la cabeza gacha esperando que el padre se parara detrás del altar y les diera el permiso para volver a sentarse para escabullirnos entre las bancas y alcanzar un buen lugar al frente de la iglesia. ¡Ay estos niños tan preguntones! A penas escucharon al padre dedicar la misa al eterno descanso de Vicente y por la resignación y entereza de la familia Caballero cuando empezaron como merolicos a preguntarme uno tras otro que ¿quién era Vicente? Y que ¿porqué nos teníamos que resignar nosotros? Ya ni con las miradas de escopeta que tanto me alababa Desiderio les pude controlar la curiosidad, así que después de un estira y afloja que duró hasta*

*poco antes del evangelio los pude callar con la promesa de que de camino de regreso a la hacienda les contaría la historia del difunto Vicente.*

*Ya para cuando salimos de misa la fiesta estaba en todo su esplendor, por la calle frente a la iglesia venían danzando cuatro cuadrillas de tocotines, alcancé a ver a lo lejos unos culebreros, escuché que la gente decía que venían negritos y también Santiagos, pero el espectáculo principal se lo llevó como siempre la danza de los huehues, con los bailarines de vestidos viejos y raros, luciendo sombreros grandes de plumas y espejos, con sus máscaras de horribles demonios, y agitando sus cochinas armas de cascabeles y ratas muertas. En el centro bailaba al compás del violín y los instrumentos del viento la Malinche, con sus movimientos graciosos, y agitando sus largas trenzas negras. Los hombres ya entrados en el pulque y el calor de la fiesta le silbaban y aplaudían con mucha envidia, supongo que el alcohol les había borrado de la memoria que el danzante era un hombre disfrazado y no una mujer indígena, de lo contrario no estuvieran gritándole tantos piropos.*

*Tan pronto como acabó el baile de los huehues los niños quisieron ir a correr a la plaza, a escuchar las serenatas y comprarse unos dulces mientras esperaban a que comenzaran las carreras de cintas. Como estaban Demetria y la nana Jesusa ahí correteándolos aproveché para ir a darme una vuelta a ver que surtía para la casa. Las naranjas se veían muy buenas, y como andaba el resfriado acechando entre los pastizales mejor previne y eché un par de cubetas hasta el tope de naranjas y mandarinas para darle a los muchachos en la merienda. Me adentré calle arriba para conseguir longaniza, carne de cerdo y comprarle a doña Adelaida las riquísimas xolotas de nixcome, porque aunque Jesusa me lleve entre semana tortillas de maíz recién salidas*

*del comal, no hay como las que hace doña Adelaida, cocidas con sal y una embarrada de manteca de puerco, y con ese característico color verde-azul que tanto le gusta a los niños.*

*Ya de regreso a la explanada me paré en seco al llegarme el exquisito olor del chilposo de la fonda de Gumersinda, la boca se me empezó a hacer de agua y me acordé del cumpleaños de Demetria que ya venía la otra semana. Con los pies ya hinchados por el tacón de carrete que me regreso a comprar el chile chipotle, los elotes y el epazote que me faltaban para sazonar el caldo, y ya en el camino se me pegaron unos quesques y tecolcoscas, ya después le preguntaré a la comadre Tencha como guisarlos porque se veían bien buenos los hongos ahí extendidos sobre los petates. Entre tanto traqueteo se me fueron volando las horas hasta que comencé a sentir el sereno revoloteándome el mantón de seda. ¡Virgen santísima! Ya se veían venir las nubes amenazando con dejar caer un chubasco de esos que inundan las calzadas. Tan rápido como me dieron las piernas me aproximé a la plaza, no sin antes hacer un tremendo berrinche con un tal doctor yerbero que puso su changarro de yerbas, amuletos, rezos y piedras curativas frente a las puertas de mi botica. El muy charlatán ofrecía curas para la neumonía, el galillo irritado, la tembladera, la diabetes, las reumas, el empanzado, el mal de orín, los jiotos y hasta para el mal de amor, todo sin necesidad de consultas de un doctor ni los costosos medicamentos que receta éste. Sólo porque había un jondal de mirones cubriendo al tipo, porque si no de seguro me le hubiera abalanzado a estirarle los cabellos por aprovechado. Si nada más faltaba con leerle a sus remedios para encontrarle el mito a sus palabras: la yerba del golpe, el amuleto del ojo macuco, la oración contra el mal de pechos... Yo no sé como juntó a tanta muchedumbre para que le hiciera caso con semejantes barbaridades.*

*Ya para cuando se me bajó el coraje y crucé la calle rumbo a la plaza nuevamente escuché la voz de Máximo que me hablaba desde unas bancas cerca del kiosco. Ahí estaban todos sentados, los más grandes comiéndose un esquite mientras esperaban que llegara Juvenal para regresarnos a la casa, y los dos pequeños ya habían colgado el pico, uno en brazos de Demetria y el otro recostado en el lecho de Jesusa. ¡Ay Desiderio! Si nuestra felicidad fuera completa si no te hubieran arrebatado así tan de repente. Tantos corajes y tantas desdichas que nos ha hecho pasar esta guerra, y no se ve ni para cuando acaben con sus balazos, sus robos, sus traiciones y sus emboscadas. A penas se está acostumbrando una al nombre y las mañas del jefe en turno cuando viene otro más sádico y más gañán a volarle la cabeza. Y qué decir de la moral y el sentimiento del pueblo, cada vez lo veo más caído, mas raído y enzoquetado. Entre huérfanos queriendo vengar a sus padres, viudas saciando sus penas y sus camas con calores ajenos, rateros que se sienten héroes, y catrines vestidos de flux con complejo de rateros. No Desiderio, te fuiste cuando a penas se estaba desatando el infierno en éstas tierras, que aunque conocían los pleitos que desatan las juergas y el alcohol, no sabían de la verdadera maldad, la que pudre el alma, nubla los sentidos de avaricia, mata la empatía del ser humano y la reemplaza con sentimientos de odio, rencor, desconfianza y mala fe, que al fin de cuentas es lo que nos está dividiendo más como nación por más discursos y lemas pegajosos que nos quieran meter en la cabeza la gente del gobierno.*

*Y es que cuando dicen que ésta guerra sólo ha durado un par de años no puedo más que pensar y rememorar sobre el descontento que la gente vivió durante años, incluso décadas atrás de que comenzaran con lo de la revolución. Si ahora que me pongo a hacer cuentas, ya van treinta años de la muerte de Vicente a manos de aquel tirano de Pacheco, el jefe político del cantón de Jalacingo que vino a arruinar los festejos de las Cruces en 1883. Yo apenas tenía*



*cuatro añitos cuando sucedió la tragedia, pero Desiderio me lo platicaba una y otra vez cuando se acercaba la fecha del aniversario de la muerte de Vicente. Las primeras veces le recordaba que ya conocía la historia, pero siempre me respondía de la misma manera, “es para que nunca olvides de las barbaridades que hace la gente por poder,” ya después lo escuchaba revivir sus penas sin decir ni pío.*

*Desiderio, con la emoción que causan las ferias a los diecisiete años, llevaba días juntando sus pesitos para gastarlos en la fiesta de las Cruces. Vicente, con sus casi veintiún años, tenía un empleo fijo cuidando los caballos en la hacienda de Santa Cruz. Fue gracias a su relación con los ricachos de la zona que lograron conseguir boletos para la corrida de toros, de lo contrario se hubieran quedado cociendo habas al igual que el resto de los ingratos que tenían los hidalgos contados y se quedaron a la orilla de la plaza de toros esperando sentir el calor de la lidia y el jaripeo aunque fuera por los gritos de los espectadores, ya que habían tapado todo el redondel con cartones y petates para que no se colara ni un rufián ventajista que no hubiera pagado por ver los magníficos toros que se criaban en Santa Cruz, que presumían ser los más bravos y fornidos que existían en la región.*

*Esa mañana presagiaba diversión y buena fortuna, el Sol había ahuyentado la gélida neblina que cubría las montañas en el alba, iluminando los caminos que se vieron repletos de familias completas que llegaban a pie desde Jalacingo, Atzalan, y hasta Teziutlán a comerciar en el mercado y disfrutar de lo que prometía ser una exquisita tardeada de festejos, música, juegos y mucho mucho pulque. Vicente salió tempranito para ayudar a montar los cordones del redondel, alistar la gallera y preparar los espolones que se iban a usar en las peleas de gallos. Desiderio, como no tenía obligación en las preparaciones de la lidia, se fue directo a la iglesia*

*del pueblo para ver la clase de adornos que había preparado el mayordomo para la misa de la Cruz. Al salir del templo se encontró con una multitud cercado a un viejo trota lenguas que narraba a voz en cuello sobre la desgracia que había caído sobre el rancho de Ahueyahuelco, una horrible plaga había destruido la cosecha después de que el desalmado hijo de Chuy Contreras le había dado muerte a su mismísimo padre con su mismísimo machete. Las mujeres se persignaban histéricamente, los señores bajaban su sombrero de palma, meneando el zarape de un lado a otro como si con su indignación fueran a vengar la muerte del pobre Chuy.*

*Desiderio se siguió de frente a comprar unas granadas de Tehuacán, se entretuvo un buen rato viendo los juegos de las tres cartitas, el cacamán y la viborita hasta que comenzó el barullo de la gente anunciando la entrada de la cuadrilla por la calzada principal. Ahí venían los jinetes bien pomposos en sus finos cuacos, el picador siguiéndoles el paso detrás, y los asistentes para la brega cerrando las filas. Entraron a la población a las once de la mañana, alborotando a la gente con el saludo de sus sombreros y los giros de sus caballos. Desiderio aprovechó la algarabía de la gente con el desfile de la cuadrilla para irse corriendo hasta la plaza de toros, una movida inteligente ya que minutos más tarde la fila para entrar a la corrida daba vuelta hasta el otro lado de la iglesia. Aunque Vicente era del agrado de los hacendados que montaron la lidia, sus influencias no le alcanzaron para unos boletos en las gradas que daban a la sombra, pero a pesar de tener el calor del Sol picándole las pestañas, el asiento que le había conseguido su hermano le daba una muy buena visión del espectáculo y las bestias.*

*Ah pero cómo nos engañó el Sol ese día, porque cuando más alto y brillante estaba, que llega el jefe político Pepe Pacheco, con su sombrero ancho y las grandes insignias doradas del estado de Veracruz marcándolo como vaca, o mejor dicho como otro buey más que llegó al*

*poder por recomendación de algún compadre. Al ver la corrida no dudó en plantarse en la explanada, venía montado en su caballo negro, acompañado de una bola de rurales de una congregación vecina que le hacían de guardia armados con rifles viejos y trepados en sus mulas ariscas. Con voz grave y el bigote amenazante exigió una explicación por los cordones y petates que cercaban el redondel. Su actitud despótica y los agujeros que la viruela había dejado en ese rostro seco y petulante no le ganaban muchas amistades en el pueblo, y tras unos minutos de silencio un campesino envalentonado por el aguardiente le contestó que los comerciantes del pueblo le negaban la entrada a los que no pagaran. El silencio se hizo ley esa tarde en la plaza, el jefe Pacheco recorrió a todos con veneno en la mirada y para demostrar su autoridad y acrecentar su mala fama le ordenó con un silbido a sus indios lambiscones que tiraran los petates y quitaran los cordones porque esa tarde en el pueblo había corrida para todos.*

*Ay ese Pacheco, a penas subió al ladrillo, y le dio mal de montaña. Cuando entró a la plaza de toros las gradas comenzaron a vibrar por el descontento que sintieron los presentes al ver las insignias brillándole en el pecho como si las tuviera en un aparador, restregándoles la ofensa y la cara cacariza a todo el pueblo. El festejo continuó a pesar de las contrariedades, los jinetes salieron a presumir sus hazañas y proezas, más a la hora de hacer honor al palco de la presidencia donde se encontraba el jefe Pacheco, la cuadrilla rompió filas de una manera tan brusca como grosera y fue a agradecerle a la gente del pueblo sentada en el resto de las gradas el apoyo y los aplausos. La reacción del prepotente ensombrerado no se hizo esperar, se fue con las vísceras bien trabadas y salió de Altotonga con la bola de mulas ariscas siguiéndole las pisadas.*

*El calor volvió a la explanada, la gente salió a festejar en el kiosco con aguas frescas, los niños a jugar en las carreras de cintas, el palo encebado, y a treparse en el tívoli. Los tocotines danzaron sin cesar por horas, dando vuelta alrededor de la explanada. Regalaron dulces de leche, polvorones y marranitos para celebrar ese pequeño triunfo que tenía a todos unidos y contentos en esa calurosa tarde de mayo. Ya que fue llegando la noche, cuando el reloj de la iglesia se fue borrando entre el velo metálico de la neblina, una vez que la gente se había llenado de pichi, tayoyos, chilehuates, y mole de asadura, cuando se habían saciado de atole, amantecados, tepaches, y aguardiente se juntaron frente a la iglesia para observar los fuegos pirotécnicos. Desiderio quedó de verse en el centro del atrio con Vicente para regresarse juntos a penas y terminaran de tronar los cohetes. Comenzaron a retumbar las campanadas y Vicente no aparecía, los murmullos se hicieron gritos con las luces del primer cohete, pero el estallido de éste se perdió entre el sonido de los cascos de varias docenas de caballos que entraban presurosamente por las calles de la explanada. El jefe político había vuelto, y había reforzado su guardia con otros cuarenta rurales más que se encontró sierra arriba. Empezó a soltar gritos y amenazas al aire, pero ya con el calor entre las venas y el pulque bien adentro del cogote la gente que estaba en la plaza comenzó a aventarle basura, fruta magullada, y a corear entre tamborazos de la banda y silbidos de la muchedumbre: ¡Fuera Pacheco! ¡Muerte a Pacheco!*

*Pepe Pacheco, un ex militar oaxaqueño, reaccionó con la misma brutalidad que se espera de un soldadete con poder, y desenfundando la pistola comenzó a tirar al aire para amedrentar a la gente, pero como traía el ego extendido como pavoreal no alcanzó a ver cuando se le acercó el señor Eпитacio Velazquez por el costado, agarró el caballo del jefe político y que le ensarta un trancazo con una vara de medir. El golpe fue tan fuerte que dejó al Pacheco todo atolondrado, provocando que soltara la pistola y cayera como bulto del caballo. La explanada*

*rugió con el sabor de la victoria, la fruta volvió a volar en todas direcciones y los tamborazos hacían bulla con el griterío de los presentes. Ah pero donde se limpió el cielo y dejó asomar a la luna traicionera, los primeros rayos de luz platinada le iluminaron la cara al jefe Pacheco, despertando al diablo dormido que llevaba en su pecho y con un quejido de su bigote rencoroso dio la orden de abrir fuego a la guardia de rurales.*

*La noche se manchó de rojo con el miedo de familias y vecinos haciendo charcos en las calzadas. Los alegres tambores perdieron su sonsonete entre el fuerte estallido de un disparo o un cohete, nadie sabía de dónde salía el estruendo ni para dónde iban las ráfagas, todo se volvió una borrosa pesadilla de gritos, empujones, pisadas, lágrimas y mucha, mucha sangre. Desiderio fue arrasado por la tromba de gente que buscó refugio tras las puertas de la iglesia, esperando que el temor a Dios fuera suficiente protección en contra de la ira de Pacheco y su bola de rufianes. Después de lo que pareció una hora o una vida de balazos las calles volvieron al silencio que se siente cuando cae la madrugada, cuando la neblina se apodera de las calles y sólo los valientes o las malas almas salen en busca de penas o para ver que se pepeñan. Pacheco ya se había marchado, ufanando su victoria por todo el camino que lleva hacia Perote, dando de gritos y balazos con la rastra de indios traidores que reniegan de su pueblo peor que perros, peleando por alcanzar las babas de un hueso mordisqueado y desgastado por otros perros más perros que ellos.*

*Esa noche de fiesta Altotonga perdió su gracia, su tranquilidad y su inocencia. Los heridos se apilaban en las calles peor que costales de cosecha vacíos, amontonándose uno sobre otro al final de una tarde de mercado. Muchas familias quedaron desechas. El pueblo perdió padres, perdió hijos, tíos y algunos abuelos. Las casas perdieron ventanas y puertas, los*

*negocios se vieron saqueados y manoseados por la prepotencia de aquellos que pueden. Mi Desiderio perdió a su hermano esa noche. Vicente nunca llegó a la iglesia donde habían quedado de encontrarse. Lo descubrieron horas más tarde tirado boca abajo frente a las puertas del teatro, nunca supieron si iba a entrar a la función de la noche, o iba en busca de resguardo, lo único que supimos fue que Vicente murió esa noche, en la balacera que se dio en la fiesta de las Cruces.*

## CAPÍTULO XII

Los días pasaron por la hacienda tan rápido que sin aviso ni advertencia se había marchado el mes de junio, perdiendo sus calurosas tardes de caminatas largas y los refrescantes chapoteos en el río que se disfrutaban entre un panorama de ondulante verdor. Julio, por el contrario, trajo consigo mañanas de aire fresco, entremezclándose con un sol vivaracho que salía ofreciendo sus rayos juguetones por un rato, para después esconderse tras las nubes regordetas y grisáceas que se hacían presentes cuando la gente ya había hecho confianza por la sierra, dejando caer torrenciales de agua que ha llegado a sorprender hasta el más precavido con una buena mojada de esas que dejan el catarro toda la semana.

La gente de campo sabía que después de las cinco tenía que apurar el paso, terminar los pendientes del trabajo y regresar a casa antes de que terminaran de llenarse las nubes, porque si les agarraba la lluvia en el trayecto, las veredas se volvían escurridizas, las piedras lamosas se convertían en un verdadero peligro para la espalda cansada y los tobillos desnudos; además de los animales rastreros y ponzoñosos que se asomaban al sentir las primeras gotas entre las hojas, tentados a causarle estragos al primer despistado que se cruzara en su camino.

En la hacienda de los Caballero las mujeres se movían sin cesar de un cuarto a otro, con el plumero en mano y el delantal desamarrado, esperando terminar de alistar todo para salir

pronto de la casa. Una vez que se hicieron oficiales las vacaciones en la telesecundaria, Citlali dedicó la mayor parte de su tiempo a ayudar con las actividades de la hacienda. Se despertaba con el alba, aprovechando que el rocío se acumulaba entre las hojas de los largos helechos que colgaban de lo alto de los cerros para iniciar con los veinte minutos de caminata para llegar a los terrenos de la hacienda. Su madre y Prudencia se iban poco tiempo después, ya que hubieran dejado lista la comida en su humilde cabaña a la orilla de San Miguel de Tlalpoalan. Se marchaban presurosas, no sin antes cerciorarse que la abuela estuviera arreglada, y sus remedios preparados para que no fuera a tener una recaída cuando se encontrara sola en casa, ya que ni un alma escucharía sus súplicas cansinas ni descubriría su cuerpo rígido y minúsculo hasta que cayera la noche y volvieran sus nietas exhaustas del trabajo. Pero Citlali prefería ganarle unos minutos al día para sentir la frescura del sereno que se iba evaporando con los primeros destellos de calor, disfrutando los colores que se mezclaban y difuminaban a esa hora en el bosque de niebla, y sobresaltándose cuando una de las gotas traviesas resbalaba de los grandes encinos o desde la punta más alta de los cedros para ir a caer en las tostadas mejillas de Citlali.

Aún cuando le complacía hasta el alma el estar más involucrada en los deberes de la hacienda Caballero, poder escoger ella misma la fruta que venderían el domingo en el mercado y regar las plantas que con tanto empeño y recelo cuidó Mamá Conchita en coloridas macetas de barro, había comenzado a notar cierta hostilidad en el ambiente. Todo comenzó un par de días atrás, cuando Citlali se encontraba limpiando los azulejos en el patio, tallando con especial fervor los de alrededor de la fuente para deshacerse del moho que se adhería neciamente a la decoración. La casa era una tumba de silencio y quietud, lo único que contrastaba con la armonía del ambiente era el jadeo de su respiración y el ruido del cepillo salpicando contra el agua de la cubeta, hasta que entraron Xochita y Prudencia por la puerta trasera. Venían cargadas de bolsas



de mercado y estaban tan inmersas en la conversación que se fueron directo a la cocina sin prestar atención alguna a la menuda silueta de Citlali que se hallaba arrodillada frente a ellas.

– ¿Pero quién se cree que es? No me dirige la palabra en años y de la noche a la mañana viene a “presentarme” a un joven disque de “buena clase.” Otro gañán de mala vida igual que él,  
– vociferaba Prudencia mientras azotaba las puertas de la alacena.

– No sabes cuáles son las intenciones de tu padre, – le contestaba Xochita intentando mantener la compostura, – y ya cálmate Prudencia que se van a enterar todos los ranchos de aquí hasta Jalacingo si sigues con tus berrinches. Yo te crié con recato, y no pienso verte convertida en una muchacha grosera de esas que se ven haciendo teatros en la plaza.

– ¡Ay mamá, si a estas alturas el recato me sirve pa lo mismo que los benditos rezos de mi abuela! ¿Qué no ves que lo único que quiere es quedar bien con el de la jefatura? Quiere venderme como puta al mejor cliente que ha encontrado en su congal...

– ¡Prudencia! – El grito de Xochita heló la sangre de todas las almas vivientes y en pena que se encontraban esa tarde en la hacienda. Un golpe sordo escapó de la cocina, seguido del sonoro estallido de latas que rugían como cascada al impactarse contra el suelo.

Nuevamente reinó el silencio en la casa, Citlali seguía hincada frente a la fuente, temerosa de mover un sólo músculo. De pronto, se abrieron las puertas de la cocina de par en par, dejando ver el rostro herido de Prudencia, los ojos llameando de coraje y supurando lágrimas de odio. Las hermanas se miraron unos instantes, pero antes de que Citlali hiciera el mínimo esfuerzo por pararse, Prudencia bajó el escalón de la cocina, con una mano limpió las gotas saladas que resbalaban por sus mejillas y con la otra escondió el pómulo izquierdo que

comenzaba a hincharse bajo un abultado cardenal rojo que se extendía hasta la mitad del rostro. Citlali entendió la reacción de su hermana, se mantuvo quieta, siguiéndola con la mirada, observando cómo desfilaba endemoniada por el zaguán hasta las puertas de la entrada, para después perderse en la espesura de la nada donde tan comúnmente se refugiaba para desahogar sus miedos, corajes y frustraciones. Sola, como había aprendido a sobrevivir en esas tierras repletas de angustias y contrariedades.

Pasaron los días y el silencio había penetrado en los cimientos de la casa. Lo único que se escuchaba era el rechinado de las ventanas cuando las restregaban con un trapo, el trasteado en la cocina cuando acomodaban los platos en la alacena, y el swish swash de la escoba al deslizarla incesantemente por los corredores de madera. La incomodidad estaba tan arraigada en el ambiente que hasta la extraña actitud medio ermitaña que caracterizaba a Montserrat había resentido el cambio. Ya había abandonado el claustro de su habitación, destinando su nuevo refugio a los jardines de la hacienda, justo frente a los hermosos manzanos de brillantes colores en donde años atrás había aprendido a pizar con el abuelo Desiderio.

El sábado para medio día Citlali había acabado todos los pendientes de la casa, y por más que volvió a sacudir los muebles y limpiar las ventanas, se encontró desocupada para mitad de la tarde. Como no le apetecía regresar a su casa y el encierro de esas paredes hostiles le atrofiaba el espíritu, decidió salir a los jardines de la hacienda para caminar entre los cultivos, esperando encontrar un rico perón o cortar unas buenas ciruelas para llevarse en el camino y guardarle algunos duraznos a su abuela. Avanzaba con movimientos lentos y rítmicos, había empleado la mayor parte de sus energías excediéndose en la limpieza y las labores de la casa para evitar sentir el gélido roce de enemistad que pululaba por la casa, así que decidió saborear la tranquilidad que

le brindaba esa lenta caminata por la angosta vereda que recorría la hacienda ondulando entre el huerto y los cultivos. Se encontraba tan inmersa en sus cavilaciones, desprendiéndose del estrés y las energías negativas de las que se había rodeado a lo largo de la semana, que al acercarse al terreno donde iniciaban los manzanos por poco y tropieza con Montserrat, que se encontraba recostada sobre la suave hierba.

Citlali se paró en seco, sintiendo el corazón palparle como tambor en guerra, abriendo y cerrando los puños nerviosamente mientras intentaba reponerse del susto. Así duró varios segundos hasta que logró controlar su respiración entrecortada y su mente comenzó a divagar en el panorama que estaba frente a sus ojos. Montserrat continuaba sin inmutarse, descansando con la cabeza sobre un brazo, y con la otra muñeca deteniendo un carboncillo sobre un bloc de papel para dibujo que apoyaba despistadamente en su regazo. Citlali se acercó unos pasos más, invadida por la curiosidad y el deseo de lograr entender el extraño comportamiento de su joven patrona. Recorrió nuevamente la escena con la mirada, esperando que la cercanía le abriera la mente y despertara los sentidos para comprender la razón por la que Montserrat se veía hipnotizada con la elegante danza de las hojas de los manzanos que vibraban al compás de la suave brisa.

Con el ceño fruncido, más enojada con ella misma por no entender la fascinación de Montserrat, volvió la mirada a su silenciosa acompañante, que continuaba impávida, con el lápiz en la mano pero sin hacer ni un solo trazo, ni un sombreado, sólo se movía su pecho al inhalar el aire puro de montaña, como si estuviera absorbiendo algún remedio para curarle ese letargo que llevaba cargando desde tierras tan lejanas. De pronto, un objeto familiar atrapó la atención de Citlali, el diario de Mamá Conchita se encontraba descansando al costado de Montserrat, estaba

descubierto, con las hojas amarillentas revoloteando frágilmente con cada empujón del viento. A unos cuantos metros se veían dos dibujos, probablemente se habían volado en un ventarrón anterior. Inmersa en la curiosidad que la incitó a acercarse, se dirigió rápidamente al lugar donde habían caído las hojas, y sin control sobre su cuerpo alargó uno de sus delgados brazos y las tomó fijamente entre sus dedos.

Sus ojos se maravillaron ante los delicados trazos que se extendían sobre el papel con diferentes tonalidades y sombreados, una verdadera proeza de talento y carboncillo confinada en una delgada hoja de textura rugosa. Observó con detenimiento el dibujo que llevaba en su mano izquierda, un bello retrato de matices claros y oscuros donde se podía sentir hasta la vida vibrante de la mujer que protagonizaba la obra. Los ojos redondos e impenetrables, los finos labios apretados en una mueca de dureza y potestad. No cabía duda, el carboncillo había inspirado sus exquisitos trazos en el retrato de Mamá Conchita que se alzaba en el centro del elaborado altar, en el corazón del oratorio. Citlali había sacudido cientos de veces las fotografías de ese cuarto, había pasado largas horas blandiendo cuidadosamente el plumero entre cirios, cruces y floreros, el rostro franco y curtido que llevaba entre sus dedos era aquel de la legendaria Mamá Conchita. Sin embargo, Montserrat le había agregado algunos detalles que se escapaban de la fotografía del oratorio, había capturado la esencia aguerrida de la viuda, la seguridad y la experiencia se le reflejaban en las facciones toscas. Era como si se hundiera en el alma indestructible de una mujer, que con la vida en contra aprendió a vencer los miedos, retar los monstruos del conformismo y la desigualdad, y con las mismas manos gruesas que sujetaban su confiable rosario en la parte baja del dibujo logró trazar un camino indeleble entre la inclemente borrasca del futuro.

Nuevamente, obedeciendo los impulsos de su ser, como si se tratara de un hechizo que se apoderaba de cada uno de sus sentidos, desvió la mirada a la hoja de papel que guardaba celosamente en su otra mano. Inmediatamente sintió la diferencia en los matices, el trazado difuminado y hasta en la misma esencia del dibujo. Sentimientos encontrados, una admiración atemorizante, belleza y repulsión, la sensación de descubrir la raíz que esconde un misterio tan complejo que ni siquiera sabía que lo había llegado a cuestionar antes de observar esa obra. La protagonista era una mujer joven, de cabello sedoso y ondulado que se encontraba sentada frente a un elegante peinador con un gran espejo redondo situado justo a la altura de su rostro. Portaba un vestido ampón, su elegancia se apreciaba gracias al fino bordado de flores y los delicados pliegues de muselina que enaltecían el acabado del vestido. La piel tersa como de rosa le recorría los delgados brazos bajo las cortas mangas de encaje, y las pequeñas manos peinaban su larga cabellera, dejando al descubierto su perfecta fisonomía. Su rostro afilado era acentuado por unas cejas arqueadas y unos inolvidables ojos claros, con nariz respingada que descansaba entre unos prominentes pómulos, y como último atractivo unos carnosos labios que asomaban una sonrisa seductora. Pero había algo escalofriante que emergía del corazón del dibujo. El espejo redondo frente a la mujer no era una simple pieza ornamental, en su reflejo se hallaba escondido el misterio en la belleza de la joven. La verdad que escondía el espejo era invisible para el ojo humano, pero en su reflejo se observaba una esencia distinta, algo grotesco en comparación a la feminidad de su apariencia. La cara, esas facciones hermosas, habían desaparecido. Los ojos se habían vuelto huecos, sin el brillo que los caracterizaba. Los pómulos se habían desbordado hasta llegar a un ángulo macabro, y la sonrisa encantadora se había esfumado, en su lugar sólo quedaba una quijada saltada que mostraba unos dientes blancos riendo de manera maquiavélica. Su rostro se había convertido en un esqueleto desalmado, vacío de expresiones, escaso de

sentimientos, perdiendo completamente todo resto de humanidad que un día abundaba en su mirada.

Citlali volvió la vista a donde se encontraba recostada Montserrat, no comprendía cómo podía haber dibujado algo tan horrible y a la vez tan cautivador. Se acercó titubeante, y con cada paso que daba crecía una extraña similitud entre el perfil de Montserrat y aquel de la joven doncella que se cepillaba el cabello frente al peinador. Pero, ¿quién querrá desnudarse el alma de ese modo? Despojarse de todo escudo y recoveco superficial hasta dejar al descubierto la triste realidad banal que rige su lúgubre existencia. Un cadáver vestido de seda, peinado a la moda y con las más atractivas cualidades físicas para sobresalir entre las expectativas sociales. Citlali la miró y no pudo evitar sentir lástima al verla así, tan indefensa y voluble. Alguien que se haya dejado denigrar el espíritu hasta convertirse en un maniquí, sin humanidad ni convicción propia es lógico que termine huyendo del origen del martirio, meditando su realidad casi en estado catatónico, tratando de encontrar el camino de regreso hacia la auténtica felicidad.

– ¡Ay Citlali, me espantaste! – dijo de repente Montserrat mientras se enderezaba sobre la hierba al percatarse de la cercanía de la muchacha; – ¿Son esos mis dibujos? Ni cuenta me había dado que se habían volado.

– Si señorita, los vi de camino a los manzanos y los recogí, discúlpeme no quería tomar algo que no era mío, – le respondió Citlali con un hilo de voz mientras le devolvía las hojas de papel de sus recelosas manos.

– No te preocupes, son sólo bocetos, un simple pasatiempo que no había tenido oportunidad de disfrutar desde hacía mucho tiempo.

La menuda adolescente se acercó más, contagiada de la complicidad que compartía con Montserrat ahora que había indagado en los secretos de su mente, reflejados con sublime habilidad en cada dibujo. Una vez que acortó la distancia entre ellas alcanzó a divisar la imagen inconclusa en la hoja blanca, la última obra en la que estuvo trabajando Montserrat antes de que su inconsciente se perdiera entre la flora infinita que se extendía frente a sus ojos.

– Tiene uste mucho talento con el lápiz. Es increíble cómo logra encerrar el dolor de la gente en un cuadrito que le cabe a una entre las manos. Cómo puede hacerme sentir el coraje de la batalla, lamentar la sangre de mis hermanos cuando sólo puedo ver trazos en blanco y negro. Dígame, ¿pintó ahí a los campesinos de Puebla?

Montserrat calló unos segundos, desviando la mirada entre Citlali, su boceto, y de nuevo a Citlali. No comprendía la pregunta de la niña, y no estaba segura que conociera la historia que inspiró la creación de su obra. Observó nuevamente la hoja, tratando de encontrar alguna indicación que revelara los cuestionamientos de la joven. El sombreado intenso donde corría la sangre de los abatidos, los pueblerinos convertidos en espectadores impotentes, horrorizados por la tragedia a su alrededor. Campesinos yaciendo sin machete, ni dignidad. Pisoteados por un hombre diablo montado en un caballo negro como el mismo infierno, con un gran sombrero que escondía la crueldad en sus ojos, y sólo dejaba asomar un bigote ancho del que escupía saliva acida sobre los cuerpos de sus víctimas. Pero de las cenizas de la guerra se alzaban hombres valientes, armados con rifles, piedras, cuchillas y mucha fe. Trepaban entre los escombros, se abalanzaban sobre las patas de la bestia, y con la convicción de sus entrañas arriesgaban la vida con la esperanza de liberar a su pueblo de las fauces opresivas del tirano.

– ¿De qué campesinos me estás hablando? – respondió finalmente Montserrat.

– De los que se están organizando en grupos pa combatir la delincuencia en Puebla, – dijo Citlali con cierta duda reflejada en su voz, – uste sabe, esos que están siguiendo el ejemplo de los valientes de Michoacán. ¡Ah, debí saberlo! Uste pintó el pleito de nuestra gente michoacana contra el ejército, ¿Verda? Pero es que en Puebla también están haciendo lo mismo, ya se cansaron de vivir con el miedo y la muerte en las calles y están llamando a la gente de la sierra pa invitarlos a pelear, dicen que si el gobierno no les ayuda se los echan también.

- ¿La gente de Puebla se está armando contra el gobierno? – preguntó Montserrat escandalizada, – Y me dices que ya ha habido enfrentamientos en otros estados entre el pueblo y el gobierno. ¿Aquí también han comenzado a levantarse en armas?

– No, aquí no le importamos a nadie. No nos llega ni el crimen, ni el gobierno. A veces se sabe de algún rancho que planta de esas hierbas del mal uso, pero nadie dice nada, sólo sabemos qué veredas evitar pa no ver cosas que uno no deba. Aunque hace un par de años tuvimos un ladrón que se hacía llamar el nuevo “calzón de lana,” decíase ser nieto de un temible bandido que había pertenecido a un grupo zapatista que saqueó el barrio de Cuicuila a su antojo en tiempos de la revolución. Lo que no sabía el nuevo calzón de lana era que la gente del cerro de Coxolico ya no se dejaba mangonear tan fácilmente como antes, y después de unos atracos del ratero ese, salieron en bola hombres y mujeres y nadie supo cuál de todos los machetazos fue el que le dio la muerte.

El silencio se hizo presente en esa tarde fresca que comenzaba a nublarse, amenazando con soltar uno de esos chubascos de julio. Se miraron las dos, expectantes, intentando adivinar cada una los pensamientos de la otra.



– Entonces el dibujo no es de los campesinos de Puebla. ¿Verda? – prosiguió Citlali sin aguantar más la curiosidad, – Usted no sabía lo que estaba pasando en estas tierras.

– No Citlali, no sabía que se estaban armando los civiles para defenderse, de quien sea...  
– respondió en un susurro, con la mirada perdida. – La historia de esta obra la leí en el diario de Mamá Conchita, un pleito entre el pueblo y un oficial petulante con su guardia que terminó en balazos. Era una tarde de feria, esas donde celebran a la Cruz. Mucha gente inocente murió, y entre las víctimas se encontraba el hermano de mi tatarabuelo, el gran Desiderio Augusto, no sé si has escuchado de él.

– No señorita, disculpe. No conocía esa historia, y no quise asustarla ni entristecerla con mis cosas.

– No te apures Citlali, a fin de cuentas cualquiera se pudo haber equivocado. Los relatos son muy similares, aún cuando ya han pasado ciento treinta y un años desde aquel desagradable suceso que se ve en el dibujo, – Montserrat calló unos segundos, inmersa en el siniestro jinete que resaltaba en el centro de la hoja, y luego continuó como para sí – pero a quién engañamos, sigue siendo la misma mierda...

Citlali comenzó a caminar lentamente hacia atrás, la conversación le había dejado una amarga sensación en la boca, como si intentara tragarse el remedio hervido que le daba la abuela para ahuyentar las amibas, sólo que sabía que el remedio que acababa de escuchar no acababa con el problema de las amibas, a lo mucho alumbraba el origen de todos los males. Para su sorpresa escuchó nuevamente la voz de Montserrat cuando llevaba unos cuantos metros de camino.

– Oye Citlali quería pedirte un favor. ¿Podría acompañarlas al mercado mañana? Prometo no estorbarles en sus ventas, sólo que tengo mucho de no ir, y la verdad me ha dado curiosidad por observar nuevamente un día de plaza.

– Claro, yo le aviso a mi mamá ahorita que regrese a la cocina para que esté preparada, – le dijo algo extrañada por su repentino interés, – si gusta puedo llevarme los dibujos a su cuarto pa que no se le vuelen o se le estropeen, no tarda en venirse la lluvia y es tan canija que sólo le va a dejar un manchón negruzco embarrado en el papel.

Montserrat le entregó las hojas y volvió a recostarse sobre la hierba. Citlali, por su parte, se encaminó nuevamente hacia la casa, recorrió rápidamente el corredor hasta la cocina esperando encontrar a su madre y a Prudencia para contarles la petición de su patrona. Justo cuando iba a abalanzarse sobre la puerta, cuando estiró la mano para girar la perilla, escuchó la voz de su hermana, aguda y desesperada como sólo la había escuchado la vez que se enteró de las infidelidades de su padre.

– ¡Se lo dije mamá! Se lo advertí mil veces pero nunca quiso creerme. Yo sabía que ese ya andaba cociendo algo, pero prefirió creerle al infeliz que la abandonó en vez de a la hija que le ha dado la mano siempre, – Prudencia sollozaba históricamente mientras batallaba por sacar las palabras resentidas que se le atoraban en la garganta. – Ahora dígame, ¿qué es lo que tengo que hacer? Con el dinero que tengo no me alcanza más que pa llegar a Perote, y de ahí seguro que me pesca y me regresa en dos días. No tenemos más familia, ni gente buena que me ayude a esconderme hasta que se le olvide o se muera de una vez.

– Ya Prudencia, no digas tonterías. Tienes que estar calmada, porque los nervios no te van a dejar más que pura bilis en la sangre. Estoy segura que si hablamos todos tranquilos aún podemos...

– ¡Ay por favor Xochitonalli, ya despierte! ¿Usted cree que mañana que vayan a la casa todavía le van a dejar opinar sobre el asunto? Mañana en la tarde que lleguen mi padre y Eulalio no va a ser para pedirnos permiso, sólo van a cumplir con la maldita costumbre de “pedir a la muchacha,” pero todos sabemos que ese es un acuerdo entre pelados, a una no nos dan más que “el gracias por la cena”...

La discusión siguió haciendo eco en todos los rincones de la casa. Citlali se mantuvo inmóvil frente a la puerta, con los músculos helados por la noticia que acababa de escuchar. Sin pensarlo bajó la mirada hacia sus manos, posándola en aquel dibujo de la mujer hermosa sentada frente al peinador. Volvió a observar su delicadeza y su vestimenta costosa, y poco a poco comenzó a reemplazar su porte elegante por uno más humilde, su piel se tornó tostada, y sus manos trabajadas nunca conocieron la suavidad que otorgaba una vida de riquezas. Pero el reflejo en el espejo seguía siendo el mismo, lo habían despojado de su identidad, vaciado de sueños, convertido en la muñeca hueca que alguien más deseó.

Citlali se alejó, sintiendo la misma sensación de amargura en la boca, mezclada con una increíble rabia que le palpitaba en las sienes y le llegaba hasta los ojos que se humedecían de indignación. Siguió caminando con los puños cerrados, repitiendo instintivamente con voz rasposa la lección que acababa de aprender, “a quien engañamos, sigue siendo la misma mierda”...

\*\*

El domingo es considerado día de fiesta en los pequeños pueblos del campo. La gente se viste con sus mejores prendas, las damas se arreglan el cabello, y los chiquillos esperan con ansias escuchar las primeras campanadas de la iglesia, sabiendo que anuncian el llamado de sus feligreses a que se empapen del cálido espectáculo que se aprecia en las mañanas de mercado. Los caminos están transitados desde la noche anterior, camiones desfilando desde lejanas tierras donde el calor permite que crezcan infinidad de frutos dulces y jugosos. Hombres parados en la parte trasera, vigilando su preciado producto a lo largo del peligroso trayecto entre estrechas curvas a la orilla de un empinado despeñadero. Altotonga vibra desde la madrugada, sintiendo el esfuerzo de su gente que llega con cajas, costales y carretas a separar su preciado lugar a la orilla de la plaza. Ancianos cubiertos de zarapes de lana, mujeres enrollándose el delgado rebozo, niños acurrucados en los brazos de sus madres, familias completas dormidas en el suelo, esperando que el alba de inicio al concurrido festín del que goza el pueblo los domingos en el mercado.

En la hacienda el trajín comenzó tan temprano que ni los emplumados gorriones habían deleitado la casa con su alegre canto. Montserrat estaba tan emocionada con la idea de volver a visitar el mercado que ni siquiera le importó madrugar para tener tiempo de arreglarse. Tenía tantas expectativas sobre los sentimientos que experimentaría al volver a pisar esas calles, las emociones que renacerían desde lo más profundo de su ser. Era como remover la tierra seca, escarbando en lo más oscuro en busca de las raíces que se esconden entre lo más recóndito del subsuelo, aquellas que guardan celosamente las memorias de todo un pueblo.

Salieron cuando apenas estaba clareando, el buen Graciano se ofreció para llevarlas en su vieja pick-up azul. A pesar de que el breve trayecto a Altotonga se vio protagonizado por una jubilosa conversación entre Xochita y Graciano, Montserrat no pudo evitar divagar entre los recuerdos que comenzaban a danzar en su memoria al pasar cada curva y cada encino de camino al pueblo. Su espíritu viajó años atrás, cuando recorrían la sierra en el antiguo Maverick del abuelo, los hombres iban adelante, envueltos en pláticas de caballeros, y en el asiento trasero iba su madre abrazada de la enfermiza Desireé que se mareaba con el zangoloteo del carro entre las curvas, y ella pegada al vidrio, con los ojos fijos en los barrancos que descendían entre escamas verdosas, largas y ondulantes como colas de sirena.

Llegaron a Altotonga encontrando un tumulto alborozado tapizando de esquina a esquina todo lo largo de la calle. Graciano se detuvo una cuadra antes de la plaza principal y apagó el ronco motor de la camioneta. Montserrat abrió la puerta rechinante algo desorientada, no entendía por qué Graciano se había estacionado en ese sitio si la plaza se encontraba hasta la siguiente calle. Mas una vez que se bajó y comenzó a avanzar se dio cuenta de la línea de carros y camiones que se amontonaban junto a las banquetas a su alrededor. Conforme se fue acercando a la plaza, volvió a sentir aquel cosquilleo en el estómago que sentía cuando era niña y cruzaba los tendajos y puestecitos con su abuelo Desiderio, parando de vez en cuando a comprar dulces de leche al señor que los cargaba en su carreta, trompos de madera, muñecas de tela en la esquina de la iglesia, y los pollitos que vendían a cinco pesos en la tienda “El corral de oro.”

Después de una breve caminata se detuvieron frente a la banqueta de una mercería. Montserrat estaba tan sumida en sus recuerdos que no se percató de las mujeres sentadas a la orilla de la calle hasta que Graciano las saludó con su sutil aire campirano. En el suelo se

encontraban tres siluetas resguardando cubetas repletas de diversas frutas: duraznos, ciruelos, manzanas, higos y peras, acompañadas de varias cajas donde apilaban verduras y hierbas: calabacita redonda, zanahoria, elote, chayotes, ejotes, nopales, flor de ajo y cilantro. Sus productos se encontraban sobre un manto de tela que las mantenía guarecidas de la suciedad y la basura que las rodeaba. Una vez que hubo alzado la mirada de los coloridos cultivos, Montserrat distinguió dos rostros familiares entre aquellas mujeres, Citlali y Prudencia se arrodillaban en el suelo, portando unos vestidos discretos debajo de sus delantales manchados. Sin embargo, el tercer rostro era un enigma para ella, se trataba de una mujer grande, su cabello blanco trenzado caía medio ralo por un lado de su cara. Su delantal desgastado sólo cubría cierta parte del vestido claro que se confundía con el delgado manto extendido sobre el piso. Era la única que se encontraba sentada, casi recostada contra la pared, sus pies se estiraban sobre la calle, uno calzaba un huarache negro tejido como en red, el otro estaba descalzo, ennegrecido e inflamado, metido hasta el talón en un charco lamoso.

– ¿Qué le damos güerita? – le preguntó la anciana con voz aguda.

– No madrecita, ella es la niña Montserrat, la nieta del difunto Desiderio Caballero, ha venido de visita aquí al mercado, le respondió Xochita amablemente.

– Pues qué gusto tenerla por aquí, – le sonrió la mujer con el mentón arrugado, – ya no la entretenemos más para que vaya a comprar chucherías. Es más llévese a Citlali pa que la guíe entre el mercado, que al cabo y tiene que hacerte unos mandados pa la cena, ¿no es así Xochitonalli?

– No, cómo cree, si ustedes están muy apuradas trabajando, – se apuró a responder Montserrat al notar el rostro intranquilo de Xochita.

– Ay niña, si a esto nos dedicamos todas las semanas. Mi hija lleva más de veintidós años encargándose de nuestro changarro. A mi edad yo nomás estoy por costumbre más que autoridad, y mis nietas apenas están aprendiendo el arte de comerciar en el mercado, porque entre el regateo y la rebatiña uno tiene que estar bien alerta.

Hubo unos segundos de incómodo silencio, nadie se atrevió a moverse ni opinar, hasta que la anciana volvió a insistirle a Citlali para que la acompañara a la plaza. Se miraron dubitativas, hasta que Xochita terminó accediendo de mala gana. “No te olvides de comprar el pan dulce, y recuerda que hoy nos regresamos antes de la misa de seis,” fueron los últimos encargos de Xochita antes de que se perdieran entre la muchedumbre que avanzaba como marejada hacia la plaza. A su lado caminaban señoras presurosas, con vestidos floreados debajo de un suéter delgado y luciendo zapatos de piso. Todas con el monedero en mano y una bolsa tejida donde guardaban sus compras de la semana. Los señores avanzaban más tranquilos, con su pantalón de vestir y camisas de colores neutros, portando un sombrero de palma y botas raspadas. En el suelo las mantas se extendían como una doble capa de tela raída donde se exhibían toda clase de frutos silvestres.

“Pásele güerita, llévese una bolsa de sabrosos capulines, de a cinco y de a diez, recién pizcados, no hay mejores”... “Llévelo, llévelo, chile serrano, chile seco, guajillo, cascabel, el chipotle pa su caldo, chile ancho, colorado o pa’l valiente el habanero”... “Acérquese güerita aquí tenemos fruta de tierra caliente, el zapote y la guanábana, papaya, melón, plátano macho, dominico, o tabasco. Pruebe el mango, la piña y la naranja”... “Aquí hallará todo pa’l chilpozo, calabacita, chayote, elote, zanahoria. Lleve la papa, el tomatillo, los cebollines y los ejotes”... “A

cinco la bolsa, los mejores condimentos llévelos, laurel, el epazote, cilantro, pimienta y flor de ajo”...

El ambiente se tornó una amalgama de olores, sonidos y sabores que hechizaban los sentidos e invitaban a seguir descubriendo la riqueza que ofrecían las concurridas calles del lugar. Citlali se escabullía ágilmente entre la muchedumbre, Montserrat por el contrario, se estancaba en cada puesto, se distraía con cada grito. Descubrió infinidad de frutas, hierbas y flores que en su vida hubiera imaginado. Probó la dulzura del litchi, una pequeña fruta redonda del tamaño de una uva, con cáscara rasposa y de semilla grande en el centro. Conoció el espinoso rambután, y las milagrosas propiedades que contiene la planta valeriana, el té de cola de caballo y el de doce azares.

Pasó más de una hora antes de que pudieran llegar al corazón del pueblo. “¿A dónde quiere que la lleve?” se escuchó la vocecilla de Citlali preguntar con timidez, haciendo que Montserrat se desembriagara del entorno y se concentrara en sus acciones. Se encontraban en la orilla de la plaza, desde donde se podían divisar las cuatro calles donde se extendía el mercado. A unos cuantos metros se encontraba el kiosco que albergaba la nevería del pueblo, rodeada de hileras de bancas y mesas por donde corrían libres y gustosos una parvada de niños felices con sus golosinas y regalos del mercado. Atrás del kiosco, justo al cruzar la calle se alzaban varios negocios, comenzando en la esquina del extremo izquierdo con una pizzería, seguida por una escuela secundaria que según Citlali había cerrado sus puertas hacía años, sirviendo ahora sólo como local para impartir clases de danza y karate por las tardes. En el centro estaba un edificio del gobierno dedicado a proveer víveres y vivienda a familias y niños necesitados, irónicamente sus puertas albergaban juntas de partidos políticos y otras reuniones de sociedad aún sabiendo de



la escasez en la que vivía el pueblo. La otra esquina de la calle era acaparada por un banco, y como era uno de los pocos que existían kilómetros a la redonda, la gente se amontonaba en filas desiguales para ser los primeros en sacar dinero para gastar en los tendajos.

La plaza era como la recordaba Montserrat de niña, las altas sillas donde boleaban botas y zapatos seguían frente a las escaleras, los puestos de chicharrones, frituras, aguas frescas, esquites y churros se apilaban uno tras otro a la orilla de la plaza, esperando ansiosamente a que la gente saliera de misa para empezar sus ventas. Los árboles de ornato se alzaban elegantemente entre las jardineras, añadiendo variados colores y aromas de las tuyas, hortensias, y los perfumados jazmines a la vibrante mezcla que estimulaba los sentidos en ese jubiloso día. Sin embargo, una vez que se decidieron avanzar calle arriba, por entre los puestecitos al norte de la Iglesia, Montserrat comenzó a sentir un cambio brusco en la cálida atmósfera que se sentía en el corazón de la plaza. La calle se comenzó a hacer más angosta, las mantas en el suelo desaparecieron, los changarros se atendían en mesas grandes con carpas y estantes metálicos donde desplegaban sus productos. Comenzó a sentir una mezcla de nostalgia y repulsión que se iba acrecentando conforme se fue internando más en esa parte del mercado. El cambio se vio manifestado en la clientela, los productos y hasta en la misma manera de negociar.

“¿Qué le damos? ¿Qué le damos? Buenos relojes, pulseras para la dama, de calidad americana. Imitación de Cartier, Casio, Swatch, Tissot... La marca que quiera se la conseguimos”... “Pásele por sus playeras, sólo los mejores equipos, Real Madrid, Manchester, Liverpool, Barcelona, Chelsea, Bayern Munich... Lo mejor de lo mejor le hacemos precio”... “De a 20 y de a 50, lo mejor en películas y discos, calidad Hollywood sólo aquí las tenemos. Llévese el de Shakira, cante las de Miley, Beyonce, Katy Perry, todo lo nuevo, llévelo”...

“Calzado para dama, caballero, niño o la damita, pura calidad. Nike, Adidas, Puma, Sketchers, puro modelo bueno, pura calidad del norte, pásele”...

Citlali avanzaba rápido, zigzagueando entre los jóvenes que se entretenían en los puestos de ropa, relojes, películas, joyería de fantasía, y demás accesorios de moda. Montserrat le seguía el paso, ya no se acercaba a las mesas, ni se involucraba con los vendedores. No le interesaba en lo más mínimo ser parte de esa sección del mercado que había cambiado sus raíces y la belleza de su origen para imitar el estilo y la frivolidad de los estándares cosmopolitas. Productos plásticos reemplazando los antiguos tarros y cazuelas de barro, joyería de fantasía en lugar de los aretes de plata que elaboraban en la región, piratería y un sinnúmero de baratijas orientales plagando el alma y pisoteando la autenticidad del mercado.

Fue cuestión de minutos, no más de media hora, lo que tardaron en llegar a la panadería a completar el pedido de Xochita y volver de nuevo a la plaza, pero Montserrat sentía que habían estado caminando por horas. Necesitaba despejarse, olvidar esa molesta sensación asfixiante que le había dejado el breve paseo calle arriba, así que decidió buscar una banca a la orilla de la plaza, lejos del alboroto que rodeaba el kiosco. Dejaron las pesadas bolsas tejidas repletas de jugosas frutas y coloridas flores que habían comprado en el mercado, las colocaron sobre la banca metálica para separar su lugar, y se encaminaron a la nevería.

– Buenas güerita, ¿Qué le damos? Amantecado, pistache, cacahuete, guanábana, zapote, mora, mango, chicle, queso, piñón, chocolate, – le atendió una señora de cabello corto, y una destreza para recitar la larga lista de nieves y paletas de hielo que vendían y preparaban en el pequeño local.

– Escoge tú primero, Citlali, mientras me decido, es la manera de agradecerte por convertirte en mi guía turística entre las calles del mercado, – le dijo Montserrat en tono bromista.

– Muchas gracias, – le respondió la joven, – yo le recomiendo la de zapote y la de mora, son muy sabrosas y más en esta época que las preparan fresquesitas apenas trayéndolas de la pizca.

– Eso es verda güerita, – la interrumpió la encargada de la nevería, – aquí preparamos todas nuestras nieves y helados con fruta fresca recién traída del campo. Es la ventaja de ser compadres del que siembra, riega y cosecha el fruto. Ellos reciben su dinerito, yo escojo la calidad de mi producto, y mis clientes tienen buenas nieves pa quitarse el antojo.

Terminó pidiendo un vaso mediano con tres sabores diferentes de nieve para acabar con la indecisión y el capricho. Por veinte pesos ambas salieron con su buena porción de postre, y le dio un gusto enorme el poder concordar con la encargada sobre la exquisitez de su producto. Ella, que no era muy confiada a probar alimentos desconocidos, quedó encantada con el sabor del zapote y lo agridulce de la mora, sin olvidar la de mango que era su favorita. Siguió deleitándose con el manjar que tenía entre sus manos, y poco a poco se dejó llevar nuevamente por el activo desfile de personajes a su alrededor. Absorbiendo la serenidad del viento de medio día, comenzó a observar cuidadosamente a los transeúntes que caminaban despistadamente por la plaza. Señoras de cabello largo, algunas pintando varias canas entre las trenzas que colgaban de ambos lados de la cabeza. Con sus faldas coloridas y rebozo negro de delgado grosor enrollado alrededor de los hombros. Cargadas de bolsas, dos de cada lado de los brazos, iban caminando rápido bajo la llovizna de la tarde, venían del mercado, luchando entre la muchedumbre con su

menudo cuerpo y su zapato de piso. Sus caras cubiertas de arrugas, el esfuerzo del trabajo marcado en su frente.

Montserrat giró la cabeza al escuchar voces alborotadas, carcajeando y maldiciendo a unos metros de distancia. Un grupo de jóvenes se alejaban del kiosco después de haber comprado unas paletas en la nevería. Su manera de hablar, su caminar, y hasta ciertas expresiones demostraban el intento por imitar ciertos comportamientos que sólo se observan en ciudades grandes. Los hombres con el cabello peinado en picos, vistiendo playeras con calaveras, pantalones oscuros y pegados al cuerpo, con un par de cadenas colgando de los bolsos. Las mujeres también mostraban ciertos cambios en su apariencia, se alaciaban el cabello, o se ondulaban las puntas. Algunas luciendo mechones de cabello claro, otras de colores brillantes. Su vestimenta recatada había cambiado, ahora portaban pantalones ajustados, blusas delgadas que dejaban al descubierto los hombros y cierta parte del abdomen, y a pesar de la incomodidad que resultaba caminar sobre la acera desnivelada, la mayoría de las jóvenes portaban tacones de aguja, tropezando en cada piedra, y perdiendo el equilibrio en cada bache, pero muy contentas por lucir un calzado similar al que se observa en las portadas de las revistas.

Volvió a mirar a su alrededor y comenzó a notar más tangiblemente la influencia de tendencias extranjeras en la apariencia de las personas jóvenes del pueblo. Habían dejado la ropa discreta que cosían en talleres locales, en su lugar portan marcas americanas Hollister, Abercrombie and Fitch, Aeropostal, Adidas, las mismas que se podían encontrar en cualquier plaza comercial que tanto pululan en el país vecino. Al terminarse la nieve se encaminaron al bote de basura más cercano, pero antes de acordar el siguiente destino de su caminata se adelantó Montserrat con una duda que le estaba cosquilleando en la lengua desde hacía vario tiempo.

– Oye Citlali me he dado cuenta que los muchachos de aquí llevan playeras de tiendas americanas. ¿Tú sabes si algún paisano se las trae? O ¿Cómo es que las consiguen?

– Las compran, – le respondió naturalmente, pero al observar el rostro de intriga de Montserrat continuó explicando, – hace unos años llegaron al pueblo unas maquiladoras de ropa americana, desde entonces la gente prefiere comprar de esas marcas aunque les salgan más caras.

– Pero esa ropa es para exportación, no para venta local, – refutó Montserrat todavía intrigada con la historia.

– Sí, pero hay gente que se dedica a conseguir ropa para venderla por fuera, todo mundo conoce a un amigo o tiene algún pariente que trabaje en la maquiladora, sólo hace falta encontrar al que se atreva a hacer negocio.

– Buenas tardes Citlali, espero tenerla pronto en el aula de clases, – las interrumpió un hombre regordete y bigotón, – veo que está muy bien acompañada.

– Buenas tardes profesor, ella es Montserrat Caballero, la nieta del difunto Desiderio, – le respondió en voz discreta, – él es el profesor Guzmán, le dio clases de Historia y Civismo a Prudencia en la secundaria, y ahora se dedica a dar clases de política e Historia Universal en la preparatoria abierta.

– Es un verdadero gusto conocerla, había escuchado de la llegada de uno de los distinguidos Caballero pero no había tenido la oportunidad de verla entre nosotros.

– Un placer. La verdad no había salido de la hacienda hasta ahora, y me ha resultado muy ilustrativo el paseo en el mercado.

– Por supuesto, es de los más grandes que existen en la región, gente de todas las comunidades vienen aquí a la cabecera municipal a vender y comprar productos, – comenzó a recitar como si estuviera en una clase de historia, – disculpe el atrevimiento, pero alcancé a escuchar que tenía interés en nuestras maquiladoras...

– Era simple curiosidad, algo que noté en la ropa de algunos muchachos eso era todo.

– Por supuesto, usted no había vuelto a estas tierras desde que era pequeña, pero la prosperidad va alcanzando poco a poco a nuestro querido Altotonga. Fuimos muy afortunados de que nos escogieran para que asentaran aquí fábricas de tan distinguidas empresas norteamericanas. Si supiera la cantidad de gente que emplearon, nada más fíjese alrededor, cuantas familias más pueden pasear a gusto y gastarse unos pesos en el mercado. Esto no se veía en la plaza antes, no señor.

Montserrat observó atenta a su alrededor, los jóvenes escandalosos seguían platicando a unos metros de distancia, sus indecencias se escuchaban por todo lo alto, a la vez que aventaban el humo de sus cigarros a unos pequeños que pasaban corriendo a comprar un elote. Volvió la cabeza y estuvo a punto de responderle al profesor pero su atención se desvió hacia una anciana de piel morena y cabello que le resbalaba en una trenza sobre el hombro. Se acercó lentamente a ellos, con un andar oscilante, intentando balancear el peso de las macetas que llevaba cargando sobre la joroba de su espalda, atadas con doble nudo de su rebozo descolorido. Con una voz tan delgada que parecía que se desvanecía a media oración les ofreció unas flores que ella misma había plantado y visto crecer en su humilde huerto. Les fue mostrando una por una con manos temblorosas, “A 25 la que guste güera” le dijo sonriendo mientras se le saltaban más los pómulos, dejando ver una dentadura incompleta y el mapa de arrugas de su frente. Montserrat

pensó en comprarle todas las flores que llevaba cargando, desgraciadamente llevaba dos bolsas grandes de mandado y sólo quedaba espacio para una planta. “Que la Virgen de San Juan cuide y proteja a un alma tan buena como la suya,” la bendijo varias veces antes de seguir con su caminar ondulante, ofreciendo a los transeúntes, los negocios y changarros su pesada carga por la módica suma de veinticinco pesos.

La siguieron con la mirada unos cuantos segundos más, el silencio se había hecho presente en aquella pequeña reunión. Montserrat echó otro vistazo a la plaza, y de pronto recordó las palabras del profesor sobre las maquiladoras y el efecto en la gente y no hubo manera de aguantar el veneno en su comentario.

– Usted dice que las empresas norteamericanas han venido a ayudar a la gente ¿no? Dígame, ¿qué le han ofrecido a los productores locales que han perdido su clientela por la llegada de grandes tiendas comerciales? ¿Qué pasó con la ropa que vendían antes en el mercado? La que cosía la gente en sus talleres antes de que vinieran a aplastar su esfuerzo esas mentadas maquiladoras, ¿dónde quedó? Ya no se ven más que al fondo de unas cuantas tiendas y en mi opinión demasiado abaratadas.

– El sacrificio de unos cuantos, para el beneficio de muchas familias, – se apresuró a contestar perdiendo el pomposo tono en la voz con el que antes la había saludado, – usted porque viene de riquezas y completas comodidades, pero la gente que ha sufrido la falta de comida y de trabajo sabe la bendición que es recibir un sueldo seguro a la quincena, algo que las otras comunidades no tienen. Y todo eso se lo debemos a las grandes maquiladoras.

– Voltee a su alrededor, lo que le debe a esas empresas es la confusión de los jóvenes, la pérdida de su autenticidad, y la imitación de malos vicios. Yo no niego que les estén dando

trabajo, pero es más el dinero que se ahorran en negarles derechos y prestaciones que la miseria de sueldo que les pagan a la quincena. Y eso ni hablar de los efectos que sufren los campesinos que no pueden competir contra semejante amenaza. Usted presume de las ventajas que la modernidad traerá a su pueblo, pero lo que no entiende es que una vez que llegue se expandirá como un cáncer, erradicando cada raíz limpia y auténtica que quedaba de la cultura y las tradiciones tan arraigadas que se veían en estas tierras, – terminó esa última oración a voz en cuello, era tanto su coraje que no se había percatado que media plaza se había detenido a mirarlos.

– Pues dirá lo que dirá, pero la gente tiene sueldo y viste buena ropa. Sueldo y comodidad, a eso llamo yo prosperidad. He dicho – y se marchó girando rápidamente su regordeta figura.

Ambas jóvenes se quedaron paradas junto a los botes de basura, todavía guardando el silencio que había dejado la súbita partida de aquel hombre encolerizado. De pronto, Citlali la miró a los ojos y para su sorpresa una sonora carcajada escapó de la diminuta muchacha. “Ah que viejo loco, no está acostumbrado que alguien sepa más que él.” Montserrat rió junto con Citlali, no esperaba ese comentario de su prudente compañera. En medio de risas y más burlas comenzaron a sonar las campanadas del enorme reloj de la iglesia, anunciando las cuatro de la tarde. Citlali abrió los ojos desmesuradamente, ya se le había hecho tarde para regresar a ayudarle a su madre a quitar el puestecito del mercado. Y tras asegurarse que a Montserrat no le faltara nada, se fue corriendo a la calle de la mercería, donde las había dejado sentadas vendiendo la pizca.



Montserrat volvió a sentarse en la banca donde tan placenteramente se comieron la nieve. No tenía ánimos de volver a internarse entre las calles, así que se dedicó a observar cómo terminaba el día más ajetreado de la semana para la pacífica población de Altotonga. Comenzó a experimentar una lucha de sentimientos encontrados que se debatían y cuestionaban en su interior mientras presenciaban esta nueva versión del domingo de mercado. Era como si existiera una línea divisoria entre la tradición y la modernidad. Una red que se extendía sobre el pueblo, entrelazando ambas calles del mercado, donde el pasado y el presente convivían uno junto al otro. El camino del lado derecho de la plaza estaba repleto de mujeres humildes vendiendo fruta, verdura y hierbas medicinales. Productos sembrados y cosechados por su familia, fruto del esfuerzo de toda la semana, de toda una vida. El lado izquierdo, desde la esquina de la iglesia hasta donde se perdía la vista, estaba plagado con chucherías extranjeras, imitación de relojes y accesorios costosos, joyería de fantasía, ropa de marca americana, probablemente robada de las maquiladoras cercanas, productos plásticos que iban mermando la idiosincrasia del pueblo.

A lo lejos, observó a Citlali y su familia dirigiéndose a la iglesia, y decidió acompañarlas a misa por curiosidad más que convicción. Entraron al templo e inmediatamente se arrodillaron para santiguarse y decir una breve plegaria, luego se incorporaron para encontrar un buen lugar en medio de la iglesia. Montserrat se quedó en una de las bancas traseras, teniendo así completa libertad para curiosear sin que alguien se ofendiera. Se escuchó la última llamada a misa, y la iglesia se fue llenando de sus fieles feligreses. Montserrat observaba atenta al filo de su banca de madera cómo iban llegando los campesinos cansados después de todo el día de estar atendiendo en el sol, gritando, cargando bultos y morrales a lo largo de la sierra. Llegaron sudorosos a escuchar misa, haciendo un último esfuerzo en el pueblo antes de recorrer kilómetros cerro arriba para regresar a su humilde casa, cubierta por un delgado techo de tejamanil y una ligera capa de

tierra húmeda que debía dar abrigo a siete almas que dormían con hambre y frío noche tras noche. Montserrat se empapaba de cada detalle, las arrugas en la frente, la tierra bien clavada entre las uñas, el olor penetrante que desprendía la acumulada suciedad en sus cuerpos. No importaba el lugar donde mirara, había algo que la cautivaba, una imagen que la invitaba a reflexionar, una sensación que la hacía cuestionar lo que antes creía que conocía.

Volteó a la banca vecina y quedó conmovida por la actitud de tan trabajadas mujeres que se sentaban calladas con sus gastadas prendas. Se hincaban con sus huaraches enlodados, y se persignaban con tanta vehemencia que pareciera que se le fueran a dislocar los huesudos brazos de esos hombros pronunciados que se escondían bajo el rebozo deshilachado. Y a la hora de la colecta se les veía rezar con las manos juntas sobre el pecho, pidiendo perdón por la culpabilidad de sus actos. Con la cabeza gacha y la mirada fija en sus manos temblorosas sacaban del bolsillo de malla azul el último huevo que puso la gallina vieja que vendieron en el mercado, y lo depositaban en la canasta de las limosnas. No tenían más, y en toda su devoción se desprendían de lo máspreciado, aún cuando tuvieran que continuar la misa esquivando la mirada displicente de las mujeres bien vestidas que las juzgaban y menospreciaban desde la banca de a lado. Pero eso no era impedimento para estas mujeres que habían vivido la discriminación desde que vinieron al mundo. Se levantaron una vez más a recitar el padre nuestro con voz cansada, el estómago vacío y la conciencia tranquila porque habían cumplido con sus deberes cristianos de ayudar a los más necesitados, sus pecados habían sido disculpados y tras la última bendición del padre tomaron su bolso azul, envolvieron al niño dormido en la banca en su rebozo, y regresaron con paso lento hacia la plaza, de donde saldrán nuevamente al camino pedregoso que las llevará a las faldas del cerro donde se encuentra su casa. Sin descanso ni misericordia, llegarán a

preparar atole diluido y té de manzanilla, ya que al día siguiente se levantarán al alba a comenzar a buscar la fruta que cosecharán para vender el próximo domingo de mercado.

La misa terminó tan rápido que Montserrat no se dio ni cuenta de cuando iban de regreso a la hacienda en la camioneta de Graciano. El sol se adormilaba entre las nubes, pintando un cielo anaranjado que brillaba insistente, aferrándose a cada segundo de luz que amenazaba con desaparecer entre la neblina brumosa. El agotamiento se había asentado en el ambiente, y lo único que se escuchaba era el silbar del viento que se colaba por entre las ventanas. Montserrat se dejó arrullar por la tranquilidad que la rodeaba, evaluando los penosos descubrimientos de ese día. En su mente reaparecieron los recuerdos de su infancia, corriendo en el kiosco, comprando dulces, bailando con la música de viento. Escuchó la voz de Mamá Conchita relatando las viejas historias de su diario, y con tristeza se imaginó la desilusión de su tatarabuela si pudiera ver desde las anchas ventanas de su botica en lo que se había convertido su preciado mercado.

Pronto llegaron a la hacienda, se despidieron con palabras amables, y volvieron al camino arrastrando sus cuerpos cansados. Montserrat se quedó unos minutos recargada en la reja de la entrada, con la mirada perdida en el camino que serpenteaba a la orilla de la carretera. El pueblo podía estar olvidando sus costumbres y su antigua lengua, podían vender nuevos productos y los jóvenes vestir prendas modernas de marcas extranjeras, pero lo que no podían erradicar era el esfuerzo de su gente, plasmado por toda la sierra. No podían borrar su historia, repetida semana a semana por mujeres y campesinos humildes que salían de casa antes de que aparecieran los primeros destellos del alba. Bajaban del cerro jadeando, como animales de carga, con sus costales de higo, ciruelas, frutas silvestres y hierbas curativas. Se llevaban sus gallinas viejas, un par de cerdos gordos y unos cuantos guajolotes. Podían ser presas de abusos y groserías, del

hambre y la miseria, pero las aguantaban en silencio, bajo el sol, la lluvia y el sereno, con tal de poder sacar algo de dinero. El resto del mundo podría girar de cabeza, cambiar las reglas, su vestimenta y su lengua, pero ellos continuarían ahí, año tras año, bajando del cerro con sus productos y sus familias, haciendo lo único que saben para sobrevivir, repitiendo el oficio aprendido de sus antepasados, manteniendo viva su historia y rindiendo honor a su sangre.

Noviembre 1919

*Yo no sé porque pero en estas fechas siempre se me cargan más las penas, sobre todo desde que mi Alejo se nos fue a Puebla a continuar con sus estudios. Yo le agradezco a Eladia con el alma el que haya recibido a mis hijos con el mismo amor y cordialidad con el que atiende a los suyos, pero tengo que admitir que si no fuera por el compromiso que ya había hecho Desiderio con su esposo el profesor Gutiérrez unos meses antes de su muerte, no creo que hubiera tenido el valor para dejarlos ir tan lejos de casa. Pero la palabra ya estaba dada y por más dolor que esto me causara jamás podría ni imaginar siquiera el ir en contra de la voluntad de mi marido. Los días se me hacen tan amargos ahora que siento que nos faltan un par de plumas más en nuestro nido, mi cabeza se la pasa desvariando en las mil y un tragedias con las que mis muchachos se pueden topar entre las calles, en los caminos, en la misma escuela con un compañero resentido. Todos los días es la misma cosa, llegar al pueblo con la tercera campanada de la misa de siete para pedirle a la virgencita que proteja con su santo manto a mis criaturas. Muchos dicen que es consuelo de tontos, ni la más pura de las plegarias ha podido más que una bala disparada con saña, pero yo le ruego siempre fiel a mi querida morenita, que al ser madre sabe muy bien lo que sufre una por los hijos. De ahí en adelante las horas se vuelven empalagosas, el desayuno me sabe a arcilla vieja de la preocupación que me trae la soledad en las mañanas.*

*A las nueve en punto se abren ambas puertas de la botica, y ya comienzan los pesares ajenos a peregrinar amargamente hasta el mostrador donde con oído agudo escucho toda clase*

*de malestares y molestias. Gracias a mi experimentada destreza con las hierbas y remedios logro pasar el día, porque si dejara unos segundos a que se asomara el sentimiento guardado de seguro que se me salen los ojos de tanta lágrima acumulada entre mi pecho y estas turbias canas que desde hace un par de años plagan mi pelo ralo. No, prefiero mantenerme atenta a las palabras de la clientela, aunque sean puros chismes los que me traigan entre achaque y achaque. Yo escucho y comento prudentemente lo que la experiencia me ha dejado, y aunque parezca poca, hay tanta gente que va a buscarme a la botica nada más para tomar mi parecer en sus cuestionamientos morales; como si yo tuviera cierta autoridad celestial sobre sus almas, mis remedios sanan su cuerpo, pero yo nunca me he ufano de que mis palabras sanen el alma, eso se los dejes a los herejes, yerberos y todos esos charlatanes que vienen a poner sus tendajos aquí frente a la plaza los domingos.*

*Ay pero estos días son como un tívoli de emociones, en una vuelta anda una con la cobija en rastras, y para la otra ya salió un festejo ya sea de vivos o de los muertos. Nada menos la semana pasada que empezaron Conchita y Demetria con el alboroto del altar familiar, pasaron horas buscando en el chiffonnier de la antesala donde guardamos los retratos de nuestros difuntos. Ahí las escuchaba cuchicheando sobre las extrañas poses, eligiendo las mejores fotografías, y haciendo listas de las cosas que faltaban por comprar en el mercado. Cuatro días antes comenzaron a buscar las flores, el pan dulce y las golosinas para la ofrenda. Conchita ya quería guisar el pichi y los tamales desde que comenzaron a montar el altar, como era el primer año que se le permitía ayudar en la cocina, no había quien le jalara las riendas de la medida a esta tremenda muchachita. Gracias al cielo que Demetria fue agraciada con una admirable paciencia, que sino para cuando llegaran Desiderio y Vicente, el día dos de su festejo, en lugar de un buen manjar les hubiera tocado puro tamal rancio junto con un caldo agrio y mosqueado.*

*Eso sí, les tengo que reconocer que el altar les quedó tan alegre y elegante que pareciera que les hubiera aflorado su viejo espíritu azteca. Había montones coloridos de papel picado regados sobre el mantel blanco de tela, tan delgado y transparente que se mecía como una gasa, ondulando fantasmalmente entre las patas de la mesa. Las fotografías se hallaban decoradas por pétalos de cempasúchil, intercaladas entre veladoras rodeadas de imágenes y cruces de madera. A lo alto del altar habían formado un hermoso arco de palma tejida con flores de mano de león, era toda una maravilla ver como habían trenzado con tanta habilidad, como resaltaba el verdor de la palma entre el violáceo luminoso y los pétalos blancuzcos de la mano de león.*

*Por esas fechas fue cuando llegó la Tía Colás, el día 29 de octubre para ser exactos, trayendo consigo el escándalo que acostumbra a nuestra solitaria casa. Las muchachas, aún Demetria así tan grandecita como se ve, casi chillaron de emoción al ver las muñecas nuevas que les trajo la tía de la capital. Estaban muy monas, eran de trapo con la cara hecha de resina y el vestido ancho como los usan en las ciudades grandes. Los caballeros con mucho recato y educación recibieron sus regalos, y después de dar las gracias por sus valeros, se fueron directo al patio para probar sus nuevas adquisiciones. Aunque a decir verdad, Efraín y Abel son los únicos que se van a poder divertir con su regalo, ya que el pobre de Pablito a sus tres años todavía no le sabe el truco al juguete ese. Ah pero no importa cuántas veces le diga a la Tía Colás que aquí somos fieles católicos sin ningún interés por la brujería ni sus mañas raras de las artes oscuras, para cuando me di cuenta ya tenía a todos sentados en círculo en el oratorio, con una cruz en el centro hecha con cal representando los cuatro puntos cardinales, y todos sujetando un puñado de sal para liberarse de los malos espíritus. Les metí tremenda regañada a todos, ¿qué es eso de andar cuestionando a los espíritus? A los muertos se les deja descansar, no se les anda buscando con velas e incienso. Esa noche, Conchita no pudo dormir, andaba tan*

*asustada porque disque la tía la había magnetizado y ahora tenía completo control sobre sus pensamientos y acciones. Pero el susto le duró muy poco, a la mañana siguiente ahí andaban quemando copal en el altar de muertos. Me fui a asomar porque vi que habían agregado unas cadenas de papel morado y amarillo, cuando pregunté me dijeron bien seguras que significaba la unión entre la vida y la muerte, y que después irían a buscar al huerto una vara seca para liberar a los muertos del demonio y los malos espíritus.*

*Así estuvieron toda la semana trabajando arduamente en el altar, Tía Colás les sacaba una creencia nueva para cada día, ponerle ofrendas el treinta para los difuntos perros que cuidaban el hogar y a medio día prender una vela por los ahogados y las almas en pena que murieron asesinados con arma de fierro. Casi pego el grito en el cielo cuando me enteré que querían velar a Vicente y Desiderio junto con el perro muerto de la Tía Colás. “¡Sobre mi cadáver dejo que compartan altar con un perro!” les dije a las tres. Terminaron sahumando la fotografía del buen Esteban, el que se había ahogado dos años atrás en el río Pancho Poza, y para el perro le hicieron tilas con manteca acompañadas de una cazuela de agua al pie del altar, según para que alcanzara el mugroso animal. El día treinta y uno lo dedicaron a las pobres criaturas que están penando en el Limbo, como aquí tenemos a tanto inocente que muere sin la fe de bautizo, hubo tanta jarrita de atole de arroz que daba tristeza contar las almas a las que estaba destinada la ofrenda. El primero y el dos fue una verdadera kermés lo que vivimos en el patio. En el pueblo se había pasado la voz de que la Tía Colás había montado junto con las muchachas un enorme altar donde se veneraba con orgullo a todos nuestros difuntos amigos y parientes. Para medio día ya tenía la fila de gente trayendo golosinas para los niños, pan de muerto, flores, atole de cacao, mole de guajolote, gorditas de azúcar, y los demás guisados que les gustaban a su gente. Todos traían sus fotografías y sahumaban a sus muertos en nuestro*



*altar, momentos donde olvidábamos la pena que nos había dejado su ausencia, y celebrábamos la alegría que fue compartir con ellos parte de la vida, por más breve que hubiera durado la felicidad a su lado. El tres fue el último día que duró la ofrenda en el altar, las flores las llevamos a que decoraran las tristes tumbas de nuestros muertos en el panteón, y en la casa sólo brilló la luz del cirio en el centro del altar, aguardando al ánima sola a que pasara a la casa a sentir el calor de una familia, ya que la pobre no tiene una propia que la espere. Ese mismo día se regresó a la capital la Tía Colás, por más que le rogaron los muchachos para que se quedara otra semana, se fue en el tren de las seis, hasta pareciera que anduviera visitando hogares como el ánima sola, después de haber quedado viuda, sin hijos, lo único para lo que vive la pobre es para frecuentar y mimar a los hijos de sus hermanos. Muy triste el caso del ánima sola, muy triste el caso de la Tía Colás, se les puede velar un día, o atender una semana, pero al final de los tiempos, sin ningún legado, si no aportaron nada más en este mundo, por más buenas que hayan sido sus intenciones ¿quién más los va a recordar?*

Junio 1920

*Hace dos días recibí carta de Máximo donde me compartía sus problemas con los exámenes de fin de curso. Me dejó muy desmoralizada la frustración y el descontento que se sentía en las letras polvorientas y arrugadas que recogí la otra tarde después de cerrar la botica. Le intento mandar aliento, pero estando tan lejos me es muy difícil saber si le llega el calor de mis oraciones y mi cariño, tal vez sea eso lo que le esté faltando para que se aplique en sus clases de medicina. Dios está de testigo que mi muchacho tiene la inteligencia y el temple para ser doctor, y se me llenaría de pena el corazón que por falta del apoyo de su familia Máximo no concretara el sueño que compartió desde chico con su padre, que se perdiera la ilusión de colgar su título en el centro de la botica para que todo el pueblo lo viera.*

*Alejo ya me avisó que regresa a casa en unos días, una vez que reciba las últimas calificaciones que tiene pendientes. Su regreso me da tranquilidad, una nunca sabe qué clase de desventura se pueden encontrar en el camino, aunque tengo bien medidos a los bandidos de los trenes, siempre que van a pedirme remedios les hago precio a cambio de que me cuiden a mis muchachos en cada viaje. Estando Alejo en casa también puede ayudarme a echarle un ojo a los muchachos, últimamente les ha dado la mala costumbre de irse a corretear con los amigos por allá por el lado de la Palma. Les he repetido mil veces como perico de cantina que no vayan allá para el oriente, donde cada tres días se escuchan balazos entre los que todavía se dicen revolucionarios y los del resguardo que les tiran desde sus fortines cada que los ven bajar en sus caballos flacos para surtirse de cosas en los changarros. Pero los niños a esa edad no huelen el*

*miedo, y aunque me salga a medio día de la botica para alcanzar a prevenirlos al salir de la escuela sobre los peligros que hay en la Palma, hay tardes que me ocupo y no alcanzo a regañarlos, es ahí cuando me agarra la angustia de que se hayan ido sin importarles los atracos o los balazos.*

*Luego por eso me da un coraje escuchar los mensajes del gobierno, tan cínicos los tipos presumiendo de la paz y la tranquilidad de nuestro pueblo, un nuevo comienzo para todos los mexicanos. Si ya no saben cómo granjearnos con los cocolos, tanta palabrería bonita, promesas y afirmaciones, pero no dejan de ser eso, pura palabra vacía. Porque si es cierto eso de que ya no estamos en guerra no entiendo para qué nos mandan tanto soldado raso para acá, los generales ya no pueden con ellos, que porque el gobierno no les ha mandado haberes ni dinero, la verdad es que todos son una punta de rancheros y gachupines que trajeron de la tierra caliente. ¿A poco creen que el borracho del Beto o Ladislao el talabartero van a protegernos? ¿O que los flojos de la viuda Cruz van a dar la vida por nosotros? Si esos, desde que murió su padre, no le han dado más que puras vergüenzas a su madre. Ah, pero allá en la capital todo es fiesta y todo es de oro, mientras acá en el campo los uniformados nos están sacando cuotas a los que hacemos comercio, 20 pesos a los que nos creen ricos, 10 pesos a los de media vida, y hasta los changarreros no se salvan, a esos los tienen a cuota de cinco pesos. Yo le pido a Dios que ya se acaben las calamidades, que alguien controle pronto a estos tipos que entre las cuotas de la botica y las exigencias de maíz y frijol en el rancho, muy a penas me sale para pagar las mesadas de los muchachos en Puebla y alimentar a mis chiquillos en la casa.*

*Pero aún así no me acongojo, yo sé que por más negro que pinte el día, “Dios cuida muy bien a sus animalitos,” esta frase siempre me ha tranquilizado en tiempos de tormenta, y tan milagrosa como certera, después de repetirla varias veces seguro que llega el dinero hasta en la*

*peor de las sequías. Últimamente la botica ha estado bastante concurrida, de a tres y cuatro filas me esperan frente a la puerta desde que llego de misa. No importa si es día feriado, de mercado o entre semana, he tenido de clientes que hasta se me hincha la mano de tanta receta que apunto. Ya casi se me acaba el azufre y el vino de nogal por tantos espíritus de untar que he preparado para dolores musculares y reumatismo. Y ni que decir de las gotas amargas, ya he pescado a varios mirones que intentan copiar los ingredientes para venderlos por fuera, como ha habido tanto sustos, crisis y corajes desde que se asentaron los soldados, ha sido el remedio más vendido en todo Altotonga y sus alrededores. Fue precisamente la popularidad de mis gotas amargas lo que trajo a dos señoras medio indias, medio mestizas, que venían desde San Juan Xiutetelco para surtirse de mis remedios. Una decía ser curandera, la otra yerbera de las de antes. Las dos se defendían diciendo que su oficio era para ayudar a su gente, limpiar su cuerpo de los achaques y las enfermedades, aunque la más vieja decía que su especialidad eran los partos y la sanación del alma. Venían a la botica cada semana, me traían fruta, imágenes de algunos Santos, rosarios, y a veces hasta gallinas como muestra de agradecimiento de tanta gente que de estar tendida en cama ya se hallaba erguida y garroteando entre la sierra y el campo.*

*Una tarde llegaron las dos muy descompuestas, con la mirada perdida y el rostro desencajado. Venían empapadas de pies a cabeza, que les había agarrado el agua en la calzada a la entrada de Altotonga, pero no podían esperar más, venían a buscar mi experiencia y la bendición de mis remedios. A estas mujeres las despachaba rápido, siempre querían quedarse a contar chismes y argüendes que a una nunca le dejan nada bueno, pero esta vez las escuché porque me intrigó su preocupación y su desmejorada apariencia. Resulta que se enteraron del extraño caso de un hombre que vivía a las afueras de su pueblo, había estado tumbado en su*

*casa por días, con fiebre, espasmos y una palidez cadavérica. A ellas fue a las primeras que llamaron, y ningún rezo, ni conjuro ni amuleto le quitó el malestar. Después le llamaron a un yerbero de la sierra y tampoco le hizo nada a la enfermedad. Al final de la semana, cuando el ingrato no hacía más que delirar le hablaron a un cura para que le fuera a dar los santos óleos, y ni la bendición del santo padre le dio la paz necesaria para que se terminara de morir. Entonces sucedió la tragedia del yerbero, que cayó de un desfiladero porque su caballo relincho asustado tras ver una culebra. El domingo siguiente el pueblo amaneció escandalizado porque la capilla había sido saqueada y los crucifijos destrozados, el padre estaba tan ofendido que se había negado a ofrecer misa hasta que los culpables sacrílegos no aparecieran. Finalmente, fue el turno de la curandera y la yerbera de Xiutetelco, fueron llamadas de urgencia al parto de una pobre mujer que tenía a la criatura atravesada, ambas llevaron sus yerbas, amuletos y las plantas para el té que la llenaría de energías y la prepararía para llevarla al baño de temascal. El inocente salió sanito aún en contra de la misma naturaleza. La madre, por el contrario, tuvo una complicación con la placenta, algo se reventó y se le pudrió por dentro, y la pobre se murió antes de que pudiera terminarse el té. Fue en ese momento que se dieron cuenta que les había caído una maldición a todos aquellos que habían atendido al pobre enfermo, aquel que seguía tumbado de calentura pero no se moría porque se le había salido el alma, estaba maldito y no podía ir al cielo, ni tampoco al infierno porque no tenía nada que entregarle al diablo para que lo dejara entrar al inframundo.*

*No se marcharon hasta que no les prometí que les ayudaría en el asunto. Quedaron de darme dos días para consultar algunos libros y mi valiosa experiencia para preparar un bendito remedio que le fuera a regresar el alma a aquel infeliz. Esos dos días no pude ni dormir de la preocupación y la intriga, tenía que dejar orden en la hacienda porque si iba a hacer el viaje*

*hasta San Juan Xiutetelco me tardaría un par de días para volver. Esos viajes siempre los aprovechan los locales del pueblo para que los consulte ahí en sus casas y se eviten el viaje hasta Altotonga. El buen Alejo, tan sensato y protector como su padre, se ofreció para acompañarme, yo le dije que no era necesario pero muy tajante me recordó sobre la inseguridad de los caminos y la maldad de la gente, “¿qué tal si todo es un cuento y te quieran hacer sabrá que cosa en el trayecto?” Terminé aceptando su propuesta, he añorado tanto su compañía desde que se nos fue a Puebla, y ahora que lo veo y lo escucho tan maduro me da una mezcla de orgullo y tristeza el darme cuenta que ya es todo un hombrecito, hecho y derecho como hubiese querido verlo mi Desiderio.*

*Pronto nos llegó el día en que quedaron de volver la curandera y la yerbera por nosotros. Al igual que todas las mañanas pasé primero a misa de siete, esta vez con Alejo tomándome del brazo para que no fuera a pisar en falso en los escalones resbalosos de la entrada. Para las ocho de la mañana que llegamos a la botica ya estaban aquellas mujeres esperándonos en la puerta. Le había pedido a Juvenal que nos hiciera el favor de llevarnos, pero ya habían arreglado nuestro transporte con un joven que vivía ahí mismo en San Juan Xiutetelco, nos estaba esperando frente a la plaza, y como vieron nuestras caras titubeantes ambas nos aseguraron que era de su entera confianza.*

*Nos subimos algo desconfiados, Alejo se presentó con voz grave, estrechando la mano con fuerza desmedida para afirmar su hombría frente al muchacho. El joven sonrió con una mueca, como aguantando la risa nos preguntó si queríamos hacer alguna parada antes de adentrarnos entre la sierra, mientras alzaba el sombrero para ponerse a nuestras órdenes. Su nombre era Nicasio, un muchacho morenazo y delgadito con gran sentido del humor. Aunque Alejo se veía algo incómodo al principio, ya para cuando acordó andaba pero bien platicador*

*con el buen Nicasio. Se hallaron tan bien que hasta Alejo le ofreció contactarlo con Máximo para que le dijera los requisitos para entrar a su universidad. Y es que el muchacho éste, tan alegre y soñador, nos contó el esfuerzo que estaba haciendo para poder regresar a la escuela, tan trabajado que anda el pobre, pizcando, arando, manejando los coches que tienen en renta una familia pudiente de allá de su pueblo. Y todo porque quiere meterse a estudiar letras, yo le dije que si iba a hacer el esfuerzo mejor se fuera por una carrera más provechosa, pero tan simpático el chamaco me respondió que para sacar provecho ya había muchos estudiando, que lo que le faltaba al país era más gente que se dedicara a analizar la penosa situación en la que nos encontrábamos, encontrar el origen de toda esa podredumbre, y plasmarla en papel para que en un futuro no se volviera a caer en la misma porquería. Yo sólo me le quedé mirando mientras nos seguía diciendo con tanta verbosidad rara su gusto por el arte y la palabra. Ay estos jóvenes de ahora, tienen unas ideas tan curiosas...*

*Pasando por Jalacingo nos tocó que nos parara un grupo de rurales armados, Alejo se enderezó como esperando un plomazo, y a mi me entró la tembladera nada más de pensar que estábamos tan lejos de la última casa del pueblo que ni aunque vaciáramos el pulmón en cada grito llegaría alguien a tiempo para auxiliarnos. Nicasio nos ordenó que nos quedáramos quietos mientras hablaba con aquellos fulanos, muy serio y cordial los saludó y explicó que la razón de nuestro viaje era para curar al hombre sin alma que vivía a las afueras de Xiutetelco. Todos voltearon a mirarnos con los ojos que se les salían del susto, se quitaron el sombrero dándonos el paso y nos desearon suerte en nuestro viaje. Para no verme descortés les devolví el saludo y los buenos deseos, pero una vez que avanzó el coche alcancé a mirar con el rabillo del ojo como se hincaban uno tras otro a santiguarse con tanto fervor que pareciera que se les hubiera aparecido el mismísimo diablo ahí frente a sus ojos. Duramos unos minutos en silencio,*

*tratando de darle sentido a aquella incómoda experiencia, al final fue Alejo el que terminó preguntando por la extraña reacción que habían tenido aquellos tipos tras escuchar el propósito de nuestra visita. Nicasio dudó unos momentos antes de responder, su mirada saltaba de un rostro al otro, y su quijada medio trabada demostraba que estaba intentando poner en palabras unas creencias que no compartía del todo. Finalmente nos contó que la historia del enfermo al que íbamos a atender se había hecho muy popular en todo Xiutetelco y en la mayoría de las comunidades de los alrededores. Sabían del triste estado en el que se encontraba, pero más importante, se había corrido el rumor de las tragedias que perseguían a aquellos que inútilmente se habían voluntariado a ayudarlo. Todos sabían que estaba maldito, que era la culpa de la india de la cascada que lo había maldecido. Alejo y yo nos miramos desconcertados, ni la curandera ni la yerbera habían mencionado nada de la maldición de la india. Narciso bromeó algo incómodo, pero prosiguió con el relato del infortunado día en el que el hombre sin alma había ido al cañón del Encanto, donde se había convertido en una víctima más de la india que pena en las profundas aguas de la poza donde rompe la cascada.*

*“Cuenta la leyenda, que hace muchísimos años, cuando los españoles acababan de pisar estas tierras, había un grupo de indios Totonacos que tenían su tribu a la orilla del río Filobobos. Era una comunidad tranquila, por años habían mantenido a los mexicas a raya mandando los mejores peces en tributo y las más puras doncellas cuando se exigían para sacrificar. Su gente vivía en paz, seguían siendo dueños de sus costumbres, y continuaban adorando a sus antiguos dioses con sus bellos cantos totonacos en el gran centro ceremonial del Cuajilote. Lástima que no estaban preparados para enfrentarse a la peor arma que portaban los invasores: el engaño y la falsedad. Los antiguos caciques habían aprendido náhuatl, sabían brindarle honra y respeto a sus enemigos, se regían por orgullo y le daban una máxima*



*importancia a la palabra. El peor error fue creer que esas criaturas de lejanas tierras, mitad hombre-mitad bestia, de pecho color plata y el rostro pálido y cubierto de vello fueran a regirse por los mismos principios y las mismas normas que los gobernaban a ellos.*

*Poco tiempo después de que se llegara a un acuerdo pacífico con los nuevos invasores comenzaron a suceder cosas extrañas en la tribu. Los tesoros se esfumaban de los templos, las mujeres temblaban de arriba abajo cuando veían a uno de esos soldados caminando cerca de ellas, muchas desaparecían junto con sus escuincles, otras regresaban del río con las prendas rasgadas y enlodadas, cubiertas de arañazos y moretones que se les extendían con furia sobre brazos y piernas. La población se hundió en dudas y miedos, en el ambiente se acumulaba el recelo de los hombres y el temor de las mujeres, quienes tenían que continuar sus días sumidas en la desconfianza ya que los grandes sacerdotes no querían comprometer las relaciones cordiales que habían establecido con los nuevos ocupantes. Pero más tardaron en hacer el inútil intento por mantener la paz que lo que llegaron las desgracias a sacudir al pueblo con la ferocidad de un terremoto, despojándolo de la escasa calma que aún conservaban sus habitantes.*

*Sucedió que a pocas semanas de la llegada de los hombres blancos, la hija del cacique comenzó a presentar síntomas muy extraños para una joven señorita, había mañanas que no podía ni levantar el cuerpo por la debilidad, devolvía el estómago aunque no hubiera consumido alimento alguno, y por las tardes, después de caminar unos metros bajo el calor y la humedad que se siente junto al río se le nublaba la vista, se le doblaban las piernas, y antes de que alguien la pudiera auxiliar ya se había desvanecido entre la hierba y el lodo. La llevaron al templo a sanarla con los rezos, pero como su condición no mejoró le trajeron a una vieja sabia para que con su conocimientos la curara. “No está enferma, está cargada con criatura, y su*

*cuerpo la rechaza por que esa sangre no estaba destinada para mezclarse con la nuestra” fueron las palabras de la vieja una vez que le consultó a los dioses por el estado de la joven.*

*El diagnóstico causó una verdadera revuelta en la tribu, se trataba de la hija del cacique, una señorita de la nobleza, joven, que no debía conocer hombre hasta que se arreglara la boda. El escándalo de la noticia se esparció tan rápido como las corrientes que golpean salvajemente contra las rocas en el Filobobos. Los hombres completamente indignados, no comprendían lo sucedido, ¿quién sería capaz de faltarle al respeto a su líder de ese modo? Las mujeres lloraban, algunas habían sido víctimas de la misma crueldad que había sufrido la pobre jovencita, otras preferían culpar sus voluptuosas caderas por haber despertado el instinto animal de aquellos seres. Al final de cuentas el daño ya estaba hecho, el cacique había caído en deshonra y su orgullo había sido pisoteado de la peor de las maneras.*

*Los sacerdotes se reunieron para acordar de qué manera podrían reparar el perjuicio, ya que la deshonra del cacique no era lo único que colgaba en la balanza con el embarazo, la vieja sabia había dejado en claro que esa criatura era una abominación para el universo, su sangre era el resultado de una impureza, un desafío que los dioses jamás les perdonarían. La decisión estaba tomada, la criatura no debía nacer, y la madre tenía que ser purificada en cuerpo y alma para que pudiera recuperar su honra y regresar al pueblo. Esa misma noche se acordó el ritual de purificación, del Cuajilote salió una procesión de indios, encabezada por los sacerdotes, el cacique, la vieja sabia, y justo en el centro de todos iba la hija del cacique, con los ojos vendados y las manos amarradas. El trayecto fue uno largo y silencioso, donde sólo se escuchaba el sonido de las ramas al romperse bajo las pisadas rítmicas de los indios, y el murmullo del río que parecía que cantaba una última canción de cuna dedicada a la inocencia perdida de la desdichada jovencita.*

*La procesión se detuvo frente a la entrada del cañón del Encanto, de ahí sólo unos cuantos prosiguieron con el viaje en canoas hasta el corazón del cañón, donde rugía ferozmente la cascada. La oscuridad era total, sólo las antorchas brillaban entre aquellas paredes rocosas, tan estrechas que sólo un tenue rayo de luz platinada se colaba para iluminar un empinado peñasco lamoso que se alzaba justo frente a la parte más honda de la poza. Las canoas se detuvieron junto a las piedras que rodeaban el peñasco, y sólo el cacique y su hija subieron hasta la cumbre. Los sacerdotes comenzaron a orar con un canto antiguo, mientras los demás golpeaban sus pechos desnudos simulando el eco sordo de un tambor. El cacique le quitó la venda de los ojos a la india y bajó la vista hacia las canoas. En ese momento los cánticos callaron para dar lugar al momento cumbre del ritual, donde el jefe de la tribu con la voz llena de rabia y la mirada desencajada dio la orden para que comenzara la purificación del alma de la india, en ese momento volteó a mirar los ojos suplicantes de su hija y tras un minuto de silencio estiró los brazos, dejando caer a la india hasta lo más profundo de la poza.*

*El bullicio se apoderó de la cascada, los cánticos comenzaron a resonar intensamente entre las paredes del cañón, los golpes de tambor vibraban con una potencia mágica, y el estallido de la cascada al chocar contra el agua se convirtió tan violento que fue lo único que logró acallar el grito desgarrador del cacique al ver a su hija hundirse en la infinita oscuridad de la poza. Un súbito resplandor dorado surgió desde lo más profundo del cañón, iluminando el agua cristalina donde había sido arrojada la india. Los dioses habían aceptado el sacrificio, la ofensa había sido perdonada, pero el cuerpo de la india no apareció en ninguna parte. Los sacerdotes entendieron lo ocurrido como una señal de que el alma violentada no había podido purificarse, por eso no había salido a flote su cuerpo, no podía regresar al pueblo y cargar con la vergüenza y la deshonra el resto de su vida.*

*La vieja sabia no quedó muy convencida con la explicación de los sacerdotes, y partió de la cascada con un sentimiento de inconformidad apretándole el pecho. Ella intuía que la rabia de un espíritu condenado a penar sus desgracias en un lugar tan mágico y salvaje como la cascada del Encanto sólo podría traer más tragedias. Los rayos de luna acrecentarían su ira cada que la luz platinada rozara las aguas templadas de la poza, el amargo recuerdo de esa noche los atormentaría por siempre, porque si fue cierto que su alma no se purificó, su espíritu jamás descansaría en paz, el rencor de la violación que sufrió su cuerpo y la traición de su gente la mantendrían anclada en el lugar de su sacrificio, donde su único alimento sería el odio y la venganza hacia aquellos que dejaron que quedara impune el crimen contra su raza, contra su cuerpo, y contra su alma.*

*Según la leyenda, el cañón del Encanto quedó maldito desde esa noche. Nadie sabe que es lo que provoca la ira de la india, pero si se encuentra con un pescador descuidado o un andariego bravucón dicen que el agua se tiñe dorada, como si de pronto se hubieran encontrado con esa ciudad perdida que está hecha de oro. Los brutos avariciosos se dejan llevar, hipnotizados por esa luz seductora que los llama hacia lo más hondo de la poza, y así en silencio se desvanecen entre las aguas, sin ningún testigo más que la cascada. Los únicos que han salido con vida de entre las garras de la india quedan como el infeliz moribundo: sin alma, otra víctima que cobra la maldición, aquella que busca justicia por la india de la cascada.”*

*Alejo quedó tan impresionado con la leyenda que ni las bromas de Nicasio lograron que se le quitara la palidez de su cara. Después de unos cuantos minutos llegamos a la casa del enfermo, una pequeña cabaña de madera con paredes de caña y techo de palma seca. Ya estaban esperándonos la yerbera y la curandera acompañadas de dos ancianos encorvados que se hallaban de pie frente a la puerta como si estuvieran cuidando a un prisionero de guerra. Nos*

*bajamos esperando un recibimiento más formal de los viejitos, pero tan pronto como nos vieron se perdieron entre la maleza con movimientos demasiado rápidos para su edad. Entramos con desconfianza, había un fuerte olor a copal en el ambiente y las veladoras hacían una cruz alrededor del enfermo, quien se encontraba tirado sobre el suelo, con sólo un manto blanco cubriéndole sus vergüenzas. Me le acerqué despacio, no quería perturbar al pobre hombre tan flaco, con la piel tan restirada que se le pegaba como papel mojado al cuerpo. Lo examiné desde el cabello sudado hasta las amarillentas uñas de los pies, y lo que vi fueron los mismos síntomas que me habían contado las mujeres en la botica: los espasmos musculares, la respiración rasposa, y hasta un vapor frío que le salía como espumeando del cuerpo. Ni yo lo podía creer, vapor frío, a lo mejor fue mi mente que me estaba jugando de trucos, eso me pasa por andarme dejando contar tanto disparate de leyendas y maldiciones antes de consultar, luego se me anda atarantando el juicio.*

*Minutos después llegaron los ancianos a la cabaña junto con otros quince pelados más, todos venían descalzos, y con el mismo calzón de lana atado a la cadera. La curandera se aproximó a nosotros para explicarnos que los ancianos sabían de un antiguo ritual para devolverle el alma al enfermo, y que necesitarían de nuestra cooperación para que diera resultado. Yo me negué inmediatamente, no iba a participar en semejante herejía, pero la yerbera me aseguró que no era nada profano ni oscuro, que sólo necesitarían que le dejáramos el remedio junto al moribundo y saliéramos del ritual cuando se nos indicara. De mala gana acepté, lo hice más como sacrificio católico, un acto de caridad a un alma necesitada. Tan pronto como saqué la botella que contenía el espíritu para tomar los ancianos comenzaron a cantar en una lengua extraña, porque la que hablan los indios que van al mercado no se parecía a aquella que recitaban los viejitos en la cabaña. De inmediato los otros quince hombres*

*formaron un círculo alrededor del hombre sin alma, y comenzaron a danzar, dando saltos y agitando las manos sobre la cabeza. Uno de los ancianos volteó a verme y dijo algo en esa lengua rara, apenas y le iba a entregar la botella cuando la curandera me dijo que pasara al centro del círculo a dejarla junto al enfermo, quien había abierto los ojos y comenzaba a dar señales de vida. Las piernas me temblaban en cada paso, no sabía qué esperar de aquella danza, y mientras ellos continuaban con sus cánticos yo repetía una y otra vez mis propios rezos en silencio.*

*Me arrodillé a dejar el brebaje junto al hombre sin alma, y él me miró directo a los ojos, era como si estuviera mirando al vacío, una soledad absoluta, como si el cuerpo fuera un cartón inservible, temblando a la espera de que le diera una respuesta que definiera su futuro, le devolviera la vida o lo sumiera en las profundidades del vacío. Escuché nuevamente la voz de la curandera llamándome para que saliera del ritual, me paré tan pronto como me dieron las piernas, y me dirigí a la esquina donde estaba Alejo con el rostro más pálido que cuando se encontraba en el coche. Los ancianos continuaron cantando, y los hombres brincaban y se meneaban con tanto ímpetu que sólo se veía el calzón como un manchón blanco volando de arriba abajo. De pronto, comenzaron a salir de uno por uno del círculo, en cada vuelta se intensificaba el canto y el baile, y un hombre más salía del ritual, haciendo que el círculo se fuera haciendo cada vez más pequeño y el resto de los danzantes se fueran arrejuntando más al enfermo.*

*Cuando quedaron sólo tres hombres meneándose como serpientes junto al moribundo, los ancianos callaron, el hombre sin alma se enderezó súbitamente, tomó la botella entre sus manos y se la tomó de un solo golpe, hasta la última gota que quedaba en el fondo del cristal. Una vez que dejó la botella el silencio se hizo total, todos nos mantuvimos quietos, a la espera*

*de un milagro o de la presencia de un demonio que castigara nuestros actos. Todavía es fecha que no puedo creer cuando recuerdo el momento en que aquel hombre se levantó del suelo. Me tallaba los ojos creyendo que eran visiones, pero no, el moribundo se hallaba de pie frente a nosotros. Los ancianos lloraban y gritaban en su lengua, los demás aplaudían y volvían a brincar. Todos nos dieron las gracias, el hombre se me arrodilló y me besó las manos, pero yo sabía que hasta la receta más eficaz de mi botica se tardaba un par de horas en hacer efecto.*

*Nos regresamos a casa en medio de aplausos y ovaciones, la curandera y la yerbera quedaron en ir a la botica dentro de un par de días a surtirse de remedios y a llevarme el pago del enfermo, pero antes de partir nos explicaron la duda que tanto Alejo como a mi nos estaba comiendo por dentro. La repentina curación de aquel hombre se debía, según sus creencias, a que la danza había atraído su espíritu a la cabaña, el ritual lo atrapó dentro del círculo danzante. Conforme se fue haciendo más pequeño el espacio el espíritu se fue acercando y acercando a su dueño, cuando quedaron los tres hombres danzando el espíritu fue obligado a entrar a la botella, entonces fue cuando el enfermo se tomó el remedio y consiguió que su alma volviera adherirse a su cuerpo.*

*La historia de la milagrosa recuperación del hombre sin alma se hizo tan popular que tan pronto como regresamos a la casa nos llegó gente de todos los rumbos a preguntar por nuestra valiente hazaña. La botica se mantenía llena todo el día, con filas y filas que rodeaban la explanada. Nos llevaron toda clase de muestras de agradecimiento por ayudar a vencer la maldición de la india, desde herramientas, machetes, gallinas, y hasta dos guajolotes bien grandes, el detalle más significativo que le puedes otorgar a una persona. La yerbera y la curandera volvieron unos días después como habían prometido, y entre los regalos que nos trajeron estaban unas pieles de mapache, pescados frescos, y dos bolsitas pesadas de maíz*

*blanco y maíz amarillo. Todo el pueblo se había cooperado para poder juntar para el regalo, y a sus posibilidades habían desenterrado cada quien pedacitos de oro y de plata que tenían guardados para ocasiones especiales. Resultó que el milagro del hombre sin alma había sido la ocasión más especial que habían atestiguado en toda la historia de San Juan Xiutetelco.*



## CAPÍTULO XIV

Había pasado una semana desde la visita de Montserrat al mercado de Altotonga. Desde ese día el ambiente en la hacienda cambió sus antiguos aires de incómoda hostilidad por unos nuevos de creciente resignación que por más que sacudían, barrían, o tallaban se impregnaba a las paredes peor que la empecinada polilla que se rehusaba a salir de la madera vieja de la azotea. Montserrat, antes completamente ajena a su entorno, se había percatado de ciertos cambios que comenzaron a suceder a principio de semana. Prudencia llevaba días sin aparecerse por los terrenos de la hacienda, y a Xochita se le veía muy poco, con el rostro consumido por una angustia que tenía a su espíritu invencible convertido en una silenciosa sombra de tristezas y arrepentimientos. Citlali, por el contrario, andaba desde muy temprano rondando con premura de piso en piso y de cuarto en cuarto, intentando cubrir los deberes que antes se dividían entre las tres.

Sucedió que una tarde, cuando Montserrat se hallaba nuevamente recostada frente al huerto con la mirada perdida en el horizonte que vibraba con los colores de los árboles frutales, se encontró con Citlali, quien después de una larga jornada se encaminaba apática y completamente agotada a la vereda que llevaba a su humilde casa en San Miguel Tlalpoalan. La imagen hizo que Montserrat se levantara de golpe. La desanimada apariencia de la adolescente sugería que algo la estaba perturbando. Quería consolarla, pero no sabía cómo acercarse, cómo demostrarle que ella también podía entender sus penas. Comenzó por preguntarle trivialidades, sobre el trabajo, el campo, sus próximos planes para la escuela, en fin, una infinidad de temas

para retenerla unos minutos más hasta que entraran en confianza y se decidiera a platicarle lo que claramente venía molestando a su familia desde semanas atrás. Pero las respuestas se mantuvieron cortas e insípidas. Justo cuando se estaba animando a preguntar sobre la ausencia de Prudencia y la actitud acongojada de su madre llegó Panchito cargando unas herramientas sobre el hombro, interrumpiéndola en media oración

– Señito Montserrat, dichosos los ojos que han de verla aquí tan repuesta y disfrutando el fresco aire de montaña. Dígame, ¿la han tratado bien ahí en la casa? – le dijo en tono bromista, pero soltando una mirada venenosa hacia Citlali.

– Claro, todos han sido muy atentos conmigo, no tengo nada de qué quejarme, – le respondió tajante, resintiendo la insinuación.

– Me alegra escuchar eso, pero aún así a uno le apena verla tan solita y encerrada todo el tiempo. Siento que le ha faltado sentir la calidez de nuestra gente, conocer más de nuestras tierras. Por eso, usted disculpe, pero me quiero tomar el atrevimiento de invitarla a que salga un día. Mi vieja tiene más de un mes pidiéndome que le diga a ver si quiere venir de paseo con nuestra familia. Hay lugares muy bonitos donde no la han llevado pa que conozca, restaurantes muy ricos allá rumbo a tierra caliente. Tenemos mercados, iglesias más grandes, hasta centros comerciales donde se pueden comprar más cosas, pues pa que se sienta más cómoda, y que no extrañe tanto aquellas tierras ricas de donde viene.

Montserrat comenzó a dudar, aunque ya había charlando un par de veces con aquel hombre sudoroso que siempre se había portado amable y hacendoso frente a ella, por alguna razón no sentía sincera su manera de ser. Porque la curiosidad campirana era una característica que observaba en mucha gente de la zona, pero había cierta intriga escondida en los comentarios

de Panchito que la hacía sentir incómoda., una falsedad que no sentía cuando hablaba con Graciano, o con Xochita. Sin embargo, antes de que pudiera responderle, Panchito prosiguió con su labor de convencimiento.

– Ándele no diga que no, mi vieja anda bien entusiasmada con llevarla a conocer la región. Es más, iremos a donde uste guste, Jalacingo, Perote, Xalapa, Martínez de la Torre, por ahí hay un restaurante muy sabroso donde asan pollo en chiltepín, con tortillitas hechas en manteca y unos frijoles negros pero riquísimos. También ahí cerquita hay unos paseos en lanchas en los rápidos del río Filobobos, son algo caros, pero tengo un compadre que nos puede hacer precio.

– El Encanto, ¿podríamos ir a la cascada del Encanto? – le respondió Montserrat con el rostro iluminado. Al mencionar Panchito los rápidos del río Filobobos, inmediatamente recordó la historia del viaje de Mamá Conchita, y la leyenda que escondía la misteriosa cascada que vertía sus aguas en aquel lugar.

– Claro que sí señito, a donde uste mande. Mi vieja se va a poner pero a pegar de saltos cuando le cuente. ¿Le parece bien mañana? Así tempranito pasamos por uste pa aprovechar el día.

– Mañana... ¿Tú que opinas Citlali, crees que mañana puedas tomarte el día libre para acompañarnos a la cascada? – Preguntó de manera sutil, desconcertando a todos los presentes. Panchito estuvo a punto de objetar, pero Montserrat se le adelantó en el acto. – Me tomé la libertad de invitarla porque la pobre ha trabajado demasiado estos últimos días, y esta es mi manera de recompensarle el esfuerzo. Por los gastos de comida no se preocupe, que yo me encargaré de cubrir lo que sea necesario.

Panchito quedó mudo unos momentos, su rostro demostraba claramente que la propuesta de Montserrat no le había caído en gracia, pero como era más el capricho de su mujer por conocerla, no le quedó más remedio que aceptar de mala gana la compañía de Citlali en el paseo.

Al día siguiente Citlali llegó al alba como de costumbre. Para cuando Montserrat se alistó y bajó al comedor, la hacendosa jovencita ya había preparado unas deliciosas gorditas rellenas de huevo en salsa verde, gratinadas con queso y acompañadas de un vaso de agua fresca de melón para recargarse de energías para el paseo. Panchito y su mujer llegaron a las nueve en punto a recogerlas. Los dos se presentaron muy decentes, ella con un vestido floreado, y él un pantalón azul marino y una camisa a cuadros. La señora se presentó como Chofa Elizalde, le entregó a Montserrat una canasta de pan dulce, y le apretó la mano dos veces con semejante furor que casi terminó haciendo una reverencia. A Citlali, por el contrario, muy a penas la miró, soltando un “buenos días” que le quemó como ácido entre los labios. Así estuvieron unos cuantos minutos frente a la doble puerta de madera, y tras un par de comentarios lambiscones sobre la elegancia de la casa y la belleza de Montserrat se encaminaron a la camioneta para dar inicio al esperado viaje.

A pesar de estar en pleno verano, Montserrat había salido de la casa con un ligero cárdigan color gris para cubrir sus delgados brazos del gélido rocío que invadía a la hacienda por las mañanas, introduciéndose entre los poros y erizando cada vello y cada centímetro de su delicada piel. Sin embargo, apenas salieron de las heladas curvas de la sierra, comenzó a sentir un repentino calor en sus mejillas que anunciaba la proximidad a la tierra caliente. El mismo paisaje cambió su follaje espeso de tonalidades opacas por una textura más fresca, donde el sol iluminaba los desfiladeros cubiertos de helechos y flores silvestres. El verde irradiaba calor de

las interminables hileras de árboles de plátano, estirando sus delgadas hojas hacia arriba como si quisieran alcanzar una esponjosa nube con la cual cubrirse de los picosos rayos solares, y la vida derrochaba su sabor entre el frondoso ramaje de los enormes árboles de mango, dejando caer sus jugosos frutos anaranjados sobre una cama de césped espeso que se extendía por toda la orilla de la carretera.

Pasó cerca de una hora de arduos cuestionamientos de parte de Chofa, quien se carcajeaba y sacudía su abundante melena alborotada con el mínimo comentario de Montserrat. Panchito comenzó a reducir la velocidad tan pronto como fueron apareciendo los señalamientos a la entrada a Tlapacoyan, y pronto la camioneta viró su marcha hacia una vereda estrecha y rocosa, donde continuaron un par de minutos más hasta que se detuvieron por completo frente a una empinada cuesta.

– Espero que hayan traído zapato cómodo porque de aquí pa'l real nos la aventamos a pata, – les dijo Panchito con una sonrisa maliciosa.

– ¡Amor! No seas descortés... – se apresuró a recriminarle su esposa mientras volteaba con Montserrat y le ofrecía una mano para que saliera de la camioneta.

Al poner un pie sobre el denso suelo selvático sintió la intensa humedad en el ambiente sofocando su respiración, impregnando la delgada piel de sus mejillas sonrojadas con una mezcla de viscosidad y sal. Montserrat hizo una cautelosa evaluación del caluroso entorno donde se encontraba, y tras una breve valoración sobre su atuendo, decidió dejar el cárdigan en la camioneta antes de comenzar la laboriosa caminata hacia el centro ceremonial del Cuajilote. El descenso se convirtió en una hazaña complicada, innumerables rocas cubiertas de musgo y tierra húmeda se apilaban haciendo un camino en diagonal, deslizándose traviesamente para sorprender

al primer despistado que por dejarse hipnotizar con el embriagante aroma de las begonias, terminaba estrellándose contra las ondulantes enredaderas que caían como verdes cascadas, amortiguando el golpe de aquel desafortunado que había caído en la trampa de la naturaleza juguetona.

Después de dos kilómetros de andar entre tropiezos y sobresaltos que aceleraban más la respiración, llegaron a un terreno plano, donde las rocas daban lugar a un césped tupido que se mecía suave y complaciente con el cálido viento que soplaba desde el río Filobobos. A lo lejos se alcanzaban a divisar las grandiosas ruinas totonacas que años atrás se alzaban con el poder y la bendición de los dioses para reunir entre sus templos a distintas civilizaciones prehispánicas. Montserrat quedó hechizada con las maravillas que escondía aquel lugar, en todos los años que había visitado la hacienda jamás había escuchado de las imponentes estructuras que se distribuían en perfecta alineación a lo largo de la enorme plaza frente a sus ojos.

El templo mayor era un edificio majestuoso, una estructura dedicada al culto a la fertilidad y a la tierra del cual, según las creencias, se debía la abundancia de vegetación de la zona, junto con sus frutos exóticos y exuberantes paisajes de verdes manglares que llevaban la vida vibrando entre los indomables cauces del río. Montserrat caminó inmersa en la belleza del lugar, ya no se molestaba en escuchar los absurdos comentarios de Chofa, ni prestó la menor importancia a seguir las reglas de los buenos modales que tanto le inculcó su madre de pequeña, sólo le importaba llenarse de la historia que encerraba ese centro ceremonial, la magia que corría entre sus templos de adoración, el manantial de agua fresca que guardaba los secretos de sus antiguos ritos, el lugar donde festejaban el juego de pelota, portando aún restos de estuco que en sus años de esplendor decoraban alegremente la fachada de sus muros. Todo lo que veía le

despertaba una sensación nueva, una amalgama de emoción, orgullo, y añoranza por empaparse de un pasado del que no tenía conocimiento ni memoria. Era como si hubiera sentido el renacer de su alma al mirar a los ojos de la estructura del jaguar que se encontraba a orillas del juego de pelota, con su cuchillo de obsidiana para cortar de tajo el viento negro que corrompe el espíritu, y un espejo en el pecho para permitir que Tezcatlipoca observara las acciones y pensamientos de su gente.

Estaba sumida, dejando ir su imaginación hacia tiempos remotos mientras su mirada se perdía frente a un gran temascal que se encontraba unos metros frente a ella, cuando se vio interrumpida por la voz de Panchito indicándole que su compadre había llegado con el transporte y las balsas que los llevarían al cañón del Encanto. Dejó escapar un suspiro antes de partir del Cuajilote. Le entristecía abandonar ese lugar mágico del que tristemente no había tenido conocimiento hasta ese día, pero era más la curiosidad que sentía por visitar aquella cascada de hipnotizante poder que había leído en el diario de Mamá Conchita, así que con una última mirada hacia el templo mayor comenzó de nuevo a caminar por la vereda que los llevaría al lugar donde los esperaban unos hombres que les servirían de guías durante el descenso en el río Filobobos.

El trayecto se convirtió en una experiencia surreal, un recorrido entre unas aguas cristalinas que fluían con la libertad del viento entre un paisaje donde abundaban los canales, acantilados rocosos, y altos manglares que escondían tortugas lagarto, rana de lluvia y culebras de agua. Los altos sauces con sus largas hojas rozaban las corrientes del río, de sus ramas colgaban los nidos de las calandrias como tenates tejidos con ramas secas, desde donde se escuchaba el alegre cantar de los pajarillos de colorido plumaje. Pronto las salvajes vertientes fueron cediendo la furia de sus corrientes por una repentina tranquilidad que se reflejaba en el

sutil susurro del viento, y el dulce aroma de la Pasiflora. La balsa se detuvo unos instantes en los que Montserrat aprovechó para tocar con la punta de los dedos las pequeñas ondas de agua dulce que chocaban contra la orilla. La frescura que emanaba del río contrastaba con los sofocantes calores de la tarde, Montserrat se arrepintió de no haber vestido un traje de baño debajo de sus pantalones cortos, pero terminó por conformarse con sumergir por completo sus brazos y mojar su rostro sudoroso con la esencia pura y cristalina del Filobobos.

– Aquí lo tienen, el cañón del Encanto, – se escuchó la voz del guía señalando una abertura angosta que se encontraba justo en el centro de un imponente desfiladero.

La balsa comenzó nuevamente su travesía entre las enormes paredes rocosas, cubiertas de helechos gigantes, musgo, y una hierba pastosa a la que los locales le llamaban “paixtle.” De pronto los ardientes rayos del Sol se vieron reemplazados por una creciente oscuridad que les enchinaba la piel conforme iban avanzando entre el estrecho pasadizo. Montserrat había quedado sin habla, el paisaje resultaba estupefaciente para sus sentidos, quería absorberlo todo, las paredes rocosas que se extendían interminables a su lado, las vertientes de agua deslizándose desde lo alto, impregnando su poros con un aroma a musgo y eternidad. Un rayo dorado logró colarse entre la espesura de la vegetación, como artificio de la naturaleza, o petición de los dioses extintos, se vio alumbrada la caída de la cascada, aquella que en sus días de gloria se avasallaba con plenitud, que fluía violenta, imperante y magistral en el corazón del cañón. Nunca había sentido una tristeza más grande que cuando vio las condiciones en las que había quedado la cascada del Encanto, reducida a un desbordamiento insignificante, un mísero riachuelo, lluvia de octubre que avienta los deshechos que no se alcanzaron a regar durante la abundancia de marzo.



– ¿Qué le pasó a la cascada? No puedo creer que se esté secando, – exclamó Montserrat en un grito de histeria.

– No, la Comisión Federal de Electricidad controla la caída por eso del negocio que tienen con la energía hidráulica. Sólo la dejan verter completamente cuando viene un funcionario público, políticos importantes, o si la requieren para algún comercial como aquel que usaron para la campaña presidencial, o el de la cerveza aquella donde todos salen bien sonrientes y las muchachas se quitan las blusas. A decir verdad nunca lo entendí, pero eso es lo de menos ¿no? – bromeó el guía mostrando su dentadura amarillenta.

– Se necesita no tener cerebro para poder entenderle, – respondió Montserrat tajante, echándole unos ojos que parecían que cargaban plomo.

Al percibir la hostilidad de Montserrat, Panchito le preguntó a su compadre si tenía alguna manera, algún conocido en la Comisión que les permitiera ver a la cascada en su esplendor. El hombre, intentando demostrar su influencia entre los funcionarios pudientes de la zona, realizó un par de llamadas hasta que logró conseguir como “favor” que volviera a la normalidad la caída del Encanto.

– Asunto arreglado, nada que un par de Sor Juanas no puedan arreglar, – dijo el hombre entre risas y aplausos de Panchito y su mujer.

– Sí, pero escritos les hubieras dado para que cultivaran su ignorancia, en lugar de utilizar su prepotente ociosidad en hacer daños. Hombres necios, ¿quién se creen para controlar a la naturaleza?

La respuesta de Montserrat se convirtió en un estallido de cólera que sacudió en un eco cada una de las rocas del desfiladero. En ese momento la cascada volvió a su plenitud, recobrando la vida que le habían arrebatado con tanto descaro. El poder con el que salió de su cautiverio agitó la balsa, haciendo que ésta temblara con la furia desatada en cada gota que se iba alejando de su encierro. El rugido de libertad se extendió con ira por toda la estrechura del cañón, y hasta parecía que en el fondo de las cristalinas aguas se avivaba un resplandor dorado al sentir nuevamente la fuerza magistral de su caída. Se mantuvieron en silencio unos instantes, mientras dejaban que la brisa limpiara la impura sal de sus mejillas. Montserrat se encontraba a la orilla de la balsa, sus ojos continuaban fijos en la maravilla traslúcida que rompía en espuma al chocar con las rocas, pero su espíritu permanecía anonadado, completamente ofendido por lo que acababa de presenciar. Ah, pero si tan sólo estuviera en sus manos revivir el espíritu de la india, le imploraría que soltara su maldición sobre toda esa gente que se había dejado cegar por el poder y la prepotencia. Aquellos que se creen que pueden burlarse de las antiguas deidades, que quieren apresar el elixir de la naturaleza, y que intentan controlar la libertad de su madre tierra, aquella que les otorgó la vida aún a pesar de todas las heridas que ha sufrido a manos de la ignorancia del hombre.

El viaje de regreso fue una experiencia totalmente distinta para Montserrat, ya no se interesaba en las observaciones del guía sobre la fauna que reinaba entre los manglares, ni por las mascarillas de barro fresco que obtenían a la orilla del río. Se despidió del centro ceremonial del Cuajilote con un suspiro desanimado, y comenzó a caminar los dos kilómetros de regreso a la camioneta. Llegaron hambrientos y completamente agotados, Panchito y su esposa estuvieron discutiendo unos minutos tratando de decidir el mejor restaurante para llevar a su invitada especial. Montserrat, que a esas alturas ya escaseaba paciencia y mesura, los terminó

interrumpiendo para sugerir una pequeña cabaña en donde comían con su abuelo cuando visitaban Martínez de la Torre, un lugar sencillo, pero de cocina sabrosa, donde el mismo dueño salía a agradecer a los clientes por su visita.

Pasó otra media hora de camino para poder llegar al lugar donde se hallaba el restaurante, sólo para encontrarse con la sorpresa de que había sido vendido y reemplazado por un “Italian Coffee” que servía como punto de descanso para aquellos que paraban a cargar gasolina. Los gritos volvieron a irrumpir una vez más en la camioneta, Chofa dejó caer su máscara de gentileza y comenzó a reclamarle a su marido por la distancia del viaje y el costo extra que habían tenido que absorber al traerse una camioneta más grande para que cupiera Citlali. Montserrat terminó ofreciéndose a pagar la gasolina con tal de que se callara la desenfrenada mujer, y después de que quedara el tanque lleno, se dirigieron al restaurante de pollo en chiltepín que tanto había presumido Panchito cuando estaban en la hacienda.

El restaurante resultó ser un lugar tranquilo, con una buena vista del río con la serranía de fondo, y una exquisita sazón picosa que utilizaban para adobar el pollo. No sabía si era por el hambre, o por la desazón que la había invadido desde el incidente en el cañón del Encanto, pero comió tan rápido que en menos de una hora ya se encontraban en la camioneta de regreso a la hacienda. Como Montserrat se había ofrecido a pagar la cuenta, el mal humor que antes reinaba en el ambiente había desaparecido de sus rostros, Chofa había vuelto a las risas y cuestionamientos de antes, y Panchito cantaba alegremente las canciones que pasaban en la radio.

– Por cierto, Citlali, no he tenido oportunidad de felicitar a tu familia por la buena nueva. Supongo que tu hermana ha de estar bien emocionada ¿no? Para todos fue una verdadera

sorpresa cuando nos enteramos de su compromiso con Eulalio – mencionó de pronto Chofa con una entonación picarona.

– Prudencia está bien señora, muy ocupada arreglando cosas, pero eso es lo que se hace en estas fiestas, pero gracias por su atención, yo le paso a mi madrecita sus buenos deseos, – respondió Citlali de manera sumisa.

Montserrat volteó a ver a Citlali extrañada por el comentario de Chofa, pero la adolescente continuaba con la cabeza gacha, rehuendo su mirada como lo hacía los primeros días en que llegó a la hacienda.

– ¿Qué, a poco no estaba enterada de que Prudencia va a unirse en santo matrimonio con el hijo del jefe de la policía? Si es la noticia de Altotonga, sobre todo por lo repentino del anuncio, si a penas nos enteramos y ya habían corrido las amonestaciones en la iglesia, – continuó regodeándose Chofa al percibir la incomodidad de Citlali, quien continuaba escondiendo unos ojos que brillaban de dolor.

– No, no lo sabía, de lo contrario ya le hubiera ofrecido a Prudencia para que contara con mi ayuda en lo que fuera necesario para la boda, más sabiendo que se está viendo muy apurada con los preparativos.

– Ay usted siempre tan buena. Si todos en el pueblo nos sorprendimos cuando anunciaron que el festejo sería en la casa del padrino de Eulalio, digo, nos imaginábamos que ya le habían pedido la hacienda y la habían comprometido con ser madrina de cuantas cosas...

– Pues sólo porque no me pidieron nada Chofa, porque yo dispuesta hubiera accedido a prestar los terrenos de la hacienda para la fiesta, no me molestaría en lo absoluto el poder ayudar

a gente tan decente y trabajadora como lo son Xochita y su familia, – contestó Montserrat de tajo, dejando a Chofa muda con su terminante respuesta.

Los últimos kilómetros del viaje concluyeron entre un incómodo silencio que ni la imprudente de Chofa se atrevió a romper. Llegaron a la hacienda cuando estaba a punto de caer la tarde, se despidieron frente a la oxidada reja con las iniciales D.C. pero antes de que Citlali se pudiera encaminar a la acostumbrada vereda rumbo a San Miguel Tlalpoalan, Montserrat le habló suave pero autoritaria.

– Dile a tu madre y a Prudencia que se presenten mañana en la casa, me gustaría hablar con ellas. – El rostro de Citlali palideció en segundos al escuchar la petición de Montserrat, pero ésta añadió, – creo que ya hay suficiente confianza entre nosotras como para que todavía les dé vergüenza el pedirme favores. Así que mañana las espero para que me digan qué hace falta y saber de qué manera puedo ayudarles, es lo menos que puedo hacer.

Citlali se quedó plantada a medio camino, viendo cómo se alejaba Montserrat con paso lento rumbo a la puerta trasera de la casa. En su mente desfilaban un millón de ideas, y su pecho latía con fuerza al imaginar la reacción de su hermana cuando le dijera la petición de Montserrat. Nunca había entendido el resentimiento que le tenía, si con ella siempre se había mostrado gentil y compasiva, casi como una amiga en lugar de su jefa. Pero Prudencia nunca se dio la oportunidad de conocerla, de pasar la muralla que impedía que una sirvienta socializara con su patrona. Se había mantenido al margen, renegando de su condición social, pero al mismo tiempo siguiendo el patrón de comportamiento que dictaban los de arriba, ese que les prohibía mirarlos a los ojos o hablarles de tú aún cuando ellos mismos se los pidieran. Comenzó a caminar lentamente, su mirada fija en el asfalto que se perdía en una curva a lo lejos, dio un suspiro de

resignación y apretó el paso, total, ya nada que escuchara Prudencia podría empeorar la situación en la que se encontraba...

\*\*

Llegó el sábado cargado de lluvias torrenciales que inundaban los caminos y no dejaban asomar ni los más mínimos destellos solares. Ese día sólo Citlali había ido a asegurarse que el patio de la casa quedara bien limpio para la ceremonia del peinado de la novia. Panchito ayudó a acomodar las mesas redondas que contrataron para que se sentaran los invitados a disfrutar de una merienda que llevaría Xochita a las ocho que comenzara el festejo. Montserrat había contratado unos músicos locales para que amenizaran la cena, a pesar de que había ofrecido su ayuda incondicional para lo que hiciera falta, sólo le aceptaron su ofrecimiento como madrina de peinado y algunas botellas para completar la bebida que se serviría el domingo después de la ceremonia religiosa. Aún así, Montserrat se informó en los alrededores sobre todos los detalles que se acostumbran en esos festejos, ya que conocía de bodas y despedidas de soltera en la capital, y hasta en Nueva York, pero nunca había asistido a una boda donde se seguían las costumbres rurales como las que celebraban en San Miguel Tlalpoalan.

Graciano fue de gran utilidad durante esos días, conocía las mejores tiendas del pueblo, y tan pronto como Montserrat le comentaba una idea o mencionaba algún elemento faltante para la ceremonia del peinado, el buen Graciano se ofrecía para llevarla a los locales más surtidos, y de mejores precios. Prudencia, por el contrario, se mantenía alejada de la hacienda la mayor parte del tiempo. Le agradeció la ayuda el día en que acordaron que fuera madrina de peinado, pero Montserrat la veía seria e incómoda, como si en el fondo le molestara que estuviera entrometiéndose en su boda. Al caer la tarde se escuchó la llegada de Xochita con la comida, acompañada de la abuela quien llegaba con su cabello trenzado en una corona y un vestido sencillo color negro. Prudencia arribó media hora después, llevaba el ajuar de boda cubierto en

una larga bolsa de plástico, y al ver a Montserrat inmediatamente bajó la vista y se dirigió escalera arriba para colgar su vestido.

Tan pronto dieron las ocho, los invitados comenzaron a llegar con la sonrisa en los labios y los ojos desorbitados intentando obtener cada detalle de la decoración de la casa. La mayoría de los presentes no habían pisado más que los alrededores de los terrenos de la hacienda, así que la boda de Prudencia había sido cuestión de alborozo en el pueblo una vez que se anunció que la ceremonia del peinado se celebraría en el patio de la hacienda Caballero. Las felicitaciones y los cumplidos no tardaron en llegar a los oídos de Montserrat, quien visitaba las mesas de los invitados aún cuando no estaba familiarizada más que con un par de rostros que recordaba de la infancia.

La fuente vibraba de esplendor, alimentada de las conversaciones alegres que afluían de las mesas a su alrededor. El atole y el chocolate caliente estimulaban la plática mientras los invitados remojaban el pan dulce en sus humeantes bebidas. Citlali se encontraba completamente agobiada con la atención de los invitados, atravesando el corredor de la cocina al patio con una velocidad impresionante. Xochita y la abuela se mantenían en la cocina, terminando de calentar el mole para la merienda, mientras esperaban pacientes a que se cocieran las tortillas que acababan de echar en el comal. Prudencia se mantuvo escondida en el cuarto destinado para que se arreglara, bajó un par de veces para saludar a los invitados, y se quedó en la mesa de honor a acompañar a su familia a la hora de la cena, pero no probó bocado, estaba seria, con la mirada perdida y las manos le temblaban en sincronía con las violentas sacudidas de sus delgadas piernas.



A media noche comenzó a tocar la banda anunciando el inicio de la ceremonia del peinado. Prudencia se fue nuevamente al cuarto donde se estuvo escondiendo la mayor parte del festejo, y Montserrat la siguió minutos después, ya que su función como madrina era ayudar con el arreglo de la novia. Tuvo suerte de que empacara la tenaza para hacer rizos, ya que el cabello de Prudencia era tan liso que toda liga e incañble se le resbalaba con una facilidad que parecía que se había rociado aceite antes de llegar a la hacienda. Montserrat trabajó en silencio durante una hora, entre cada rizo que acomodaba elegantemente sobre los hombros de la novia se asomaba con curiosidad, pero el rostro de Prudencia no denotaba expresión alguna, no se veía emoción, ni esperanza, era una estatua fría, desinteresada en su apariencia y en todo lo que se llevaba a cabo a su alrededor.

– Listo, éste es uno de los estilos más populares que llevan las novias en la capital, – dijo Montserrat mientras le ofrecía un espejo redondo para que pudiera observar la caída de sus caireles que se retorcían en un sofisticado nudo a mitad de su cabeza.

– Gracias, – respondió Prudencia con voz rasposa, mirando de reojo su elegante peinado.

– ¿Te gusta? Porque si no te convence aún podemos cambiarlo, no te voy a imponer algo que no te agrade, y menos el día de tu boda.

Prudencia la miró unos segundos, intentando descifrar si se estaba burlando de ella, o simplemente estaba ajena a su situación, pero al ver la preocupación de Montserrat continuó con un resoplido.

– El peinado esta bien, créame que es lo que menos me molesta en estos momentos, – dijo la muchacha atreviéndose a mirar a los ojos a su patrona por primera vez, – dígame ¿de verdad está interesada en ayudar a Citlali, o son puros cuentos para curarse en salud?

– Yo aprecio mucho a tu hermana y todos los consejos y ayuda que le he brindado es porque me interesa que tenga un mejor futuro, – le respondió con tono cortante.

– Entonces llévesela lejos, a la capital o a cualquier otro lugar donde la dejen estudiar, trabajar y hacer lo que ella quiera, donde no le nieguen el progreso, ni la amarren a una casa pa atender pelados desconocidos.

Las dos se miraron a los ojos en silencio, del rostro de Prudencia se desbordaba la rabia contenida durante las horas que llevaba el festejo, y en Montserrat se asomaba la sorpresa, el escándalo y la indignación al comprender las palabras que se escapaban desde lo más profundo del alma de la joven.

– Prudencia, si ésta no es tu decisión todavía estamos a tiempo de cancelarlo todo, – se atrevió a decir Montserrat con una voz pastosa.

– Ay patrona, cómo se nota que uste viene de otras tierras. Yo me hice a la idea del cochino futuro que me espera cuando el desgraciado de mi padre me fue a enjaretar al Eulalio la tarde de mi pedida. Para el día siguiente ya habían mandado todos mis papeles a la iglesia pa lo de las amonestaciones, y pa cuando me di cuenta ya habían arreglado lo del asentamiento. Bueno, uste no tiene la menor idea de qué estoy hablando, pero es un ritual que hacemos para formalizar un compromiso de boda. Se tiende un petate frente al altar familiar donde se hincan los novios, queman copal para consagrar la promesa, y ahora sí se puede seguir con toda libertad

los preparativos de la boda. Así que ni se moleste en querer hacer la caridad conmigo, yo ya no tengo ni pa dónde hacerme, pero Citlali sí, así que le ruego que si de veras le interesa o le conmueve el corazón por favor llévesela ¡Llévesela de aquí! – terminó implorando Prudencia, demostrando una vulnerabilidad que no había visto Montserrat hasta ese momento.

Montserrat movió la cabeza para afirmarle a la joven que entendía su apuro. El momento de confidencias había terminado, y en su lugar había vuelto a asentarse el silencio hostil que se había apoderado del cuarto desde que Prudencia había colgado el ajuar de boda sobre la puerta. Pasadas las cuatro de la mañana, entró Xochita a la recámara para avisarle a su hija que ya estaba el novio esperando en el zaguán, acompañado de los padrinos que encabezaban la comitiva que se había empezando a formar a la entrada de la hacienda. Prudencia asintió con una mirada resignada, y Xochita no pudo más que admirar la bella imagen de su hija vestida de novia con el sentimiento cuajado en medio del pecho, al saber que ese sería el inicio del peor de sus calvarios, y no tenía poder alguno que pudiera salvarla de su desdichado destino.

A las cinco de la mañana salió la comitiva de la hacienda rumbo a la iglesia de Altotonga. La costumbre requería la presencia de nueve niños de intachable conducta para que con la inocencia de sus almas, junto con las velas blancas que cargaban entre sus pequeñas manos, alumbraran el camino a los novios, con el fin de que siguieran la vereda que había estipulado Dios, y no cayeran en tentaciones que sólo destruirían la felicidad de los recién casados. La ceremonia religiosa dio inicio a las ocho, la mayor parte del pueblo había separado un lugar en las bancas más cercanas al altar para tener una buena visión de los novios y sus padrinos al entrar por el pasillo central de la iglesia. Las amistades de las comunidades cercanas llegaron junto con la comitiva, pasando rápidamente a las bancas desocupadas para no interrumpir al sacerdote que

ya había entrado a la iglesia rociando a sus fieles con el humo del incienso. Hubo un minuto de quietud mientras esperaban a que desfilara la novia deslizándose su discreto vestido por todo lo largo del pasillo. Montserrat observó atenta desde el filo de la banca, por un momento fantaseó con la idea de que Prudencia se arrepintiera al último minuto y abandonara corriendo la ceremonia, pero tras unos segundos de incertidumbre, se escuchó la marcha nupcial y la triste joven asomó su desdichada figura para dar comienzo al contrato simbólico que le arrebataría el último suspiro de su libertad.

Al terminar la misa, los invitados se dividieron en dos, los que vivían ahí en Altotonga regresaron a sus casas a esperar las campanadas de las dos de la tarde, hora en la que comenzaría el festejo en casa de don Nepomuceno Cortés, un hombre de buena posición que había servido de padrino de bautizo del novio y que ahora prestaba su casa situada calle arriba, a contra esquina de la iglesia, para que se organizara el baile de bodas. Los invitados de las comunidades regresaron junto con la comitiva a la casa de los padrinos de la novia, ahí se llevaría a cabo un último ritual antes de dar comienzo al banal festejo en casa de don Nepomuceno. La casa era muy humilde, de paredes hechas de tablas empalmadas y techo de delgado tejamanil. Pero lo que carecían en dinero lo derrochaban en cariño, pues apenas llegaron los novios a la casa y fueron recibidos con una lluvia de aplausos y pétalos de rosas. Habían improvisado un altar familiar con fotografías de las dos familias que ese día habían prometido ante Dios fusionarse como una sola, y para formalizar el compromiso sólo faltaba hacer la entrega ante el altar y los padrinos. Ambos novios se hincaron sobre un petate, los rodearon de regalos esenciales para el inicio de su nueva vida matrimonial: una horqueta de diversas ramas, tejida con tul para que pudiera sostener a la gallina que se obsequiaba como fuente de alimento, hachas y machetes para que el novio tuviera manera de proteger a su familia, y utensilios de cocina hechos por la madrina para que su ahijada

aprendiera el arte de la cocina con la misma entrega como se acostumbraba en su familia. Una vez hincados, se acercaron los padrinos a ofrecerles la bendición, mientras los sahumaban con copal y la abuela de Prudencia recitaba unos rezos en náhuatl para sellar el compromiso y asegurar ante los viejos dioses la felicidad de su nieta.

Horas después ya retumbaba la música de banda en el enorme jardín de la casa de don Nepomuceno Cortés. Xochita había preparado una deliciosa olla de mole de guajolote y arroz para la fiesta, y los padres de Eulalio habían ordenado carnitas y frijoles negros para acompañar. En cada mesa había un arreglo de flores naturales, obsequio de los padrinos, y gracias a la espléndida gentileza de Montserrat había varias botellas de buen tequila, vino tinto y champagne para brindar por la felicidad de los novios. El festejo se postergó hasta la noche, los invitados se habían saciado de los guisos de Xochita, y habían rematado con los acostumbrados panecitos con atole de cacao. A esas horas sólo quedaban los familiares que se quedaban por compromiso, y aquellos invitados que, ahogados en licor, se negaban a abandonar el festejo.

Montserrat estaba agotada en cuerpo y espíritu, pero al ver a Graciano disfrutando de una amena plática con los compadres decidió esperar unos minutos más en una de las mesas junto a la pista. A su lado se encontraban unas señoras que conversaban acaloradamente, con las mejillas coloradas al igual que el vino de sus copas. “No, si tiraron la casa por la ventana, “ decía una. “Pues el novio tendrá buen trabajo, pero gracias a don Nepomuceno tuvo este festejo,” le contestaba la otra. “Obviamente, pero la que ni en sueños se hubiera imaginado una fiesta como ésta era la Prudencia, ¿tú crees? De trabajar en una garnachería terminó con una boda de princesa, con peinado elegante y banquete de los caros,” la interrumpió otra. “Ah pero por supuesto, si esas la supieron hacer pero bien y bonito. Se agarraron a una ricachona de los

Caballero para que les pagara la pachanga...” la secundó una última, mientras daba otro largo sorbo a su copa de vino tinto.

– Señoras, no creo que este sea el momento ni el lugar para que estén destilando su veneno con esa clase de comentarios, comentarios que por cierto están muy mal infundados, – volteó a apaciguarlas Montserrat, incapaz de escuchar una tontería más de las intrigantes mujeres.

– Pues yo no sé de qué se escandaliza, si todo lo que dijimos es verdad, – se envalentonó una, – que usted no quiera darse cuenta que la están usando por su dinero es otra cosa.

– A mí nadie me está utilizando, yo fui la que me ofrecí como madrina... – La oración de Montserrat quedó al aire una vez que llegó una vieja que se caía de borracha a interrumpir la discusión.

– Por Dios señorita, lo que duele, duele, pero a usted y su familia se les busca y se les respeta por el dinero, que es lo único que tienen, porque hasta el apellido salen debiendo.

– ¿Cómo se atreve? – le gritó Montserrat indignada.

– Me atrevo porque sé de lo que hablo, y todo el pueblo lo sabe, que nadie se lo eche en cara por conveniencia es otra cosa, – continuó la vieja arrastrando las palabras, – Si se saben de muchos ingratos que se podría decir que comparten la misma sangre que ustedes, lástima que ninguno de ellos tuvo la misma suerte que corrieron sus parientes, no todos fueron acogidos por Mamá Conchita después de que don Máximo anduviera de coscolino con la mitad de las “señoritas” del pueblo.

Montserrat se quedó helada, se le había escapado el aire de pronto, como si la hubieran sumergido en la parte más profunda de la poza, donde rompía con toda su furia la cascada del Encanto. Con lágrimas de rabia asomando de sus ojos y la cabeza dando giros a causa del cansancio y el desagradable comentario de la vieja, se marchó en busca de Graciano. No le interesaba quedarse en la fiesta, ya había cumplido con apoyar a Prudencia en ese trago amargo, y ya había dejado que Graciano disfrutara lo suficiente con sus compadres. Lo único que le importaba en ese momento era estar sola para pensar, indagar en su historia, buscar la manera de desempolvar el pasado para descubrir la verdad oculta de su linaje, por más dolorosa que ésta resultara.

Agosto 1923

*El domingo pasado fuimos a la poza del Tío Mingo, organizaron una tardeada para aprovechar el último fin de semana antes de que los chamacos volvieran a la escuela. Estuvo muy concurrida la pachanga, con tamales de mole en hoja de pimienta y bolsas de golosinas como cuando festejamos la confirmación de los niños en abril. Hubiera sido un final perfecto para nuestras desafortunadas vacaciones si no hubiera sido por la bruta de Celerina, que por andar a las carreras no dejó que se cocieran bien los buñuelos que llevó para la tardeada. Como era de esperarse, los escuincles terminaron comiendo un montón de postrecillos que a leguas se veía que estaban masudos y crudos. Abel y Pablo se perdieron casi toda la primer semana de clases con la estropeada que les dio la Celerina, apenas llegamos a la casa y les agarró una de dolor y vasca a los pobres. Lo bueno fue que Concha no quiso ir al festejo y no cayó en cama, así tuvo energías para ayudarme con sus hermanos, porque para mitad de semana ya andaba yo pero batallando por controlar los nervios.*

*Y es que, desde que Máximo volvió a la hacienda una ya no ve lo duro, sino lo tupido. Tanto le recé a Dios para que cuidara a mis hijos y los regresara con bien a casa, pero en mis peticiones siempre recalqué que les concediera salud, bienestar e inteligencia para sobresalir en sus estudios y convertirse en gente de bien. Lástima que el regreso de Máximo no trajo consigo ninguna de esas cosas. Me siento una desalmada por no alegrarme con su regreso, pero es que Desiderio y yo criamos a nuestros hijos para ser fuertes, soñadores, a partirse el lomo por lo que uno anhela, y a tener el coraje suficiente para no dejarse amedrentar con la primera*



*dificultad que se les presentara en el camino. Por eso cuando lo vi atravesar la reja negra de la entrada sentí un jalón de tripas que me volcó el estómago de la pura angustia. Venía arrastrando sus tiliches por entre la hierba húmeda con la cabeza gacha, tratando de que no le hallara la culpa en la mirada. Abrí la puerta como demonio y me abalancé hacia donde estaba. Lo bueno es que una conoce la prudencia, aunque a veces le llegue tarde, porque supe detenerme a unos cuantos pasos adelante, donde esperé a que terminara de hacer su penoso desfile y me alcanzara frente a la puerta de entrada. Diosito siempre me ilumina porque gracias a eso Máximo y yo pudimos hablar tranquilos de sus infortunios en la privacidad de nuestra casa, que si me hubiera ido corriendo a cuestionarlo a mitad de camino de seguro que los chismes hubieran empezado desde mucho antes con todos los trabajadores mirones que andaban disque cuidando la pizca mientras esperaban con la oreja parada para enterarse de los malos ajenos.*

*Había llegado muy desmejorado del viaje, con una pesadumbre que se le había enraizado en lo más profundo del alma desde hacía quien sabe cuantos días. Yo lo dejé descansar sin preguntarle nada, y me sentencí a todos para que no fueran a hacer de trastadas que agobiaran más al pobre de su hermano. Pero luego las horas se convirtieron en días y éstos en semanas y Máximo no daba señas de que quisiera componerse. Se la pasaba durmiendo durante el día, y por las tardes se encerraba a tocar el piano. Se escuchaban unas melodías bellísimas que al parecer había aprendido estando en la universidad, pero a nosotros no nos dejaba acercarnos ni para hacerle cumplidos. Así estuvo durante días, escondiéndose hasta de los espejos por temor de ver sus pecados reflejados en ellos, y acallando su conciencia entre notas de Beethoven que hacían eco entre los muros de la casa. Era como si tuviéramos un espectro rondando en las alcobas del segundo piso, ni el alma de Desiderio penaba en los*

*corredores con tanta antipatía como se le veía a Máximo en las noches, cuando se desaparecía sin dar aviso de sus andadas o alguna pista de su paradero.*

*Pasaron semanas de andar con el Jesús en la boca, intentando disimular frente a los niños la angustia que llevaba atravesada en el pecho al no lograr sacar ni media palabra de los labios secos de Máximo. Luego sucedió lo de la otra madrugada, donde me dio el insomnio con tanta fiereza que ni el té de azahar, ni la infusión de lechuga ni la raíz de valeriana me lograron calmar los nervios lo suficiente como para pegar el ojo más que un par de minutos. Cuando comencé a sentir el sereno humedeciendo con su frío roce las ventanas aventé las cobijas, y con la misma rabia me paré de la cama. Me asomé nada más para asegurarme que el mal sueño no me estuviera destanteando los sentidos, y así con la legaña seca me perdí un rato entre los maizales tostados que se veían medio tristes bajo el cielo amoratado.*

*Decidí bajarme a la cocina, todavía me quedaban un par de horas para la misa de siete, pero con el agotamiento que me cargaba en los huesos necesitaba echarme unas cuantas tazas de café antes de salir, para que se vertiera como aceite fresco entre mis coyunturas oxidadas y me permitiera aguantar hasta el descanso de mediodía. Y es que tenía los músculos tan atrofiados de tanta vuelta que me di en la cama que para cuando me di cuenta ya se me andaba quemando el café. Rápidamente me serví una taza para evitar más contrariedades, pero no pude dejar de reírme al recordar con el primer sorbo la famosa frase de mi Desiderio “café hervido, café jodido.” Quien hubiera visto aquella escena me hubiera juzgado de loca, tanto desvelo me tenía ahí sentada en la cocina, conversando entre risas con Desiderio mientras me reprochaba mi torpeza al olvidar echarle vainilla a la olla. De pronto escuché un ruido a mi espalda que casi me tumbó de la silla, una corriente helada se coló en el patio, llevando a cada rincón el*

*repentino eco de la puerta al azotarse. No se si fue el café o el susto el que hizo que la sangre me palpitará hasta las sienas al reconocer la presencia de un extraño dentro de la casa. Mi primer instinto fue esconderme bajo la mesa, pero al escuchar el retumbar de sus pesadas botas subiendo las escaleras mi fortaleza como madre pudo más que el miedo, y salí endemoniada hacia el pasillo, armada con mi taza y una escoba para hacer frente al escurridizo maleante.*

*Cuál va siendo mi sorpresa después de golpear al hombre con mis armas, al ver el rostro embrutecido de Máximo limpiarse torpemente las mejillas mientras se sobaba la espinilla con la otra mano. El escándalo despertó a todos, Conchita y Demetria fueron las primeras en asomarse al corredor, seguidas por Abel y Pablo que aún se veían algo pálidos de la enfermada que se dieron por culpa de Celerina. Los muchachos no tardaron en saturarnos de preguntas, especialmente esa Concha tan curiosa y abusada, no se le escapaba ni una. Máximo no podía ni hablar de la impresión, además que desde mitad de la escalera le podía oler el tufo a aguardiente transpirándole por todos los poros. Rápidamente los regresé a la cama, todos avanzaron obedientes por el pasillo con excepción de Conchita, quien se rehusaba a acostarse sin escuchar una explicación del estado de Máximo. Yo no termino de entender a la juventud de ahora, eso de cuestionar a los adultos es una maña relativamente nueva. Antes nos decían “vete a tu cuarto” y te ibas antes de que terminaran la oración. No había un “porque” ni “en un ratito”, sólo obedecías sin preguntar más. Después de unos cuantos gritos terminó yéndose a su recámara arrastrando los pies, dejándome cara a cara con el esquivo de Máximo.*

*La conversación se alargó hasta mediodía, tuve que mandar a un trabajador al pueblo a que avisara que la botica se abriría hasta la tarde. Bastaron unas cuantas tazas de café negro para que se le bajara la borrachera y lograra hilar una palabra con otra. Sentía el coraje*

*acumulando su ponzoña en mi interior, pero tuve que aguantarme las ganas de agarrarlo nuevamente a escobazos porque me urgía más enterarme de lo que lo tenía tan afligido. Ay Desiderio, pero vieras que vergüenza daba ver a nuestro muchacho sumido en esas condiciones, ahogado en el alcohol y derrotado ante la vida. Había dejado sus aspiraciones olvidadas en los caminos llanos de la altiplanicie, apareciéndose en la hacienda como un costal vacío, con las manos vencidas y la frente atiborrada con las huellas de su cobardía. Con la boca seca me confesó que había dejado su vida en Puebla, una decisión que había venido considerando desde hacía varios meses, pero una vez que recibió las calificaciones de los últimos exámenes no hubo fuerza alguna que lo mantuviera anclado allá. Yo sabía que Máximo andaba batallando por aprobar unas materias, que vivía en un interminable desvelo de angustias y desalientos, pero siempre creí que el temple de los Caballero lo mantendría a flote a pesar de cuan duro le golpearan los ventarrones de la tormenta. Así que cuando lo escuché rindiéndose ante su destino no pude más que arrugar la boca, pues ni una sola palabra de consuelo logró salir de estos labios resecos que la vida ha tornado ásperos con tanta bofetada que me ha dado en el merito rostro.*

*Nos miramos en silencio por tanto tiempo que ya se me hacía que volvía a cantar el gallo nada más para romper la tensión entre nosotros. “Usted no se preocupe, Madrecita Santa, ya yo mandaré una carta a Carmelita para explicar lo sucedido, y si ella no entiende de los problemas de uno pues eso me indicará que no estaba lista para el matrimonio de todos modos...” Se atrevió a decirme el desobligado ese. ¿Tú crees Desiderio? Se larga de Puebla sin avisarle nada a los compadres, que por cierto ya van dos cartas que manda la comadre preocupada por la salud de Máximo, deja la carrera cuando ya sólo le faltaba un móndrigo brinquito para coronar nuestros esfuerzos con su título de doctor, y para terminarla de acabar, el muy ingrato dejó*

*colgada a su prometida en Puebla, todavía escudándose con que sería ella la culpable del fracaso de la boda si no entendía la estupidez de su razonamiento. Fue en ese momento cuando la cocina ardió en llamas con tanto grito que le eché, le dije de hasta lo que se iba a morir, de cínico e irresponsable no lo bajé. Y luego éste ahora sí muy digno que se para de la silla y me dejó pero bien enchilada, aventando leperadas al aire que ni en mi vida hubiera imaginado decir, mucho menos proferir a grito pelón desde la puerta, haciendo que semejantes barbaridades retumbaran en cada rincón con la misma potencia que la culpa que cargaban.*

*Los siguientes días se volvieron turbios de tanta bilis derramada por entre los pasillos y los maizales. Máximo seguía sin escuchar razones, dormía la mitad del día, y por las noches se salía con una insolencia que hasta volví a cubrir la fotografía de Desiderio con el manto de luto para que no presenciara la actitud desvergonzada de su hijo. Gracias a Dios que lo alcancé a cubrir a tiempo, porque poco después que me voy topando a la viborita Vargas en el mercado, y con todo el veneno que la caracterizaba que me va soltando el último chisme que andaba pasando calientito por todas las calzadas del pueblo. Andan diciendo que Máximo dejó su compromiso con la escuela y con Carmela para venir a gozar las juergas de Altotonga. Un verdadero escándalo en lo que nos ha embarrado ese, ya todos aseguran haberlo visto con Teófilo, los hermanos Cruz y toda aquella bola de parranderos de los que nada bueno se habla. Dicen que andan embriagados en fiestas, jugando naipes y corriendo apuestas los jueves en la cantina de Pepe, donde juntan el vicio con el dominó.*

*Y luego para colmar lo males por esas fechas sucedió lo de la boda de mi sobrina Esperanza, un acontecimiento tan inusual para el conservador pueblo de Altotonga que soltó el bullicio de la gente como una marejada morbosa de injurias y condenas. Yo ya no hallaba ni*

*donde esconder la cabeza de tantas vergüenzas. A cada lugar al que salía sentía las miradas indiscretas perforándome la nuca, y ni que decir de las idas al mercado, donde pasáramos se escuchaba el zumbido de chismes que ensuciaban el apellido Caballero con el veneno de sus bocas. Y es que tenían un repertorio para criticar a la familia; por un lado estaba Máximo con las indiscreciones del juego y sus famosos corregallo, una velada de serenatas rápidas que les llevaban a las damas de Altotonga al caer la noche. Los corregallo se convirtieron en un verdadero éxito entre los enamorados del pueblo, se formalizaron noviazgos y hasta propuestas de matrimonio con las melodías que tocaban Máximo y los hermanos Salazar. Era todo un alborozo cuando pasaba por la plaza el camión de Ismael cargando el piano del teatro en la parte trasera para que lo tocara Máximo, acompañado de la musicalidad de los violines de los talentosos hermanos, junto con la inigualable voz de Aníbal el flaco. Y es que el problema no eran las serenatas, esas eran un verdadero gusto para el oído, lo que no se puede perdonar es la infamia que arman éstos cuando acaba el corregallo. Yo ya no me quiero ni enterar, pero ya también andan diciendo que Máximo anda en amoríos con quien sabe cuantas ingenuas desmoralizadas que se escapan de sus casas en plena madrugada cuando pasan los muchachos con el corregallo. Sabrá Dios la intención de aquellas mujeres, una prefiere pensar que quisieran escuchar más de cerca las bellísimas serenatas, pero cuando son las cuatro de la mañana y andan persiguiendo pelados, por más bonita que sea la música, no hay perdón de Dios que pueda limpiar su comportamiento.*

*No, pero el escándalo no termina ahí, la boda de Esperanza terminó por acrecentar el fagonazo de la hoguera donde nos condenarían a todos. Yo no la culpo por tener la ilusión de casarse, toda mujer sueña desde pequeña con el ajuar más blanco y las alhajas más vistosas para presumir en ese día tan especial, pero de ahí a que se fugara del convento con un padre,*

*eso sí aunque intente no se puede defender. Aunque si me preguntan yo diría que la culpa no es del todo de ella, sus padres la encerraron en un convento desde que se convirtió en señorita para evitar que se encontrara con tentaciones que la llevaran por el camino de la perdición. La pobre no entendía de los cambios de su cuerpo, duró años pensando que la habían mandado a enclaustrar por alguna extraña enfermedad; así que no me extraña que se haya enamorado del primer hombre que le demostrara cariño y atenciones, y más aún si ha sido el único que ha conocido. Su amor parece de esas historias que se leen en las revistas que llegan por correspondencia. Se han echado al pueblo encima, a Esperanza no la bajan de buscona, una serpiente encarnando el pecado de la lujuria, la que logró engatusar con sus hechizos seductores al alma pura del joven sacerdote. Lástima que nadie se interesa por conocer la calidad del espíritu de los acusados antes de mandarlos al paredón. Esperanza es una muchacha dulce, temerosa, pero tan amable y gentil que contagia de luz con tan sólo mirarla. Al sacerdote no lo conozco tan bien como a mi sobrina, pero las pocas veces que lo he podido observar en misa desde su llegada a la parroquia me he percatado de que es un hombre correcto, preocupado por su gente, y de alma piadosa y caritativa. Si ambos son tan buenas personas por separado, ¿qué es lo que los condena ahora que han descubierto que quieren unir sus vidas? Por el contrario, deberíamos estar contentos de que almas tan compatibles y compasivas se hayan encontrado. Claro que estas ideas las comparto sólo en éste diario, que si alguien escuchara semejantes barbaridades de seguro que me culparían a mí como la alcahueta culpable de todas las inmoralidades que están acabando con la reputación y el buen nombre de los Caballero.*

Febrero 1927

*Este año es el año de las tragedias, dicen que Dios aprieta pero no ahorca, pero yo sólo siento la soga cada día más ajustada, como si nuestro sufrimiento espoleara al destino para que se ensañara más con nuestros cuellos. Uno pensara que a la gente se le ablandarían los corazones con el mal que nos apoca; que nos dejarían en paz, aunque fuera sólo por respetar el luto. Pero no, ven que una esta vencida de dolor y todavía van a echarle limón a las llagas para que nos ardan el doble al intentar levantarnos. Lo bueno es que la Virgen ha escuchado las plegarias de una madre mutilada por el suplicio, y me ha bendecido con el sueño más profundo e insondable que me aleja de este mundo de criaturas miserables y me lleva a una oscuridad total en la que se me adormecen todos los sentidos. No siento el dolor, ni escucho los gritos. No respiro la angustia, ni palpo la soledad. Mi corazón se congela con las heladas de la madrugada y por unas horas dejo de ver el inocente rostro de mi niño suplicando por mi ayuda.*

*Durante el día es una historia muy distinta, el cuerpo aguanta gracias a hierbas e infusiones, pero hay momentos en el que el espíritu se vuelve tan pesado que en medio de mi alucinante martirio me sobo la espalda para ver si logro apaciguar el dolor de andar cargando con semejante cruz. Intento caminar despacio, dar los buenos días al abrir la botica y saborear el agua fresca que venden en la plaza, pero mis movimientos se sienten torpes, cansados, se me ha secado el aliento y la mirada se me nubla al escuchar la jubilosa risa de los adolescentes. Y es que desde que se volvió a instalar la tropa en el pueblo se ve tanto jovencito haciendo sus rondas con sus botas negras y boinas descoloridas. Vienen muy atentos, disque a vigilar que no*



*haya rebeliones de grupos cristianos en las zonas rurales. Yo no sé que piensan encontrar aquí, si nuestra iglesia esta repleta de un montón de vejeanas que sólo buscamos la absolución de Dios para esta vida tan desdichada.*

*Y a ellos no los culpo, yo sé que los chamacos sólo vienen siguiendo órdenes de su general, pero a una le duele el pecho al ver sus caritas asustadas asomándose de entre el montón de uniformes e intentando seguir tantas formalidades. Me recuerdan a la inocencia de mi Abel cuando entró en el colegio militar de Chapingo, su rostro demostraba los temores que no se atrevió a confesarme en voz alta, pero es que la escasez en esos tiempos era tanta que no logré juntar el suficiente dinero para mandarlo a una institución privada como a sus hermanos. Abel terminaría la preparatoria en Chapingo mientras recortaba los gastos de la hacienda de pesito en pesito hasta que me alcanzara para mandarlo a la universidad. Pero el destino es cruel, y nuestro sacrificio fue en vano, a los pocos meses de que mi muchacho entrara al colegio me llegó un telegrama urgente. Máximo tuvo que arrebatarme el papel de las manos para enterarse de lo sucedido porque yo me había vuelto un bulto inservible que temblaba y gemía como animal herido frente a la fuente del patio.*

*No recuerdo gran parte del viaje, ya que iba adormilada con el extracto de valeriana. Máximo fue el que dio la cara en el colegio, yo no sé de donde sacó la fortaleza porque el solito recibió el cuerpo y organizó todo para el sepelio. Escuché disculpas y un sin fin de pésames, pero lo que nadie me pudo explicar fue como un jinete tan experimentado como lo era mi Abel pudo haber muerto en un accidente cabalgando por el bosque. Cuando lo vi, ya lo habían lavado y amortajado con una hermosa túnica blanca que resaltaba la pureza de su alma, pero en sus brazos se podían ver largos raspones como si lo hubieran arrastrado por entre veredas repletas*

*de zarzas. “A los novatos les hacen bromas pesadas, no me sorprendería que el accidente de Abel haya sido el resultado de uno de esos juegos de niños...” escuché decir a un general mientras esperábamos que nos entregaran el cuerpo de Abel. Estaba tan indignada que no pude ni moverme en el momento, pero cuando vi el pálido rostro de mi niño en el ataúd no pude más que maldecir a todos los militares, ¡juegos de niños! El mío yace en una caja de madera por sus malditos juegos. Se reunió la mitad del pueblo para su velorio, pero esto no es cuestión de festejo ni veo a mi familia sonriendo. Y los culpables, sus disque hermanos en armas ni si quiera han dado la cara, y nosotros nos tenemos que conformar con un “usted disculpe” y “son juegos de niños.”*

*Pero a la gente la compasión le dura muy poco, para la semana siguiente ya estaban hablando de la nueva tragedia de Esperanza y su esposo. Pues es que a los pobres el matrimonio no les ha dejado más que desgracias y malos recuerdos. Hay unos que aseguran que es un castigo de Dios, una maldición por haber blasfemado el camino de castidad que deben de llevar los siervos de la iglesia. No sólo han tenido que afrontar el lado deshumano del pueblo, sino que la vida les ha mandado una plaga cada vez más infame que la otra. Primero Esperanza cayó enferma de un catarro que se convirtió en neumonía, fueron tres meses de un sufrir porque se nos hacía que ya no la libraba. Después vinieron las desgracias con la maternidad, la pobre sufrió aborto tras aborto, y el único hijo que alcanzó a parir acaba de morir de tosferina la semana pasada. La pobre criatura acababa de cumplir los seis meses cuando dio su último respiro. Muy a penas alcanzaron a bautizarlo en una ceremonia clandestina aquí en el oratorio unos días antes de que se le complicaran los síntomas. Y es que con eso de que el gobierno nos tiene bien controladas los templos y las ceremonias religiosas pues no nos quedó de otra más que prestar la casa para que de perdido le quitaran el pecado a la criatura antes de que otro*

*mal surgiera, y vaya que con lo que venían cargando sus padres si necesitaba purificarse de sus culpas.*

*Ah pero la gente es tan mala cuando quiere serlo, pues los muy desdichados le negaron el eterno descanso en el camposanto de la iglesia a la inocente criatura. Le echaran la culpa a los soldados, o a la guerra, pero a mi nadie me quita la espinita de que fue nuestra misma gente disque cristiana la que no quiso que se permitiera la entrada del infante a tierra santa. La pobre de Esperanza estaba hecha un completo desastre, no articulaba palabra, ni podía calmar la tembladera de sus brazos. Terminamos haciendo un hueco en la pared detrás del piano para que el inocente tuviera un lugar donde descansar mientras se le buscaba un acomodo más apropiado. Ahí de perdido le podrían llevar flores sin necesidad de afrontarse a miradas de odio, le pondríamos veladoras para iluminarle el camino hacia el paraíso, y de vez en cuando disfrutaría de las hermosas piezas que nos regala Máximo en el piano.*

*A partir de tanta desgracia he procurado ir tres veces al día a recitar mis plegarias en el oratorio. Ya no sé si es puro delirio o he caído en la superstición, pero es que las veces que han llegado las peores tragedias a ésta casa he visto al niño Jesús en el altar con el rostro medio angustiado. Sus ojos brillaban como advirtiendo peligro, y si lo mirabas detenidamente hasta podías notar el cambio de color en sus mejillas. Me siento como la Tía Colás repitiendo tantas sandeces, pero es que lo he visto cambiar ante mis ojos varias veces en los meses pasados, y en toda ocasión no nos ha faltado una nueva calamidad: La llegada de los soldados a interferir con las misas del pueblo, el fallecimiento de mi Abel, y esta última tragedia del bebé de Esperanza. Así que se ha vuelto casi una necesidad ir a asomarme al oratorio para verificar que el niño*

*Jesús esté tranquilo, porque donde lo empiece a ver coloradito ya sé que el destino tiene preparado otra trastada más para nuestra pobre familia.*

*Y ahora con la novedad de que Máximo ya está pensando en regresar a titularse a Puebla. En otras condiciones sería la primera que lo apoyaría, pero con tanta pena que nos acecha, y desde que desató tremendo caos con sus indiscreciones en el pueblo es una imprudencia que se quiera ir en éste momento. La verdad es que la presión y las responsabilidades ya le pesan, aunque no lo quiera admitir. Es peor que una mula rejega, ahí anda de terco y obstinado aún cuando en el fondo se da cuenta que uno tiene la razón. Pero para él es sencillo porque es hombre, él no lleva la peor carga de toda ésta situación. La pobre de Consuelo y sus criaturitas son los que andan cargando la cruz de su pecado por todo el pueblo. Gracias a Dios que la madrina es bondadosa y los recibió en su casa, que si no el padre de Consuelo la hubiera echado sin medio hidalgo en la petaca. Yo entiendo de la indignación y la vergüenza, cuando me enteré no pude asomar la cara en la iglesia por una semana, y eso que no era la madre de la muchacha, pero el hecho de correr de la casa a una mujer encinta es una barbaridad. ¿A dónde hubiera ido la pobre si no la hubiera respaldado la tía? O peor aún, ¿qué hubiéramos hecho nosotros si Consuelo se hubiera ido de Altotonga para ir a parir quién sabe a donde? Aquí al menos la veo con sus criaturas cuando salen los domingos a la plaza, o las mañanas que acompañan a la tía a misa. La madrina es tan noble y caritativa, todo un ejemplo de lo que una verdadera católica debe de aspirar, y es gracias al respeto que le tienen que nadie se atreve a criticarlos frente a su presencia, pero que no les toque andar solos en el pueblo porque reciben toda clase de atropellos y groserías. La otra vez que me tocó escuchar en la fonda de Altagracia cómo le negaban el servicio a la desdichada. Altagracia según tan santa comulgando a mediodía, y si no hubiera entrado yo a interceder por Consuelo no le hubieran*

*vendido ni un caldito de res, y eso que era para su chamaquito, que desde que empezó el mes había andado pero bien enfermizo. Yo le digo a Máximo que haga algo, de perdido por los niños, pero se hace el sordo. A veces pienso que el muy ingrato hubiera preferido que Consuelo se hubiera desaparecido cuando la corrieron de su casa, pero es una realidad tan siniestra que me niego a creer que sea mi hijo el que esté actuando de esa forma tan desalmada.*

*Lo que me aflige ya no es el que dirán, eso para nosotros es pan de todos los días, pero los inocentes esos viven entre el hambre y la desdicha. Tachados de inmorales cuando todavía no tienen edad ni para hablar bien, mucho menos para ser el blanco del odio infundado de la gente. Y entre más pasa el tiempo más me angustio, el mayorcito ya va a entrar a la escuela en un par de años y Dios lo cuide porque la maldad de la sociedad disque “decente” alcanzará niveles de crueldades sobrehumanos para condenarlo como uno de los seres más despreciables, personificación del pecado carnal, príncipe de la inmoralidad y la indecencia. Es una injusticia lo que hacen con los hijos naturales en estas tierras, y ya estoy harta de quedarme como espectadora en la botica, esperando inútilmente que algún día el destino les sonría y los deje vivir en paz. Pienso hablar con Máximo una última vez, ya no para pedirle, si no para exigirle que los lleve al registro civil a darles un nombre con el cual presentarse con la frente en alto. Los pobres se han valido de la pura fe de bautismo, sin ningún documento oficial que los reconozca como dignos ciudadano de esta comunidad. Basta ya de quedarme ajena a su tormento, de dejarlos desamparados mientras observo como los perros rabiosos que tanto pululan por estos lugares despedazan a mis nietos, porque son mis nietos, y lo digo sin esconder el rostro bajo el mantón negro. Ya no me importa lo que la gente murmure en la plaza o lo que vayan a criticar una vez que se enteren de mis intenciones, porque pienso ayudarlos en todo lo que a Máximo le ha faltado hacer. Y ya frente a mi niño Jesús se lo he jurado, que si en este*

*pueblo de corazones marchitos no consiguen encontrar la felicidad me los llevaré lejos, donde no conozcan su historia, ni los pecados que los persiguen desde el día en que nacieron. Me romperé el lomo para poder pagarles las mejores escuelas, donde podrán aprender todo lo que les quepa en sus cabecitas, donde se convertirán en muchachos de bien, y podrán decir orgullosos que son nietos de Desiderio y Conchita Caballero...*

## CAPÍTULO XVI

Eran las cinco de la tarde, el cielo se teñía de un naranja quemado, intercalando su quietud con almohadones morados que se deslizaban al compás del agudo silbido del viento. Montserrat se hallaba hincada sobre el césped, una tupida alfombra de terciopelo verde que se extendía hasta el rincón más lejano donde se alzaban las verjas platinadas que rodeaban el cementerio de Altotonga. El aire se respiraba aún más puro en la cumbre del camposanto donde se encontraban las criptas más antiguas, haciendo que cada inhalación invadiera los pulmones como un gélido elixir, adormeciendo cada uno de los músculos con forme se adentraba en el cuerpo. El lugar estaba desolado, a lo lejos se veía esporádicamente la silueta de algún doliente desfilando entre los pinos y los cipreses, avanzando con los pies a rastras y la mirada perdida, como si fueran ellos los que estuvieran pensando en vida la condena que les tocara pagar a sus difuntos. El panorama continuó así durante horas, con la musicalidad del viento soplando suavemente sobre los dientes de león, y esparciendo sus semillas danzantes por entre las lápidas que hacían su recorrido zigzagueando sobre el suelo húmedo del camposanto.

La cripta de los Caballero era una estructura hermosa, sus paredes denotaban la constante batalla con los años, y en su antigua tonalidad marfil se encontraban las huellas enmohecidas de las derrotas contra las infames lluvias de julio. Montserrat había rodeado la cripta durante horas leyendo los nombres de sus difuntos familiares, entre los cuales logró reconocer varios de los nombres inscritos en los muros gracias a los relatos de Mamá Conchita. Intentaba imaginar el rostro de cada nombre que había leído en el diario, recordaba las historias, las palabras de su

tatarabuela, y no podía más que imaginar a la persona que descansaba frente a ella, aquella que cometi6 hazañas dignas de inmortalizar en el tiempo gracias al puño y la memoria de tan valiente e ingeniosa señora. Sin embargo, después de media tarde de estar frente al mausoleo familiar se percató de que el nombre de su abuelo no se encontraba entre sus muros. Dio una última vuelta para estar totalmente segura, pero no encontró rastro alguno en aquellas inscripciones. Tomó sus flores y las veladoras que le había conseguido Citlali, acto seguido volvió a internarse entre las lápidas en busca de aquella que recitara el nombre que tanto deseaba encontrar.

Tres hileras al norte tropezó con otra tumba que llevaba inscrito varios nombres de apellido Caballero. Era más pequeña pero mostraba las mismas huellas de moho y tierra en su delgada lápida. Detrás de ésta había una cruz de madera, junto con unas flores marchitas a sus pies, y sobre la cruz estaba apuntado en tinta negra el nombre Desiderio Caballero Hurtado, el abuelo de Montserrat. Su cuerpo comenzó a temblar tras descubrir el lugar del eterno reposo del abuelo Desiderio, sus rodillas se le doblaron y las lágrimas comenzaron a salir a borbotones al recordar cada palabra que había leído en el diario de Mamá Conchita. Esta vez no tenía que imaginar el rostro del difunto, porque lo conocía a la perfección, era su abuelo, el reservado, corto de palabras, escaso de sonrisas, con las manos secas de caricias, y en el hueco de su pecho un amor exiguo. Giró la cabeza para ver el hermoso mausoleo a unos metros de distancia, luego volvió a observar aquella lápida recluida, donde ni siquiera le permitieron compartir la misma piedra de marfil con el resto de los difuntos. A él lo dejaron atrás, donde no molestara con su indecencia al resto de los Caballero. Lo dejaron solo, en su cruz de madera, la que cargó con vergüenza durante toda su vida.



La sensación helada que se había apoderado de sus pulmones se tornó en un torbellino de rabiosas exhalaciones. El coraje la inmovilizó sobre el césped, y podía jurar que las lágrimas que la cegaban eran de un vivo color borgoña, lamentándose por la sangre en pena, la que sufrió desprecios en vida, y en muerte continuaba pagando por los pecados de otros. Entre las últimas páginas del diario de Mamá Conchita había una fotografía del abuelo Desiderio con su diploma de primaria entre las manos. Era un muchacho flacucho, cara afilada y unos vibrantes ojos marrones como los de Montserrat. Su expresión era de completa felicidad, era un grandísimo logro el graduarse de primaria aún en contra de todos los obstáculos que había tenido que vencer en el camino, y justo atrás de la fotografía había una breve dedicatoria para Mamá Conchita, “Para el ángel guardián que me protegió contra los demonios de la tierra.” Ese fue uno de los últimos días que el abuelo Desiderio estuvo viviendo en Altotonga de joven, antes de que Mamá Conchita consiguiera mandarlo a Xalapa a estudiar. Lástima que con su partida los chismes en el pueblo se incrementaron, las calumnias inundaron a su madre y sus hermanos, quienes sintieron más intensamente la furia y el desprecio con el rechazo absoluto de Máximo, y tras un par de meses de extrema pobreza se vieron forzados a partir a Xalapa, donde Desiderio tuvo que comprometer sus estudios para conseguir un trabajo de medio tiempo que le permitiera sacar adelante a los suyos.

Montserrat dejó las flores en el suelo para que decoraran la cruz con el nombre de su abuelo. Se paró de pronto, y comenzó a avanzar con movimientos lentos y distraídos, mientras cogía entre sus manos la fotografía del joven Desiderio sonriendo con su diploma. Cómo le hubiera gustado conocerlo con esa ligereza en su mirar, y esa apacible mueca de complicidad dibujada en su mejillas. Pero a ella le tocó la parte de su vida en la que había regresado a Altotonga, a velar por la herencia de los Caballero. Montserrat sólo recordaba su temple de

piedra, y la seriedad que lo caracterizaba. Era honesto hasta las entrañas, educado y servicial, pero un témpano a la hora de demostrar afecto. Toda su vida se pulió por demostrarle al mundo que era un Caballero, en todo sentido de la palabra. Sus modales, su actitud, su apariencia. Se dedicó hasta el último respiro en tratar de convencer a una sociedad injusta y manipuladora que él era un Caballero, que merecía su apellido y la efigie que todo eso representaba.

Al regresar a la hacienda la recibió el rostro asustado de Citlali, se había asomado de prisa, pálida, y temblando a mitad del corredor, pero antes de que lograra soltar una palabra de advertencia salió una figura alta e imponente del comedor.

– Déjanos solos, – ordenó una voz seca y gutural que le erizó hasta el último vello de la nuca.

Citlali obedeció sin decir más, soltando un suspiro dolorido mientras daba un último vistazo a Montserrat con unos ojos que se desbordaban del temor.

– Ahora sí me vas a decir ¿qué carajos estás haciendo aquí? – soltó el padre de Montserrat una vez que se hubo ido Citlali. – Tienes a tu madre sumida en la histeria durante meses porque no le contestas sus llamadas, y a mí convertido en un idiota al creer que estabas concentrada en tus estudios y por eso no te habías comunicado.

– Papá... – balbuceó Montserrat con voz entrecortada. Su mirada denotaba tristeza, sus ojos todavía enrojecidos por haber derramado el alma en aquel cementerio. En ese momento no quería hablar de Nueva York, ni del futuro, sólo le interesaba compartir con su padre la historia de su familia, la desolación de su abuelo. Agachó la mirada para ver el diario que le temblaba

entre las manos, pero antes de que pudiera decir cualquier cosa se volvió a escuchar la voz de su padre.

– ¿Qué, ya no tienes el coraje para mirarme a los ojos? No te quedes callada. ¡Contéstame! Quiero que me expliques en qué estabas pensando cuando decidiste dejar la maestría y venirte a esconder a la hacienda durante meses. ¿O acaso es un berrinche porque no dejé que te fueras el verano a Francia a tus cursos de pintura? Porque déjame te digo que si es así no vuelves a pintar en toda tu maldita vida. Me vale madre que salgas con tus ataques psicóticos de los nervios, prefiero encerrarte unos meses en una clínica psiquiátrica antes de que comprometas el futuro de la empresa, y el tuyo.

- Papá... ¿No tienes ni la menor curiosidad de saber qué es lo que me trajo a estas tierras?  
– le dijo Montserrat mientras estiraba el brazo para mostrarle la fotografía del abuelo Desiderio.

– ¿De dónde sacaste eso?

– Estaba en el oratorio, me la encontré adentro del diario de Mamá Conchita, – dijo mientras le mostraba el cuaderno de hojas amarillentas que sostenía en la otra mano, – me ha sido de gran utilidad estos meses que he estado en la hacienda. Llegué aquí porque me sentía perdida, en un lugar lejano, de lenguas y vivencias extrañas donde no pertenecía. Fue en éstas hojas donde me encontré a través de la historia de mi sangre, las memorias de mis antepasados. He vuelto a pintar ¿Sabes? En los lienzos que me regaló el abuelo, con las pinturas de óleo, sin necesidad de paisajes extranjeros ni técnicas de escuelas privadas, lo he hecho con la pasión de mis entrañas y la inspiración que me regalan estas tierras que son como un Edén para el alma perturbada.

El padre de Montserrat se quedó sin habla, se le notaba aún molesto, con el semblante serio y la quijada trabada, pero pudo más la intriga por la actitud de su hija, prefirió dejar a un lado su orgullo y decidió seguirla escaleras arriba hasta la salita donde se encontraba el piano. Ahí había estado trabajando en su última creación, y era precisamente esa habitación la que había albergado el arte de la familia Caballero durante años, razón por la cual Montserrat escogió ese lugar para guardar el resto de las obras que había pintado desde que llegó a la hacienda. El padre recorrió la habitación lentamente, deteniéndose un par de segundos frente a las pinturas para apreciar el talento de su hija. Observó aquella de los niños en el camino, e inmediatamente echó un rápido vistazo por la ventana como esperando ver a los pequeños pasar cargando cajas y pesados costales a la orilla de la carretera. El retrato de Mamá Conchita lo miró de reojo, esa imagen la había visto cientos de veces en la fotografía que descansaba en el centro del altar en el oratorio; mas una vez que llegó al dibujo de la mujer cepillándose el cabello frente al peinador, se detuvo de golpe, no sólo por lo grotesco de la pintura, sino porque encontró un siniestro parecido entre las facciones de la joven del retrato y la delicada estructura que componía el rostro de su hija.

Caminó a la esquina opuesta donde se alzaba el cuadro que relataba en sus trazos la muerte del tío Vicente, pero antes de que alcanzara a acercarse lo suficiente su mirada se vio acaparada por una pintura reciente que todavía se encontraba secándose frente al balcón. Viró su marcha al instante, hipnotizado por el rostro del muchacho que se encontraba en la pintura. Era como si el lienzo se hubiera partido a la mitad, con trazos firmes que dejaban ver una comunión en el tiempo donde una estructura de piedra guardaba los secretos de todo un linaje, del cual sólo quedaban personalidades que destacaban en la vida por tener conocimiento sobre los lugares más remotos del mundo, pero carecían aquellos de la tierra que los vio nacer. En éste último cuadro

Montserrat utilizó la hacienda como escenario, y en ésta se encontraba un muchacho parado del otro lado de la reja negra, frente a las iniciales D.C. El niño estaba sonriendo con un diploma en la mano y la mirada fija en el camino serpenteante de la sierra. En su semblante se leía el hambre por conocer el mundo, y por descubrir las fortunas que éste le traería. A su alrededor se extendía un paisaje de verdes senderos repletos de flores de las cuales salían diminutos colibríes de brillantes colores, alzándose en vuelo hasta mitad del lienzo, donde cambiaba la ligereza en los trazos por unas tonalidades más opacas. En ésta parte de la pintura se encontraba la casa, y frente a la puerta de entrada se hallaba un hombre mayor, de pie junto a un Maverick celeste del 67. El hombre llevaba los años colgando en la frente y la preocupación se asomaba de sus cabellos platinados. La palidez de su rostro contrastaba con las lágrimas rojizas que se desbordaban de sus ojos, haciendo su fatídico descenso hasta mojar el pecho con gotas de amargura y sal, las cuales eran bebidas por un único colibrí negro, aguijoneando al hombre en el centro del corazón. A lo alto había un sol escondido detrás de unas nubes purpúreas, las que le daban un sórdido resplandor al nombre de Desiderio Caballero que sobresalía imponente bajo la teja roja. En la ventana de abajo, la que correspondía al oratorio, se encontraba Mamá Conchita, observando la escena con una mano sobre el pecho y la otra sosteniendo fuertemente su rosario. Máximo se veía tocando el piano despreocupado en la salita del chocolate, dándoles la espalda al hombre junto al Maverick y al muchacho del otro lado de la reja. Alrededor de la casa había trabajadores cargando costales rumbo a los maizales, mirando de reojo al hombre, y por el camino principal desfilaban señoras trayendo canastos, cubriéndose la cabeza con el fino mantón ante la imagen del niño.

La sala se sumió en el silencio por lo que parecieron horas, mientras el padre de Montserrat intentaba abarcar cada centímetro de la pintura con unos ojos helados de la

impresión. Inconscientemente agachó su mirada a la fotografía que le había entregado Montserrat, y después de mirar unos segundos la apacible sonrisa del joven se aclaró la garganta y retomó la conversación.

– No sé que hayas leído o escuchado al andar por estos lados que te haya impulsado a pintar éste cuadro, pero te pido que esa historia la guardes en éste lienzo y en ésta casa, – dijo todavía serio, pero con un extraño brillo en la mirada, – tu abuelo vivió y murió siendo un Caballero, y eso es lo único que debe de importarte.

– Mi intención no fue incomodarte, ni mucho menos faltarle el respeto a la memoria del abuelo. Te repito, vine aquí para encontrarme, aunque siento que he encontrado más de lo que había venido a buscar. Me pregunto si esa fue la razón por la que el abuelo regresó a vivir a la hacienda, si él también necesitó escarbar en sus raíces para vaciarse de tanta inmundicia que se encontró fuera de casa...

– Escúchame bien Montserrat, tu abuelo fue un hombre de gran temple y de inigualable valor, pero se dejó enredar en anticuados sentimentalismos que lo llevaron a rescatar una hacienda para venir a gastarse la vida velando por los recuerdos que ésta guarda, memorias que no compartía ni con sus propios hijos porque nunca lo dejaron ser parte de esa historia. – La voz se le comenzó a quebrar al decir esas últimas palabras, pero aún así continuó con los ojos vidriosos, – Y con la cabeza en alto te digo que eres una Caballero, desde el carácter hasta tus más brillantes virtudes, pero no voy a permitir que te dejes arrastrar por los mismos pesares que aislaron a tu abuelo en un pueblo en medio de la sierra, lo alejaron de su familia y le impidieron disfrutar del patrimonio que había forjado durante años de trabajo. No Montse, tu vas a terminar tu postgrado, vas a ser una mujer exitosa dirigiendo una empresa importante en la capital, te vas

a ir de viaje a conocer países lejanos, y cuando sientas nostalgia podrás regresar a la hacienda, a pintarle a la tierra, a recordar a tu abuelo, pero siempre con la promesa de que vas a dejar el polvo y el sufrimiento atrás.

Esta vez fue el turno de Montserrat de callar. Nunca había visto a su padre tan vulnerable y transparente como en esos momentos. Era tanto su deseo por reencontrarse entre las cenizas de su historia que no se detuvo a pensar en la manera en la que su decisión impactaría a sus seres queridos, sobre todo ahora que conocía la cruda verdad sobre la fijación de su abuelo con la hacienda. No pensó en el abandono, ni en el futuro truncado, sólo se dejó llevar por sus instintos, esos que le imploraban que regresara a empaparse de recuerdos que habían quedado olvidados entre aquellas antiguas paredes que habían guardado lágrimas, miedos, gritos, suspiros y hasta el alma de más de un inocente que había quedado atrapado entre los vestigios del tiempo y la soledad. Sin embargo, en medio de aquella breve introspección recordó una promesa que había hecho no mucho tiempo atrás, e inmediatamente sus ojos se iluminaron al descubrir la oportunidad perfecta para cumplir con su palabra.

– No voy a decir que venir aquí fue un error, porque me estaría engañando a mí misma, pero sí puedo decir que te entiendo, y no sabes cuánto valoro que te hayas sincerado conmigo. Pero antes de que acceda a volver a Nueva York a continuar con la monótona rutina quiero pedirte un favor, y necesito que te comprometas con la misma seriedad con la que yo me voy a comprometer a mis estudios, – dijo Montserrat haciendo una breve pausa, pero al ver que su padre la miraba expectante continuó con su petición, – He prometido ayudar a la hija menor de Xochita a que continúe con sus estudios en la capital una vez que termine con la telesecundaria. Ellas han sido tan buenas conmigo, y es una pena ver las condiciones que tiene que sufrir la

mujer por falta de apoyo en estas tierras. Yo espero estar de regreso en México para cuando Citlali termine el programa de la telesecundaria, pero aún así me gustaría asegurarme que tengo tu apoyo por si hallara alguna complicación con la maestría.

– ¿Estas segura de que quieres afrontar una responsabilidad tan grande? Te estarías haciendo cargo de una muchachita, eso no es cualquier cosa Montse, no es un donativo a una casa hogar, donde vas dejas el dinero y luego te lavas las manos de cualquier compromiso hasta tu próximo donativo.

– Precisamente por eso lo quiero hacer, porque de ésta manera puedo asegurarme que mi ayuda está siendo aprovechada por alguien que de verdad la necesita, y está deseosa de salir adelante. Tú mismo dijiste que hay que dejar el polvo y el sufrimiento atrás, y eso es exactamente lo que le estoy ofreciendo a Citlali.

– No cabe duda que heredaste el corazón y las agallas de Mamá Conchita, – agregó sonriente el padre de Montserrat, mientras abrazaba por primera vez a su hija desde su última visita a Nueva York meses atrás.



\*\*

A la mañana siguiente, tan pronto el sol asomó sus rayos legañosos detrás de un cielo aborregado, Graciano comenzó a subir el equipaje a la camioneta del padre de Montserrat. La hacienda se había contagiado de una tremenda algarabía desde que se enteraron de que el dueño de la hacienda estaba de visita en el pueblo. Los maizales vibraban con las alegres voces de los trabajadores que habían llegado jubilosos desde antes del primer canto del gallo, y el comedor se adornaba con los exquisitos olores que desprendían las hileras de canastas que habían estado trayendo las señoras del pueblo como detalle a la visita del honorable señor Caballero.

En la cocina se hallaban Citlali y Xochita, puliendo su extraordinario talento con la cuchara y el sartén para impresionar el paladar de sus distinguidos patronos. La menuda adolescente estaba guardando en bolsas de plástico unos tayoyos y sopes que le habían preparado a Montserrat para que no extrañara la comida de la hacienda, mientras que Xochita se encontraba trepada en un banquillo frente a la estufa, enseñándole a Montserrat como rellenar los sopes con un picoso guisado de puerco que había cocinado para el almuerzo. Tan pronto bajó el padre de Montserrat al comedor, se sirvió la comida, y tras un par de cumplidos a la cocinera por su sabrosos platillos, se dedicaron a devorar gustosos el pequeño manjar representativo de la gastronomía local, esa sazón que compartían los nativos de la zona como si lo tuvieran programado en su genética, o lo hubieran absorbido de la tierra que cultivaban, y de los árboles que pizcaban, guardando el secreto de su esencia celosamente entre la sangre de sus venas.

Pronto llegó la hora de las despedidas y la casa se volvió a vestir de luto, sintiendo el mismo abandono como cuando se iban los hijos de Mamá Conchita a estudiar lejos del pueblo. Montserrat, Xochita y Citlali se hundieron en un abrazo que expresaba más gratitud, complicidad

y cariño que cualquier palabra o gesto material pudiera manifestar. Había tantas promesas y tantos adioses entre los cimientos y los muros que hasta parecía que las ventanas lloraban al presenciar la escena, mientras dejaban que una suave brisa se colara entre las ranuras de sus marcos, trayendo consigo las memorias de su gente, aquellos que habían recorrido los caminos escurridizos de la sierra y se habían perdido en el tiempo intentando encontrar la vereda dorada que les otorgara el anhelado sueño de la prosperidad.

Montserrat subió una última vez al cuarto donde se encontraba el piano, aquel santuario artístico que le había permitido despejar su mente, reencontrar su vida e inmortalizar su historia con la pasión vertida en los lienzos, decorados con lágrimas saladas y óleos coloridos. Al girar la vieja perilla oxidada de la puerta se encontró con su padre de pie frente al balcón. Se encontraba de espaldas, pero Montserrat logró vislumbrar su rostro reflejado en el cristal de la ventana. Tenía la boca torcida y la frente ceñida de preocupación, mientras su mirada estaba absorta en un objeto que sujetaba con una mezcla de amor y rencor vibrando entre sus dedos. Era el diario de Mamá Conchita lo que lo mantenía paralizado a mitad de la estancia, absorto en sus pensamientos, deliberando el futuro de aquellas frágiles y a la vez tan peligrosas hojas amarillentas. Sus ojos brincaban del balcón al diario con una intensidad mortífera, intentando encontrar una solución a su predicamento. En un segundo se oscureció el reflejo en el cristal, en su semblante desquiciado se leía la incertidumbre, no sabía si prenderle fuego al diario, tirarlo por la ventana, o enmarcarlo como biblia antigua en el mausoleo familiar, ahí donde las memorias se fundieran en los huesos de los antepasados, y los secretos quedaran ocultos en las babosas fauces de los gusanos rastreros que pasaban los días vagando por la tierra.

“Papá...” la vocecilla susurrante de Montserrat terminó interrumpiendo las cavilaciones sobre el diario. De inmediato relajó el rostro, y al mirar los ojos implorantes de su hija cedió todo impulso por deshacerse del arma que llevaba entre sus manos. Aún en contra de su instinto machista y controlador, permitió que la verdad que Mamá Conchita le había dejado a sus descendientes permaneciera oculta entre las paredes de la casa, siempre a la espera de que alguien llegara a desempolvar sus hojas, y que los recuerdos volvieran a desbordarse de la tinta añeja, dejando que los relatos fluyeran nuevamente por entre los maizales dorados, y que la estirpe de los Caballero se mantuviera viva en la memoria de la tierra.

A media tarde el padre de Montserrat encendió la camioneta, con su hija pegada al cristal del copiloto, despidiéndose de los fantasmas que albergaron sus miedos durante las últimas semanas. Citlali se despidió desde la puerta de entrada agitando enérgicamente las dos manos. Ambas compartieron anhelos, dudas y caprichos; una extraña amistad que surgió a partir de la compasión y la penosa necesidad de salir adelante. Sin embargo, aún cuando prometieron mantenerse en contacto para fijar la fecha del viaje de Citlali a la capital, en el fondo quedaron dudas. El ser humano es desconfiado por naturaleza, hay muchos que no están acostumbrados a recibir ayuda, y algunos otros que no acostumbran a ofrecerla. Ambas continuaron sonriendo, pero en silencio se cuestionaban si se llevaría a cabo la promesa que hicieron tras la boda de Prudencia. Una vivía en la opulencia, tan fácil sería que se le olvidara la miseria del prójimo en medio de un arrebato de egoísmo en una tarde de compras. La otra tenía más miedos que sueños. Le habían inculcado a obedecer pero no a pensar, y mucho menos a ver por un mejor futuro, escapar de la mentalidad retrógrada que la mantenía atada a servir en una casa, sin educación ni identidad propia. La camioneta se perdió en una curva de la sierra, y Montserrat fue sintiendo una sensación de opresión en el pecho, el aire puro iba quedando atrás, al igual que la quietud.

Pronto comenzó a cuestionar la decisión de volver a Nueva York, pero en ese segundo vio pasar un camión militar repleto de soldados con rifle calado, apuntando a unos campesinos amarrados que andaban armados de machetes y una que otra escopeta oxidada. “Mira, ya pescaron otros de las autodefensas” dijo distraídamente el padre de Montserrat y continuó el viaje como si hubiera visto un par de perros peleándose por un hueso rancio a la orilla de la carretera. Montserrat suspiró, las cosas ya no eran como antes o tal vez sí, ya no estaba segura de lo que era real y lo que era fantasía. Lo único que entendía a partir de su estadía en la hacienda era que las personas que vivían en esta zona conocían las riquezas de sus tierras, por siglos habían defendido de tiranos e invasores la magia que se escondía entre la sierra. Habían regado sus vibrantes paisajes con el coraje de sus venas, y alimentado su cultura con los relatos de su gente. Aquellos que se pasaban de boca en boca, formando un eco eterno que continuaría ardiendo como cenizas inextinguibles, convirtiéndose en la base en medio del caos, la verdad oculta entre las tinieblas y el miedo; un pequeño resplandor que iluminaría el abismo oscuro que resultaba ser aquel incierto porvenir.

## REFERENCES

- Baltazar Vázquez, Miguel. *Altotonga: Un pueblo con historia*. Altotoga: Impresiones 2000, 2002. Print.
- Cabañas León, Herminio. *Los jefes políticos de antaño: Suceso trágico ocurrido en Altotonga*. El Dictamen. Print.
- Campos Hernandez, Artemio. *La esmeralda de la sierra: Sus valores culturales*. Xalapa: El Sumidero, 2012. Print.
- Fernández Olmos, Margarita. Latin American testimonial narrative, or Women and the art of listening. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 13.2 (1989) : 183-195. Web 08 Apr. 2014.
- Ferré, Rosario. *La casa de la laguna*. New York: Vintage Español, 1997. Print.
- Franco, Jean. Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana. *Hispanamérica* 15.45 (1986) : 31-43. Web 08 Apr. 2014.
- García, Cristina. *Dreaming in Cuban*. Ballantine Books, 1993. Print.
- Garro, Elena. *Recuerdos del porvenir*. Tabasco: Joaquín Mortíz, 1977. Print.
- Guerra, Lucía. *Mujer y escritura: Fundamentos teóricos de la crítica feminista*. México: Programa Universitario de Estudios de Género, 2007. Print.
- Guerra-Cunningham, Lucía. Algunas reflexiones teóricas sobre la novela femenina. *Hispanamérica* 10.28 (1981) : 29-39. Web 08 Apr. 2014.
- Ilarregui, Gladys. Discursos contra el silencio: los textiles mexicas y Frida Kahlo. *Letras Femeninas* 22.1/2 (1996) : 9-18. Web 08 Apr. 2014.
- Martinez de Olcoz, Nieves. Silencios que matan: el cuerpo político en “Hasta no verte Jesús mío”. *Letras Femeninas* 24.1/2 (1998) : 9-21. Web 08 Apr. 2014.
- Medeiros-Lichem, María Teresa. *Reading the Feminine Voice in Latin American Women's Fiction*. New York: Peter Lang, 2002. Print.
- Moody, Michael. Una conversación con Isabel Allende. *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana* 16. 2/3 (1987) : 51-59. Web 08 Apr. 2014.
- Mora, Gabriela, and Karen S. Van Hooft. *Theory and Practice of Feminist Literary Criticism*. Michigan: Bilingual Press, 1982. Print.

- Poniatowska, Elena. *Hasta no verte Jesús mío*. México: Era, 2006. Print.
- Randall, Margaret. ¿Que es, y como se hace un testimonio? *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 18.36 (1992) 23-47. Web 08 Apr. 2014.
- Rulfo, Juan. *Pedro Paramo y El Llano en llamas*. México: Planeta, 2007. Print.
- Simonovis, Leonora. Los problemas del exilio en Soñar en Cubano de Cristina García. *Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* 20/21 (2002-2003) : 297-310. Web 08 Apr. 2014.
- Vaquero. *A search of a living in Spanish America*. London: John Bale, Sons & Danielsson, 1911. Print.
- Zamora, Margarita. América y el arte de la memoria. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 21.41 (1995) : 135-148 Web 08 Apr. 2014.

## BIOGRAPHICAL SKETCH

Mónica I. Álvarez Suárez es originaria de Reynosa, Tamaulipas. Residió sus primeros años en el Distrito Federal, luego regresó a su ciudad natal donde cursó la primaria y secundaria. Mónica realizó los estudios superiores en Estados Unidos, obteniendo un título en periodismo en la Universidad de Texas Pan American en agosto del 2010. Ha participado en distintos eventos literarios como en el Tercer Coloquio Estudiantil sobre lengua, literatura y creación literaria en la frontera, "Los Santos Días de la Poesía," el XI Congreso Binacional Letras en el Estuario, el evento de narrativa corta en español: Espirales al Viento, y fue invitada a participar en el evento FESTIBA en marzo del 2013.

Durante sus estudios de posgrado tuvo la oportunidad de participar en dos talleres de creación literaria, uno dirigido por la Dra. Elvia Ardalani, y el otro por la Dra. Edna Ochoa. Ambos talleres le dieron la oportunidad de indagar aún más en esa magia a la que recurren los escritores con sus juegos de palabras y su impecable manejo del lenguaje, y fue gracias al apoyo de tan talentosas mujeres que se atrevió a compartir sus ideas y esa pasión por la escritura con el resto de los amantes de las letras. Además de escritura creativa, Mónica también ha escrito artículos críticos, como el de "Alessandra Luiselli: La Pasión por la Literatura," publicado en la revista *Libros Medio Siglo*, misma donde es colaboradora desde la primavera del 2013.

Mónica estudió su Maestría en Literatura Española en la Universidad de Texas Pan American, contando además, con una certificación para enseñar clases de Español AP a nivel bachillerato. Su tesis se enfoca en la escritura creativa, concentrándose específicamente en la narrativa femenina y elementos de testimonio, mismos que fusiona en una novela que cuenta con un trasfondo histórico y una riqueza cultural digna de conservar en la memoria.